



PILAR DE ARÍSTEGUI
LABERINTO DE
INTRIGAS

ANA DE AUSTRIA:
de infanta de España a reina de Francia y madre del Rey Sol

NOVELA HISTÓRICA

Pilar de Arístegui

LABERINTO DE INTRIGAS

Ana de Austria:
de infanta de España a reina de Francia
y madre del Rey Sol

*A mi marido Carlos, cuyo recuerdo y ejemplo
me llevan a escribir con ilusión renovada.*

*A todas las mujeres heroicas
que luego fueron olvidadas.*

«En verdad esta princesa merece figurar
como uno de los mejores reyes de Francia».

LUIS XIV ante el lecho de muerte
de su madre Ana de Austria

«Por la libertad y la honra se puede y se debe aventurar la vida».

MIGUEL DE CERVANTES

«Respetad al otro, a todos,
para vivir en paz».

CARDENAL JULIO MAZARINO

Breve razón de una obra

La literatura nos presenta a Ana de Austria con los ojos del romanticismo. Dumas la define como una mujer débil, encorsetada por la corte, ignorada por su esposo el rey y sin ninguna proyección política ni acción relevante de gobierno. La historia la describe como un simple peón de la misma. Sus enemigos la consideraron una coqueta sin cerebro; sus admiradores como una santa inmune a las tentaciones.

No es esa mi visión, pues las historiadoras francesas Simone Bertière y Claude Dulong nos desvelan a una mujer interesante.

Quiero precisar que aunque durante muchos años fue apartada supo aprovechar este tiempo para observar y aprender, lo que será muy útil cuando como regente tenga que tomar decisiones de gobierno. Y tuvo grandes aciertos durante su regencia en circunstancias sumamente complejas.

Yo he querido presentar a la mujer con sus aciertos, contradicciones, defectos y cualidades. Esta dualidad explica el carácter de Ana, sensualidad y espiritualidad intrínsecamente unidas.

No puedo olvidar que durante su regencia tiene lugar la batalla de Rocroi, victoria francesa al mando del joven duque de Enghien, futuro príncipe de Condé, sobre los ejércitos españoles, que, como declara Bossuet, eran hasta entonces invencibles: «Esta temible infantería del ejército español».

Tampoco quiero omitir a la responsable educadora de un rey extraordinario. En tanto no tuvo hijos y sufría el desprecio de su esposo, su ventana al mundo seguía siendo su país de origen. Pero cuando da a luz al delfín —el futuro Luis XIV— y luego a Felipe —Monsieur—, tiene que defender los derechos y el futuro de sus hijos de las múltiples ambiciones de los poderosos príncipes de sangre. Esa mujer anulada, olvidada y oprimida, hace de necesidad virtud, y con suma astucia prepara, durante la enfermedad del rey Luis XIII, la inevitable transición que habrá de tener lugar a la muerte del soberano. Y lo hace de forma modélica.

En estos días las reivindicaciones de la mujer son justamente exigidas.

Creo que para entender es preciso CONOCER LA HISTORIA DE LA MUJER, aquellas FÉMINAS VALEROSAS Y CAPACES que consiguieron en situaciones adversas, labrarse un puesto en la sociedad. Sean orfebres, escultoras, pintoras o reinas, han sido borradas sus huellas de los caminos de la historia.

Fue reina de Francia y, durante una época, supeditó sus deberes hacia su país de adopción, a los de su nación de origen: España, para renacer como una batalladora reina de Francia.

¿Qué lucha tendría lugar en su corazón y en su mente, recordando la infancia feliz, el padre amado, la tierra que la vio nacer?

Venida de un hogar armonioso, donde los padres se amaban y amaban a sus hijos; de una corte con múltiples actividades deportivas y aficiones artísticas, como el teatro del que Ana será siempre protectora; aficionada a la música, al baile, llega a un París minado por la intriga donde hubo de sufrir la pesadumbre de la hostilidad y el frío del desarraigo. Tenía trece años.

Por si fuera poco todo esto, me encuentro con una señora con talento de gobierno, a pesar de los muchos años que vivió en el ostracismo, usando su natural inteligencia y limitándose a observar cuando su entorno no le permitía otra cosa. Pero esos años de silencio serán de provecho y una magnífica preparación porque se centrará en callar, analizar y estudiar a los personajes de la corte y sacar conclusiones. Muchos de ellos, vanidosos y superficiales, cayeron bajo el arma del verdugo o el olvido sin clemencia del poderoso. Ella sobrevivió.

Y siguiendo el consejo de su compatriota Baltasar Gracián, una vez que puede vivir sin miedo, sin la amenaza constante de ser repudiada — ¿recordaba el ejemplo de su antepasada la desdichada Catalina de Aragón, reina de Inglaterra?—, renacerá como el sol, y descubre un mundo gozoso e interesante. «Quedé desfallecido escudriñando la realidad», como había confesado Platón.

Una vez más, han borrado las huellas de una excepcional fémina de los caminos de la historia.

Esta disciplina me apasiona, pero también la psicología. Y estudiando a Ana descubro a la mujer. La mujer bella, que no halla amor y apoyo en su esposo, sino indiferencia, y más tarde, resentimiento, celos, desconfianza. Era

una mujer que se apegó a la realidad, que admitió sus limitaciones y que supo esperar su momento

Mediante el doble matrimonio español, auspiciado por María de Medici —Luis XIII con Ana de Austria y Felipe IV con Isabel de Borbón—, sellaban España y Francia la necesaria tregua. Ana perseguirá con persistencia otra importantísima paz: la de los Pirineos, con los esponsales de María Teresa de Austria —hija de su hermano y de la princesa francesa— y su hijo Luis XIV.

Ana, que es testigo del pésimo entendimiento de la reina regente con su hijo Luis XIII y logra analizar los hechos y las consecuencias de esta relación en la política gala, actuará con su hijo Luis XIV de manera diametralmente opuesta. El carácter de Luis XIII, su frialdad, su dependencia del aún más gélido cardenal Richelieu, denotan la ausencia temprana del padre y la falta del amor maternal. Ana sufrirá la angustia de ser mujer malquerida, pero no por ello acumula el venenoso resentimiento. Es demasiado generosa.

Cuando enviuda, en su madurez tanto física como política, tendrá a su lado a uno de los políticos más hábiles y astutos de su tiempo: el cardenal Mazarino.

Como dice el premio Goncourt, Jean-Christophe Rufin en su libro sobre Jacques Coeur, refiriéndose a Agnès Sorel y al propio Jacques Coeur: «¿De qué naturaleza fue el lazo que los unió? No saberlo a ciencia cierta supone una gran oportunidad para el novelista».

En el caso de Ana de Austria y Mazarino, me es difícil creer que esa mujer inteligente y cultivada, en la plenitud de su belleza, no se dejara amar por el refinado y gallardo Mazarino. Sospecho que fue un tipo de amor muy en boga en aquella época, *l'amitié amoureuse*, o sea la amistad amorosa. Para comprender esta relación, hay que recordar que la liberación sexual no era todavía un imperativo como lo es hoy.

La capacidad y lealtad de Mazarino eran tan notorias que Luis XIII, ya muy enfermo y asustado ante la orfandad del heredero, le nombra padrino de su hijo, el futuro rey de Francia.

Pero el cardenal nunca hubiera podido, sin el apoyo de esta española, hacer de Francia una potencia, conseguir la paz en el exterior y añadir regiones como Alsacia y el Rosellón. Era perseverante y caritativa. Fue

protectora constante de obras sociales y de grandes pensadores, escritores y autores, como Descartes, Bossuet, Vicente de Paúl, Corneille; y tuvo que domeñar poderosos hombres de guerra como el mariscal de Turena y el Gran Condé.

¿Amó ella a Mazarino? ¿Se casaron en secreto —una de las teorías— en presencia de dos testigos? No lo creo, pues al final de sus días, Mazarino pensó seriamente en recibir las órdenes mayores, lo cual hubiera sido imposible estando casado. ¿Cuál fue la naturaleza de ese amor?

Yo les cuento mi versión, desde la admiración, comprensión y respeto hacia una mujer española extraordinaria.

Inicio.
Infanta de España.
Fuenterrabía. 1615

El sol naciente acariciaba con su luz de amanecer las piedras del viejo castillo. Entre sus muros reinaba una contagiosa animación. Habían de prepararlo todo para la boda de una infanta. Yo, Ana de Austria, infanta de España, oía los susurros de mis damas, aún sumergida en el placer del duermevela. Pasaba mi última noche en tierra española, en la fortaleza del siglo x que mandara ampliar mi bisabuelo Carlos V.

Me había costado conciliar el sueño, agitada ante la expectación de lo desconocido. Al otro lado del río Bidasoa me esperaba una nueva vida.

Sabía que el paso que estaba apunto de dar, cambiaría mi existencia.

«¿Qué me espera en Francia? ¿Será Luis tan gallardo como lo describen?».

Este pensamiento se agolpaba en mi mente con inquieta e ilusionada insistencia. Cuando me espabilé, seguía oyendo a las doncellas que se afanaban en la antecámara, comprobando que todas las pertenencias que me acompañarían estaban cuidadosamente guardadas. No pude reprimir la curiosidad y me asomé para indagar el origen del alboroto.

En los baúles habían apilado con primor basquiñas y corpiños, medias de nacarada seda y chales, guantes perfumados, bonetes y sombreros, camisas bordadas por las manos primorosas de recatadas monjas, abanicos, en fin, todas aquellas prendas y aderezos que constituían el ajuar de una dama de alcurnia. Resplandecían al sol de la mañana los tersos linos y las camisolas de tenues batistas adornadas con encajes de Flandes a las que yo era tan aficionada; las plumas de los chambergos, rojas, grises, alguna morada, estaban esparcidas aquí y allá, formando un mosaico de color que bañaba de alegría toda la estancia.

Quedaban por ordenar con especial atención algunos vestidos que serían de uso inminente en los próximos días: damascos vibrantes en rojo, verde

esmeralda y uno de terciopelo de extraordinario azul grisáceo, todos bordados en hilo de oro o bien en plata, formando arabescos, flores o símbolos de la Casa de Borbón y de Austria. Todo un mundo de refinamiento y belleza se extendía ante los ojos de mis pocos años. Había de servir a mi país, trayendo la paz tan anhelada por medio de un casamiento con un varón al que no conocía.

«¿Puede una niña de trece años comprender el alcance de su misión?», se preguntaba mi padre, el rey.

La educación recibida era excelente, como correspondía a una princesa de la Casa de Austria. El recuerdo siempre vivo y el ejemplo como meta del abuelo Felipe II y del bisabuelo Carlos V habían conformado unos principios y una manera de entender la Corona, que habían mantenido a España en el poder ante una Europa cada vez más reticente. La guerra con Francia había dejado profundas heridas en ambas potencias, y en todos los aspectos: humano, con la pérdida de vidas; económico, con los gastos exorbitantes que producía la intendencia de los ejércitos y la maquinaria bélica; y de tiempo, para ocuparse de otros proyectos que redundaran en el progreso del país y el bienestar de sus gentes.

Todo esto lo comprendo ahora con claridad, pero entonces, en mi primera juventud, no discernía los asuntos de Estado con esa claridad.

Yo sabía lo que se esperaba de una reina de Francia, pero no se me podía alcanzar la lucha sin cuartel que habría de mantener y la ingente astucia que sería necesaria emplear en las numerosas intrigas que habían de amenazar, no solo mi vida, sino la de mis hijos y la supervivencia del trono.

Afortunadamente, en aquella época, me habían mantenido ignorante de estas realidades, pues esa y las siguientes habían de ser jornadas de gozo y esperanza.

Mi padre, Felipe III, me acompañaba, intentando proporcionarme los últimos consejos que fueran útiles a la mujer, y a la reina que pronto yo sería. En su afán de ayudarme, había elaborado un decálogo que pretendía entregarme por la mañana. Era consciente de que deseaba hacerme alguna observación pertinente.

Habíamos conversado en el largo trayecto de mil y un asuntos. Mi padre

era un progenitor tierno y preocupado por sus hijos. Y yo le amaba sin restricciones. La falta de mi madre, la reina Margarita, marcó nuestras vidas, dejando un vacío insondable en nuestros corazones de niños. Y él, mi padre, había intentado suplir la añoranza inconmensurable que nos atenazaba el alma.

Durante el viaje, yo escuchaba con atención lo que él me descubría, intentando así prepararme para el futuro. En mi mente resonaba aún el relato de la admiración que el rey sentía por tantos leales vascos, Elcano, Legazpi, Urdaneta, que habían aportado su maestría de la mar a la Corona de Castilla, y también en épocas anteriores otros marineros de esas tierras a la de Aragón, desde tiempos inmemoriales. Ahora que esperábamos el comienzo de la ceremonia en territorio vasco, sus palabras se tornaban aún más reales.

Me narraba cómo los Reyes Católicos habían contado con Martín de Azpeitia; el emperador con Martín de Rentería para derrotar al pirata Barbarroja, y Felipe II para la administración de sus reinos, tan vastos, tan complejos, con vascongados entre los cuales brillaba la personalidad de Juan de Idiáquez. Esa era la región que conocía por vez primera, y que sería el escenario de mi despedida.

«Pueblo de gentes admirables, fieles y esforzados. Los grandes descubrimientos están escritos con los nombres de ilustres vascongados», había sentenciado el rey.

Sentí legítimo orgullo de pertenecer al país autor de hazañas singulares. El orbe no tenía para ellos fronteras.

«No había llegado aún la hora de saldar ni los genios, ni las últimas esperanzas, ni las más descomunales aventuras».

Ese y no otro había sido el propósito de Felipe III: infundir seguridad a la nueva reina de Francia, para que yo entrara con paso firme en mi nueva responsabilidad, orgullosa de mi origen.

Al mismo tiempo, insistió que había de aprender las costumbres de mi nueva nación. A respetarla. A amarla.

Yo esperaba anhelante lo que la vida me había de desvelar.

En esas cavilaciones me hallaba, aguardando que mi padre me mandara llamar, y en ese instante su majestad envió recado que había de hablarme.

Acudí llena de curiosidad. Le encontré sentado en una de las terrazas, sobre las almenas, desde donde se divisaba un espléndido panorama: la luz clarísima del norte se posaba sobre un mar azul oscuro de recóndito misterio, en el cual se afanaban numerosas embarcaciones de pescadores; más allá se extendía la costa francesa, con sus radas y playas que refulgían con intensidad en la mar en calma. Imponentes montañas cubiertas de un manto esmeralda, revelaban valles con hermosos caseríos, que daban fe de la industria de sus habitantes.

Mi padre me observó unos instantes. Comprobé con satisfacción que se recreaba en la visión de su hija:

—Pierde la corte una belleza —me susurró, galante.

He de admitir que poseía por entonces una hermosura muy cotizada en aquellos años: un pelo abundante con el brillo solar de las rubias, unos ojos verdes de bondadosa expresión, la boca carnosa y sensual, una piel nacarada y tersa, porte real y unas manos de dedos finos y afilados, muy elegantes.

—Todo en vos señora, es seductor —añadió—. Emanáis serena armonía, poco usual en persona tan joven. —El rey cortó mi ensoñación con una sola palabra—: Majestad...

Me sobresalté ante el tratamiento que me daba mi padre:

—Señor... —inicié, sorprendida.

—Habréis de habituaros, querida hija —continuó él—. Tras el matrimonio por procuración en Burgos, sois de derecho reina de Francia. Pero recordad que a mayores privilegios, mayores deberes. Es así que, para ayudaros en vuestros futuros quehaceres, he formado para vos un decálogo, que pueda seros de utilidad en los conflictos que sin duda os habrán de acechar. Tomad.

Examiné con respeto, no exento de turbación, el documento que me tendía. Llevaba en mi equipaje un valioso regalo de mi padre: un decálogo. Bien habría de servirme. Comencé su lectura:

—«Mirad que no hay mejor razón de Estado que mirar por el del cielo, que *haziéndolo* así, con temor de no ofenderle en ninguna cosa, aunque por ello se perdiera el *reyno*, y amándole sobre todas las cosas, tendréis su ayuda, y amparo y *acertareys* lo que convendrá para gobernaros en todo como

conviene y para que os ayude.

»Oyd los sermones a menudo y devotamente, que *hazen* gran provecho y cuesta poco oírlos.

»Después de Dios, *tendreys* amor fiel a vuestro marido, no faltando en nada a su obediencia y gusto.

»No *seays* amiga de novedades ni entretenimientos demasiados, no *jugueys* nunca a los *naypes*, si no fuera para entretener a vuestro marido, o suegra, o para entreteneros con vuestras criadas.

»No permitáis que os pierda nadie el respeto debido.

»Hablad lo menos que pudiereis y sean muy pensadas vuestras palabras.

»Tened gran corazón, que a los de ser *reyna* no ha de ser apocado; ni cobarde.

»No *seays* amiga de chismes, ni *deys* entrada a ellos.

»Seréis amiga de los soldados, e interceded por ellos en lo justo.

»Honrad vuestros *reynos*».

Una lágrima resbaló por mi mejilla. Agradecía y comprendía la ternura y preocupación que habían inspirado las máximas de mi padre; pero, al mismo tiempo, un secreto temblor de lo desconocido invadió mi espíritu.

«¿Me concederá el Altísimo un esposo que posea la bondad y generosidad de mi padre?».

Como si me hubiera leído el pensamiento, el último consejo decía:

—«No dejéis que nunca se instale el rencor entre vos y vuestro esposo. Sed merecedora de vuestro título de reina, mas no olvidéis nunca la tierra que os vio nacer. Sois por nacimiento una infanta de España. ¡Recordadlo siempre!».

Y tras una pausa, animó el rey:

—¡Arriba los corazones! ¡Hoy es día de gozo!

Nos abrazamos con ternura y un deje de nostalgia, conscientes de que este era quizás nuestro último encuentro.

He de relataros los hechos tal y como sucedieron durante mi azarosa vida, sin elucubraciones románticas o noveleras: la emoción al acercarme al país del que ya era reina, la expectación por conocer a mi esposo, el ansia de felicidad que me embargaba...

No podía imaginar el desdén que hube de sufrir, la incertidumbre en las frecuentes conjuras, los sucesos violentos que jalonaron mi existencia.

Pero no desesperéis, habré de añadir el triunfo final de mi amado hijo Luis, que siempre me amó y que haría grande a Francia.

LIBRO I
INFANTA DE ESPAÑA
1615-1638

1. *De España a Francia.*
Isla de los Faisanes.
9 de noviembre de 1615

Era muy de mañana, cuando me despertó el piar alborozado de mis damas. Poco a poco, una melodía a la vez grave y tierna se dejaba oír. Mi querida aya, Estefanilla, me animó a vestirme y aparecer en el balcón. Cuando lo hice, las notas de los cantos ascendían ya en barrocas volutas, llenando el espacio del patio de armas. Allí, bien plantados se encontraban unos fornidos *arrantzales*, marineros vascos, curtidos en batallas de la mar, conocedores de océanos bravíos y vientos tempestuosos. En sus ojos estaban todos los verdes, grises y azules de su mar, de ese Cantábrico noble y fuerte, que adornaba con encajes de espuma su recia naturaleza. Entonaban para su infanta una canción de despedida con un cierto aire de añoranza propia de la ocasión, como era frecuente en la música de estas tierras. Los registros amplísimos de notas, la potencia de sus bien timbradas voces y la armonía del conjunto llenaban el castillo de una invasiva emoción.

La vista agradecía también el espectáculo de esos hombretones, erguidos, fuertes, que enarbolaban sus remos enhiestos en sentido homenaje a la rubia reina que se marchaba a Francia. La memoria de los ataques franceses a la villa estaba siempre presente y hacía temer a las buenas mujeres del lugar por mi felicidad. No podían olvidar las penalidades que hubieron de soportar, pues la cercanía geográfica del antaño enemigo era permanente recuerdo. Cuando las armoniosas voces se apagaron, les agradecí con unas palabras su gesto y pregunté la historia de la canción.

Era, me dijeron, una trova compuesta cuando la infanta Leonor de Habsburgo marchó para casar con Francisco I, y convertirse así en reina de Francia. En mi mente surgió de inmediato la imagen de mi antecesora, que contribuyó con inteligente prudencia a las relaciones de los dos países.

«¡Dios quiera que aprenda yo a actuar como ella!».

¿Cómo hubiera reaccionado entonces si alguien me hubiera dicho que la

habilidad y fortaleza habían de ser imprescindibles en periodos de suma aflicción?

La condesa de la Torre, mi camarera mayor, me sacó de mi ensoñación. Había mandado preparar un desayuno de placeres gastronómicos, que no eran usuales en Francia, sumando esas delicias a la despedida que me ofrecía mi tierra. Siendo la estación ya avanzada, me acercaron un recipiente con nieve traída de lejanos glaciares, lugares que se conservaban en hermético secreto. Entre las refrescantes bebidas, escogí un zumo de granadas, las primeras de la temporada, cuyo jugo de gusto acre me agradaba sobremanera, y que provenía de la soleada Andalucía; un agua de almendras, aromática y refinada, que decían hacía resplandecer la piel; y oro líquido de naranjas de Valencia, ahítas de azúcar del sol.

Picoteé levemente empanadillas de carne, guardando mi *gourmandise*, como decían en Francia, reconozco que siempre fui golosa, para mi bebida favorita. Entró Manuela, una de mis doncellas, con una bandeja en la que tronaba una chocolatera de plata, que dejaba escapar unos vapores que perfumaron toda la estancia. Escanció Manuela el precioso contenido, que se derramó espeso, caliente, como terciopelo líquido en la fina jícara. Traído por Hernán Cortés de Indias, las Cortes europeas paladeaban con asombro el famoso chocolate.

Tomé la taza, y tras el primer sorbo, el placer me hizo exhalar un suspiro de contento. Mi natural ansia de vivir, me hacían apreciar todo aquello que despertaba los sentidos. Manuela me observó con cierta picardía, y un mucho de atrevimiento.

—Si así paladeáis el chocolate, ¿cómo será vuestro disfrute en la noche de esponsales? ¡Qué afortunado es el príncipe francés! —expresó sin rebozo mi sensual camarera.

En los días infelices, me repetía yo una y otra vez este criterio. Para no llorar. Para no lamentarme. Para no sucumbir.

Pero volvamos a aquellos deslumbrantes momentos de mis esponsales.

El cortejo se había preparado con un fasto superlativo, para demostrar a Francia, para enseñar al mundo, el poder de España. Nos acompañaba un nutrido séquito en el que destacaban el duque de Lerma, a la sazón primer

ministro, y su hijo el duque de Uceda; el duque de Sessa y su familiar Lope de Vega, que para la ocasión había escrito: «Ya no divide nieve pirinea a España, pues con Francia se desposa».

Mi futura cuñada, Isabel de Borbón, hija de María de Medici y del ya fallecido Enrique IV, recorría el camino inverso para llegar a España y desposarse con mi hermano el príncipe Felipe. Mucho había tenido que aguardar la reina madre María de Medici para conseguir su anhelo. Ella, que no atesoraba antepasados tan ilustres como la Casa de Austria, pero sí sonoros doblones de banqueros florentinos, veía coronado su sueño: por una parte, entroncaba su descendencia con la estirpe más codiciada de Europa; asimismo, lograba su ansiada alianza con un país católico y que se había distinguido en la defensa de la fe.

La situación de Francia, endeudada hasta la extenuación por recientes batallas y exangüe a causa de una atroz guerra de religión, no presentaba un futuro muy halagüeño. La consecución de estos esponsales y la subsiguiente alianza con la poderosa España eran un reto que la intrigante Medici había superado con un gran triunfo. Ya en 1612, al inicio de su regencia, había enviado hacia Madrid al duque de Mayenne, con esta propuesta. A su vez el duque de Pastrana, hijo de la célebre princesa de Éboli, había acudido a París a pedir la mano de Isabel de Borbón.

El adiós

Mi litera, toda recamada en oro, me acercaba a mi destino. Yo había elegido mi color favorito, el azul, en una seda recamada en oro, para entrar en mi nueva patria. En las orillas del río Bidasoa se agrupaba la multitud que intentaba atisbar a la joven reina. Al ver el gentío, una de mis damas comentó:

—Os conocen ya por vuestra galanura.

Un pabellón flotaba etéreo en el centro del río, esperando el intercambio de las dos princesas. Muy despacio, con el fin de que las dos falúas arribaran al unísono según el férreo protocolo establecido, comenzaron a bogar. Yo

observaba con el corazón henchido de emoción y la curiosidad prendida en mis ojos. Una vez en el interior, en la antesala que precedía al lugar de la ceremonia, mi padre, Felipe III, observó complacido el trabajo realizado por las gentes de su casa: magníficos tapices flamencos que representaban vívidas escenas de amores felices entre dioses y mortales, elaborados reposteros de terciopelo con las armas de los Austria y exóticos tapices orientales cubrían las paredes por entero. Altos candelabros acompañaban el acontecimiento alumbrando con sus luces titilantes la inminente solemnidad.

Yo intentaba mantenerme erguida, mostrándome orgullosa y consciente de mi dignidad. Mi cuñada, Isabel de Borbón, al despedirse de su familia, no pudo contener el llanto, a lo que el embajador español, Íñigo de Cárdenas, reaccionó con severa impaciencia, amonestando a la princesa:

—¡Vamos, vamos, princesa de España!

Me pareció que el diplomático demostraba poca indulgencia ante dos niñas que se veían apartadas, quizás para siempre, de sus seres queridos.

En ese instante, un súbito temor me atenazó la garganta y sentí que unas imprudentes lágrimas se agolpaban en mis ojos. Pero no quería que otro intransigente caballero francés me reconviniere como había sido regañada Isabel.

Tomé aire, enderecé mi espalda y abracé a mi padre. No alcancé a entender que tras la aparente serenidad en el rostro del rey se ocultaba una ansiedad, que él no se permitía mostrar a su hija. Mi padre me quería. Yo había sentido su atenta ternura protegiéndome de continuo desde la muerte de mi madre.

Conocedor él de las muchas intrigas que se anudaban en la corte de Francia, de los terribles problemas de las pasadas guerras de religión, y las intemperancias de Enrique IV hacia su esposa, conocidas en toda Europa, y la inclinación de este a convertir su palacio en harén donde convivían sus múltiples amantes y bastardos, temía por la felicidad de su muy amada Ana.

—Mantened la correspondencia con vuestra familia. ¡No permitáis que os fuercen a olvidarnos! —aconsejó el rey, pesaroso.

La razón de Estado había de superar los temores. La dinastía se debía a su reino. Todos estos principios los había yo recibido desde niña, cuando lo

único que me importaba era el dulce abrazo de mis padres, los juegos con mis hermanos y la tibia felicidad que imperaba en nuestra familia. Pero soy Ana de Austria, infanta de España, y debo hacer frente a mis deberes.

Comencé a caminar lentamente hacia mi destino. Volví la cabeza para mirar una última vez a mi padre. Vi a un caballero enmascarado, para preservar su incógnito como rey y su tristeza como padre, que me observaba desde la orilla. Poco a poco, la barcaza se alejaba portando a su hija hacia su nuevo país.

¡La reina de Francia...!

Luego me contaron que mi padre, en aquellos momentos, rememoró la infancia de esa niña que había siempre regalado felicidad con su espontánea alegría, su carácter firme y a la vez generoso, sus ganas de vivir... incluso en los momentos de mayor desgarró, cuando el mal se llevó a su esposa, mi amada madre, a su querida Margarita, que le dejó seis hijos, hijos que él había de amar, educar y proteger. Por el bien de su casa, por el bien de los reinos. Atento a su felicidad. ¿Sería este un sueño imposible?

«¿Será capaz Luis XIII de comprender, de estimar las muchas virtudes y cualidades de Ana?», me dijeron fue su preocupación.

Un respetuoso cortesano le sacó de su ensimismamiento, recordándole el protocolo, y la oportunidad de marchar antes de que lo hicieran los franceses. El padre dio paso al rey, y con paso firme se encaminó hacia la carroza. Sin volver la vista atrás.

Entretanto, yo miraba con tristeza las verdes montañas del paisaje vascongado: el poderoso Jaizkibel, el alto de San Marcial, de bélicas reminiscencias, y el monte de San Marcos me despedían con su majestuosa e imperturbable naturaleza. Sabía que pasarían muchos años antes de que volviera a verlas, si alguna vez regresaba a mi país. La incertidumbre con que observaba mi nueva tierra cedió a la curiosidad de mi inquieto espíritu, y acompañada por el traqueteo del carruaje y las palabras de ánimo de mi camarera mayor, la condesa de la Torre, me adentré en mi nueva vida.

El encuentro

La recepción en Bayona había sido magnífica, pero me advirtieron que no vería a aquel que era ya mi marido hasta llegar a Burdeos. Este me había enviado un emisario con su primera carta, que más que una misiva de amor era una declaración de intenciones. El enviado era Charles d'Albert de Luynes, maestro del gabinete real de las aves, halconero del rey, y Luis XIII se había encargado de aclarar que era este «uno de mis más leales servidores».

Todos me hablaban del esposo como un Adonis, revestido de todas las cualidades imaginables. Mas yo, conocedora de las mañas cortesanas y su poca veracidad, desconfiaba. Embridaba la ilusión de joven esposa por conocer al amado y conseguir una vida de felicidad como la que había gozado en el hogar de mis padres.

Los caballos avanzaban con lentitud por el embarrado camino, el invierno mordía con sus acerados dientes de frío y el sopor se apoderaba de mí cuando otra carroza se asomó tras un recodo de la ruta. En unos minutos los dos carruajes estaban frente a frente. Un joven espontáneo, y tan deseoso de conocer a su esposa como yo al esposo, se asomó a la portezuela gritándome:

—¡Estoy de incógnito! ¡Estoy de incógnito!

Apenas había podido vislumbrar a Luis, y ya se había desvanecido en la lontananza.

Catedral de Burdeos

25 de octubre de 1615

La reina madre, María de Medici, a pesar del desastroso estado de las finanzas, había echado la casa por la ventana. Además de la numerosa corte española que llevaba conmigo, María había insistido para que, ya en territorio francés, me acompañara un vistoso séquito de la nobleza de Francia. Los nombres más ilustres formaban la comitiva que se adentraba en el nuevo reino penosamente, debido al mal estado de rutas y caminos en ese crudo invierno: Guisa, De Souvré, Rambouillet, eran algunos de los caballeros que me escoltaban.

Entre todos ellos, no destacaba el limosnero a mi servicio. Era obispo de Luçon y se llamaba Armand du Plessis de Richelieu. A pesar de las zalamerías y reverencias que me prodigó, su mirada aguda y penetrante me produjo un escalofrío. No podía entonces yo adivinar el poder omnímodo que este limosnero alcanzaría, y las numerosas intrigas que había de tramar, utilizando todos los métodos a su alcance, espías y celadas imaginables. Infinitamente ambicioso, pero dúctil y astuto simulador, había sabido ganarse la confianza de María de Medici envuelto en fingida humildad. Este prelado hizo creer a la reina regente que él, y no otro, le apoyaría para consolidar la causa católica, salvar a Francia y colmar a su protectora-regente de la merecida gloria con la que el cielo le premiaría.

¡Ojalá lo hubiera sabido! ¡Ojalá hubiera comprendido lo peligroso que ese hombre había de ser para mí!

Pero era muy joven para dilucidar que me internaba en un intrincado laberinto de intrigas.

Una mañana de cielo gris y plomizo hice mi entrada en Burdeos. Las autoridades de la ciudad esperaban a las puertas de la misma para recibir a su reina. Las esperanzas de paz que imaginaban yo portaba habían cargado de ilusión a las buenas gentes que abarrotaban primero los caminos y luego las estrechas calles, donde habían levantado efímeros monumentos con alegorías de fastuosos amores de diosas y héroes, símbolos grandiosos de ambas monarquías, y cuernos de la abundancia que sugerían la felicidad futura de la nación. Pífanos, trompetas y tambores difundían una música que contribuía a enardecer a los allí reunidos. Una dama me susurró al oído:

—Majestad, colmáis las expectativas de los curiosos que os esperan.

Supe que había de responder a estas muestras de afecto y me apresté a lo que de mí se esperaba.

Salí de la carroza con mi hermoso vestido de seda verde oscura que hacía resaltar mi blanca piel y los ojos verdes; una pluma negra en mi sombrero ondulaba grácil al compás de la brisa; el pelo rubio aureolaba mi rostro y me sentí colmada por su entusiasmo. Al ver a tanta gente allí reunida, agradecida por su recibimiento, saludé con una amplia sonrisa. No necesitaban más los bordeleses. Con su carácter espontáneo y abierto, aclamaron a esa reina que

venía del sur, tan joven, tan cargada de buen ánimo y mejores intenciones.

—¡¡Mira qué guapa es!!

—*Regarde comme elle est jolie!!* —inició una mujer.

—¿Guapa? ¡¡Es una belleza!!

—*Jolie? Elle est de toute beauté!!* —coreaban.

Cada madre me miraba con ternura, tan joven y ya lejos de su familia. Éramos dos adolescentes, el símbolo de un nuevo tiempo, que la multitud encaraba con optimismo a pesar del futuro incierto. Las épocas pasadas habían sido duras, y todos, absolutamente todos, ansiaban dejar atrás tantos males y penurias a fin de que la vida discurriera serena. Mi natural disposición positiva, y ayudada por los pocos años, me hacían sentirme feliz y esperar el porvenir con ilusión. Contaba ya los instantes que me separaban de aquel que deseaba considerar mi amado.

La iglesia resultaba imponente con su aspecto masivo, pero estaba consagrada a san Andrés, cuya festividad se celebraba unos días más tarde, y me contaron que allí había contraído matrimonio la legendaria Leonor de Aquitania con el futuro rey Luis VII. Intuí que ambos hechos eran de buen augurio. La ceremonia fue fastuosa; avancé lentamente bajo el pesado manto por la nave central, y la luz que se filtraba por las vidrieras y los rosetones me acarició con sus destellos rojos, verdes y azules. El arzobispo de Saintes, revestido de pontifical, presentaba una apariencia imponente. Contrastaba con la de los dos niños que Luis y yo éramos y que en breves momentos íbamos a contraer regios esponsales. Yo me sentía aplastada por el pesado vestido de terciopelo violeta que, según la antigua tradición de la casa de Francia, estaba bordado en oro con flores de lis y orlado de armiño. También la corona se me antojó demasiado imponente para tan joven reina. Me fijé en mi esposo: no era muy alto, la nariz demasiado prominente, pero la seda blanca que portaba Luis XIII favorecía sus rizos oscuros que caían sedosos sobre su espalda.

¡Cuánto ansié que me amara!

De vez en cuando, yo le miraba a hurtadillas, con una curiosidad mal contenida, lo cual inspiraba cierta ternura hasta en los encallecidos cortesanos. Acabada la ceremonia, nos dirigimos al palacio arzobispal, nuestra residencia en Burdeos, y fui conducida a mis aposentos por el rey y la

reina madre. Tras una cena ligera que tomamos cada uno en la intimidad de su cámara, María de Medici se encaminó al apartamento de su hijo, para acompañarle a cumplir con sus obligaciones.

Mientras tanto, yo me preparaba para recibir a mi esposo. La camarera mayor había tenido que ordenar tranquilidad y sosiego, pues las más atrevidas damas del séquito habían comenzado a sobrepasar la prudencia en sus comentarios.

—¡Señoras, un poco de respeto y fundamento! ¡Estáis ante la reina de Francia, no en un corral de comedias! —había exigido la condesa con autoridad.

Mas debo admitir que me divertía con sus ocurrencias. Entonces, hice una seña inequívoca hacia la dueña. Se acercó esta presurosa, remangando sus sayas y haciendo repiquetear sus tacones. Le advertí que deseaba me dejaran sola con Manuela, que esta me preparara.

—No temáis, condesa. Será por poco tiempo. La belleza de la reina no necesita de afeites. Cuando esté casi dispuesta, os llamaré, y aguardaremos a sus altezas, como manda el protocolo —prometió Manuela con dulzura.

Yo había tenido una conversación con mi camarera mayor, que me había esclarecido algunas cuestiones sobre el inminente encuentro con el rey. Pero dicha señora había sido tan delicada y sutil, que yo necesitaba alguien que me hablara con claridad. Cuando quedamos a solas las dos, mientras Manuela me arreglaba el pelo y me acicalaba, la niña de trece años asustada que yo era por aquellos días preguntó con turbación:

—Manuela, ¡dime la verdad! ¿Es tan placentera esta noche como presumen algunas, o nefasta como acusan otras?

Una sonrisa de complicidad iluminó su rostro.

—Como os dije en Fuenterrabía, os repito, ¡qué afortunado es el príncipe francés! Atesoráis a la belleza del cuerpo un amor por el goce, que hará de vos placentera compañera de lecho. —No pude contener un gesto de asombro ante su predicción—: Señora de mi corazón, vos sabéis que vuestro bien es para mí la cosa a la que tengo mayor aprecio, por tanto mi lealtad me obliga a deciros la verdad. Podéis quedar descansada. Mas esto no supone que mi visión sea en toda ocasión acertada. Soy una mujer del pueblo, como vos

sabéis, y mi ciencia es limitada.

En ese momento le hice un gesto de entendimiento, valorando las palabras de la muchacha. Esta era viuda de un soldado del ejército de su majestad Felipe III. Al conocer la soledad en la que había quedado una de mis camareras, yo la había acogido, dispensándole mi protección, encontrando en Manuela una mente despierta y un corazón generoso deseoso de complacer a su señora. Había percibido también en ella un sentido práctico, una manera positiva y directa de entender la vida, que le hacía encarar las dificultades con energía y sentido del humor.

—Manuela, todo eso ya lo sé. ¿Estás dilatando tu contestación? ¿No te atreves a responderme?

—No, mi señora, no es eso. Solo quiero recordaros que soy persona sencilla, y que las referencias que yo tengo son de gentes que no son de vuestro rango.

—Manuela, yo me voy a encontrar con un hombre. Soy infanta de España, sí, y como tal he sido educada. Y ahora, como reina, voy a compartir el lecho del rey. Los cortesanos estarán cercanos para saber cómo nos hemos comportado. Nada es sencillo para nosotros, pero al fin y al cabo, seremos un hombre y una mujer. Dime lo que me pueda ayudar.

—Señora, sois hermosa, y la sensualidad se percibe nada más veros. Dejad actuar a la naturaleza. Vuestro esposo sabrá cómo guiaros.

—Sí, sí, eso ya me lo ha dicho la camarera mayor. Pero yo quiero saber qué se siente.

—Yo amaba a mi marido, alteza. Y cuando él me cogió con pasión, mostrando el deseo que le quemaba, todo mi cuerpo tocó a rebato. La sangre fluía al galope por mis venas; la emoción convertía en placer la caricia cada vez que sus dedos rozaban mi piel; era un éxtasis, un delirio que me transportaba a otro mundo, a un lugar donde tan solo estábamos él y yo. Sus ojos, ardiendo como ascuas, me crujían el alma. Era la unión de dos cuerpos, sí. Pero era mucho más. Mi espíritu y el suyo, se unieron en una hoguera sin fin, en un arrebatado consentido, en el convencimiento de que mi vida había empezado al conocerle, y acabaría con él.

Dos gruesas lágrimas corrieron por las mejillas de la joven. Compadecida,

le acaricié la mano con afecto.

—Eres afortunada, Manuela. Has conocido el verdadero amor. Y por ende, apasionado.

—Sí, alteza... ¡pero fue tan breve!

—Yo velaré por ti. Nunca consentiré que te separen de mí. ¡Y ahora prepárame, que me espera un rey! ¡¡Ojalá llegue a quererme como a ti te quisieron!!

—Disculpadme, majestad. Me he entretenido por demás en mis recuerdos.

Y continuó acicalándose con extremo cariño. Sacó de una repujada caja de cordobán un recipiente de cristal traslúcido y rutilante. Abrió el frasco y con una varilla de metal, aplicó la rara esencia en mis muñecas, en los brazos y en la delicada piel detrás de las orejas. Era el perfume de nardos que tanto me complacía. Lo destilaba un experto perfumista morisco, que seleccionaba las flores más aromáticas de toda Andalucía, junto a las que hacía crecer en su jardín bañado por el sol en las afueras de Córdoba.

Me puso una bata de noche, adornada con finísimos encajes, y me calzó unos botines de terciopelo bordado y forrados de piel, para mitigar las corrientes de aire y la humedad reinante que subía del río Garona e invadía aquel desangelado palacio. Comencé a echar de menos los relucientes braseros de mi tierra, con la lumbre caldeando la estancia tanto como confortando el espíritu. Al poco, ya pronta, mandé llamar a la condesa, y quedamos a la espera de los acontecimientos. No se hicieron esperar.

Precedida por el marqués de Rambouillet, *grand maître de la garde robe*, gran maestro del guardarropa, del gobernador Souvré y del señor de Beringhen, que era portador del candelabro, apareció María de Medici que, tomando a su hijo por la mano, se dirigió a mí, ya convertida en su nuera:

—Hija mía, he aquí a vuestro marido, que yo os entrego: recibidlo a vuestro lado y amadlo bien, os lo pido.

—No es otro mi deseo que obedecer y complacer en todo a mi marido y a la reina madre —contesté yo en español.

Y tras dejarnos a los dos adolescentes en la cama, María de Medici, ordenó con voz imperiosa:

—Vamos. ¡Salgamos todos de aquí!

Entretanto, mientras se retiraban vi a Manuela rezando. Supe después que lo hacía para que su niña, su querida Ana, fuera apreciada en todas sus cualidades.

«¡Qué tonterías estoy pidiendo! ¡Solo tienen que amarse! Lo demás ya vendrá», me contó fueron sus pensamientos.

Años más tarde conocí que en su mente había quedado grabada la expresión preocupada del rey, y la divertida y hasta irónica de algunos cortesanos. Y de ahí la súplica de Manuela: «¡Ay, Virgencita, protégela!».

2. *París.* 1616-1618

Nos habíamos puesto en ruta un 17 de diciembre frío y oscuro, llegando a Tours en los primeros días de enero. La ciudad, que contaba con hermosas iglesias, estaba bendecida por un caudaloso río, el Loira, que había congregado en sus riberas importantes castillos que hablaban de la prosperidad de la región, donde se tejían las más bellas sedas de Francia. Tras la magnífica recepción de la ciudad, la reina madre comentó que necesitaba dar mayor atención a los asuntos de gobierno, y vi que María de Medici estaba demasiado ocupada para atender a su nuera. Serias ocupaciones la retenían; pues el príncipe de Condé y el duque de Rohan seguían atemorizando con sus respectivos ejércitos la región en torno a París. La reina madre tenía graves asuntos que resolver, pero yo sentía la necesidad de contar con un apoyo en aquel lugar tan diferente a mi patria.

Esos príncipes rebeldes y ambiciosos me amedrentaban sobremanera, pues me recordaban a esos caballeros feudales que asolaban los reinos a sangre y fuego. Convocó entonces mi suegra el inicio de la negociación con Condé. La conferencia para conseguir la ansiada paz tendría lugar el 10 de febrero. Di en pensar que yo debía observar y aprender, por si algún día me hallaba en situación semejante.

Mi señora suegra hubo de armarse de paciencia, pues las peticiones de estos señores resultaban escandalosas:

Condé reclamaba el gobierno de Berry y dos millones cuatrocientas mil libras; el duque de Maine el gobierno de la Guyena y novecientas mil libras; el duque de Longueville demandaba Amiens; el duque de Rohan exigía el gobierno del Poitou y el duque de Bouillon reclamaba para sí el cargo de condestable. ¡Generosa actitud la de estos patriotas, en un momento en que el país estaba exangüe por las guerras y la bancarrota!

Pero la astucia florentina de la reina madre y el recuerdo de los consejos del difunto rey le hacían ver que había de vadear este peligroso torrente de la

manera más hábil posible, a fin de conseguir la paz que necesitaba el reino. Tras peliagudas conversaciones, enfados varios, amenazas y posteriores arrepentimientos, y sobre todo la extrema liberalidad en los dones por parte de la reina regente, se alcanzó el acuerdo el 8 de mayo con el Tratado de Loudun. María de Medici, en un gesto de afecto que agradecí, me dijo con dulzura ante la corte en pleno:

—Parece, señora, que una infanta española, ahora ya reina, trae consigo la esperanza para el futuro de paz. —Y luego, en un tono decidido, añadió—: Es el momento de organizar la entrada triunfal en París. Un pueblo entusiasmado acogerá a sus reyes.

Me preparé con esmero para la entrada en la capital. Mi padre me había aconsejado que así lo luciera pues era importante que el pueblo me amara desde el primer día.

Entre las damas de mi suegra, me llamó la atención una mujer vestida con gran lujo, pequeña, magra de carnes, labios finos y constantemente apretados, el rostro enjuto donde destacaba una nariz afilada como la de un ave rapaz. Pero lo que me inquietó sobremanera fue su mirada ardiente, penetrante, inquietante. Pregunté al embajador español y me informó que se llamaba Leonora Galigai, esposa del mariscal D’Ancre, muy influyentes ambos en la corte. Añadió que no temiera nada de ella, porque era muy favorable a los intereses españoles.

Cuando hubieron acabado los fastos, los viejos problemas seguían entorpeciendo la vida de los ciudadanos. La inquietante atmósfera de la corte me angustiaba; veía peligros que acechaban por todas partes, y mi antiguo hogar tan seguro, tan cálido... ¡Quedaba tan lejos! A pesar de los bellos pabellones construidos por Francisco I, el Louvre conservaba su aspecto de castillo-fortaleza. Pensé de inmediato si sería el lugar de mi felicidad o de mi desdicha.

Ahora, cuando echo la vista atrás, comprendo que la juventud, con su imperiosa necesidad de gozar la vida, me impedía conceder excesiva atención a estos graves asuntos. Era consciente de que mi principal deber era atraer a mi marido y concebir un hijo. Me entristecía el abandono de mi esposo. Una soleada mañana, cuando me preparaba para galopar con mi amado caballo,

anunció Luis que deseaba visitarme.

Había de ser importante, pues habitualmente a esa hora convocaba a sus consejeros. Apareció radiante, con sus negros bucles cayendo por sus hombros, y me pareció apuesto y galán. Aún conservaba entonces alguna ilusión, que pronto perdería. Tras besar mi mano empezó su discurso:

—Señora, he de anunciaros que la regente, mi augusta madre, ha reflexionado con detenimiento sobre los hechos que nos ocupan, y ha llegado a la conclusión de que es el momento idóneo para retirarse de la gobernación. —Esperé perpleja a que mi esposo continuara—: Cuando me hizo saber su determinación, me dijo —mi esposo adoptó una postura, erguida y decidida, característica de su madre y siguió refiriéndome su conversación con ella, y me informó sobre la decisión de su madre—: «Sire, he cumplido ya mi misión. Recibí un reino en rebelión; los ataques fueron implacables y continuos, y mucho temí por la supervivencia de los reinos. Mas el Señor ha tenido a bien guiarme, y estoy en situación de entregaros Francia en paz. Es menester toméis las riendas de la gobernación».

No podía articular palabra. Aquella con la que yo contaba para apoyarme y enseñarme los difíciles vericuetos de la política de un país extraño, partía. ¿Hacia dónde? ¿Cuándo?

El *horror vacui* se apoderó de mí. Un vértigo insensato me cortó la respiración. Mi expresión hubo de mostrar mis sentimientos con claridad, pues mi esposo se apresuró a confortarme:

—No temáis. He conseguido disuadirla. Os narraré lo acontecido —Y Luis pasó a relatarme la conversación completa con su madre—: Le dije: «Señora, vuestra regencia ha sido un gran bien para Francia. Permitid que así continúe». Y ella argumentó: «Agradezco vuestra confianza, pero es hora que recibáis lo que vuestro es». Pero yo le imploré que no nos abandonara. Pero mi madre porfió, diciendo: «Es hora de que los jóvenes, con el ímpetu de su edad, se hagan cargo de este gran país». Pero yo repliqué: «¡Qué insistencia la vuestra! ¡No permitiré que esto suceda!».

Habéis de conocer que, con los años y la experiencia, comprendí que la reina madre aunaba sentimientos contradictorios. Intuyo que en aquel momento se sentía halagada de que su hijo le rogara de manera vehemente su

permanencia en el Consejo, pero su fino olfato de florentina le susurraba que era esta una oportunidad de oro para, como decían los franceses, *finir en beauté*, es decir, marchar cuando la situación era inmejorable. Con la sabiduría que dan los años, y reflexionando sobre los acontecimientos que describo, entendí que mi señora suegra se debatía entre un anhelo de comodidad, ya que los asuntos de Estado le pesaban en demasía, y el goce de la pompa y halagos de la corte que perdería si marchaba y que era lo que ella de verdad amaba. Muchas desgracias posteriores se hubiera evitado la augusta señora de haber perseverado en esa decisión, que tenía su origen en la prudencia.

En aquel momento se comportó con astucia, era ambiciosa, pero sabía que debía mostrar su desprendimiento, y así lo hizo. La conversación que mi esposo siguió desgranando continuó en los siguientes términos:

—Mi madre respondió con firmeza: «Sire, he dado mucho pensamiento a una idea que comenzó como un anhelo; y que razonando, llegué a la conclusión de que dicho pensamiento sería un acierto, para vos y para mí». Pero yo no me di por vencido, así que repliqué: «No es el momento. Es prematuro. Necesito aún de vuestro consejo y asistencia».

Charles de Luynes, el astro de la corte, unió entonces su voz suplicante a la mía, utilizando nuevos argumentos: «Majestad, la Paz de Loudun es muy reciente. La tranquilidad del país no está afirmada».

Y yo insistí: «Madre —no utilizaba a menudo Luis XIII esta palabra—, ¿preferís partir hacia una vida sosegada, a contribuir a afianzar la prosperidad de Francia?».

Este argumento, que luego supe había sido sugerido por Luynes como último recurso, hizo su efecto. Vio la Medici ante sí la gloria de la hegemonía francesa, el fin de las penurias. El doble matrimonio español había redorado sus blasones con la antigua estirpe. Era cierto. Parecía abrirse una época de esplendor, que ella habría de observar desde la sombra si continuaba en su pretensión de retirarse.

El rey continuó:

—Mi madre anunció con un suspiro: «¡Sea! Si es vuestro deseo, así lo haré». Entonces me adelanté a besar con respeto y gratitud la mano de mi

madre. Así quedó sellado nuestro pacto.

Es posible que solo fuera una impresión, pero un gesto fugaz de mi esposo me hizo intuir un cierto desasosiego en el cambio de decisión de su madre.

Cuando hubieron partido, permanecí pensativa. No me complacía Luynes. Parecía estar en todas partes, y siempre al lado de Luis, impidiéndome la privacidad requerida para atraer a un marido que cada día se mostraba más frío y distante. Desde la primera noche en Burdeos, el rey no había tenido a bien visitarme en la intimidad de mi lecho. Mi padre el rey estaba preocupado por los rumores que llegaban ya a la corte española y me escribía:

... Y responded a lo que otras veces os he preguntado, de si el rey duerme siempre en vuestro aposento o algunas veces, y no os corráis de decirlo a un padre que os quiere tanto como sabéis.

A lo que yo respondí en la siguiente misiva:

El rey es muy caliente, y no debéis creer lo que os cuentan: no son más que parlerías de mujeres viejas.

Y en una siguiente carta, volvía a manifestarme su preocupación:

Os confieso que quisiera, aunque os pongáis colorada, que como el rey está muchos ratos del día en vuestro aposento, estuviere algunos de la noche.

¿Callaba para no inquietar a mi padre o era que en lo más profundo de mi ser no podía aceptar una realidad demasiado humillante? Mi marido no me deseaba, y mi única misión, y yo lo sabía, era atraerle para concebir un heredero. Desde la decepcionante noche de bodas, Luis XIII no me había tocado más que para besarme la mano con cortesía. Entristecida y desorientada por el rumbo que tomaba mi vida, confié a la condesa de la Torre:

—Decidme vuestra sincera opinión. ¿Creéis que debería adoptar las

costumbres de las damas francesas? Ellas usan de mucha licencia en sus vestidos; muestran provocativas su bello escote. Tal vez si yo incitara al rey...

A mi pregunta mi camarera mayor me respondió con una anécdota que nos habían referido. Ella la interpretaba como un aviso. Una bella dama de la corte francesa exhibía un generoso escote en uno de los bailes de palacio. El rey la vio y se acercó a ella lentamente, y cuando ella creía que tendría que agradecer la admiración real, permaneció horrorizada cuando Luis escupió con rabia sobre la escotada.

A pesar de eso, yo insistí:

—Tal vez si yo incitara al rey...

—¡Dios os libre, majestad! —me respondió ella, escandalizada—. ¡Oriunda sois de la Casa de Austria y reina de Francia! Nadie os puede igualar. Ni en alcurnia, ni en hermosura. Vuestra belleza oscurece a cualquier dama. No necesitáis estos subterfugios. El rey es aún muy joven. Las mujeres maduran antes que los hombres. Tened paciencia.

La joven hermosa que yo era en aquella época, que recibía halagos en muchas ocasiones, pero a quien su marido no visitaba en su cámara, sufría con el desdén del hombre que hubiera debido protegerla, y con los rumores que empezaban a propagarse, no solo en París, sino en su tierra natal, preocupando a mi padre. Pero no me quería dar por vencida. Comencé a pensar en algo que atrajera a mi esposo y no llenara de indignación a la severa condesa.

—Hemos de cavilar la manera de entretener al rey... —Y permanecí abstraída—. ¡Ya está! —exclamé al cabo de un rato—. Montaremos una comedia, a la moda española, que divertirá a su majestad, y poco a poco hallará contento a mi lado.

Mis damas me habían vestido para que estuviera bella y atractiva para el rey. Escogí un vestido de satén verde, que destacaba el color de mis ojos, magníficamente bordado en oro y plata, las mangas abrochadas con refulgentes diamantes y como tocado un gorro del mismo tejido con una negrísima pluma de grulla, que resaltaba la luz de mi pelo. Esperaba

ardientemente la llegada de mi señor. Pero a la hora fijada, un emisario de Luis vino para avisarme de que el rey había partido de caza. La ilusión de atraer a mi esposo se había desvanecido. Él conocía el esfuerzo y el tiempo que yo había empleado en montar una obra de teatro dedicada a él. ¿Y por quién me había dejado delante de todas las damas y señores principales? Por su favorito y omnipresente Luynes. En aquellos lejanos años yo no percibía la amplitud del rechazo de mi esposo. Luego comprendí que le molestaba hasta mi estilo de vida. Su mirada despectiva se fijaba en los almohadones del estrado que seguían la moda española, en los vestidos de mis damas, en todo aquello que no era francés. Empecé entonces a comprender el sentido profundo de los consejos del embajador español, y su recomendación sobre actuar siempre con la máxima prudencia.

Un atisbo de la verdadera naturaleza del rey se presentó ante mis ojos con la fuerza de un latigazo. Era frío y gustaba de humillarme, sobre todo delante de los personajes de la corte. ¡Qué diferencia con la de mi padre, donde a las damas se nos trataba con sumo respeto!

Echaba de menos el cálido amor con el que nos rodeaba mi padre.

Me hundía poco a poco en una envolvente tristeza, cuando Manuela me animó con su visión práctica y positiva de la vida. Esa mujer me infundía la energía y la llama de esperanza que yo necesitaba:

—¡No ha de ser siempre así! Encontraré el camino hacia el corazón de mi esposo, y gozaré de un hogar dichoso como el que he tenido con mis padres y mis hermanos.

Pero una intriga tenebrosa, cruel y fría se tramaba en la cámara del rey.

El mariscal D'Ancre y Leonora Galigai

1617

Acababa de recibir una mala nueva que la distancia agravaba. Mi hermana Margarita había muerto en el mes de marzo. Quedé desconsolada. Pero además, unos trágicos acontecimientos iban a colocarme frente a la dura realidad de aquellos tiempos. La ambición irrefrenable del mariscal D'Ancre

había producido furioso descontento por sus abusos en todos los aspectos. Leonora había amasado a su nombre innumerables obras de arte, que colgaban en su espléndida morada, el *hôtel* de Tournon. Además, en el apartamento de Leonora en el Louvre, justo encima del de la reina regente, acumulaba costosos tapices, pieles exóticas, preciosos muebles de Indias y vajilla de oro.

Venidos de Florencia en el séquito de mi suegra, cargos, sinecuras y prebendas eran acaparados por Concino Concini y su mujer Leonora Galigai, aprovechando su cercanía a María de Medici. El mariscal D'Ancre y su mujer eran de origen humilde y se habían alzado a las alturas en breve tiempo, rebañando de los impuestos de la Corona, provocando la envidia de los pobres, la furia de los grandes y el odio de todos. Los príncipes violentos de aquella época y sus secuaces no necesitaban más. Pero he de admitir que el matrimonio cayó en desgracia, cuando el mariscal empezaba a trabajar para afianzar a la Corona, que favorecía también sus intereses, recortando los poderes de estos príncipes de reminiscencias medievales.

Una oleada de críticas, pasquines y murmuraciones se extendía por la ciudad como un río de lava que quemaba el ánimo de quien las oía. Supe que le inculpaban de comportarse como un condotiero en país conquistado. Como consecuencia, un peligroso desprecio hacia los extranjeros se había introducido en la mente popular. Los años de guerra habían empobrecido a la población y la necesidad era tal que el país se hallaba al borde de la guerra civil. Mal momento para mostrarse codicioso. Además, el mariscal se presentaba siempre con una actitud sumamente arrogante.

En esos tiempos turbulentos, yo necesitaba consejo y el embajador de España, duque de Monteleón, preocupado por la falta de descendencia real, y el abandono, ya notorio, que yo soportaba, mantenía estrecha relación con su infanta y yo me confiaba a él. Me informaba del deterioro de la convivencia entre la población y la agresividad creciente en las calles de París. Un día gris y tormentoso de marzo me visitó, cosa usual en su relación como embajador y miembro destacado de mi casa.

Cuando entró en mi cámara, me encontró acompañada por mis damas y la camarera mayor. Ella, al ver la expresión del legado, mandó a todas dejarme

con Monteleón. Pero yo le pedí a la condesa que permaneciera. A solas los tres, pudo el legado hablar sin ambages:

—Malas nuevas he de comunicaros, señora. Algo se trama. La ciudad está muy revuelta. Corren rumores de toda condición y ninguno es bueno.

—¿Habéis podido desentrañar algún dato que os aclare si la intriga puede resultarme maléfica? —pregunté asustada.

—No, majestad. No sabría deciros con claridad lo que sucede, pero las murmuraciones de antaño se han transformado en dañinos libelos que traen sulfuradas a las gentes sencillas.

—¿Qué queréis decir? ¿A qué libelos os referís?

Observé que el diplomático temía ese momento. Tendría que relatar la infame maledicencia, escrita en innumerables panfletos que pasaban de mano en mano. Mi mayor temor era que se refirieran al rechazo de mi esposo a mi persona y por tanto a la imposibilidad de concebir al heredero.

—Alteza... —Le costaba comenzar—. Son críticas feroces que lastiman la honra de la reina madre.

—Continuad, si creéis que de ello he de tener conocimiento —le animé, armándome de valor.

—La indignación por el proceder del matrimonio Concini y su desmedido enriquecimiento han salpicado a la reina madre que los protege en exceso. Las calumnias vertidas en esos escritos han convertido esa indignación en ira incontrolable. Temo lo que pueda sobrevenir en estos días.

La expresión del legado era de honda preocupación. Mas yo necesitaba saber.

—A vuestro entender, ¿mandará el rey al mariscal al destierro?

—Dios quiera que sea solo desterrado —respondió.

Yo había visto a mi esposo en esos días sereno, por eso aseguré:

—Desechad vuestros temores. El rey mi señor está tranquilo. —Miré al embajador. Callaba, pero supe que tenía que decir algo más—. ¿Barruntáis resoluciones más drásticas? —indagué con un hilo de voz.

La camarera mayor, que había permanecido en silencio durante toda la conversación, atenta a cada palabra, intervino:

—Majestad, no deseo alarmaros, mas el embajador consigue información

fidedigna; sus «ojos y orejas» son los mejores de París. Por otra parte, bien es ser prevenidos. No olvidéis el asesinato, no tan lejano, de Enrique IV a manos de Ravaillac.

—¡Cielo santo, qué tiempo tumultuoso! ¿Y qué imputaciones diabólicas son esas que han sulfurado tanto a la población? —pregunté con temor.

—Acusan a María de Medici de proteger a Concini y de... —Suspiró—. Tener trato carnal con él —concluyó.

—¡Qué disparate! ¿Cómo han podido dar crédito a semejante falacia?

—Es un dislate, sí, mas lo han creído. Sed prudente, señora. —Y el embajador, dirigiéndose a la condesa, aconsejó—: Haced vida retirada; no dejéis vuestros apartamentos. Hablad poco y no confiéis en nadie.

La influencia desmedida del matrimonio Concini podía costarles caro. Pero tal vez lo que originó el golpe de gracia fue la arrogancia de Concini. Trataba con infinito desdén a los grandes, pero osó comportarse así también con el rey. Este no lo olvidó. Unos meses antes, el mariscal había entrado en el Louvre con su acostumbrada escolta de más de cien hombres. Luis XIII estaba asomado a uno de los balcones y el Mariscal pretendió que no le había visto y pasó sin saludar ni cumplir con el debido protocolo. Despreció a un adolescente, mostrando que no le daba la más mínima importancia. Pagaría caro su error. Leonora, más observadora, había querido convencer a María de Medici, y a su propio marido, acerca de la conveniencia de retirarse a Italia. La muerte de su hija, acaecida en enero, había sido un golpe demasiado acerado para no cercenar su ambición. Angustiada por las calumnias, advirtió profética a la reina refiriéndose a Concini:

—Señora, camina hacia su perdición. Y recordad que, perdiéndose él, os perderá a vos y a mí.

Entretanto, el rey había pedido a Luynes que informara a su madre de que deseaba tomar las riendas del poder y no quería a Concini a su lado. Luynes, inquieto por las repercusiones del encargo, habló a su vez con el obispo de Carcasona, para que él convenciera a la reina regente de la oportunidad de desembarazarse de los Concini. Convencida de la realidad que le presentaba el prelado, mi suegra habló con Leonora y esta con Concini. Pero él, no contento con sus múltiples prebendas, ansiaba más. Había conseguido ser

nombrado lugarteniente general de Normandía el pasado 13 de junio. Las plazas fuertes de Caen, Quillebeuf y Pont-de-l'Arche estaban a su servicio. En esa época de conjuras y traiciones, alguien, y poderoso, se sentiría amenazado ante el creciente poder del mariscal. Más aún, Concini se había preocupado en el Consejo de proponer, por primera vez, resoluciones que afianzaran el poder real en detrimento de unos príncipes con tendencias feudales.

Entre estos, Condé se erigió en el antagonista principal del mariscal.

Pero también el pueblo, convenientemente manipulado, odiaba a los Concini, «los extranjeros». María de Medici, sintiendo el peligro, mandó llamar al príncipe de Condé, a fin de asegurarse su lealtad.

La reina regente cuidó mucho su apariencia, utilizando la sabiduría florentina para escenificar un encuentro. Se vistió con imponente vestido de seda gris perla. Un centelleante rubí se apoyaba en la almidonada lechuguilla, el cuello de encaje blanco; gruesas perlas de los mares del Sur brindaban luz a su rostro. Le esperó junto a la ventana para que el sol hiciera titilar la crujiente seda e incorporar así el brillo del astro a su persona. A la reina regente le costaba pedir, pues su memoria vindicativa le hacía tener presente los pasados ataques del príncipe a su regencia, pero comenzó:

—Recurro a vuestro poder y a vuestra fidelidad a la Corona.

—Sabéis, señora, que esa ha sido la constante de mi casa.

María de Medici me contó que Condé había pronunciado las últimas palabras con la contundencia del que se sabe necesario.

—La juventud del rey precisa del consejo y apoyo de sus importantes primos. —Ese tratamiento dulcificaba la actitud y la manera imperiosa de la regente. Y continuó—: El bien de la Corona y la felicidad de Francia os necesitan.

—Así se hará —respondió Condé.

Cuando el mariscal tornó a París, su mujer le habló con toda crudeza del peligro que podían correr. En vez de razonar, se dejó llevar por la ira y el resentimiento, y amenazó a diestro y siniestro sobre la venganza implacable que iba a tomar contra todos aquellos que proponían su exilio. Empeoró así su situación.

Los consejeros comprendieron que no iba a ser tan fácil arrestar a Concini, y de tácito acuerdo resolvieron tomar decisiones drásticas. Yo temía que la caída de los Concini afectara a mi suegra y tuviera serias dificultades. Era mucho peor. La tragedia estaba en marcha.

La primavera había comenzado borrascosa. En ese año de 1617 las tormentas, lluvias incesantes y vientos de gran potencia habían traído consigo una sensación de turbulencia, que se extendía por doquier como un mal augurio. Los cielos ennegrecidos por nubes cargadas de agua, rayos electrizantes y truenos potentes cargaban la atmósfera de siniestros presagios. La tensión colmaba de malos presentimientos el aire de París. Y yo seguía sola. Manuela procuraba levantar mi ánimo. Me aconsejaba prudencia:

—Señora, habéis de esperar a que vuestro esposo madure, como os repite la condesa de la Torre. Es aún muy joven.

—Sí, Manuela, sí, pero mi hogar dichoso me hace anhelar el calor de la felicidad. Esta frialdad me pesa como una losa. —Sabía que ella comprendía, y continué—: Y ahora ante estos conflictos, esta angustia que invade la corte como una bruma venenosa, siento miedo.

Solo ante Manuela, ante mi valiente doncella, me atrevía a mostrar mi debilidad. Entonces ella me cantaba alegres canciones de nuestra tierra, que me devolvían un poco de la alegría perdida.

También la reina madre sentía que algo indefinible y amenazador se fraguaba en su entorno. Era una sensación sutil, pero omnipresente, que se manifestaba con persistencia: cierto desapego de su hijo, la situación política alarmante y el descontento contra los Concini eran razones más que suficientes para la preocupación. Era conocedora de que el mariscal D'Ancre preparaba un ejército y que esto significaría una nueva guerra civil, cuando el recuerdo de los horrores de la anterior aún poblaba sus sueños de pesadillas.

Si hubiera hecho un análisis riguroso de sus propias actuaciones, habría de reconocer el dispendio de su casa, sus regalos excesivos a aquellos que la rodeaban, su afición desmesurada a las joyas, la subida de los impuestos en sus tierras del Languedoc con el fin de llenar sus arcas, y la adjudicación de cargos y prebendas a cambio de jugosas cantidades de dinero, que habían

provocado el descontento de aquellos que no las habían recibido. Y detrás de toda la desmesurada corrupción, Leonora Galigai, que había de pagar muy cara su codicia y la ciega arrogancia y ambición de su marido.

Ante todas estas acusaciones verdaderas y falsas calumnias, mi esposo, en reunión con sus consejeros, determinó que era ya el momento de mandar a Concini al exilio para evitar males mayores. El nuncio Bentivoglio, conocedor de los laberintos de la corte francesa y temeroso del futuro de su compatriota María de Medici, escribía en uno de sus despachos: «Dios quiera que la caída del mariscal, no precipite la de la reina, que es buena y tiene buenas intenciones».

Pero no había contado con la inconsciencia del mariscal D'Ancre. Cuando la reina regente y Leonora le sondearon de nuevo de la manera más delicada posible sobre el destierro, la furia de Concini se desató con una tempestad de resentimiento. Su cólera temeraria le hizo pronunciar una serie de graves amenazas, que infundieron una vez más el pánico en algunos consejeros del rey. El más amedrentado era Luynes, conocido ya por su falta de valor y resolución en las ocasiones de peligro. Mal consejero es el miedo. Los conjurados se dieron cuenta de que no se iría mansamente y que si le prendían, era muy posible que ofreciera resistencia. «¿Y si contara el italiano con más partidarios de los que ellos creían? ¿Y si existían conjuras que ignoraban? ¿Qué será de nosotros si él vence?», se preguntaban atemorizados.

Era preciso utilizar la astucia. Solo un reducido número de leales al rey tomaron las decisiones. Y resolvieron disimular su enojo para golpear más fuerte y cuando la presa estuviera confiada en su omnímodo poder. La bravata del mariscal había surtido el efecto contrario.

«Me temen», pensó él. Y con esa equivocada convicción organizó su visita a palacio.

Yo sentía el peligro que nos cercaba. Parecía que la guerra civil pudiera estallar en cualquier momento. El mariscal colocaba retenes de soldados leales a él en diversos puntos de París, y los principales príncipes conspiraban y tomaban barrios de la ciudad. Los guardias franceses asignados a palacio

fueron sustituidos por la Guardia Suiza, compuesta de alemanes que no se dejaban intimidar por la población, ni sentían la más mínima simpatía por esta. Mi suegra estaba temerosa e inquieta, pero no era muy dada a la reflexión y además era muy terca respecto a las decisiones tomadas y por esa razón no profundizó en las causas de esta situación tan volátil, y al no hacerlo precipitó su desgracia.

La noche del 19 de abril María de Medici tuvo un sueño estremecedor: era la víctima de un proceso en el que le condenaban a muerte. Fue tan vivaz la pesadilla, que la trastornó. Habló con su consejero Richelieu, que la tranquilizó y luego pidió a su cuñado que se apresurara a hablar con Luynes, por si este podía desentrañar la trama que ella tanto temía. Mas el taimado clérigo intentó aprovechar la coyuntura para su beneficio, y se ofreció con descaro:

—Si el placer de su majestad fuera considerarme como uno de sus ministros, no habría nada, bien en el nombramiento de cargos, sea en otros asuntos que yo pudiera conocer, le daría siempre el consejo más leal.

Como si Luynes permitiera otro consejero ambicioso junto a *su rey*. El domingo 23 de abril María esperaba al mariscal. Los conjurados conocían esta visita y acordaron que acudirían a la misma cámara de la reina, para invitar a Concini que fuera a ver al rey. Pero este llegó al Louvre con mucho retraso y tras unos instantes con la reina regente, dejó el palacio a toda velocidad. El paje que debía acompañarle a la presencia de Luis XIII encontró a la Medici sola.

Cuando mi esposo vino a visitarnos, como era su costumbre cotidiana, a su madre y a mí, mostraba un aspecto sereno, casi impasible. Tras las vísperas, cenó con apetito y se retiró a descansar.

«Nada le turba. Era solo un mal sueño. He de tranquilizarme. Nada funesto ha de suceder», pensó la reina madre y se retiró ella también a sus aposentos.

La celada

24 de abril de 1617

La mañana era perfecta para su afición favorita: salir de caza. Luis XIII se había despertado de buen humor, como si esperara una buena noticia. Cuando ya estaba vestido y los caballos y las carrozas aguardaban, decidió jugar una partida de billar antes de marchar. Concini era de una rigurosa puntualidad y acostumbraba a llegar siempre a la misma hora, hacia las nueve, pero ese día eran pasadas ya las diez y no había aparecido. La tensión comenzaba a hacer presa en los conspiradores. En el patio los perros se impacientaban, y como no tenían qué hacer, intentaban mordisquear las patas de los corceles que piafaban amenazadores. Un ambiente de tormenta sobrevolaba el patio del Louvre.

El barón de Vitry, capitán de la Guardia de Corps y encargado del prendimiento, se paseaba nervioso, recorriendo la sala a grandes zancadas, abrumado por las decisiones que habría de tomar.

Un guardia entró en ese instante para avisarle que el mariscal se aproximaba. El barón, a quien el peso de la responsabilidad y los nervios impedían razonar con frialdad, se precipitó hacia la garita, con tal agitación que hubo de cruzarse con Concini, pero no le vio. Una vez en la entrada, comprendió que era el momento de actuar y ordenó que cerraran la puerta. La numerosa escolta del mariscal, a la puerta del Louvre que daba a la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois, observaba impotente desde el exterior la maniobra que dejaba a Concini solo dentro del palacio sin protección.

Este no se percató de lo que sucedía a sus espaldas, pues leía con atención una carta. Se acercó Vitry a él y con voz tonante y agarrando al mariscal por el brazo le espetó:

—¡En nombre del rey! ¡Yo os arresto!

El estupor paralizó a Concini. Allí estaba el hombre más temido de Francia, de pie, mirando a aquel que osaba lo impensable. Vestido de luto por la muerte de su hija, su estampa era de una suprema elegancia: los gregüescos grises, el jubón negro bordado en oro, un soberbio capote de terciopelo y un sombrero de fieltro adornado de plumas grises proclamaban su alta posición. En un intento desesperado llamó a sus custodios:

—¡A mí!!

Intentó desenvainar la espada. Era lo que el capitán había anhelado: resistencia a la autoridad del rey. Todo sucedió a extraordinaria celeridad. Tres disparos certeros, dos en la frente y uno en la garganta, acabaron de inmediato con la vida del mariscal. Su sangre corría por el suelo como un aviso de terror y violencia.

Una vez que narraron al monarca los trágicos sucesos, asombró a todos, incluso a aquellos que creían conocerle, la glacial frialdad del rey. Tomó sereno su espada y su carabina, y se mostró al pueblo que abarrotaba la plaza frente al palacio, pues había acudido al oír los disparos. Entonces profirió despacio, con voz queda, mas con extrema determinación:

—Gracias. Mucho os lo agradezco. Ahora soy rey.

Tras disfrutar de los vítores de sus súbditos, cerró la ventana, como si con ese gesto concluyera un capítulo de su vida, que ansiaba ya olvidar.

Para asegurarse de su muerte, le habían cosido a puñaladas y el cuerpo inerte del otrora poderoso mariscal yacía sobre una fría piedra, regada por hilillos de sangre. En la pequeña estancia al lado de la sala de guardia, los arqueros reales aguardaban las órdenes para dar cristiana sepultura a los restos mortales del marido de Leonora.

Supo esta al instante de conocer la noticia que estaba perdida. En un intento de supervivencia, corrió a la cámara de María para suplicar su ayuda. La reina regente había dado orden la noche anterior de que no la despertaran, por eso sus damas no dejaron pasar a un caballero que se presentó a las ocho de la mañana, para, según él, avisar a la reina de un grave asunto.

Cuando a la reina madre la despertó el tumulto, ya era demasiado tarde. Mandó preguntar a Vitry lo que sucedía. La contestación del barón le arrebató toda esperanza:

—Ha muerto el mariscal por oponer resistencia a las órdenes del rey.

La desesperación más profunda se apoderó de ella, y exclamó con un grito desgarrador:

—He reinado durante siete años. Solo me queda esperar la corona del cielo.

Y prorrumpió en un llanto desesperado, que sus damas no osaron calmar. Un servidor intentó sugerir que habían de avisar a la mariscalca, pero que no sabía cómo contarle tan terribles noticias, sin saber que Leonora aguardaba ya en una sala contigua para ser recibida. La explosión de cólera con que la reina respondió dejó aturdido al escudero:

—¿Cómo osáis importunar a vuestra reina cuando he de pensar en graves asuntos de Estado? —Y tras una pausa, añadió—: Si no sabéis cómo anunciársela, ¡¡cantadla!!

Desolado por la falta de caridad de María de Medici, escapó como alma que lleva el diablo, pero en una de las salas no pudo sustraerse a unas manos convulsas que le agarraron por el jubón. Una Leonora desprovista de aquella suficiencia que le era característica, angustiada por el miedo y derrotada por la pena, rogaba, imploraba que le condujera ante su majestad.

La clemencia, que honra a quien la siente y bendice a quien la recibe, hizo sacar fuerzas de flaqueza al buen chambelán, y tornó junto a su soberana. Al verle allí de nuevo, los ojos de María echaron chispas de rabia, pero él, armándose de valor, suplicó:

—Majestad, tened piedad con vuestra amiga caída en desgracia. ¡Os lo ruego!

—¿Piedad? ¿Estáis en vuestro sano juicio? ¡No quiero volver a oír el nombre de esa gente. ¡¡Bien que se lo advertí!! Hace tiempo que tenían que estar de vuelta en su tierra, en Italia.

Y así abandonó a su suerte a su compinche de antaño. Solo pensaba en su propia salvación. Quedó pensativa, abstraída en sus elucubraciones, dirigiendo sus pasos hacia un rincón para desandarlos al instante, agitándose y retorciendo con frenesí un pañuelo entre sus manos hasta que se paró en seco y sus rasgos tomaron un aspecto menos convulso. Dirigiéndose a la princesa de Conti, que gozaba de la estima del rey, le conminó:

—Id a ver al rey. Os escuchará. He de saber qué trama.

—Señora, no tengo en palacio el vestido adecuado para presentarme ante su majestad, pero puedo rogar al señor de Luynes que acuda aquí —contestó la Conti.

Este se apresuró a atender la llamada y ocultando sus verdaderos

designios, escuchó con atención a la atribulada madre.

—Haced que su majestad me reciba. He de verle. Os guardaré eterna gratitud por vuestra intercesión.

No era tarea fácil.

Encontró Luynes a Luis XIII acicalándose para mostrarse al pueblo de París. El consejero, con una profunda reverencia, saludó a su señor y, armándose de valor, se atrevió a decir:

—Majestad, todo el pueblo aguarda con impaciencia para regocijarse con vuestra majestad, de los prósperos tiempos que esperan a Francia.

Luis sintió renacer la confianza en sí mismo:

—Así ha de ser. Apareceré de nuevo en el balcón para que saluden a su rey.

Luynes intentó entusiasmar a Luis XIII:

—Sire, si aceptáis mi humilde sugerencia, sería más conveniente que cabalgarais en brioso corcel entre vuestros súbditos, con la majestad que os es propia, mostrando a la par que el poder es vuestro.

—¿Contaré con la protección necesaria? Las calles pueden ser peligrosas. Recordad lo que aconteció a mi padre.

El hijo, que había perdido a su amado padre bajo el puñal asesino siendo aún niño, recordaba siempre aquel día en el que su vida cambió. El amor de Enrique IV a su hijo era uno de los pilares de la vida de Luis.

—He menester de unas horas para organizar la guardia. Mas no temáis, en estos momentos de contento, el entusiasmo de vuestro pueblo será vuestro mejor escudo. —Reflexionó el consejero unos instantes tras estas alabanzas, y respirando hondo se decidió a cumplir el encargo de la reina—. Majestad —empezó casi en un susurro— he de imploraros que me deis licencia para transmitir una súplica.

La expresión del joven monarca se endureció.

—Decid —ordenó lacónico.

—He de presentaros, sire, el respetuoso ruego de vuestra madre, que desea la recibáis.

Su rostro mostró la cólera que le produjo la gestión de su amigo, y con glacial enojo respondió el rey:

—Dejad de abogar por causas perdidas. No os conviene. En verdad ahora soy el rey. —Y partió tranquilo hacia su almuerzo, repitiéndose a sí mismo —: Ya soy el rey. Ahora soy el rey.

El joven monarca, que había tenido que soportar la falta de respeto y hasta la insolencia de Concini, gozaba ahora de su triunfo. Su extrema frialdad le había conducido a portarse con disimulo y tascar el freno, pero ahora que se sentía poderoso no tenía la menor intención de ser clemente. Olvidaba así que la clemencia es cualidad de los grandes reyes y de los seres humanos con grandeza de alma.

María de Medici se hallaba presa de la desesperación. Sus intentos de ver a su hijo, se habían resuelto con un rotundo fracaso. Para colmo de males, el rey había prohibido que los personajes de la corte visitaran a su madre y había clausurado el puentecillo que unía las estancias de la reina regente con el jardín al borde del río. María no podía pasear como ella gustaba de hacer, y para más inquietud, de las tres puertas de sus apartamentos, dos habían sido tapiadas. Por si hubiera pensado en algún momento en la huida, los arqueros del rey, la temida guardia escocesa, vigilaban la única entrada que no había sido sellada. El embajador Bartolini, enviado del gran duque de Toscana, astuto y conocedor de los secretos del Louvre, llegó a la reina regente a través de un pasadizo oculto en las paredes. Aconsejó con firmeza que aceptara el exilio, e insistió con conocimiento que podría negociar el lugar, nada más. Las damas de la reina se miraron una a otra desoladas, sin saber qué resolución tomar. De manera súbita, la reina gritó esperanzada:

—¡Madame de Guercheville! ¡Sí, eso es! Y digiriéndose a ella, suplicó—: Escuchadme: ¡Acudid al encuentro del rey! ¡Os atenderá! Nutre una gran estima por vuestra persona. ¡Conseguid que me reciba! ¡Id. Id sin tardanza!!

Era un encargo difícil. Madame de Guercheville conocía bien al soberano. Durante la infancia de este, ella se había ocupado de aliviar las soledades del niño asustado, y le había tratado con cariño. Luis XIII no lo había olvidado y profesaba a la anciana dama de su madre un sincero afecto. Pero madame de Guercheville era una mujer inteligente y sabía que sería casi imposible vencer el resentimiento de aquel que, finalmente, tras una larga espera, se recreaba

en su victoria.

La señora se apostó en el corredor por donde sabía que había de pasar el rey. No podía permitirse nervios ni dudas; la más mínima vacilación y la ocasión estaría perdida. Repitió mentalmente lo que había de hacer y decir. Cuando apareció el monarca, y antes de que él pudiera reaccionar, se arrojó a sus pies, rogando al hijo por la desolada madre. Él la alzó con dulzura:

—Señora, alzaos. Conocéis mi estima y afecto por vos.

—Sire, sé de vuestra generosidad y misericordia... Os pido humildemente que tengáis a bien atender el mensaje de una madre atribulada, que tengo el encargo de transmitir.

—Os escucho —dijo él con un deje de impaciencia.

—Mi señora, la reina madre, os suplica que en vuestra infinita bondad, le concedáis audiencia. Es mucho su tormento y confía en vuestra piedad filial.

—Nunca ella me trató como se trata a un hijo. Así y todo, yo la consideraré como madre.

En sus ojos se podía leer el resentimiento acumulado. Se desquitaba de años de trato glacial y desdeñoso de su progenitora. María de Medici nunca le atribuyó ninguna cualidad a ese niño solitario, encerrado en su tartamudez y en su pena, que lloraba cada día la pérdida del padre amado.

—¡Gracias, majestad! ¡Corro a darle la buena noticia!

—No os apresuréis. No tengo intención de encontrarla por el momento. Los asuntos de Francia requieren toda mi atención. Adiós, señora.

Cuando María oyó el relato de esta escena, comprendió la magnitud de su desgracia, sintió que la vida se le escapaba y se desvaneció, resbalando con lentitud por un oscuro túnel.

El embajador

El duque de Monteleón pidió verme. A pesar del contento manifiesto de los ciudadanos, los acontecimientos habían tomado un cariz espeluznante, y quería ser él quien advirtiera a su señora la conveniencia de ser más prudente que nunca.

Yo estaba sentada junto a la ventana y la luz iluminaba mis rubios cabellos que Manuela había arreglado con primor alrededor del rostro como diáfana corona, pues sabía que me favorecían. A pesar de la alegría que me procuraba la visita del embajador, yo estaba inquieta y temerosa. La expresión de Monteleón denotaba pesar por los recientes sucesos, y yo sentí una profunda angustia por lo que intuía habría de escuchar.

—Sed bienvenido, señor embajador, mas no albergo mucha esperanza sobre las nuevas de las que sois portador.

—Sufridme con paciencia, señora. Las malas nuevas son más útiles conocidas que ignoradas. No es mi deseo conturbaros, pero estimo mi obligación relataros los horrendos hechos que se están produciendo en París.

—¿Más aún, Monteleón, más aún? ¿No es suficiente con la sangre de ese desdichado de Concini?

El legado miró en torno como si temiera oídos indiscretos.

—Quisiera ante todo preveniros contra vos misma.

—¿Contra mí... misma? ¿Qué oculta intención tienen vuestras palabras?

—La reina madre está desesperada. Pedirá vuestra ayuda. No debéis incurrir en el error de acceder. Nada se puede hacer por ella.

—¿Vos me incitáis a que así me comporte? No cometeré esa falta de caridad.

El embajador se alarmó.

—Señora, ¡os lo imploro! ¡Escuchadme! Madame de Guercheville, que goza del aprecio del rey, no consiguió su piedad. Debéis pensar en vos; habéis de afianzar el afecto de vuestro esposo, y vuestra intervención solo conseguiría irritarle. —Y tras referirle las duras palabras del rey con respecto a su madre, continuó con pesar—: Pero hay asuntos más graves. —Le invité a que prosiguiera su narración—. El contento de la población por ver a su rey al mando ha dado paso a una tumultuosa e indigna venganza.

—No os detengáis. ¡Me tenéis en ascuas!

—Concini fue enterrado ayer en la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois —continuó contrito—. Una multitud enloquecida rompió esta mañana el cemento aún blando del sepulcro, y tras izar el cadáver con una soga, lo apalearon y descuartizaron. —El espanto me había quitado el habla, pero el

embajador tenía que advertirme—. Alguien más va a caer. Mucho me temo que varias personas y vos tenéis que permanecer al margen. —Según él, era necesario que yo comprendiera que había de protegerme—. Hay algo que debéis conocer. Las turbas se han paseado por París en macabra procesión, coreando cantos obscenos con los que incriminaban a María de Medici de todos los crímenes y aberraciones. Y en ningún momento fueron disturbados en su aterrador e infame cometido.

—¿Y me pedís que no interceda por quien así es vilipendiada?

—Sí, majestad. Os conmino a que mantengáis una discreta prudencia. Vuestro futuro podría en caso contrario verse comprometido.

Los hombres del rey se preparaban para lo que había de ser el primer Consejo de Luis XIII. Le aguardaban con impaciencia conscientes de la importancia del momento. Hasta entonces el joven monarca había sido preterido siempre en los afectos de su madre frente a su hermano Gastón. María no había ocultado su desdén hacia las, para ella invisibles, cualidades de su hijo mayor. Y así había ido conformando mi esposo su carácter, que disimulaba su profundo resentimiento hacia aquellos que no habían sabido reconocer sus méritos. En el fondo, madre e hijo se parecían. Era un hombre atribulado por unos complejos que no le permitían ser feliz. Un hábil observador de la realidad, el nuncio del Santo Padre, escribía a su santidad: «Él tenía mas vergüenza de la sexualidad que sensualidad y que no sentía ningún estímulo carnal capaz de hacerle perder esa vergüenza».

Esperaban al rey para el Consejo, en primer lugar, Charles de Villeroy, un venerable anciano en quien el rey depositaba toda confianza en su dilatada experiencia, a pesar de que le sabía corruptible. Partidario del entendimiento con la potencia española, disfrutaba de pingües beneficios por esta inclinación. El día anterior, al verlo, Luis había exclamado, abrazándole:

—¡Padre mío, ya soy rey, no me abandonéis!

En la misma sala, a su lado, Luynes satisfecho de haberse librado de Concini y de tocar el poder con sus manos; un poco más allá, Claude Guichard-Déageant, quizás el más preparado de todos ellos, y Louis Tronson, hombre de leyes eficiente y discreto, comentaban con aire enfrascado los

asuntos a presentar a su señor. Estaba presente también la corte de Luynes: sus dos hermanos Cadenet y Brantes y su primo el barón de Modène.

En la antecámara, un esperanzado Richelieu oteaba el corredor por donde habría de aparecer el rey. Le había enviado la reina madre, en un desesperado intento de conocer la suerte que le esperaba. El soberano al verle le gritó:

—¡Eh, obispo, ya me escapé de tu tiranía!

En el fondo, Luis seguía siendo el niño asustado ante su imperiosa madre. No quería encontrarla, pues temía tartamudear y ser dominado de nuevo por ella. Ansiaba que se cumpliera su mandato. Ansiaba ser rey.

3. *Ya soy rey.* 1617-1619

El Consejo *25 de abril de 1617*

El rey exultaba. Todos los temores, las desavenencias con su madre, las humillaciones sufridas de manos de Concini... se habían disipado como se esfuma ante el sol la pálida niebla. Recordé entonces una frase que mi esposo me había contado, aludiendo a la relación que tenía con la reina regente: «*Je faisais l'enfant.* (Me hacía el niño)».

Había aprendido a disimular ante una progenitora imperiosa que no consideraba a su hijo, ni intentaba tan siquiera escucharle. Pero que le infligía castigos corporales, incluso cuando ya era rey. Entonces él se encerró en sí mismo y esperó su momento con habilidad. Se prometió que verían de lo que él era capaz.

Al fin ostentaba el poder. Hasta su apariencia parecía haber cambiado. El muchacho no muy alto, de pocas carnes, rostro ancho, poco agraciado, dominado por voluminosa nariz, cuyo carácter daba la impresión de no entender la realidad que le rodeaba, se había transformado en un hombre que ejercía su autoridad con frialdad, y que estaba sumamente atento al desarrollo del Consejo. Cuando intervino, lo hizo en un tono firme, decidido, sin el tartamudeo que en él era habitual y que tanto le había hecho sufrir.

—Señores consejeros, es menester deis vuestro mejor consejo y trabajéis en bien de nuestra Francia, que necesitada está de hombres probados de experiencia en los asuntos del reino y lealtad a su soberano.

Inició Villeroy un parlamento protocolario de homenaje y acatamiento y puso enseguida sobre la mesa la preocupación que estaba en la mente de todos.

—Venimos de épocas turbulentas: guerras de religión, conjuras de los príncipes que tendrían el deber de ser el más fiel apoyo de la monarquía y

ataques en el exterior que han debilitado en extremo la salud del reino. No es momento idóneo para consentir intrigas.

—Continuad, señor de Villeroy, y sed más preciso. Son muchos y graves los negocios a tratar —exhortó, impaciente, Luis XIII.

—Sire, el daño producido por la ambición y avaricia del mariscal D'Ancre ha empañado, y me duele decirlo, la persona de la reina madre.

Ante el titubeo del anciano consejero, el joven monarca le animó:

—¿Y bien? Hablad sin recelo.

—Temo, sire, que se impone una prudente distancia entre la reina madre y la capital, para que murmuraciones y libelos no perjudiquen a la Corona.

El rey permaneció un instante en silencio, y luego se dirigió a su favorito:

—Luynes, ¿cuál es vuestra opinión?

—Majestad, comparto la sugerencia de Villeroy a vuestra persona. Es doloroso para un hijo la separación de la madre, pero vos sois ante todo rey y el reino está por encima de consideraciones familiares.

Era exactamente lo que el monarca esperaba oír.

«¡Ah, el buen Luynes! ¡Qué bien ha transformado en penoso deber el ansia de liberarme de la pesada autoridad de la reina!», pensó aliviado el soberano, pero aparentó resignarse a su dolorosa responsabilidad hacia la nación.

—No es menester que el alejamiento sea un castigo —expresó Luis, condescendiente—. Su dignidad de reina ha de ser preservada.

—Blois podía ser una de las ciudades idóneas... —apuntó Villeroy.

El rey tomó al vuelo la sugerencia.

—Sea. Blois.

Luynes retomó el argumento:

—Sire, sería bueno que la reina, que Dios guarde, pudiera disfrutar de toda su corte y no privarla de todos aquellos que gozan de su confianza.

Luis XIII preguntó lo que ya había sido decidido de antemano:

—¿Quién tenéis en mente cuando así os expresáis?

—Majestad, me refiero al obispo de Luçon. A Richelieu.

Una vez más, el amigo había dado en la diana, porque todo había sido bien atado en el íntimo círculo del rey. Por fin, el monarca podría perder de

vista al enojoso clérigo. Quedaba otro enfadoso tema que abordar:

—Y la mariscalca, ¿qué hacemos de Leonora Galigai? —preguntó el rey a Villeroy.

Sabía con detalle lo que sucedería, pero habían de ser los consejeros los que sentenciaran a la desdichada viuda.

—Sire, muchos han sido los destrozos que dicha señora ha producido. Su responsabilidad es grave —apuntó obediente Villeroy.

—Máxima, diría —intervino Luynes.

—Señores consejeros, dejo a vuestra conciencia y firmeza el resultado de vuestras deliberaciones.

Y Luis XIII delegó así en otras manos una sentencia que llenaría de ignominia a todos los que participaron en ese Consejo, sentencia que ya estaba decidida y que condenaba a una mujer inocente.

Tras el Consejo, el rey vino a visitarme, como hacía de continuo: breves y protocolarios encuentros. Pero esta vez profirió una frase que me hizo recuperar la esperanza:

—Señora, ahora soy el rey y vos la reina.

—Majestad, ¿qué sucederá a vuestra madre? —me atreví a preguntar, a pesar de mis temores.

—El Consejo ha decidido, de común acuerdo, que debe retirarse de la corte, y partirá para Blois con todo su séquito —me informó mi esposo de mala gana.

—¿No consideráis el castigo excesivo?

Percibí que empezaba a sentirse contrariado por mi insistencia.

—Señora, no. Las murmuraciones y calumnias han deteriorado el prestigio de la monarquía y es necesario que pase un tiempo alejada hasta que se calmen las aguas.

—Permitidme que acuda a su lado, para reconfortarla en esta su tristeza.

El rostro de mi esposo mostró una mueca de disgusto.

—Ha de partir de inmediato y no deseo que ni vos ni nadie se entreviste con ella.

Hice un último intento:

—Mas es vuestra madre...

—¿Pretendéis enseñarme mis deberes? —me interrumpió el rey, mostrando su autoridad—. ¡Volved a vuestros sentidos! ¡Mía es la responsabilidad del reino!

—Majestad, no osaría semejante atrevimiento —intenté disculparme, ante su tono violento—. Pero os imploro clemencia...

—Me irritáis, señora —atajó de nuevo, de manera cortante—. Parto a la caza. —Y antes de desaparecer, volviéndose hacia mí, me ordenó—: La despediremos desde el balcón para deseársela una buena jornada.

Entonces comprendí el profundo sentido de las palabras del embajador de España, y la valiosa información que este atesoraba. Permanecí pensativa, reflexionando sobre la conversación que con él había mantenido días atrás, y un pensamiento me alertó: «He de ser prudente. Esperar y escuchar. Me va en ello el destierro o tal vez la vida».

El destierro

3 de mayo de 1617

Aunque el rey no había consentido recibir a su madre en privado, sí había querido escenificar ante toda la corte la despedida de la regente con toda la pompa que la institución merecía. Llegó Luis escoltado por sus fieles Bassompierre y Luynes, por su hermano Gastón y el príncipe de Joinville. Habían sido convocados también los embajadores extranjeros, los príncipes de sangre y los «importantes», personajes así llamados por su cercanía al rey, o que hacían ver que disfrutaban de ella.

El monarca parecía seguro de sí, tranquilo, sereno. Ni la menor emoción ni pesadumbre afligían su semblante. Cuando apareció María de Medici, muchos sintieron la aflicción que atenazaba a la reina regente. El hijo accedió a recibir a la desolada madre, que intentó proferir unas palabras que el rey silenció con unas frases contundentes y estudiadas:

—Señora, he venido a vos para deciros adiós y para aseguraos que cuidaré de vos, pues mi madre sois. He querido aliviaros de la carga que os

suponían mis asuntos; es ya hora de que descanséis y yo me ocupe de ellos: he tomado la decisión de que nadie más que yo gobierne mi reino. Soy rey ahora. He dado orden de que provean de todo lo necesario para vuestro viaje, y que os acompañe La Curée: tendréis mis noticias cuando lleguéis a Blois. Adiós, señora, amadme y yo seré vuestro hijo devoto.

Yo había pedido despedirme de mi suegra, pero Luis no me concedió ese deseo. María de Medici ante el muro que su hijo había elevado entre los dos, había decidido marchar de inmediato y de esta manera agradó al rey y pudo cambiar el castillo de Moulins, que estaba casi en ruinas, por el de Blois. Le fue convenido también llevar consigo al obispo de Luçon, que había convenido con acierto el retiro de la reina regente. No sin antes negociar con el todopoderoso Luynes, al que referiría todo cuanto aconteciera en torno a la reina madre, llegando a afirmar: «De cuando en cuando, yo informaba con exactitud de las acciones de la reina».

Espiaba a su protectora por orden de Luynes.

Antes de que el rey hiciera ademán de partir, la acongojada madre abrazó a su hijo, pero este haciendo a su madre una cortés pero fría reverencia, inició la marcha. Luynes quiso despedirse de la reina regente, pero Luis le amonestó con impaciencia. Quería irse a cazar.

La vimos partir desde un balcón del Louvre, y después nos acercamos a la galería, desde donde contemplamos el carruaje que la llevaba al exilio, cruzando el puente Nuevo siguiendo la orilla del Sena, para embocar después la ruta para Orleans. Intuí que mi esposo quería asegurarse de la realidad de su marcha, confirmar que no había sido un sueño. Para celebrarlo, partió esa misma noche, acompañado de sus íntimos, hacia Vincennes.

Por primera vez, la madre empezó a entender el verdadero carácter de su hijo. Pero ya era tarde.

Condena de Leonora

28 de abril de 1617

Leonora Galigai, después de arrebatarse todas sus joyas, había sido

confinada en unas habitaciones en los altos del palacio del Louvre. Pensó ahí que el destierro sería su destino, pero cuando el 28 de abril la condujeron a la Bastilla, temió que el castigo pudiera ser más severo. Sabía ya que parte de sus bienes serían confiscados, y pensó que siendo cuantiosos aplacarían la sed de Luynes. Caviló sobre la mejor manera de organizar su defensa, pues había de luchar por la herencia de su hijo, tan joven aún, y que este no sufriera los errores de sus padres.

El 11 de mayo la trasladaron a la Conciergerie, donde sería juzgada. Las cancillerías extranjeras observaban con atención el desarrollo de los acontecimientos, pues conocían por sus legados que una lucha por el poder, más encarnizada aún que la anterior, iba a continuar disfrazada de justicia y legalidad. El embajador de Venecia instruía a su gobierno:

—La vida de la mariscal D'Ancre se me aparece siniestra, y han descubierto que es posible que sea culpable de brujería. De todas maneras, si este delito fuera confirmado y castigado, empañaría la reputación de la reina madre, a causa de los exagerados favores que le otorgó y que son muy mal interpretados.

En la correspondencia de Leonora a los príncipes italianos y a su santidad, no habían logrado encontrar signo alguno de traición, por tanto hubieron de buscar algo que la incriminara sin lugar a dudas: brujería. Como había profetizado el legado veneciano, esta acusación era de suma gravedad. Es lo que iba a permitir a sus enemigos condenarla a muerte, y apoderarse así, de forma miserable, de la inmensa fortuna de los Concini. «Muerto el perro, se acabó la rabia». Debían de conocer el refrán.

El duque de Bellegarde fue encargado del odioso cometido de visitar a cada uno de los jueces, a fin de convencerles sobre la oportunidad de un veredicto inculpatario.

El embajador de España, duque de Monteleón, acudió al Louvre el 6 de julio como era su costumbre, para informarme de los acontecimientos recientes, de la terrible realidad; aquellos hechos escondidos, que no era conveniente ocultarme. Ante su sorpresa, un guardia le cerró el paso. Hizo llamar a un capitán para que deshiciera el tremendo error, y este le contestó

que no existía ninguna equivocación, que esas eran sus órdenes.

—Los embajadores, todos sin excepción, han de pedir audiencia.

—Erráis, señor capitán —dijo airado Monteleón—. No acudo tan solo como embajador de su católica majestad, sino también como mayordomo que soy de la casa de la reina, lo que me da derecho a presentarme a su servicio en todo momento.

—No existe yerro en mi acción, excelencia. He sido informado de que ese cargo que vos decís disfrutar no se conoce en la corte francesa. Por tanto habréis de solicitar ser recibido —respondió el capitán con suficiencia.

La irritación no dejaba respirar al embajador, pero hubo de conformarse y volver a la embajada desde donde requirió el encuentro con la reina.

Mientras tanto, el juicio de Leonora seguía su implacable curso, que se fundamentaba ahora en su estrecha relación con médicos judíos y sacerdotes exorcistas.

Pudo por fin el buen legado entrar en palacio y contarme el lamentable final de la historia. Era el 6 de julio y antesala del horror que se iba a culminar. La expresión seria del embajador me hizo temer lo peor.

—Hablad, señor embajador. Me tenéis en ascuas.

—Señora, todo aquello que barruntábamos se ha cumplido. La sentencia por brujería es un hecho.

—¿Cómo es posible?

—¿Cuáles han sido las pruebas?

Yo conocía bien la gravedad de la acusación. Y me estremecí porque comprendí que habían decidido su perdición.

—Majestad, le preguntaron a Leonora si se servía de sus amigos judíos, para, a través de la cábala, librarse del demonio que le atormentaba. Ella respondió que su médico judío se limitaba a cuidar la salud de su cuerpo.

—¡Pero si en todas las cortes europeas acogen a médicos judíos, notables por sus conocimientos! —exclamé con pena. Allí se dirimía algo más que las inclinaciones de una mujer ambiciosa.

—Sí, señora, mas le preguntaron luego si era cierto que había mandado venir a un judío de Granada para que le adivinara el porvenir por medio de salmos y signos demoniacos.

—¿De Granada? ¿O sea, un judío de España? —reflexioné preocupada. Si además de brujería se le acusaba de espía, el tormento y la muerte podían ser de infinita crueldad.

—Sé que os lo repito con exceso, pero habréis de extremar el cuidado. Todos estos sutiles hilos, como de hábil araña, son peligrosos.

—¡Virgen santa, cuánta maldad produce la codicia! Porque lo que está en juego es el jugoso capital de los Concini. Era menester condenarla para así apropiarse de la inmensa fortuna de Leonora.

Quedamos los dos pensativos un instante y el legado continuó:

—Esta misma tarde, majestad, el presidente del tribunal interrogó a la desdichada sobre su relación con el diablo. Ella contestó con gran firmeza, que juraba por Dios que jamás se mezcló con brujas.

—La Galigai fue imprudente, pero condenarla por algo que no cometió es miserable injusticia. ¡Y dejan a su hijo, Henri Concini, de trece años, huérfano y en la miseria!

El furor me ahogaba.

—Atenta, señora, atenta con vuestras palabras. El poder tiene ojos y orejas por doquier. Pero os consolará saber que algunos jueces no han acudido al juicio para no ser parte de esa iniquidad.

Mi pensamiento iba uniendo los distintos puntos de este macabro rompecabezas:

—El rey no me dejó visitar a mi suegra, pero comprendí que estaba desesperada. Parece ser que al verse perdida, exclamó desgarrada: «*Ahimé, siamo cadutti della padella al fuoco!!* ¡¡Pobre de mí, hemos caído de la sartén al fuego!!». —Permanecí en silencio unos instantes, anonadada por las pésimas nuevas—. ¡Y hablan de la crueldad de nuestra Inquisición! Estaré avisada, señor embajador. Cuidaré que mis pensamientos no vean la luz. Observaré y callaré. Mas si algún día tengo poder para ello, no consentiré estos desmanes.

Dos días después, el 8 de julio, fue leída la sentencia a la pobre Leonora. La acusada esperaba a que el presidente del tribunal dictara cuál sería su destino. Leonora pensaba con angustia lo triste que iba a ser su viaje a Italia, expulsada de Francia y sin su fortuna, pero sobre todo sin su hija,

recientemente fallecida y su marido. Cuando oyó la sentencia de muerte por «Delito de lesa majestad divina y humana», gritó desesperada: «*Oimé poveretta!* ¡Pobre de mí!».

Monteleón me siguió contando que Leonora marchó aterrada hacia el lugar de ejecución. Sentí una profunda pena por esa mujer. ¡Qué largo debió resultarle el trayecto hacia el cadalso! Estaba inmersa en mis lúgubres pensamientos cuando oí que Monteleón, tras una pausa en la que vi sus ojos aún impregnados de horror, continuó:

—En un intento desesperado de supervivencia, declaró estar encinta para evitar el ajusticiamiento. Pero enseguida se recompuso y con la mayor dignidad aceptó su sino. Las calles estaban atestadas de gente que gritaba los mayores insultos, y en esas horribles circunstancias avanzó ella hacia el patíbulo. El recorrido entre la Conciergerie y la plaza de Grève se hizo aún más penoso a Leonora por los gritos de odio que profería la multitud: «¡Malvada! ¡Bruja! ¡A muerte con ella!». Insultos que se clavaban en el alma de la ambiciosa, pero inocente mujer. Esos cargos falsos la llevaban sin posibilidad de defensa hacia la muerte. Una vez allí, con voz sonora y la tranquilidad en el semblante, perdonó al rey, a la reina, y volviéndose hacia la turba añadió: «Y a vosotros todos. Soy inocente».

Así concluyó el embajador su tenebroso relato, tras el que quedé aniquilada.

París era un hervidero donde se cocían las más variadas y truculentas versiones. Los legados extranjeros, finos observadores de las circunstancias, instruían a sus príncipes de lo que realmente había acontecido. El embajador de la Serenísima escribía: «Con una intrepidez del alma y un desprecio a la muerte hasta el patíbulo, ha asombrado a todos con su valor».

El pueblo, que tanto insultó a la mariscala en el patíbulo, comenzó a murmurar su posible inocencia. Esa inocencia de Leonora sobrevoló el cielo de París ennegrecido por el humo del brasero donde habían quemado su cabeza. Incluso el gélido Richelieu no pudo por menos de exclamar a propósito de Leonora: «Solo la verdad me impulsa a decir esto, y no el deseo de favorecer a esta mujer tan desdichada como inocente».

Perlas de sangre

1617

La espléndida colección de joyas de Leonora le había sido regalada a Luynes. Este, temeroso ante la desmesura del regalo y las maledicencias de las afiladas lenguas de los cortesanos, había aconsejado al rey que entregara el magnífico collar de perlas de los mares del Sur a la reina su esposa.

Lo recibí con cortesía, pero una vez a solas con mi camarera mayor, y en presencia de mis fieles Manuela y Estefanilla, lo aparté con horror:

—¡No las deseo! ¡Son perlas de sangre!

—¡Guardadlas en un cofre! Señora —aconsejó la condesa—, es menester que las uséis. Es un regalo de vuestro esposo y si no las lucís, puede tomarlo a enojo. —Tras un breve silencio insistió—: Majestad, nada pudisteis hacer para remediar esa injusticia, y un desprecio os colocaría en delicada posición.

—Conoces mi pasión por las perlas, pero estas están manchadas por la calumnia y la maldad. Me quemarían.

La condesa de la Torre quedó pensativa y luego sugirió:

—Añadid una bella cruz que anule el maléfico recuerdo de su origen.

—No, no ha de ser así. Tocarían siempre mi piel. —Reflexioné unos instantes—. Ya sé... además de la cruz, agregaré algunas más, que serán bendecidas con anterioridad, y así podré lucirlo sobre el vestido. El tejido me protegerá de su contacto.

Quedé pensando y elegí entre mis joyas una cruz, regalo de mi tía Isabel Clara Eugenia, magnífica pieza en oro con preciosas esmeraldas, piedras que eran conocidas por apartar el mal de ojo y las asechanzas del maligno. Tres luminosas perlas colgaban de ella y representaban las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. Sonreí pensando en la autora del regalo. Mujer más santa no había. Además, la cruz había sido bendecida.

Manuela me sacó de mi reflexión y me indicó con una mirada que mi camarera tenía pintado el temor en el rostro:

—Las tres personas que aquí estamos daríamos la vida por vuestra alteza. Estad descansada. Pero os lo suplico, majestad, extremad la prudencia. Esta es una corte plena de intrigas, donde una trama puede acabar con la vida de

un inocente. Hablad poco y desconfiad mucho.

Quise sosegar a esas tres mujeres que mostraban seria preocupación por mí:

—Sabio consejo me das y te aseguro lo he de seguir. Sé que mi futuro depende de mi prudencia. —La condesa de la Torre parecía un poco más tranquila. Quise entonces restar dramatismo a la inquietante situación y comencé a imaginar—: Sé también que he de esforzarme en atraer a mi marido. Mi seguridad depende de su contento. Has de encargarte unos *patins* para que luzca más esbelta. Usaré los tejidos más oscuros, que resalten mi piel y mis ojos...

—Señora —intervino Manuela con espontaneidad—, ¡sois la dama más bella de Francia!

Los halagos de los otros me hacían sentir más hiriente el desdén de mi esposo.

—¡Ay, Manuela! Tu devoción hacia mí así te lo hace ver, pero el rey no me visita; pasa sus días cazando y cena con su favorito.

—Tened paciencia, majestad. Poco a poco lograréis la confianza del rey, y Dios Todopoderoso os mandará descendencia que os asentará en el trono —me consoló la camarera mayor.

—Sé que aunque no queráis mostrarlo, estáis preocupada, condesa, y mi padre me escribe en ese sentido. Mirad la última carta que de él recibí.

Había tomado la costumbre de sellar mis cartas una vez leídas, para prevenir indiscreciones. Abrió la camarera el lacre y leyó con desmayo, tras breves frases de cariño, la admonición del rey de España:

Y responded a lo que otras veces os he preguntado, de si el rey duerme siempre en vuestro aposento o algunas veces, y no os corráis de decirlo a un padre que os quiere tanto como sabéis.

Entonces hizo la condesa un signo a las dos muchachas para que nos dejaran solas. Estefanilla, que rezongaba en voz baja, obedeció a regañadientes. Una vez solas, la camarera mayor advirtió:

—Señora, conozco la fidelidad de vuestra aya y de la doncella, pero os

encarezco que uséis de cuidado sumo. Vuestra juventud no os permite ver el mal, pero a vuestro alrededor hay gente avisada que podrían servirse de la inocencia de estas mujeres para perderos.

—Sí, sí. Lo tendré presente. Pero ahora volvamos a mi anhelo: he de capturar la atención de mi esposo, he de incitar su curiosidad. ¡He de hacerle mío! —Y, ya más tranquila, continué reflexionando—: Las damas de España somos asaz diversas. Estas francesas gozan de una libertad de costumbres que nosotras no disfrutamos. Ved su conversación, es ligera, sus modales, distendidos...

Y permanecí pensativa, momento que De la Torre aprovechó para enfatizar:

—¡Y tanto! Manejan arcabuz y pistolas, cabalgan de manera desaforada y son maestras en urdir intrigas. No, mi señora no, no han de ser vuestro ejemplo.

—Has de reconocer que, a la par, son muy femeninas y coquetas, lucen sus encantos sin ningún rubor... Tal vez yo debiera también usar esas ropas tan incitantes que ellas lucen, con esos escotes tan sugerentes.

—¡Dios me libre! —exclamó horrorizada la condesa—. ¡Una infanta de España de esa guisa! ¡Tornad a vuestro buen sentido!

—¿Y si así cautivara a mi marido?

—No me atrevo a daros consejo, pero recordad que nos contaron que el rey escupió en el escote de una dama porque le pareció provocativa en exceso. Escribid al rey vuestro padre y tranquilizadle.

Segura de la respuesta, la camarera mayor se serenó, y en su fuero interno continuó elucubrando: «¡Válgame la Virgen Santísima, una infanta y, además reina de Francia, comportándose como las bribonas de esta corte! ¡Antes quiero ver los burros volar!».

La ascensión de Luynes no había hecho más que comenzar. Su cargo de halconero del rey le proporcionaba la cercanía al soberano, cercanía que él aprovechaba para destilar consejos que redundaban con frecuencia en su beneficio. Era asimismo jefe de la Capitanía del Louvre, lo que le daba derecho a vivir en un apartamento de dicho palacio, estando a toda hora a

disposición de su majestad. Le aguardaban los más altos cargos de la nación.

La gratitud por haberle librado de los omnipresentes y odiados Concini inspiró al rey el nombramiento del bello Charles para el Parlamento. El nuevo consejero necesitaría una bolsa bien repleta para llevar una vida acorde con su nuevo rango. Dicho y hecho. Las rentas provenientes de las posesiones y cuentas bancarias de los desdichados Leonora y Concino le fueron adjudicadas en agosto. He aquí a nuestro héroe de ninguna batalla, dispuesto a ascender en la escala social pretendiendo la más poderosa de las alianzas.

La elegida fue María de Rohan, hija del duque de Montbazon.

Los Rohan pertenecían a la más antigua nobleza de Francia, y en su escudo de armas se podía leer: «*Roi, je ne puis; duc, je ne daigne, Rohan je suis*». Rey, no puedo; duque, ni me digno; Rohan soy.

María era una belleza de diecisiete años. Unía a sus gracias físicas, una extraordinaria energía que utilizada en nobles causas, hubiera podido concederle un puesto de importancia en la corte. Pero la joven apuntaba también una tendencia a la intriga, un afán de placer y diversión, una osadía en sus planteamientos, que habrían alertado a alguien más avisado que Luynes. Yo misma estuve engañada muchos años. Este pensaba sobre todo en su ambición, y para conseguir estos objetivos los Rohan eran perfectos. ¡Subir, subir en la escala del poder! Para el chico de pequeña nobleza provinciana, nada podía ser más excitante.

La boda, en septiembre de ese mismo año, fue celebrada con un fasto casi real. Toda la corte asistió a la ceremonia, que tuvo lugar el 11 de septiembre. La novia, engalanada como una reina, iba vestida de seda color del oro bordada en plata que la hacía resplandecer. Para provocar aún más comentarios, se adornaba con algunas de las esplendorosas joyas arrebatadas a Leonora. Yo asistía inmóvil a la boda de mi rival, sin dejar traslucir mis verdaderos pensamientos. Fueron unos años en los que, como hiciera el emperador romano Claudio, era mejor para la salud parecer inofensivo, sin ideas, sin ambiciones. ¡Callé tanto! No podía sospechar que esa mujer que imaginaba tan temible como el favorito se iba a convertir, para mi desdicha, en una de mis más preciadas confidentes.

No podía yo entender que hubiera osado Luynes adornar a su mujer con

alhajas tan controvertidas y de desgraciado origen. Un maravilloso peine de oro, encargado por el riquísimo novio para la ocasión, sujetaba el recamado velo que caía sobre los hombros y la seda del vestido como si fuera una cascada de levísimas gotas.

Una corona ducal de fulgurantes rubís remataba el aderezo que enarbolaba las iniciales de la desposada. Completaban la diadema tres esmeraldas de gran tamaño y diamantes que comenzaban a gozar de gran predilección en toda Europa.

En el cuello de María brillaba uno de los collares de la Concini: un orfebre italiano había creado un prodigio sutil de esmaltes y oro, que culminaba en un medallón central donde tronaba un extraordinario rubí.

Dos días más tarde, una gran recepción celebraba la unión de estos personajes, a los que muchos en la corte llenaban de cumplidos y alabanzas, previniendo futuras peticiones de consejos, cargos y prebendas varias. Las mesas del banquete eran un prodigio; más parecían un cuadro soñado que genuina realidad. El tejido color de oropéndola que las cubría había sido pintado con motivos alegóricos de caza: plumas de faisán, penachos de urogallo y alas de halcón, en clara alusión a la compartida afición del halconero real y su rey.

Unos pájaros, cincelados con esmero en plata dorada, sujetaban con sus desplegados airones unos fruteros de ónice que ofrecían los más tentadores confites. Una vez sentados, los criados comenzaron a posar en la mesa las diferentes viandas: merluzas cocidas y desnudas de su piel, langostas enrojecidas por el agua en ebullición, cangrejos de río de brillante carmesí, a los que siguieron una gran variedad de aves asadas, acompañadas de aquellos frutos con los que se alimentaban esos pájaros a fin de obtener un maridaje perfecto de sabores.

Unos pajes vestidos del mismo color de los manteles entraron haciendo sonar unas campanillas que anunciaban la *pièce de résistance*, el plato estrella. En unas enormes bandejas se posaban unos faisanes adornados con todas sus plumas y con esbelta y elegante cola.

Para terminar, entre otros muchos dulces, pudieron los comensales disfrutar de unos refrescantes granizados de frutas y de elaborados pasteles

que portaron en unos azafates, grandes bandejas repujadas, que acababan en unos caballos alados de gran efecto. Entre los asistentes, causó gran sorpresa la desenvoltura con la que la desposada trataba al rey, y un mayor desconcierto aún la reacción del soberano. Él, tan tímido y recatado de naturaleza, tan consciente de su posición y autoridad real, así como celoso del protocolo y respeto a él debidos, permitía a la desenfadada joven una familiaridad del todo inadecuada.

Tras el banquete, pasaron los convidados, precedidos por el rey y yo, a un inmenso salón donde tendría lugar una representación teatral.

El español Lope de Vega gozaba de un gran renombre, y un autor francés había realizado un divertimento en el estilo de la comedia *La fortuna merecida* de Lope. No me parecía muy adecuada la elección, pues, aunque así se presentaba la ascensión del nuevo duque, a nadie se le escapaba que había sido la fortuna en nada merecida, y no el mérito, lo que había impulsado a Luynes. A mi memoria vino el gran autor español, sus divertidas comedias de enredo, pero sobre todo sus hermosos versos de amor desesperado:

*Beber veneno por licor suave,
Olvidar el provecho, amar el daño;
Creer que un cielo en un infierno cabe;
Esto es amor, quien lo probó lo sabe.*

Y sentí que el veneno del desamor me apresaba como tela de araña. Noté una mirada clavada en mí. Era mi esposo que me examinaba con disgusto. Cambié de inmediato de expresión y enarbolé una sonrisa complacida. Había de estar alegre. Celebrábamos el matrimonio del favorito del rey y de la que temí aspirara al mismo puesto. Eran enemigos peligrosos, pero yo debía mostrarme gozosa. Había de sobrevivir.

1618

En la primavera de 1618, María de Medici seguía confinada en Blois, pero la desconfianza natural de mi esposo había intuido que el obispo de

Luçon poseía una astucia inusual, y temiendo los recursos de su malicia, obligó a este prelado a abandonar a la reina regente y exilarse a Avignon. Mi suegra era voluntariosa y no tardaría en encontrar partidarios que le ayudarían a enfrentarse a la también persistente voluntad de su hijo. Equivocadamente, Luis había apartado a María humillándola públicamente. Para una italiana *fare la brutta figura*, o *perdere la faccia*, quedar mal, era una situación denigrante, insoportable.

Cierto es que el monarca le había permitido conservar sus rentas y muchos servidores y que ella hubiera podido contentarse con una vida cómoda, sin causar problemas a su hijo, pero ni el carácter de María ni el de mi esposo estaban hechos para el entendimiento. Para envenenar más esas relaciones ya maltrechas, el rey pidió a su madre una carta en la que admitiera los muchos errores de su regencia; era como hundir la daga en la herida. Ella se negó indignada, y la respuesta de su hijo fue apresar a un estrecho colaborador de María llamado Barbín, y encerrarlo en la Bastilla. Esta represalia produjo un gran escándalo. Las decisiones que tomaría mi suegra en los años sucesivos iban a arrojarla al precipicio en el que acabó su vida.

Mi esposo, creyente y ferviente católico, estaba decidido a que se cumpliera el edicto que ordenaba devolver a la Iglesia los bienes que le habían sido arrebatados y reinstaurar el culto católico que había sido abolido en algunas regiones durante la guerra de religión. Con ese propósito, mandó a un comisario real, Renard de Bonchamps, al Bearne. El conflicto estalló el mismo día que llegó el alto funcionario. La gente se echó a la calle, asaltó la casa donde se hospedaba el comisario y se negaron a cumplir las órdenes del rey. Ni las luchas entre protestantes y católicos ni las disensiones entre madre e hijo estaban zanjadas. Ambas situaciones iban a ser origen de honda preocupación, pues la guerra de religión había recommenzado.

El mantón de Manila

1618

Estaba sola. El pasado 30 de noviembre mi esposo había ordenado la expulsión del personal español de mi casa, a excepción de mi médico, mi confesor, mi entrañable Estefanilla y mi animosa Manuela. Además, el buen embajador Monteleón había sido reclamado por Olivares para que volviera a Madrid. Recluida en mis apartamentos por un inoportuno brote de varicela, y sin visita alguna del rey, que temía el contagio, pensé: «Soy la mujer más desgraciada y abandonada...».

Me sentía abatida y la nostalgia se fue apoderando de mí de manera subrepticia. Me recosté en la *chaise longue*. Me habían enseñado a no quejarme, por dignidad, por educación, por respeto a los demás y a mí misma. Sabía también que era inútil lamentarse. Mi marido no me amaba, no había duda, pero lo más hiriente era que no disimulaba delante de la corte. Es más, a la vez que me mostraba su indiferencia, cuando no el desprecio, extremaba la amabilidad con otras damas, siendo una de ellas la pizpireta duquesa de Luynes.

Como ya he dicho, esta unía a su belleza y juventud un comportamiento desinhibido que, para sorpresa de todos, complacía al rey. Sentí un escalofrío. A mis muchas preocupaciones añadía esta última. No solo tenía que medirme con el favorito de mi marido, el bello Charles, sino que ahora había de cuidarme de su mujer María. Me envolví en la suave seda del mantón. El frío húmedo del Louvre mordía mi piel, pero era más cruel el hielo interior que atenazaba mi espíritu. El chal de Manila con el que me arropaba traía memorias de tiempos felices, de la corte de Madrid, de mi familia donde había sido bien amada. Recordé el día en que mi padre me había regalado la simbólica prenda. Fue poco antes de que emprendiera viaje a Francia, ya convertida en reina. Lo observé con nostalgia.

En verdad era digno de una emperatriz. La rutilante seda me recordaba su origen: una maravillosa historia de amor. Una mujer enamorada, Nugua, había querido regalar a su amado, el emperador de la China, un presente excepcional, algo desconocido. Quería que ese manto siguiera acariciando la piel del amado, cuando ella, por el protocolo o la distancia, no pudiera hacerlo.

Yo había leído esta historia romántica tiempo atrás, y sentía la misma

emoción toda vez que la recordaba: mil quinientos años antes, en la China milenaria, Nigua había experimentado con unos gusanos que creaban con sutilísimo hilo, unos tiernos capullos. Con este hilo, mandó tejer un manto para su señor, y luego manos primorosas bordaron en tenues colores, dragones, mariposas y una esplendorosa peonía. El emperador amó el presente, y así lo expresó a Nigua en noches de cálida pasión. ¡Cuánto me había impresionado esta historia! «¿Será lo más cerca que esté yo de una auténtica pasión? ¿En historias vividas por otras mujeres?», pensé.

Un latigazo de pena azotó mi espíritu. No. No me podía dejar vencer. Este mantón de Manila era el símbolo del largo camino que hemos de recorrer, la esperanza de que a veces en la noche más oscura, surge el resplandor de la luz.

Manos hábiles habían bordado la dúctil seda, que ahora me arropaba. Había llegado de las lejanas tierras de Indias, en el galeón de Manila que, vía Acapulco, traía esa y otras maravillas de refinamiento, que habían de asombrar a Europa durante varios siglos. Y mi estirpe era la impulsora de que el mundo se hubiera abierto a horizontes inimaginados.

Recordé Sevilla cuando la recorrí de manos de mi padre, el aroma potente del azahar que emanaba de sus jardines y embriagaba los sentidos... Rememoré la fascinante Granada y las historias de amor vividas en la Alhambra... como la de mis antepasados, la bella Isabel de Portugal y el emperador Carlos V, que se amaron con pasión. Acaricié la seda color del oro. Admiré los paisajes en ella recamados: colinas ondulantes, casas de techos puntiagudos, árboles mecidos por la brisa; bellas rosas de China con multitud de pétalos; una leve mariposa que parecía habían de escapar volando en ese instante; y por fin, en uno de los ángulos, un fiero dragón que tenía como encargo proteger a su dueña. Suspiré.

«¿Veré algún día el fin de mis desventuras?», me dije.

Unas manos plenas de ternura me acariciaron los hombros. Estefanilla, mi buena niñera, me hablaba con voz dulce:

—¡Ea, ea, mi niña, ¿Qué es esa melancolía? Tened presente a la gitana de Sevilla, que mandó recado de vuestro brillante porvenir. ¡Ha de estar más cercano de lo que podéis imaginar!

Y en diciembre de ese año de 1618, se produjo lo que yo temía. Sé que la costumbre indicaba que, al cabo de algunos meses, se redujera el séquito que acompañaba a la esposa desde su país de nacimiento. Mi esposo me produjo un gran dolor al reenviar a mis damas españolas. Vi partir con inmensa pena a mi camarera mayor y a las otras señoras, y solo me quedó mi querida niñera Estefanilla, y Manuela, pues expliqué al rey que estaba bajo mi protección. Separaron también de mi lado a una niña de tan solo diez años por la que yo sentía mucha ternura. Se llamaba Françoise Bertaut, de padres franceses, pero su madre hablaba un fluido español, que había enseñado a la pequeña, y me placía conversar con esa chiquilla en el idioma de mi tierra natal. Con el tiempo se convertiría en una cronista veraz, que narraba con encanto episodios de mi vida, y firmaría con el nombre de casada, ya que desposó al señor de Motteville. Mi soledad se convirtió en un pozo sin fondo. Estaba a merced de Luis. Una noche fría de enero apareció el rey a visitarme acompañado del viscoso Luynes. Bien porque mi padre me aconsejara de continuo que yaciera con mi esposo, o porque mi ser femenino sensual y falto de cariño me inclinara a ello, acepté con gusto sus caricias.

Sin embargo, tuve la impresión de que mi pronta respuesta le había sorprendido. Y disgustado.

4. *La conjura.* 1619-1623

Las murmuraciones sobre la falta de interés de mi esposo hacia mí eran ya tan repetidas que el nuevo embajador de España, Fernando Girón, escribió a mi padre: «El rey y la reina siguen comportándose como hermanos».

Sin embargo, aquella noche del 25 de enero de 1619, creí asistir a un sueño, cuando vi llegar al señor de Beringhen iluminando con el candelabro los pasos del rey. Detrás, como un inevitable genio maléfico, le seguía Luynes. Despojaron entre los dos a mi esposo de sus vestiduras y le acostaron en mi cama. Estefanilla y Manuela, tras un gesto mío, se apresuraron a partir, y a ella le siguieron los dos amigos del rey. Como exigía el protocolo, madame de Bellière quedó como testigo de lo que iba a suceder. Me parece que mi esposo tuvo que encontrar contento en el encuentro, pues al día siguiente tornó a visitarme y de muy buen grado. Manuela vino a contarme que una de mis damas francesas, a quien no escandalizaban, al contrario agradaban, las historias de lances de amor, supo que el rey había manifestado a su médico su satisfacción por aquella noche. Parece ser que anunció pletórico a su médico Heraud: «Lo he hecho dos veces».

Poco a poco fue espaciando sus reuniones vespertinas con sus amigos y aumentando las nuestras. Y no ocurrían tan solo de noche. Una mañana después de la misa y antes del Consejo, me honró con su presencia... y algo más.

Los embajadores en París enviaban sus informes a sus gobiernos. Nuestro entendimiento hacía pensar en otro entendimiento más contundente. Con la política española.

En aquellos años yo comencé a tener la esperanza de que la relación con mi esposo se fuera afianzando. El rey insistió le acompañara en el viaje que había de hacer, cuya finalidad era reunirse con su madre y conseguir una reconciliación pública. Teníamos que escenificar armonía familiar, en bien del nombre de la Corona. Esos enfrentamientos pasados no convenían en

absoluto a la imagen de la monarquía, habíamos de dar ejemplo, como bien nos enseñara mi padre. Mi esposo se reunía conmigo casi todas las noches y cuando, a causa del tamaño del alojamiento, debíamos instalarnos en moradas distintas, él galopaba muchas leguas para venir a mi encuentro. Era el mes de mayo, la campaña francesa estaba en todo su esplendor y yo me dejaba mecer por el bienestar de la dicha.

Pude comprobar que aquellos que criticaban acerbamente en el pasado a la reina regente comenzaban a compadecer a la madre. Mi esposo, como suele suceder cuando un gobernante pasa de esperanza a realidad, había hecho enemigos durante los meses de su gobierno. Los protestantes, porque habían comprendido que Luis nunca les concedería la simpatía que su padre Enrique IV había mostrado hacia ellos; los «importantes», grandes personajes de la corte, porque no habían obtenido sus prebendas y demandas; y por último, todos los envidiosos de la rápida ascensión de Luynes, a quien juzgaban un incapaz, y creían malgastadas las múltiples cualidades que a ellos adornaban.

Uno de los que mostraba su enojo era el duque de Epernon, que unía en su persona varios cargos de importancia, y que, resentido porque su sobrino no había recibido el capelo cardenalicio, se puso a disposición de María de Medici ofreciéndole ayuda en las miserias y humillaciones a las que estaba sometida. Y ella vio la oportunidad de recuperar el poder. La reina regente necesitaba en aquel momento comunicarse con sus aliados secretos y no tan secretos, y envió una carta a dicho duque con ideas para comenzar la ofensiva. Rozó el desastre.

El mensajero que tenía que llevar la misiva al poderoso Epernon creyó más lucrativo pasar por París, y buscar un postor para venderle la información. Quiso la buena estrella de mi suegra que uno de sus leales reconociera al traidor por las calles de París, y extrañado de que allí estuviera y delatado por su aire de conspirador, le interpelara. Tras una conversación en la que le reprobó su acción con acritud, el partidario de María compró el silencio del felón. Aconsejada mi suegra por los consejeros que la rodeaban decidió darse a la fuga. Richelieu, que además de jefe del Consejo espiaba

para Luynes, desde Avignon sugirió prudencia. A pesar de esta sugerencia, la fecha elegida fue el 22 de febrero.

Al amparo de las nieblas matinales propias de ese mes y lugar, nadie repararía en un carruaje apostado en las cercanías del castillo. Las noticias que llegaban de Blois eran sumamente inquietantes. Además, las conocimos mientras gozábamos de la música de animado baile. Las risas y la alegría se tornaron tristeza y preocupación. Mi suegra se había evadido de Blois el 22 de febrero, y por lo que me contaron, de forma asaz poco heroica. María era alta y con los años, había entrado en eso que los franceses llamaban con delicadeza *embonpoint*, es decir, había engordado. Al ver la escala por la que tenía que descender de una terraza a otra, y de ahí al jardín, se sintió desfallecer. Su propio peso se veía incrementado por los cofres de joyas que portaba y que no podía abandonar y a nadie quería confiar, pues habían de producirle el dinero necesario para ganar voluntades, armas y gentes de guerra. Consiguió a duras penas llegar a la primera veranda, pero faltaba la segunda parte. Como había perdido el equilibrio varias veces al descender, sus acompañantes decidieron envolverla entre abrigos que ataron con resistentes cuerdas y así deslizarla con cuidado hasta el foso.

Tras muchas peripecias y cruzando jardines y huertos, mi suegra llegó al bosquecillo donde aguardaba la carroza. Unos campesinos que se dirigían a sus tempranas labores del campo, al ver a una encopetada señora a esas horas del alba, creyeron que tornaba de algún lance romántico, e hicieron, parece ser, comentarios jocosos que hicieron sonreír a la reina regente. Incluso me dijeron que comentó: «Me toman por señora galante».

Pero sus acompañantes le conminaron a no dar más pistas, y huir lo más rápidamente posible. Los señores de Brenne y Du Plessis, escoltando a la reina, partieron a galope tendido hacia Angulema, donde les aguardaban las bien pertrechadas tropas de Epernon.

El rey decidió de inmediato ponerse al frente de su ejército para aplastar la rebelión. Pero antes, mandó un correo al desterrado Richelieu a Avignon para que partiera hacia Angulema con el fin de instilar un poco de sensatez en la mente de mi suegra.

María había reunido un peligroso número de poderosos descontentos: el

duque de Bouillon y el príncipe de Lorena en la frontera del este y el duque de Epernon en Metz. Este gobernador percibió que María ansiaba el poder por los honores y riquezas que comportaban, pero que ella carecía de una estrategia, un pensamiento para gobernar. Había comprendido finalmente lo veleidosos que podían ser los conjurados, y que en cuanto el rey les concediera las ansiadas prebendas, abandonarían a María. Por tanto aconsejó el diálogo, opción también recomendada por Richelieu, recién llegado el 17 de marzo. Habían de contrarrestar la opinión de uno de los consejeros de María, el belicoso Rucellai, que optaba por el enfrentamiento.

Era el momento de la negociación que el rey esperaba ardientemente. Sabía que esas luchas entre madre e hijo no beneficiaban a ninguno de los dos. Para apaciguarla, mi esposo le ofreció el gobierno de Anjou y el pago de sus cuantiosas deudas, unos seiscientos mil escudos. Para sellar esta Paz de Angulema, Luis escribió a su madre una carta decisiva:

Una de las cosas que más estimo en el mundo es vernos reunidos en tal perfecta amistad y compenetración que nunca tengamos mayor preocupación que la de tener como deber, ser vos una buena madre y yo hijo muy afectuoso.

Era la derrota del intrigante consejero Rucellai, que había perseguido sus fines utilizando incluso la calumnia. El hermano mayor de Richelieu murió en un duelo, a causa de una de ellas. Fue el fin del urdemalas.

Tras firmar el 30 de abril de 1619 el Tratado de Angulema, el rey y la reina hicieron una entrada triunfal en Tours el 5 de septiembre. El 5 de septiembre de 1619 hicieron el rey y la reina regente una entrada triunfal en Tours. María tenía muchos motivos para mantenerse callada, prudente y abandonar su actitud beligerante, pero su carácter insaciable la empujó a encontrar enseguida motivos para renovar el resentimiento. Mi esposo se mostraba cariñoso hacia su madre, pero mi suegra se ofendió porque me dio Luis la precedencia como reina reinante. Tal vez tampoco apreció la tierna sintonía de la que gozábamos los esposos en esa época. Le ulceraba nuestro entendimiento. Otro motivo de rencor era que no le hubiera ya invitado su hijo a participar en el Consejo. El principal oponente lo tenía María en

Luynes, no porque este temiera a mi suegra, sino porque intuía que la mente y la voluntad detrás de ella pertenecían al astuto Richelieu.

La puesta en libertad de Condé fue un excesivo agravio para la reina madre, pues este príncipe se había distinguido por su rebelión contra la regente. Fue absuelto de todos los cargos que se le habían imputado durante la regencia de María. Esta reaccionó con una furia sin límites y el taimado prelado aconsejó a María iniciar la «segunda guerra madre-hijo». Mi suegra creyó, una vez más, que él miraba por los intereses de ella, pero en realidad, y conociendo a Luynes y su incapacidad, lo que Richelieu buscaba era acabar con el poderoso valido.

En esta segunda rebelión, María consiguió reunir a importantes personajes del reino como el conde de Soissons, el duque de Longueville en Normandía, el de Vendôme en Bretaña, La Trémouille en el Poitou, el de Mayenne en la Guyena y el cabecilla de los protestantes, duque de Rohan. Y, por supuesto, el fiel Epernon. Creo que esta decisión selló el principio de su desgracia. Mi esposo intentó repetidas veces una solución pacífica, y envió a sus mejores diplomáticos, los duques de Montbazon y de Bellegarde y al arzobispo de Sens. Todos utilizaron argumentos realistas y sensatos, pero se estrellaron contra la obstinación de la reina madre. Esta nueva insurrección fue seria y destructiva, la gaceta *El Mercurio Francés* describió con rigor y veracidad la importancia de los partidarios de María y sus intenciones bélicas:

Ocupaban desde Dieppe hasta Normandía, pasando por el Garona, es decir, unas doscientas leguas... y debían conducir un poderoso ejército que se dirigiría hasta París, para acabar con los abusos que decían inundaban el Estado.

Mi esposo se encontraba abrumado por las preocupaciones, pero fiel a su deber, y con el objetivo de librar a Francia de más conjuras, el rey se puso de nuevo a la cabeza de un imponente ejército y se dirigió a Normandía. Una tras otra fueron cayendo las ciudades en manos del bando rebelde, Saint-Aignan, defendida por Vendôme, capituló en tres horas. El propio duque salvó la vida cruzando el Loira a nado.

Paz de Angers

10 de agosto de 1620

Todas estas revueltas y conspiraciones asaltaban el ánimo de mi esposo, pero un dolor más íntimo y lacerante nos atenazó a los dos. Perdí al hijo que tanto anhelábamos y que mi esposo ansiaba de manera singular, por nosotros y por la Corona. Una gran angustia se apoderó de mí y una fría niebla comenzó a ahogarme sin que yo pudiera reaccionar.

Como consecuencia de esa pérdida dramática, la tristeza que impregnó mi ánimo fue socavando mi salud, y en el mes de febrero de 1620, caí enferma de gravedad. Me contaron después que todas las iglesias del reino elevaron sus plegarias para mi pronta sanación.

La fiebre era alta y llegué a delirar situaciones insólitas. En los momentos de lucidez, yo percibía la preocupación de los médicos, pero dentro de mi aflicción tuve una singular alegría. Mi esposo se mantuvo a la cabecera de mi cama durante tres días con sus noches, y no aceptó separarse de mí a pesar de los consejos de los galenos, que temían el contagio de una dolencia que aún no habían descifrado. Parece ser que yo rehusaba tomar los medicamentos, y Luis con las palabras más dulces, intentaba convencerme para que lo hiciera. En una de esas noches de dolor, tomó mi mano y con expresión amorosa me susurró:

—No existe nada en el mundo que no hiciera por vos. Daría la mitad de mi reino.

Tomé su mano y la besé con inmensa ternura y agradecimiento. Al recuperarme, días después, mi esposo atribuyó mi curación a la promesa que él había hecho de peregrinar a Nuestra Señora de Loreto, cuyas reliquias él había depositado sobre mi lecho. Su actitud se tornó cariñosa, me atrevo a decir hasta tierna, y compuso una hermosa «*Chanson d’Amaryllis*», la «Canción de Amarilis», en la que celebraba mi belleza como la belleza que eclipsa el brillo del sol.

*Creas, bello sol,
que nada iguala tu esplendor*

*en este tiempo feliz,
cuando realzas la primavera.
¡Pero mira! Palideces
al lado de Amarilis.*

La felicidad de Luis no tenía límites. Para celebrar mi recuperación, determinó organizar un bello espectáculo que tendría lugar el 17 de mayo, en París, para que las gentes de todo el reino conocieran su dicha al haberme arrancado de las garras de la muerte. El gran desfile tuvo lugar en la place Royal, una de las más bellas de la ciudad ordenada por el padre de mi esposo, el rey Enrique IV.

La buena gente se agolpaba para ver a la joven reina resucitada como Eurídice, gracias al amor y constancia de su esposo. El imaginario popular había ya creado un romance del buen rey y la bella reina. Desde el balcón real, engalanado de terciopelo violeta con los lises de oro, yo podía escuchar los vítores de nuestros súbditos. Apareció Luis, y las aclamaciones se reanudaron con entusiasmo. Iba a comenzar el torneo en mi honor. Los gallardetes y oriflamas ondeaban con la brisa de la mañana, la expectación infundía una energía vibrante tanto en los balcones de los nobles como en las gradas del pueblo. El rey se mostró vestido de blanco, con un sombrero ornado de plumas blancas y montando un brioso caballo blanco encapazonado y engualdrapado.

Era el héroe de las novelas de caballerías que tanto me complacían. Se detuvo. Fijó su mirada en el anillo que debía enganchar con su lanza. La aprestó. El sol hería la punta de acero de la pica, y la luz partía del metal con mil destellos. El corcel, anticipando el desafío, piafó contento meneando con gracia sus largas crines. Un instante después, el rey galopaba hacia su trofeo. Arrebató el anillo y lo mostró con orgullo. Repitió su triunfo dos veces más y luego se acercó a recibir su premio. Le entregué el diamante destinado al ganador y le abracé con inmenso cariño. El gentío, emocionado por el espectáculo, nos vitoreaba con alegría desbordante.

Lo que no supe en ese momento, pues estaba demasiado alejada para percibirlo, es que mi esposo se había dirigido para ofrecer su victoria,

primero a su maestro de equitación, y este le había indicado que me lo entregara.

Yo solo veía que Luis me amaba. El mundo era un lugar cálido y hermoso, donde valía la pena vivir.

Guerras de religión

Octubre de 1620

Los poderosos personajes congregados en torno a la reina madre observaron que, aunque ellos eran numerosos, las fuerzas del Estado lo eran más. Richelieu, el que sería mi encarnizado enemigo en los años venideros manejó con astucia sus posibilidades. Aconsejó con firmeza a María la mediación, a cambio de que el rey negociara con el papa la concesión de su capelo cardenalicio. Una vez más, hacía creer a mi esposo que trabajaba para el bien del reino, mientras engatusaba a María y al mismo tiempo obtenía beneficios para él mismo.

Había sido menester escenificar, y ante todo el país, la tierna reconciliación de madre e hijo. Esa Paz de Angers, pactada en agosto de 1620, serviría para que María recuperara el poder, que por vanidad ella tanto anhelaba. Pero cuando se incorporó a la vida de la corte y comprobó que el ascendiente de Luynes sobre su hijo era mayor que nunca, se desesperó. En uno de nuestros encuentros me mostró su desencanto. Ella recordaba a sus amigos Concini, que habían tenido tan dramático fin, y veía con horror que la influencia de Luynes superaba en todo a la que gozaron Leonora y Concini.

La paz se había firmado en Angers, el 10 de agosto de 1620, pero esta vez el trato que mi esposo dispensó a su madre fue distante, glacial y duro. María acusó el golpe. El cambio de actitud de su hijo hacia ella fue notablemente diferente y lo peor estaba por llegar en un futuro no muy lejano. El nuncio Contarini, fino observador, comentó: «Encontré a esta reina muy cambiada desde el año pasado, con una expresión ensombrecida por mil funestos y preocupantes pensamientos».

Pero de momento, otras preocupaciones aún más graves iban a ocupar la mente de mi esposo. Las guerras de religión, que ya habían assolado Francia en el pasado con atroz crueldad, volvían a amenazar la convivencia de los ciudadanos.

La religión católica ganaba adeptos día a día. Sin embargo, la región de Bearne avivó un foco de rebelión que produjo un verdadero incendio. Estas luchas de creencias acompañarían y preocuparían a mi esposo durante diez largos años. El Poitou, el Languedoc y las ciudades de La Rochelle, Montauban y Nîmes fueron los bastiones de estas cruentas batallas. El rey estaba convencido de que su misión en la tierra era conseguir el triunfo del catolicismo y con este pensamiento había ordenado que fueran restituidos sus bienes a la Iglesia católica.

Ya en la primavera de 1618 había enviado a Pau a Renard de Bonchamps para que hiciera acatar las leyes del soberano. Los serios disturbios causaron un agresivo tumulto en el que fue apaleado el buen Bonchamps. En la corte, las opiniones encontradas retrasaban una decisión, Luynes era partidario de la paz; por contra, el confesor del rey, el cardenal Perron le animaba a sojuzgar el Bearne que él llamaba «nido de herejes», y Richelieu, que comenzaba a gozar del predicamento que haría su gloria, respaldaba el uso de la fuerza. También el cardenal de La Rochefoucauld se alineaba con los belicosos y le recriminaba ásperamente a Luynes: «Os negáis a armar a un solo soldado cuando se trata de luchar contra los hugonotes».

Ante estas disensiones, no tomó mi esposo ese año determinación alguna porque su atención estaba focalizada entonces en la fuga de su madre de Blois y la guerra que esta organizó contra su propio hijo. Firmada ya la Paz de Angulema y más tarde la de Angers con María de Medici, el soberano estaba en condiciones de preparar un ejército y con él marchó hacia el Poitou. Una vez llegado, el gobernador le advirtió sobre los peligros que conllevaba una intervención militar. El rey reaccionó colérico ante los consejos del gobernador que le incitaba a la prudencia:

—Tenéis interés en que yo allí me dirija para apoyar vuestra debilidad — le recriminó.

Luynes, que se mantenía en su postura contra esa guerra, permaneció en

Burdeos, y esta actitud contraria a la del monarca originó el naciente desapego de mi esposo que acabó en el desfavor del poderoso valido. El monarca recibió a los miembros del Consejo local que con la cabeza gacha imploraban el perdón real. Con la autoridad que requería el momento les conminó:

—Servidme mejor en el futuro, y yo olvidaré el pasado.

El 20 de octubre mi esposo organizó en Pau una procesión solemne para restituir de manera oficial el culto católico en el Bearn. Toda la belleza y el aparato de nuestros ritos inundaron las calles de la ciudad. Luis había acertado. Un pueblo amante de la belleza apreció estas ceremonias, muy lejanas a la austeridad protestante. El sabor del triunfo y el deseo de compartirlo con la capital del reino trajo a mi esposo al Louvre en cabalgatas desenfrenadas. Al llegar a palacio, lo primero que hizo fue visitar a su madre, como si tuviera que comprobar que María mantenía su alianza, y no conspiraba de nuevo. Entró el rey en mis aposentos y me anunció sin preámbulos, sin consideración y sin el necesario afecto, la muerte de mi padre. Un frío helado se apoderó de mi alma y mi cuerpo acusó la desgracia con un temblor que agitaba mi cuerpo sin que yo pudiera remediarlo. Comprendí entonces la extensión de mi soledad, la desventura demoledora que me había alcanzado y resbalé por la inclinada senda del desamor. Mientras él estaba, siempre habría podido contar con su apoyo. A pesar de que en todo momento mi padre me recordaba los deberes a los que yo estaba obligada, su amor estuvo presente en toda ocasión. Me encontraba en tierra extraña, con un esposo que alternaba un leve afecto con el desdén notorio, sin que yo supiera la razón de esos cambios; y una suegra que envidiaba a la vez que valoraba mi origen y la grandeza de mi casa. No tenía muchas razones para la esperanza.

Lloraba la marcha de un ser que era fundamental en mi vida, que había vigilado mi sueño, que me transmitía con el mayor afecto su conocimiento de la vida, que me inspiraba el valor para comprometerme con el destino que me aguardaba. Que me amaba, con ese amor incondicional que es propio de los padres buenos. Pero otro fuego devorador se retroalimentaba con los últimos

acontecimientos, y sería una de las atroces dificultades del reino de Luis XIII.

Tratado de Madrid

26 de abril de 1621

Mientras sucedían estos graves conflictos, Francisco de Bassompierre, ilustre y experimentado diplomático, había sido enviado a Madrid en una delicada misión para entrevistarse con Felipe III. Al llegar a la capital encontró al rey enfermo de gravedad. Pero mi padre, antes de morir, comprendiendo el sufrimiento y gastos exorbitantes que conllevan las guerras, aconsejó a su hijo Felipe que se alejara del conflicto de la Valtelina.

Felipe IV, mi hermano, apreciaba a mi esposo. Tenía en alta estima los esfuerzos que hacía en favor de la consolidación de la fe católica en suelo francés, por tanto no le fue muy difícil al enviado conseguir un tratado que aseguraba la paz. Bassompierre era hombre de talento y gozaba de renombre por su espíritu independiente, y era también admirado por la rapidez de su ingenio. Se sentía satisfecho por el éxito de su misión y haber podido así contribuir al bienestar del reino. Hábil observador de la realidad, se había fijado en un alto funcionario con fama de hombre astuto, trabajador y culto, el conde de Olivares. Se decía que este estaba reuniendo una biblioteca centrada en temas políticos, o relacionados con ellos, entre los que citaban a Maquiavelo, Erasmo y Calvino, junto al Antiguo Testamento comentado por prestigiosos rabinos y hasta un ejemplar del Corán. Bassompierre aconsejó que vigiláramos a este hombre que podía acceder a los cargos de mayor importancia e influir en la política europea. En efecto, meses más tarde, a la muerte de su tío, alcanzaba el poder en octubre de 1622. Decidido a combatir la corrupción, instauró una ley que obligaba a todo aquel que accediera a la función pública hiciera una declaración exhaustiva de su fortuna.

Bassompierre se dirigió con ese ánimo al Louvre, a relatar a mi esposo los avatares de su viaje y con el legítimo orgullo del buen resultado de su cometido. A medida que atravesaba los salones del palacio, recibía los parabienes de los cortesanos que allí se encontraban.

Tras una profunda reverencia, entregó al rey la misiva de su cuñado Felipe IV. Leyó el soberano con atención y cuando hubo concluido, preguntó:

—¿Qué os ha parecido Madrid? ¿Cómo es el palacio? Dicen que la colección de pintura de su majestad es la mejor de Europa.

El embajador era un hombre de sentido práctico, directo en su conversación, y comenzó a relatar lo que de verdad había visto, no lo que mi esposo quería escuchar.

—Sire, es cierto. En el palacio del Buen Retiro los grandes lienzos que narran las victorias de los ejércitos españoles son extraordinarios. Entre todos ellos, magníficos, destaca el genio de Velázquez.

—Y la corte, ¿cómo son allí las damas? ¿Sus costumbres son tan refinadas como las nuestras?

—Un rígido protocolo establece precedencias, lugares y actitudes. En cuanto a las señoras es menester muestren recato y prudencia, pero gozan asimismo de sumo respeto y su criterio es escuchado.

Un cortesano avisado hubiera percibido ya el ligero disgusto en la expresión de los ojos del soberano francés. Bassompierre, a pesar de ser hombre de ingenio, estaba demasiado entusiasmado con lo que acababa de ver, para percibir tan sutil desagrado

—Y el rey, mi cuñado y hermano, ¿es tan gallardo como cuentan?

—Es hombre de porte regio, galante con las damas y favorecido de ellas. También, según oí, uno de los mejores cazadores de Europa.

El hombre inseguro que era mi esposo no gustó de las alabanzas a mi hermano, primero en un terreno en el que él se encontraba perdido, el amor; y más aún en el que se consideraba imbatible, la caza. Ya molesto con su embajador, le espetó:

—Me sorprende vuestro arrobo con la España.

—Majestad, fui tratado con dignidad y todas las cortesías —respondió, aún prudente Bassompierre.

—Tened a bien narrarme cómo fue —dijo Luis con un cierto aire burlón.

—El rey de España me hizo don de una magnífica mula, jaezada con primor como es costumbre en aquellas tierras, para que hiciera mi entrada en Madrid. Me fueron concedidos los máximos honores —contestó con

entusiasmo Bassompierre.

—¡Ah! Debía de ser digno de ver: un asno sobre una mula —replicó mi esposo, sarcástico.

A lo que el legado, de merecido renombre por su vivo ingenio, respondió de inmediato:

—Muy justo, majestad, yo os representaba.

Tras esos hechos, que fueron muy comentados, Luis puso a mi lado a su espía. Mi esposo me impuso a la duquesa de Luynes, una joven sin experiencia que contaba tan solo dieciocho años, como ¡superintendente de la casa y las finanzas de la reina y jefe de su Consejo! Para terminar el control total que esa pareja había de ejercer sobre mí, el rey colocó a la hermana de su favorito, Antoinette, como dama de mi casa, todos ellos con el real encargo de *afrancesarme*.

Pero el carácter vivaracho y desenfadado de María logró poner alegría en mis días.

El rey me había impuesto meses atrás a la esposa de Luynes como camarera mayor de mi corte. Al conceder a la Luynes tan alto rango, la había colocado por encima de la duquesa de Montmorency. Esta duquesa, a la que yo había tomado tanto afecto, no quiso soportar a esa joven y audaz dama, y partió a sus tierras hacia su pacífica viudedad. La señora condestable Luynes —pues el rey había nombrado condestable a su favorito el 31 de marzo— representaba todo lo que yo rechazaba.

Lo que más me dolía en esos tiempos era que ellos recibían del rey, tanto él como ella, las atenciones que a mí me negaba. De nuevo me devoraban los celos, celos que no debía mostrar a la corte. Pero fuera por la reciente inclinación que a veces Luis me deparaba, que me hacía sentir segura y amada, o porque logré atisbar la alegría, encanto y determinación de María, comencé a gozar de su compañía. Claro que las malas lenguas, que no faltaban en la corte, comenzaron a murmurar. Tallemant de Réaux, una de las más afiladas, pero de indudable ingenio, escribiría sobre la admiración de mi esposo a la bella María de Rohan: «El rey la trataba con familiaridad, pero nunca tuvo la intención de convertir al condestable en cornudo».

Y cuando de nuevo perdí el hijo que esperaba, y para aumentar mi desesperación había recibido la fatal noticia de la muerte de mi padre, el rey Felipe III, sentí la insondable soledad de la ausencia, la duquesa de Luynes me cuidó con esmero y me animó con su contagiosa energía. Y yo le guardé a María de Rohan profunda gratitud.

La buena estrella de Luynes había comenzado a oscurecer lentamente. El *hôtel* de Tournon, arrancado de manera ignominiosa al hijo de los Concini, que había recibido de forma tan inmoral, se había convertido en una acusación permanente y todo el que pasaba por delante de la bella morada, recordaba el pavoroso castigo infligido a su antigua propietaria, Leonora Galigai. Las murmuraciones, pasquines y anónimos se hicieron constantes, y el 27 de agosto el condestable hubo de renunciar a él y entregárselo a rey. Este decidió dar un empleo muy distinto al edificio, y fue acondicionado para servir de alojamiento a los embajadores extraordinarios en misión en París y por tanto fue llamado *hôtel des Ambassadeurs*.

A medida que había crecido el poder de Luynes, había aumentado el conocimiento por parte de la corte de la incapacidad del favorito. Le había regalado malignamente la oportunidad de demostrar *urbi et orbi* su falta de ingenio. Tenía opiniones para todo asunto, opiniones que no estaban basadas en el conocimiento, sino en el ansia de poseer y figurar. Era tan evidente, que los embajadores extranjeros comunicaban sin ambages la opinión sobre este personaje. El nuncio Bentivoglio escribía al papa: «De un día para otro cambia de opinión. No sabe atenerse a una decisión».

El embajador de Inglaterra resaltaba su ignorancia en los asuntos de Estado, y el enviado veneciano criticaba a Luynes por su falta de discernimiento y de inteligencia, y todo esto, unido a su frivolidad, había mermado el prestigio del favorito. Este no percibía el peligro que yo barruntaba. Mi esposo, desconfiado hasta el extremo, comenzaba a preguntarse si Luynes merecía las larguezas que su rey le había concedido.

Primera guerra de religión

Primavera de 1621

Al año siguiente de comenzado el conflicto, al finalizar el mes de marzo, los rebeldes se habían acantonado de nuevo. La Francia protestante se alzaba en armas. Mi esposo, decidido a imponer las órdenes reales, iniciaba la campaña para dominar a los protestantes, pues la autoridad y el prestigio de la Corona estaban en juego. Mi esposo ordenó a su madre que se uniera a él en esta campaña bélica, ya que la experiencia le había demostrado que era mejor tenerla cerca y bajo observación. Sin embargo, me pidió que yo permaneciera como regente del reino, decisión que enfureció a mi suegra.

El carácter de María de Medici, poco propensa a la reflexión y siempre celosa guardiana de su preeminencia sobre mí, le empujó a tomar mi regencia como un insulto hacia ella. Esta me consideraba tan poco dotada para el gobierno como juzgaba incapaz a su hijo. No comprendía que sus acciones pasadas, la rebelión contra su hijo y rey, le habían situado en una posición harto delicada y que debía actuar con máxima prudencia. El propio nuncio Corsini que la conocía bien había comentado:

—El rey sospecha que ella quiera dominarle como cuando vivía Concini.

En la corte francesa había dos reinas.

Corrían aires de insurrección. Los protestantes habían decidido desafiar el poder real y habían organizado «su Estado» dentro del Estado. Una vez más los sublevados pidieron ayuda al rey de Inglaterra, pero Carlos I tenía que afrontar la rebelión en su país, y no pudo concederles socorro alguno. A pesar de esto, los hugonotes recolectaron fondos para constituir su propio ejército, fortificar más aún sus plazas fuertes y rebelarse contra su rey.

Mi esposo había insistido en cerrar el frente abierto con España y el 26 de abril había firmado el Tratado de Madrid. Así podía dedicar su atención y esfuerzo bélico a la guerra de religión que había de tenerle insomne durante meses.

El 24 de junio de 1621 se rindió Saint-Jean-d'Angély, y tras conquistar varias plazas, Luis entró en Guyena. El bastión de los hugonotes, La Rochelle, permanecía invicta. Todos contaban con una rápida victoria, pero no tuvieron en cuenta la impericia del condestable Luynes. El cargo le

quedaba grande y la gravedad de la situación le sobrepasaba. El desconocimiento táctico de Luynes y su impaciencia dieron en aconsejar el asedio de Montauban, una de las fortalezas mejor defendidas por los protestantes. Pero en ruta hacia ella, la pequeña ciudad de Clairac, sabiendo que resistiendo retrasaba el avance real, ofreció una denodada oposición. Se perdieron semanas de vital importancia. Para colmo de males, el condestable se enfrentaba en el campamento real a la estrategia del veterano y afamado Lesdiguières que aconsejaba un cerco cerrado a la villa asediada. Al dejar los flancos desguarnecidos como ordenaba Luynes, los defensores recibieron los refuerzos necesarios.

El 17 de agosto, fecha fatídica para él, Luynes aconsejó el asalto definitivo a la fortaleza de Montauban, y en vez de cercarla en su totalidad, dejó libre una vía por la que los sitiados pudieron recibir los indispensables víveres. Reforzados por los buenos alimentos y el ansia de victoria, los asediados salieron de la ciudad, y en una escapada sagaz y nocturna, hicieron saltar el polvorín del ejército real. La estrategia de Luynes había resultado desastrosa. No tuvieron los sitiadores otro remedio que escapar de Montauban. Mi esposo tuvo que abandonar el sitio de la ciudadela, lo que provocó su real ira dirigida contra quien tan mal había defendido los intereses de la nación: Charles d'Albert de Luynes.

El condestable, guardián del sello, fue desautorizado en pleno Consejo por un rey irritado que había dejado de confiar en él.

El desprestigio de Luynes fue ilimitado. El admirado y sarcástico guerrero Condé, acerado como siempre, aclaró:

—Si quisiéramos distinguir las situaciones, (Luynes) era adecuado a todos sus cargos: buen guardián del sello en tiempos de guerra y condestable en tiempos de paz.

Murió repentinamente Luynes de escarlatina, y su amigo del alma de otros tiempos, mi esposo el rey, olvidando la época en la que su jefe del gabinete de los Pájaros era su favorito, le regaló un cruel epitafio, sin afecto y un tanto de desprecio: «Le faltaba algo».

Por fin Richelieu, gracias a la enfermedad, se había librado de su rival, y este prelado aprovechó la situación para comenzar una de sus campañas. Fue

el auténtico instigador de unos panfletos que circularon por las calles de París en los que se recordaba la tradición del impagable consejo que las reinas de Francia habían otorgado a sus hijos los reyes. Mencionaban a la gran Blanca de Castilla, madre de San Luis, y a Catalina, otra Medici. Presionaban e insistían en la incorporación de María al Consejo del Reino. Y a través de ella gobernaría Richelieu. Tendría así el prelado acceso al Consejo, y no tardaría en sentarse en él. A consecuencia de este *clamor popular*, tan bien organizado y pagado por Richelieu, mi suegra fue por fin requerida para que asistiera al Consejo en algunas ocasiones.

Pero a pesar de haber obtenido lo que tanto deseaba, sus celos hacia mí aumentaban cada día. Cierto es que al haber sido privada de mis damas españolas, yo estaba rodeada de francesas y esta proximidad hizo que me expresara en esa lengua con facilidad, mientras que la reina madre nunca consiguió dominarla ni perder su fuerte acento italiano. Mi padre me había enseñado el poder de la amabilidad y la importancia de saber hacer amigos. Poco a poco, iba ganando voluntades. Y para mi desdicha, esa cualidad, lejos de favorecerme, me iba a perjudicar, pues fue causa de envidia para mi suegra y mi esposo.

Embarazada

14 de marzo de 1622

Parecía que ese año iba a ser fructífero y fecundo. Por tercera vez estaba embarazada y me sentía plena de vigor y de ilusión. A mi alrededor se hacían proyectos, se comentaban anhelos de creación, y mi esposo exultaba con la noticia de un heredero.

Mi suegra había comenzado años atrás, en 1611, a construir un palacio rodeado de huertas y jardines en el que puso todo su afán. Su nostalgia de Florencia y de los hermosos jardines de Boboli que tanto cuidaba su tío el gran duque, le impulsaban a crear bosques, avenidas y parterres en los campos de las afueras de París. Sería el lugar ideal para que el futuro delfín pudiera corretear al aire libre, como lo habían hecho su padre y su tío con

anterioridad. Poco a poco, fue añadiendo esculturas, grutas, fuentes y estanques que lo convirtieron en uno de los más bellos de Francia. Este palacio y su entorno le recordaban su infancia en la corte de su tío, el gran duque de Toscana.

En enero había llegado un gran pintor, precedido por su renombre y talento para las composiciones de gran formato, y que también se había distinguido en las diversas tareas diplomáticas que los reyes de España le habían encomendado. Se llamaba Pedro Pablo Rubens y era un flamenco gozador de la vida, vida que representaba en sus telas en todo su esplendor. Mi suegra, entusiasmada al contemplar sus obras, le encargó una serie sobre su propia vida que deseaba colocar en el Louvre. Me dijo que a esta seguiría otra colección de cuadros sobre la existencia de su esposo, el rey Enrique IV. Rubens era un genio que pintaba el cuerpo humano con el entusiasmo propio de un amante. En sus escenas mitológicas la piel dejaba adivinar la palpitante carne, regada por la sangre que corría por las venas de los personajes; las ondulantes melenas de las mujeres atrapaban la luz del sol y la composición en espirales y volutas, engendraba un dinamismo pictórico desconocido hasta entonces. Hombres, mujeres, dioses y animales exóticos recorrían paisajes grandiosos contando historias poderosas. La presencia física de mi suegra, alta, de piel muy blanca y figura opulenta envuelta siempre en fulgurantes sedas y brocados, era el personaje ideal para el talento de Rubens. Me hallaba contenta, sumergida en esa atmósfera de buena esperanza y de creación artística, cuando ocurrió una terrible tragedia.

¡¡He vuelto a recordar tantas veces aquel 14 de marzo!! ¡¡Cuánto hubiera querido poder volver a vivir aquel día, y cambiar mi destino!!

La princesa de Conti recibía esa tarde en sus apartamentos situados en el Louvre, en un ala bastante alejada de los míos. Pasamos unos momentos deliciosos y yo estaba eufórica, llena de la alegría del niño que crecía en mi seno. La sangre de mis entrañas alimentaba a ese pequeño ser que ocupaba mis pensamientos. De vuelta a mis aposentos, me acompañaban la princesa de Conti, la condestable Luynes y su cuñada, la señorita de Verneuil. Caminábamos cogidas del brazo, felices y despreocupadas. El gran salón del Louvre, la sala donde se montaba el trono sobre un estrado en las funciones

de aparato, estaba vacía y unas luces temblorosas hacían brillar el impecable suelo. Nos miramos. Riendo, espoleada por la felicidad interna que me mantenía en un estado de euforia, comenzamos a deslizarnos sobre las losetas pulidas, patinando alborozadas, como unas niñas. No vi la esquina del estrado, y tropecé con él. Caí al suelo. El temor de perder al hijo que llevaba dentro fue mayor que el dolor de la caída.

Al día siguiente, hundida por la pena sufría mi tercer aborto. Estefanilla y Manuela me cuidaron con devoción, sin dejarme ni de día ni de noche. Manuela estaba destrozada, pues veía con claridad las consecuencias de mi error y no cejó en su empeño de animarme a perseverar.

—Sois joven y tendréis muchos hijos. El rey os tiene en mucha estima. Este dolor pasará —eran sus frases de consuelo.

Y comenzó, desde ese fatídico día, a escuchar los comentarios que sobre mí se hacían y a relatármelos después para que no estuviera en la ignorancia de la opinión de la corte, y sobre todo lo que contra mí se podía tramar. Mientras tanto, mi esposo se hallaba al frente de su ejército para intentar acabar con la rebelión protestante de una vez por todas. Las noticias que me llegaban del frente contribuyeron a hundir mi ánimo. Conocí en toda su extensión la perversión y la maldad de los hombres enfurecidos. El regimiento de guardias logró entrar en la villa de Nègrepelisse por una brecha de la muralla de la ciudad, donde hombres, ancianos y niños fueron pasados a cuchillo, y las mujeres fueron cruelmente violadas antes de ser asesinadas. Estábamos inmersos en las horrendas guerras de religión de funesto recuerdo. Me prometí que si algún día detentaba el poder, jamás permitiría semejante atropello indigno de un país que se decía civilizado, y que deshonraba a las verdaderas creencias religiosas. La entrada triunfal del rey en Montpellier no me hizo olvidar los horrores de esa guerra nefasta, ni la ausencia del hijo que ya no nacería.

Hubo otro vencedor en ese combate. Gracias a los consejos que proporcionó al rey, Richelieu conseguía por fin el cardenalato el 5 de septiembre de ese mismo año. Era un personaje útil, pero yo me preguntaba, en mi inocencia, cómo un hombre de Iglesia podía ser tan frío, calculador e inmisericorde. Mi suegra, a la sombra del nuevo cardenal, aunque ella estaba

convencida de ser el sol que dirigía las mentes, adquiriría nuevo predicamento a través del que ella creía su criatura, y que acabaría traicionándola y persiguiendo con saña a ella y a mí. Unos meses más tarde, en enero del año siguiente el mariscal de La Force escribiría sobre esta situación: «Nunca se vio la reina madre honrada de manera semejante».

Intenté que mi esposo no conociera la noticia de la triste pérdida de nuestro hijo hasta que tornara del Languedoc, para contárselo yo misma. Pero le informaron estando él lejos de mí. El mundo se hundía a mi alrededor. Su reacción fue inmediata y su furia me mostró la hondura de su pesar. Recibí una carta suya donde busqué, sin hallarlo, el consuelo que de él necesitaba.

El cuidado que he de tener para que haya orden en vuestra casa me ha obligado a realizar cambios que serán para bien, como se verá con el tiempo. Os envío a Folaine para haceros entender que es mi voluntad y que espero ejecutéis lo antes posible y me deis el contento que espero estéis dispuesta a entregarme todo lo que espero de vos.

Las órdenes eran conminatorias: mandó escribir a madame de Luynes y a la señorita de Verneuil sendas cartas anunciándoles que las expulsaba del Louvre, y a mí me prohibió tener contacto alguno con ellas bajo ningún concepto. Estaba claro que Luis apartaría de mi lado a todas aquellas personas que él consideraba una mala influencia.

En el caso de María de Rohan, la ira del rey era aún mayor, ya que ella era viuda y se encontraba embarazada, posiblemente del señor de Chevreuse, de quien decían era amante, lo que hería doblemente la sensibilidad de mi esposo. Pero María, que estaba a punto de dar a luz, apelando a la antigua amistad que el rey le había mostrado, consiguió que el soberano le permitiera permanecer en un modesto apartamento del Louvre hasta que naciera el niño. Entretanto, el duque de Chevreuse pidió en matrimonio a María y se casaron unas semanas más tarde, el 20 de abril. El apuesto condestable Luynes había muerto cinco meses antes.

A pesar de su nuevo y brillante matrimonio, la duquesa de Chevreuse caía en desgracia.

En ese triste periodo, tuvo lugar, el 5 de septiembre de ese 1622, el nombramiento de Richelieu para el cardenalato. Recibí la noticia con un escalofrío de intranquilidad, pues me rondaba un temible augurio cada vez que me encontraba en presencia de Richelieu. El poder que ya poseía se vería magnificado por el prestigio de la púrpura cardenalicia. Hacia el fin de ese año, Luis recomenzó sus visitas a mi lecho. No me hice ilusiones. Sabía que su objetivo era conseguir el ansiado heredero y no un renacimiento de su afecto hacia mí. Llegaba, cumplía y se marchaba. Pero percibí algo más en su talante huraño. Se sentía solo. Solo y decepcionado, pues hasta Luynes, antes de su oportuna muerte, ya le había defraudado. Además, sufría diversos problemas de salud, y comenzaron a manifestarse los primeros brotes de la enfermedad que acabaría con él: dolores en el costado, fiebre, tos invencible y molestias intestinales que con el tiempo serían su perdición. Al comenzar el año 1623 no mejoró su condición, y parecía movido por una extraña obsesión que le obligaba a estar en constante movimiento. Las cancillerías extranjeras recibían puntual información sobre los estados depresivos, que seguían a los de incontenible euforia.

De nuevo el nuncio de su santidad escribía al papa:

El rey caza sin preocuparse del sol ni de la lluvia, ni del día ni de la noche, ni de comer ni de dormir. No comprendo cómo un cuerpo humano puede resistir tanta fatiga. Y durante esos episodios, no se ocupa de sus asuntos. El reino está sin gobierno.

Ahora veo todos estos síntomas con claridad, pero en aquella época no entendí que mi esposo era sumamente infeliz. Se encontraba amenazado por su madre; yo, su esposa, le había decepcionado y me dedicaba un afrentoso desdén que ocultaba un sentido de inferioridad que le torturaba. En ese momento no existía ser alguno en el que quisiera o pudiera confiar. La tarea que Dios le había encargado, rey de Francia, le sobrepasaba. Atento, agazapado en la sombra, un personaje preparaba su estrategia para el asalto al poder. Si yo había sido capaz de percibir la soledad abrumadora de mi esposo, estoy segura de que el nuevo cardenal maquinaba con su astucia de

zorro, para sacar provecho de esta situación y apoderarse de la voluntad del solitario rey.

En este triste ambiente de congoja, recibí una gran alegría. María de Rohan que había recibido la sugerencia de abandonar la corte a raíz del desdichado aborto que sufrí, volvía. Y lo hacía con el brillo y esplendor que ella amaba. Tornaba como duquesa de Chevreuse, pues había contraído nupcias con Claudio de Lorena. Pertenecía el duque a la prestigiosa familia Guisa y era nieto de la mítica María de Guisa, que había desposado el rey de Escocia Jacobo V. Mujer de fuerte carácter logró dominar las revueltas protestantes durante su regencia, para conservar el trono para su hija María Estuardo.

Acogí a María de Rohan con los brazos abiertos, porque entonces yo solo sentía el contagioso entusiasmo y la energía de esta duquesa. No comprendí que a la natural dicha de volverme a ver, unía un deseo irrefrenable de utilizarme para atacar a mi esposo, a quien no perdonaba el forzoso destierro a la muerte de su primer marido. Me refugié en ella, y en el teatro. No sabía que la vida me iba a deparar una situación que, tras colmar mi estima, iba a producirme gran infelicidad.

5. *Buckingham*. 1623-1628

Milord Bouquiquan 1623

Toda Europa se hacía lenguas del favorito del rey de Inglaterra. El cardenal Richelieu, tan inclinado a ridiculizar a sus oponentes, e irritado por la fama de galanura y fasto que precedía al duque de Buckingham, le había apodado Milord Bouquiquan, que en francés parecía más propio de personaje de comedia de enredo, que de señor de alcurnia y poderosa prestancia. Sus conquistas y aventuras eran comentadas con indisimulada curiosidad por las damas y con evidente envidia por los señores, y se embarcaba en ellas con tal osadía, que las convertía en legendarias. El flamante duque iba a conmocionar en breve la política francesa. En el mes de marzo, María de Medici ofrecía un baile, y como era su costumbre, los personajes de la corte interpretaban un ballet. En esta ocasión, narraba la vida de una diosa, *La fiesta de Juno* se llamaba, y se había preparado con todo lujo de diosas, amorcillos, jardines, fuentes, lagos y colinas. Me habían adjudicado el personaje principal, Juno. He de reconocer que en ese periodo de mi juventud, las novelas de caballerías y las obras de teatro me hacían anhelar más aún un amor sincero. El abandono afectivo al que me sometía de nuevo Luis, se volvía más cruel al contar con la admiración de algunos caballeros de la corte. Uno de ellos, Henri de Montmorency, que participaba en el ballet *Les Bacchantes*, representaba con excesivo entusiasmo a un personaje cuyo sueño era reemplazar a Júpiter en el amor de Juno.

Otro caballero, el duque de Bellegarde, que se encontraba a mi lado en una de las reuniones de la corte, me preguntó:

—¿Qué haría vuestra majestad a un hombre que le declarara su amor?

—¡Le mataría! —respondí, adoptando una actitud teatral.

—¡Ah, muerto soy! —fue su rápida respuesta, ocurrencia que provocó la

hilaridad de los presentes.

Estos inocentes incidentes llegaron a oídos de mi esposo y tuve que soportar una de las reprimendas a las que mi suegra me tenía acostumbrada.

Pero los ensayos para el ballet continuaron y yo disfrutaba mucho en ellos, pues mi afición al teatro había nacido en la corte de mi padre donde florecían insignes plumas del mundo entero.

El vestido de Juno estaba confeccionado en una rutilante seda azul de Persia que resaltaba la blancura y transparencia de mi piel, y el resplandeciente tejido estaba bordado con signos alegóricos al poder de la reina de los dioses: su protección al matrimonio, a las riquezas del imperio romano y al nacimiento de los niños. Como esposa de Júpiter, estaba coronada por un turbante del mismo azul, en el que ondulaban unas gráciles plumas de un tono cerúleo que atraía la luz de las numerosas candelas. En el centro, brillaba un enorme broche de diamantes con un intenso rubí. Mi mano derecha portaba un báculo dorado con una imagen de la diosa, y admito que nunca estuve tan favorecida. El día de la representación, mi suegra estaba realmente satisfecha en su papel de anfitriona, se mostraba majestuosa, y al ser alta, podía permitirse esos vestidos de corte de tonos oscuros realzados por bordados en perlas y piedras, que le daban un porte real. El cuello de finísimo encaje enmarcaba a la perfección su rostro serio. Sus damas le habían arreglado el pelo en un moño de complicada arquitectura adornado con bellos broches de diamantes a los que ella era tan aficionada.

Durante el baile, dos caballeros llamaron mi atención. A pesar de que llevaban máscaras que ocultaban parcialmente sus rostros, supe que eran extranjeros. Su vestimenta era diversa a la francesa y la gallardía de uno de ellos le hacía sobresalir entre los demás. Alto, anchos los hombros y la cintura fina, una cabellera aleonada que enmarcaba un rostro alargado donde brillaban unos ojos de mirada intensa que destacaban en el oscuro antifaz, todo en él proclamaba una atractiva masculinidad. Pregunté de quién se trataba, y nadie sabía de ellos.

Por fin, el duque de Montbazon, gentilhombre de la reina madre, sabedor de mi curiosidad se acercó presuroso para desvelarme el misterio.

—Majestad, con licencia debo pedirlos el mayor de los secretos: estos

caballeros que han despertado vuestro interés, son el príncipe de Gales y su acompañante, el duque de Buckingham.

—¿Y qué hacen estos personajes en París y sin ser anunciados? ¿Qué misterio les envuelve?

—Señora, están aquí por vuestra causa.

—¿Por mi causa? ¡Qué absurda proposición! ¡Explicaos!

—El príncipe pretende a vuestra hermana María. En toda Europa se habla de la belleza de las infantas de España, y parece que el buen inglés está ya enamorado de la bella princesa española.

Me parecía un comportamiento más usual en las novelas de caballería, que de discreta diplomacia.

—¿Y cuál es el motivo de que no dejen las negociaciones a ministros y embajadores como es la costumbre?

—Parece que él desea confesarle su amor. Por este motivo viaja a Madrid de incógnito.

—Mi hermana María es persona de razón. No sé lo que ha de pensar de acción tan novelesca.

—Yo también recelo, señora. Pero los ingleses son gente distinta a nosotros.

—Y si se dirigen a Madrid, ¿por qué están en París y en este baile? —pregunté desconcertada.

—Me han confesado que corren rumores de que siendo la infanta María muy parecida a vuestra majestad, la superáis en belleza.

—¡Qué disparate! ¿Y solo por ver la semejanza de dos hermanas cometen el desatino de pasar por nación con la que no formarán alianza?

—¡Ah, señora! Es amor quien les guía. ¡Viendo a la reina de Francia, tendrá la confirmación de la galanura de la futura reina de Inglaterra!

No muy lejos, en un ángulo del salón, los caballeros enmascarados observaban la escena. Uno de ellos complacido por la confirmación de su afán hacia la hermosa infanta. El segundo, fulgurado por el empaque de la joven reina, sonreía espoleado por su romántica e imaginativa disposición.

La duquesa de Chevreuse, pariente por su marido del príncipe de Gales, había alojado en su palacio a los dos caballeros, y su suegro Carlos de Guisa

había conseguido que fueran invitados al baile. Una vez más, la intrigante duquesa iba a desatar unos vientos que traerían una violenta tempestad que alborotaría mi vida.

Casa de Campo, Madrid

7 de marzo de 1623

Dos caballeros, con tan marcado aspecto inglés y con barbas oscuras y bigotes postizos no podían dejar de llamar poderosamente la atención, aunque ellos pretendían viajar de incógnito. Los espías del conde de Olivares le llevaron con rapidez la inusitada noticia. Los extranjeros acababan de entrar en Madrid antes de lo esperado y dada su nacionalidad y religión, podían ser víctimas de cualquier celada.

—¡Dios me valga! —exclamó irritado Olivares—. ¡No tengo suficientes tribulaciones, para que acudan estos dos insensatos a multiplicarlas!

—Vienen de incógnito, excelencia, pero a la legua se ve que son ingleses y conocéis lo que piensan por estos pagos de los herejes.

El rostro del espía no auguraba nada bueno.

—¡Seguidlos de inmediato! —ordenó Olivares con voz tonante—. ¡Y no los perdáis de vista! He de saber dónde se alojan, y he de conocer sus andanzas. ¡Presentarse así, sin previo aviso, señores de tan alta alcurnia! ¡Qué imprudencia! ¡Partid súbito!

Salió el alguacil como alma que lleva el diablo, para intentar recobrar la pista de los dos personajes. Los «ojos y orejas» que él había destinado a su seguimiento habían creado ya una eficiente red para no perder de vista a los extranjeros. En la puerta del Alcázar le aguardaba su compinche Martillo, que tenía como misión conducir a su jefe al lugar donde unos rufianes vestidos de gentilhombres espiaban a los dos ingleses.

Unas sonoras carcajadas les avisaron de la cercanía de una posada donde corría el vino con largueza. Allí vieron apostados junto a la tapia a sus hombres, mientras que se oían alegres canciones y el repiqueteo de unas castañuelas.

«¡Serán majaderos! —pensó el alguacil—. ¡Se han metido en la boca del lobo!».

Señaló a tres de ellos.

—¡Vosotros, conmigo para dentro! Las tizonas preparadas por si hemos de ellas menester.

Cuando entraron en la taberna el ambiente era denso y enrarecido. Una chica muy joven pugnaba por continuar con su canción animándose con las castañuelas, e intentando no oír las obscenidades que le dirigían a modo de cumplido unos borrachos mugrientos. Otras dos mozas, mujeres de «hacha y cuchillo», avezadas en los avatares de la vida, contenían con decisión a los más osados y rechazaban sus largas manos.

En un ángulo de la estancia unos espadachines con aspecto de veteranos de guerra, mantenían una animada conversación mientras miraban de vez en cuando a los ingleses con la expresión golosa de quien sabe la presa segura. Disimulaban su contento e intenciones bajo chambergos de alas anchas, y unas capas prontas a embozar los rostros.

El alguacil comprendió que no había tiempo que perder, y se dirigió a sus hombres:

—Tú, Milhombres, y tú, Funeral, pasad la voz ahora mismo: ¡Esos caballeros son intocables! ¡Lo manda quien ellos saben!

Se acercaron raudos a los antiguos soldados, y tras un breve intercambio de palabras, intercaladas con sonoras maldiciones, los guerreros permanecieron quietos, rígidos, malcontentos al ver escapadas sus fáciles ganancias. Así fueron los espías entre las mesas ordenando vía libre para los extranjeros. Cuando estos hicieron ademán de marchar, los «ojos y orejas» se aprontaron para seguirlos con el mayor disimulo. Las calles estaban ya oscuras y los rufianes, conocedores de los peligros latentes, agarraban con fuerza sus espadas y puñales que llevaban en el cinto. Pegados al muro y embozados en sus capas, permanecieron invisibles para sus espías, que al llegar a una hermosa casa en las proximidades del Alcázar se detuvieron y llamaron con fuertes golpes de la aldaba.

—¡Alteza, excelencia! ¡Qué honor para esta casa! No os esperábamos tan pronto. Hacedme el favor de entrar. ¡Aviso raudo a mi amo!

Al despertar el mayordomo al embajador, este se sobresaltó. No tanto por lo intempestivo de la hora, como por la confirmación de sus peores temores. Se vistió a toda velocidad y corrió hacia la estancia donde le aguardaban los viajeros. Allí estaba el joven príncipe de Gales, cuya imprudencia podía merecer cierta condescendencia. Al fin y al cabo, también su padre, el rey Jacobo, había partido hacia Dinamarca a buscar esposa espoleado por la ilusión. No podía, sin embargo, disculpar la temeridad del novísimo duque de Buckingham, que hubiera debido usar mejor discernimiento para aconsejar a su príncipe. Tras una cortés reverencia, saludó a sus huéspedes:

—Alteza, sed bienvenido a esta embajada que enaltecéis con vuestra visita. —Y dirigiéndose al favorito preguntó—: Excelencia, ¿cómo ha sido vuestro viaje? Vuestros apartamentos están dispuestos; estaréis necesitados de reposo...

George Villiers, duque de Buckingham, parecía satisfecho y con voz complacida respondió:

—Nuestras identidades se han mantenido en el mayor de los incógnitos. El viaje de los hermanos Smith ha resultado venturoso.

El embajador pensó para sí: «Seguro que los espías del conde les pisan los talones, pero este necio ni lo sospecha».

Unas palabras del heredero inglés interrumpieron los pensamientos del embajador.

—¡Tan placentero! Sobre todo la etapa de París, ¿no es cierto, George? —preguntó con malicia el príncipe.

Las cortes europeas comentaban con fruición la aventura en París del bello George y el príncipe de Gales, donde habían pretendido pasar de incógnito. Sin conseguirlo. Como en Madrid. Acompañó el anfitrión a sus invitados y cuando se vio solo, una expresión de ansiedad sustituyó su sonrisa previa. El conde de Bristol había desarrollado durante doce años una paciente labor de acercamiento de las dos naciones. A pesar de los sinsabores de antaño, su embajada comenzaba a dar fruto. Era respetado por el todopoderoso Olivares, que veía en él al negociador prudente con el cual había de entenderse.

El anhelado compromiso del heredero con la princesa Ana nunca había

gozado de la más mínima posibilidad, pero el matrimonio del actual príncipe de Gales con la infanta María era ya, al menos, objeto de discusión.

No se le ocultaban al avezado diplomático los impedimentos que había de allanar, pero confiaba en el buen entendimiento con las autoridades españolas y contaba con el respeto de la real familia. La inoportuna llegada del bello duque le hacía renacer sus más oscuras pesadillas. Escribió una nota a su colega español, el conde de Gondomar, que semanas atrás le había avisado desde Londres de las temerarias intenciones de los alocados señores, sin precisar la fecha exacta de su llegada. Llamó a uno de sus más fieles servidores para que llevara su mensaje al embajador Gondomar, que se hallaba en Madrid. Solicitaba una entrevista para intercambiar las noticias que describían la visita en París, y reflexionar sobre una estrategia para que empeño tan discreto no fuera anulado por la precipitación.

En efecto, ambos diplomáticos sabían de la arrogancia del duque, convencido de que su atractivo triunfaría sobre cualquier reticencia, que años de serias y prudentes gestiones no habían logrado disipar. Para colmo de males, el príncipe Carlos ofrecía una admiración sin límites, como lo hacía su padre, hacia ese irreflexivo, brillante y seductor personaje a quien deseaba imitar en todas sus acciones. Muy de mañana tocaron a la puerta de Bristol. Era Gondomar, al que halló tan preocupado como él.

—Señor embajador, sed bienvenido, cumplida tarea tenemos vos y yo —dijo Bristol.

—Mucho me temo, excelencia, que habremos de extremar el cuidado. Tanto el príncipe como el favorito creen ser los taumaturgos que disiparán las nieblas del recelo —asintió Gondomar.

—El conde de Olivares ha de ser informado en la mayor brevedad. No podemos prescindir de su buena voluntad —apuntó Bristol.

—Tras vuestros largos años entre nosotros, sois buen conocedor del estricto protocolo español, señor embajador. Así lo haré de inmediato. Y os mantendré informado de todas mis gestiones —contestó Gondomar.

—Mucho os agradezco vuestra colaboración. Este negocio necesita de nuestra industria y afán —finalizó el embajador inglés.

El conde de Gondomar, Diego Sarmiento de Acuña, era hombre respetado

en la corte. En cuanto llegó al Alcázar, y a pesar de ser hora tan temprana, fue recibido de inmediato por Olivares en su despacho. La estancia era amplia, con varias ventanas que dejaban entrar la nítida luz de la casi primavera. En las mesas se apilaban documentos, unos aún enrollados, otros abiertos de los que pendía un reluciente lacre con sellos del virreinato de Nápoles, de Sicilia, de Flandes, Nueva España, el Perú o la Real Audiencia de Quito: «*Multa regna sed una lex*. (Muchos reinos bajo la misma ley)». Numerosos funcionarios se movían como industriosas abejas ordenando aquellos que necesitaban de urgente atención, y entregándolos a los escribanos para su inmediata respuesta. Un hermoso globo terráqueo mostraba los océanos y las tierras españolas de Ultramar.

El valido indicó al embajador que pasaran a una pequeña salita adyacente. Allí, al resguardo de miradas y escuchas, podrían hablar con sosiego.

—Advierto vuestra inquietud, don Diego —inició Olivares, tranquilizando al embajador—: Serenaos. Conocí su entrada en la villa y corte antes de que a ella se llegaran.

—No hube la menor duda de que así fuera, excelencia. Mi preocupación, y la de mi colega Bristol, es que el excesivo entusiasmo de los jóvenes señores, y su precipitación pueda arruinar nuestra paciente labor: sellar la paz mediante alianzas matrimoniales, que vos habéis siempre escuchado con paciencia.

El valido, que al inicio no era para nada partidario del matrimonio inglés, pero que había finalmente intuido su posible su utilidad, respondió con diplomacia:

—Señor embajador, sé de vuestra constancia para lograr la paz de los reinos. Y os admiro por ello. Mas este matrimonio se me antoja de difícil comprensión para nuestros compatriotas.

—No se me oculta lo arduo de mi afán, excelencia, pues muchos han sido los errores cometidos por los ingleses contra nuestros intereses. Ahora creo ver en ellos una sincera voluntad de entendimiento.

—Sea. Hablaré con su majestad para que sean recibidos con premura —determinó Olivares. Bien sabía él que no necesitaba oponerse. La frivolidad e impaciencia de los dos viajeros se encargaría de hacerlo.

Unos días después, Felipe IV recibía con las mayores muestras de cortesía al príncipe de Gales y al duque de Buckingham. Este era precedido por su fama. «Uno de los más gallardos de Europa», se decían las damas unas a otras, con indisimulada curiosidad. Se contaba ya por todo Madrid que el duque había quedado prendado de la reina Ana, a quien había visto en París durante el baile de la reina madre.

Carlos declaró sin ambages a «mi querido primo el rey de España, el ansia que le invadía por conocer a quien él consideraba ya su dama».

Felipe IV, entre divertido por el inflamado cortejador y asombrado por su falta de contención, acordó que el siguiente domingo saldrían los reyes a pasear por el Prado, para que el enamorado pudiera contemplar a su amada. Toda la corte se hacía lenguas sobre la apostura del duque, la pasión del joven príncipe y la belleza de las infantas españolas que las llevaría a reinar en toda Europa.

Por fin llegó el ansiado día, y Gondomar fue en su carroza a buscar a los dos extranjeros a casa del conde de Bristol. Estaban de punta en blanco dispuestos a causar la mejor impresión en María de Habsburgo. Cuando llegaron al Prado no tuvieron que esperar mucho. Apareció por una senda el carruaje real. Una cinta azul que lucía en una manga la infanta permitió al galán reconocerla de inmediato.

María estaba realmente hermosa. Vestía un sedoso brocado del color del oro, que hacía aún más luminoso su brillante pelo rubio; una lechuguilla de un blanco impoluto alrededor de su cuello resaltaba su piel trasparente; los ojos de mirada intensa, la nariz recta y armónica y unos labios carnosos, que invitaban a ser besados, pudieron con la poca prudencia de Carlos, que se precipitó a la portezuela del coche con la intención de descender y acercarse a saludar a la bella infanta.

El embajador español apenas pudo retenerlo:

—Alteza, no es propio de nuestras costumbres que así os presentéis. Dadme crédito, debéis esperar a ser requerido de nuevo.

De mala gana hubo de consentir, pues también el embajador inglés era de esa opinión.

—¿Cuándo podré verla de nuevo? Ha sido como una aparición.

El duque inglés tomó ese consejo de paciencia como displicencia de Gondomar, y se apresuró a decir con un cierto tono de advertencia:

—No hallaréis en toda la tierra hombre más de amor henchido hacia vuestra princesa.

Los dos diplomáticos optaron por ignorar el tono del favorito y contestaron al unísono:

—Calma y buen hacer.

La entrada oficial de los dos galanes el 26 de marzo había sido esplendorosa y el lugar el monasterio de San Jerónimo. Las fiestas y agasajos debieron complacer al príncipe inglés, pues se demoró cinco meses en nuestro país. Mascaradas, banquetes, bailes y teatros se sucedían en perfecta organización, y con las ideas de un sevillano que obtuvo ese año el codiciado título de pintor del rey: Diego Velázquez. Parece que las obras de teatro fueron de una magnificencia que iría creciendo con los años y a medida que se asentaba la afición de mi hermano por el arte teatral. El año anterior se habían representado tres «invenciones», pues así eran llamadas y no comedias, en Aranjuez y los autores escogidos habían sido el conde de Villamediana, Antonio de Mendoza y Lope de Vega. Uno de los tres, Villamediana, fue asesinado poco después, y los rumores aseguraban que por demasiada osadía en sus *amores reales*, su rendida admiración hacia la reina.

Yo leía divertida las cartas de mi hermano el rey y las de mi hermana María, que me contaba detalladamente las festividades en honor del heredero inglés: juegos de cañas en los que Felipe IV mandaba uno de los escuadrones y Olivares otro; la música de guitarras enlazando acordes que crujían el alma, tan romántica para los noveleros ingleses, se mezclaba con los vítores de la población entusiasmada; los fuegos artificiales alumbraron el oscuro cielo de la noche, y entre tanto alborozo, el conde templaba el fuego de los visitantes, infundiendo cierta preocupación en el avisado Bristol.

Pero Carlos vivía con el deseo de volver a mirar con arrobos a María. Al cabo de varias semanas de cacerías, toros, teatro y festejos varios, pudo el príncipe hablar con la infanta a quien dedicó unos cumplidos inflamados, a los que ella, confusa, contestó con unas frases para salir del paso, que eran

dictadas por el absoluto recelo de María. Poco necesitó Carlos para creerla conquistada a pesar de la parquedad de sus respuestas. Enardecido por lo que él tomó por seguro, decidió presentarse en el habitual paseo de la infanta por la Casa de Campo.

Era el 17 de abril, y el aire tibio, los verdes tiernos de los árboles, los aromas de las plantas y la luz mágica de Madrid le empujaron a realizar aquello que iba a arruinar sus anhelos. Escaló la alta tapia y cuando vio acercarse al objeto de su desbocada pasión, se abalanzó sobre ella cayendo a sus pies. La princesa mantuvo su compostura, mientras que su guardián rogaba al príncipe:

—¡Os lo suplico! Por la Virgen bendita. ¡Marchad, alteza! Con el mayor respeto, os conmino, ¡marchad!

—¡Es mi deseo conversar con aquella que ya venero!

Mas el príncipe de Gales no aceptaba cortapisas a sus anhelos, y el marqués hubo de insistir con respeto, pero firme:

—Señor, no son esas nuestras tradiciones. ¡Os ruego que tengáis a bien retiraros! Así haciendo, avanzaréis vuestra causa.

El rey Jacobo mandó a la infanta unas joyas esplendorosas: una cruz de Lorena a dos caras; un collar de rubís, diamantes y perlas; y para suavizar al valido, que se había mostrado muy contrario al matrimonio inglés, entregó Buckingham a Olivares un collar de perlas con un bellissimo diamante.

Felipe IV, a su vez, regaló al príncipe de Gales unos espléndidos caballos árabes, y para que no faltara nada exótico, un elefante y unos cuantos camellos. Pero no hubo remedio para el amor de Carlos. Los enfrentamientos entre los dos favoritos, Buckingham y Olivares, tan distintos, las tensiones producidas por maneras tan diversas de comportarse de la misión inglesa, las dificultades en salvar los escollos que planteaban la diferencia de religiones, y el rechazo de María habían dejado las negociaciones en un punto muerto. ¿Recordarían los españoles responsables de llevar a término estos esponsales los mil y un desafíos que hubo de enfrentar la prudente infanta Catalina en su desdichado matrimonio con Enrique VIII?

Tras promesas varias, los buenos oficios de Bristol y Gondomar consiguieron que el príncipe de Gales partiera el 30 de agosto, con una

abundante comitiva que le despidió en El Escorial con todos los honores.

El embajador Bristol quedó perplejo cuando recibió un correo desde Segovia: el príncipe de Gales le pedía que anulara los poderes que le había dejado para que pudiera representarle en la boda.

Los caballos, presente del rey de España, fueron muy apreciados en Inglaterra, pero del *Spanish Match*, el matrimonio español, no se volvió a hablar.

1623

Me invadía una intensa curiosidad por conocer el resultado de las negociaciones de los viajeros ingleses en Madrid. Entró presurosa Estefanilla, mi querida aya, y haciendo una reverencia anunció:

—Su excelencia el embajador solicita le recibáis.

Su alegre expresión me tranquilizó.

—Majestad, cumplidas nuevas traigo de Madrid.

—¿Qué ha sucedido? ¿Será mi hermana reina de Inglaterra?

Yo no estaba muy segura de que ese matrimonio pudiera ofrecer felicidad a mi hermana, y por lo que oí de labios del embajador, ella tampoco.

—Muchas son las diferencias que nos separan. La religión y su práctica en la vida cotidiana, el protocolo, las costumbres, la relación con las damas, en todo, nuestro criterio es desigual.

—¿Estáis intentando decirme que no se celebrarán los esponsales?

—Temo que así sea, señora. Excesivos fueron los errores cometidos por los ingleses. Y afirman que el duque no es consejero sensato para su alteza, que en todo le quiere imitar.

Y pasó el buen embajador a narrarme las peripecias que habían protagonizado Carlos y Buckingham. En el momento en que describía el teatro escenificado para ellos, le detuve:

—¿Quién era el autor de la obra?

—Se llama Pedro Calderón de la Barca majestad, y *Amor, honor y poder* es su primera comedia.

—¿Calderón decís? No había oído hablar de él —respondí, ya interesada

ante la novedad.

—Es de reciente que dedica su tiempo a las comedias. Con anterioridad, iba destinado a la religión, pero luego se decidió por la milicia, y ahora prueba fortuna con el teatro.

—Curioso recorrido el de nuestro autor...

—Aseguran que tiene talento y que esta función ha complacido mucho al rey.

En aquellos años sentía con fuerza mi pertenencia a España, y al ser malquerida por mi esposo, todo lo que venía de mi país se me antojaba el paraíso.

—¡Ah, señor embajador, cómo echo de menos las representaciones del Alcázar! ¡Cuántos momentos placenteros he pasado en el Salón Dorado!

—Mas vuestra majestad monta entretenidas funciones, al estilo de nuestra tierra...

—Sí. Así lo hago. Porque es notoria mi afición al teatro que disfruté desde chica, y también porque quise entretener al rey con obras de mi tierra. Y con el romántico son de nuestras guitarras. Pero mi señor prefiere la caza —expliqué con un suspiro.

Cuando el embajador partió, permanecí reflexionando sobre las diferencias de costumbres y mentalidades; la importancia de observar y entender. Ese había sido el detonante de la negativa española. Los ingleses no habían intentado reflexionar y comprender. Tal vez yo podía mejorar mi disposición, y tenía que ser hábil y desentrañar las razones del comportamiento de mi esposo. Mi futuro dependía de ello.

Su eminencia, el cardenal Richelieu, cuya salud dejaba mucho que desear, trabajaba con empeño durante el día, pero también en la noche. Descansaba pocas horas de continuo, pues sus numerosos males le despertaban cada tres o cuatro horas. Hombre práctico y minucioso, aprovechaba esos interludios en la quietud de la noche para redactar informes, acusaciones o indicaciones a sus espías. Tenía siempre a su lado a uno de los pocos seres en los que el

cardenal confiaba. Era un condiscípulo del colegio de Lisieux, que se había convertido en un cirujano de renombre, y aliviaba con sus conocimientos los muchos achaques de su amigo. Pero toda esa dedicación había tenido su ansiada recompensa. El 5 de septiembre de 1622, Richelieu había obtenido el capelo cardenalicio y su posición como príncipe de la Iglesia había reforzado su poder. La carta que escribió en aquella ocasión a mi suegra era digna de mención:

Señora esta púrpura, que debo a la bondad de vuestra majestad, me recordará la promesa solemne que he hecho de verter mi sangre a su servicio.

Estaba aún lejos la caída en desgracia de María de Medici. Imagino el dolor de mi suegra cuando fue traicionada por Richelieu a quien ella creía tan devoto a su persona. La ambición y talento del cardenal le indicaron en esa ocasión que su favor aumentaría si conseguía reconciliar a mi esposo con su madre, cosa que logró con suma habilidad, convenientemente disfrazada de bondad. Segura de su posición, de inmediato mi suegra se ocupó de un asunto de suma importancia, la boda de su hijo Gastón. He de reconocer que mi cuñado tenía muchas cualidades: estaba lleno de encanto, era complaciente, amante de las artes y la literatura, y era buen jinete y espadachín. Además, tenía la facilidad de palabra que faltaba a su hermano, y un ágil sentido del humor.

Pero estaba enfrentado a Richelieu. Este último, hombre singular y peligroso, unía a las anteriores características, ambición y talento, prudencia y astucia que le llevaron a disimular su superioridad intelectual, que fascinaba a muchos, pero también asustaba a tantos. El cardenal era el hombre que encontraba una solución para cada problema. Había estudiado con rigor las personalidades de Luis y de María, conocía el espíritu desconfiado de ambos y su obsesión por imponer la autoridad real. Por tanto, intentaba que los dos creyeran que las ideas que él proponía habían sido inspiradas por sus majestades. Aconsejaba a la reina regente con su brillante inteligencia, y ya en 1622, durante el problema con los españoles en la Valtelina, dirigió a María para que en pleno Consejo se expresara de esta manera tan alejada de

los verdaderos pensamientos de ella: «Hay que hacer que los españoles cumplan la palabra dada para la Valtelina. Es muy importante para la grandeza y reputación del rey el no estar bloqueado en su reino, sin tener una salida».

Durante esa reunión los más avisados reconocieron la impronta de Richelieu. En estos años yo había percibido los sentimientos encontrados de los franceses con respecto a los españoles. Por una parte, España seducía por su cultura, sobre todo su teatro; impresionaba por su poder y las inmensas posesiones ultramarinas y asombraba por su moda y sus perfumes. Y por otra, la alianza de la Casa de Austria y su decidida batalla en favor del catolicismo era temida en Europa. Ciertamente que los imperios, y el español era aquel «en el que no se ponía el sol», producían desconfianza cuando no hostilidad. Pero en ese año de 1624, Richelieu entraba en el Consejo del Reino y su enfrentamiento con mi país de origen me iba a causar muchos disgustos. En Madrid, el conde de Olivares, que un año después obtendría el ducado y sería llamado conde-duque, se afanaba en cortar de cuajo la corrupción, y para este fin redactó un decreto por el cual todo personaje que accediera a la función pública estaba obligado a declarar su fortuna. Se enfrentaba así a demasiados intereses. El conde-duque, que era un hombre inteligente y culto, lúcido y con capacidad de análisis, actuó como primer ministro durante veinte años y su enfrentamiento con Richelieu nos costó una larga guerra.

El ascendiente del cardenal sobre mi esposo iba a aumentar año a año, y vi crecer su influencia sin poder contrarrestarla. Como una paciente araña, tejía su tela en la que muchos iban a perder la vida, y otros, como yo, pasar por amargas pruebas.

1625

Un año antes, un embajador extraordinario del rey inglés había llegado a París. Milord Rich, conde de Holland, tenía el encargo de negociar los esponsales del príncipe de Gales con la hermana más joven de Luis XIII, Enriqueta. El embajador inglés se hospedaba en casa del duque de Chevreuse,

proximidad que aprovechó la bella María para seducirlo. Las negociaciones no habían sido fluidas, pues la reina madre sentía un enorme desasosiego ante la idea de separarse de su hija menor. Asimismo, el cardenal Richelieu se había incorporado al Consejo, y era tal su habilidad, que en solo cuatro meses ya estaba al frente del mismo. Siendo él partidario de ese matrimonio, había puesto su astucia al servicio de la Corona para obtener el mejor contrato de boda, haciendo ver a los negociadores ingleses que su interés en ese asunto era limitado.

De esa manera les asustó, y ante la posibilidad de cosechar la segunda negativa de una casa reinante, los ingleses se apresuraron a firmar el contrato aceptando todos los requisitos exigidos por los franceses. Con dicho contrato se garantizaba la libertad de culto para la futura reina y su séquito; la educación de los príncipes, al menos en los primeros años a cargo de su madre, y mayor clemencia para los católicos ingleses, que habían sido destituidos de los cargos de gobierno y perseguidos por sus creencias religiosas. Armand-Jean de Vignerot du Plessis, comenzaba a ser Richelieu, aquel cardenal-primer ministro que sería temido y admirado por las cancillerías europeas.

El 8 de mayo de 1625 fue escogido para fijar la fiesta del compromiso de Enriqueta. ¡Pobre Enriqueta, la mandaban a Inglaterra con una pesada carga: ser la avanzadilla del catolicismo! Yo era una fiel servidora de nuestra fe, y sentí que ese encargo significaba un gran honor, pero como se vio años después, era una tarea imposible. Era mandar al cordero entre los lobos.

La Sala de Ceremonia de Luis XIII en el Louvre estaba siendo preparada para mostrar el esplendor de la corte francesa. Retiraron la cama del rey, y en su lugar colocaron el trono, bajo un baldaquino de terciopelo carmesí; además, añadieron tres sillones de aparato para las tres reinas: uno para la reina madre, el segundo para Enriqueta ya reina de Inglaterra, pues entretanto había fallecido el rey Jacobo, padre de Carlos I.

Y el tercero estaba destinado para mí.

Nuestra entrada resultó espectacular. La novia, vestida de raso blanco plata, bordado en hilo de oro e incrustado de perlas y diamantes, estaba resplandeciente, emocionada y caminaba despacio, como refugiándose en su

mundo interior; María de Medici nunca había sido guapa, pero con los años había ganado aplomo, y dada su altura, que revestía de negro, resultaba espléndida. El color oscuro hacía resaltar sus impresionantes joyas, y ante la expectación originada, avanzó complacida, disfrutando de su éxito al colocar sus vástagos en las cortes más importantes del mundo.

En cuanto a mí, debo confesar que había cuidado mi atavío con esmero. El satén rojo con arabescos de hilo de plata era el mejor marco para mi piel nacarada, mi pelo de oro, mis ojos claros y resueltos, mis brazos esbeltos que hacían su aparición bajo una cascada de encaje y unas manos a las que yo deseaba imprimir vida propia, como si estas pudieran decir aquello que me estaba vetado. Un murmullo de admiración recorrió la estancia. Luis XIII, siempre celoso de su mujer y comprendiendo que parte de la admiración era para mí, se apresuró a susurrarme al oído:

—¡Cómo está de bella mi hermana! ¡Solo se la ve a ella!

Pero yo, a pesar de las humillaciones sufridas, había aprendido a reconocer las miradas de admiración que despertaba, para no hundirme en el desdén hacia mí misma. La vida no me concedía la felicidad con mi marido que yo tanto anhelaba, pero los halagos servían de bálsamo para mis heridas. Para comprender que podía gustar, para sentirme mujer.

El 16 de mayo, los cuadros de la esplendorosa serie pintada por Rubens, *Historia de María de Medici*, estaban ya colgados en el ala oeste del palacio de Luxemburgo, y mi suegra organizó una recepción fastuosa para inaugurar esa galería con las magníficas obras del artista flamenco. Debo confesar que yo sentía una gran curiosidad de ver cómo el autor había conseguido sobrepasar las muchas dificultades de una historia conyugal plagada de conflictos, y una no menos complicada entre madre e hijo. La exuberancia de la carne, las numerosas alegorías, la pléyade de diosas y héroes, el dinamismo de la composición, el esplendor de la pintura hacían olvidar los temas peligrosos. Mi suegra, alta, ojos oscuros, piel de porcelana y opulenta de carnes, había resultado el modelo ideal para el pintor flamenco. Todo quedaba sumergido e iluminado por el genio de Rubens. Creo que nunca olvidaré la impresión que me causaron tres de los pasajes históricos

representados: *Desembarco de María de Medici en Marsella, La boda en Florencia y La coronación de la reina.*

Rubens había asistido a la ceremonia de Florencia y el resultado era un cuadro portentoso, revelador del refinado ambiente de la ciudad de los Medici y del carácter de los personajes allí retratados. Me quedé observando estos cuadros. La penetración psicológica del maestro era sorprendente. Muchos verían en esas obras la exaltación de la vida. Y lo era. Pero la mirada detenida en ellos nos daba unas claves políticas de sumo interés. Y en algunos casos aquello que el flamenco exaltaba, ocultaba con sentido del humor la verdad escondida por el deber cortesano del artista.

Supe que Rubens no estaba satisfecho porque a pesar del ingente trabajo que había realizado y su entera dedicación, no había recibido nada del precio acordado. Años más tarde, Mazarino, amante de las artes y generoso con los artistas, puso en mis manos una carta de dicho pintor en la que Rubens se quejaba de este trato tan poco serio:

Ya estoy cansado de esta corte; si no me abonan con la misma puntualidad que yo he mostrado al servicio de la reina, es muy posible, se lo digo en confianza, que no vuelva a poner aquí los pies.

No podía imaginar el genial artista que sería justamente él quien ayudaría a María en sus últimas zozobras.

Era el 24 de mayo y aún había de llegar uno de los actores más importantes de esta escena del «gran teatro del mundo». Y para mí iba a significar un delirio de gozo y de angustia.

El duque de Buckingham, George Villiers, había sido designado por su señor y amigo Carlos I, para que fuera a buscar a Enriqueta a Francia como embajador extraordinario. Y apareció deslumbrante. Se presentó con tres carruajes tirados por ocho caballos cada uno, jaezados con espléndidos arreos de cuero con chatones de bronce cincelados con temas mitológicos; las preciosas crines rizadas y sueltas al desgaire de la brisa, y todos los equinos se movían al compás de la música heroica que tocaban flautistas y

tamborileros. Entró en París con un séquito de quince lores, veinticuatro grandes títulos del reino, y veinte caballeros. Para la intendencia contaba con siete mayordomos, treinta guardias, dos cocineros y veinticinco pinches.

Una corte que estaba habituada al fasto quedó sorprendida ante la magnificencia de Villiers. Proveniente de la pequeña nobleza, el brioso George ansiaba engrandecer su casa cuanto antes y mostrar al orbe su poderío. Nada era suficiente para el novísimo duque: perlas y brillantes adornaban sus riquísimos y numerosos atavíos. Descuidadamente, dejaba caer alguna de esas piedras, adrede mal cosidas, para que las damas pudieran recogerlas.

Su fama de hombre gallardo le precedía, y cada vez que se presentaba en la corte, producía gran revuelo. En verdad era apuesto, un cuerpo torneado, ojos que podían ser soñadores o bien imperiosos y todo en él mostraba galanura y virilidad. Hablaba un exquisito francés, un francés culto como el que usaban en el famoso Salón Azul de la marquesa de Rambouillet, muy apreciado por los personajes importantes del Louvre.

El propio La Porte, que tan bien me servía y luego sería muy crítico con el duque, hizo esta potente descripción: «Buckingham apareció en la corte con tal seducción y magnificencia, que produjo admiración en el pueblo, alegría y algo más en las damas, envidia en los galanteadores y más aún en los maridos».

El rey, en parte porque se encontraba enfermo y también porque no soportaba la brillantez del embajador, pues carecía de todos aquellos dones tan visibles que se multiplicaban en el duque inglés, no asistía a muchas de las recepciones y festejos que tenían lugar en honor de la nueva reina de Inglaterra. Luis detestó a Buckingham desde el primer momento. Y George aprovechó su ausencia para hacerme la corte.

Un resentimiento acerado hacia mí y hacia las mujeres latía en el corazón de mi esposo. Su madre nunca le había mostrado su afecto, y exhibía sin prudencia su devoción al hijo menor, Gastón, al que ayudó a desarrollar una personalidad voluble, fútil y carente de coraje. La excesiva condescendencia y la falta de disciplina con las que fue criado Gastón conformaron un hombre que no conocía el peso de la responsabilidad y el honor en la palabra

empeñada.

Esa animosidad de su madre la reflejó Luis XIII hacia mí, como el rayo de sol hiere el espejo. El tiempo ayuda a dar luz sobre los comportamientos. Yo atesoraba lo que a él faltaba: don de gentes, alegría y, sobre todo, linaje; toda Europa temía o deseaba a los Habsburgo, pero eran respetados. Sin embargo, él había oído algún comentario sobre su madre susurrado en sordina sobre «la rica banquera», que había sido elegida solo y únicamente, «para llenar los cofres del reino».

Pero otro personaje, ¡y de qué calibre!, observaba todos los movimientos de Villiers, esperando agazapado que este cometiera los errores que él intuía iba a cometer. El atento espectador era Richelieu. Movidio por el rencor hacia mí a causa de mi desdén hacia él, sus celos por Buckingham y, no en menor medida, por su política antiespañola, inició el cerco a mi alrededor y el apasionado galán. Buscaba mi debilidad para eliminarme del entorno del rey. Puso en movimiento a sus numerosos espías, dentro y fuera del círculo de la corte; donó con largueza y amenazó sin escrúpulo a todo aquel que pensó podía aportar información de envidia.

El duque de Buckingham, como embajador extraordinario, tenía acceso a mi cámara, donde yo le recibía rodeada de mis damas. Una de ellas, la duquesa de Chevreuse, enredadora por naturaleza, había sabido a través de su amante, lord Holland, embajador para las nupcias de Enriqueta, de la pasión que sentía Villiers por mi persona. Y decidió ser el Cupido de ese amor. Una mujer como María de Rohan no comprendía muy bien cómo alguien tan malquerida como yo tuviera escrúpulos en caer en las redes de tan formidable seductor. Era el preferido de todas las damas, y hasta los hombres se hacían lenguas sobre su personalidad. El gran escritor La Rochefoucauld le definía: «El duque de Buckingham era joven, liberal, audaz, intrépido y emprendedor». El incisivo cronista de la corte, Tallemant, matizaba esta opinión: «Su cabeza está repleta de novelaría».

Ojalá hubiera escuchado más a este último.

La duquesa de Chevreuse destilaba en mis oídos las frases más admirativas de milord: «La reina de Francia es la más bella de las damas». María Chevreuse repetía estas y otras palabras semejantes, curando las

heridas de la mujer malamada que yo era, y se las arreglaba para que milord gozara de algunos instantes conmigo, siempre en presencia de las gentes del séquito, pero un tanto apartados de ellas. Durante los siete días que duraron las celebraciones, Buckingham me hizo una corte asidua, susurrándome todas aquellas dulces frases que yo no había escuchado jamás de mi marido. Hablaba en perfecto francés, culto y elegante, y su voz resultaba acariciadora. Rendido ante mí tenía a un hombre que poseía todas las cualidades y que con sus palabras me hacía sentir que era mujer, que era bella, que era digna de ser amada. No sé cómo hallé la fuerza para resistirme, ni tan siquiera cómo quise resistir.

Se suponía que yo acompañaría a mi cuñada Enriqueta hasta Boulogne-sur-Mer, pero los espías del cardenal ya debían de haber vertido la maledicencia en los oídos del rey, y el secretario de Estado Brienne, a petición de mi esposo, me aconsejó que abandonara el viaje y corriera al lado de mi soberano enfermo. No entendí, o no quise entender, no lo recuerdo, que no se trataba de un consejo, sino de una orden. Ante mi negativa, Luis decidió cambiar el itinerario y yo tenía que acompañar a la reina regente, mientras que la reina de Inglaterra, iría por otro camino, escoltada por Buckingham.

Así nos separaban para evitar más encuentros con el persistente cautivador.

El destino había de cambiar estas medidas. Una vez llegamos a Amiens el 7 de junio, María de Medici se sintió indispuesta, y todo el séquito tuvo que permanecer en dicha ciudad. El gobernador, duque de Chaulnes, se propuso distraer a tan numerosos e ilustres huéspedes, y debo reconocer que fueron días maravillosos los que pasé en esa bella región. Era el mes de junio, el aroma de los campos era penetrante, el frescor que subía del río Somme hacía de los festejos en el jardín una delicia y yo me sentía admirada, deseada y alegre. Mi mundo había cambiado. Al día siguiente de nuestra llegada, el gobernador organizó un baile en el que también comprobé la intensa admiración que Buckingham me deparaba, aunque mi natural discreción me impida repetir las cosas que oí esa noche. La certeza de ser amada me favorecía.

En la noche siguiente, decidí dar un paseo por el jardín, descendiendo hasta el río. El clima benigno del anochecer, las estrellas en un cielo límpido, el perfume de las rosas me hicieron pensar que era una noche perfecta, y así lo comenté con mis damas. Dentro de mí sentía un afán, una inquietud permanente, un desasosiego mezclado con ilusión, que me hacía anhelar constantemente la presencia de George y rechazarla al mismo tiempo. Inesperadamente María de Chevreuse llamó la atención de mi cortejo y quedé sola en un pabellón al borde del río. Ella, aficionada a participar en los importantes acuerdos políticos, se veía como adalid del nuevo entendimiento entre Francia e Inglaterra.

El rumor de las aguas era suave y sereno. De repente y ante mi asombro, apareció George. Supliqué al cielo que me diera valor, pero él comenzó a repetirme palabras tan cautivadoras y sentimientos tan entregados, que me sentí desfallecer.

Él cometió el error de abrazarme con tal brío, acariciándome con tan desbocada pasión, que enfrió mi afán y desperté de mi sueño y vi mi realidad. Yo era la reina de Francia, y amada o no, tenía mis deberes que cumplir. Si no hubiera sido una mujer casada, George hubiera sido hombre digno de ser amado. Pero estaba casada, y con el rey de Francia.

Angustiada, llamé a gritos a mis damas que acudieron presurosas, entre ellas María, que enarbolaba una inquietante sonrisa. Varios y dolorosos pensamientos asaltaron mi mente. ¿Era yo objeto de verdadero amor? ¿O para su insaciable vanidad era yo importante trofeo? No cabe duda de que una infanta de España, de la noble Casa de Austria y reina de Francia, doraba de lustre sin igual al formidable seductor que era George. Durante varios días reflexioné sobre los acontecimientos. Había gozado de emocionante exaltación, me había sentido admirada, amada, pero yo no era mujer para huir con mi amante y olvidar mi lugar y mi rango. ¿Qué podía esperar una reina de Francia del amor de un duque inglés? El futuro no sería jamás nuestro. Mi suegra tomó cartas en el asunto y, para aminorar el escándalo, ordenó a su hija, la reina de Inglaterra, que partiera de inmediato con su séquito. El duque de Buckingham, como embajador extraordinario para las nupcias, estaba obligado a presidir el cortejo. Él no se dio por vencido y a mitad de camino,

abandonó la comitiva de Enriqueta que se dirigía a Boulogne-sur-Mer y cabalgando a toda velocidad acompañado por el otro embajador lord Holland, desanduvo el camino y vino a verme a Amiens. Como excusa ante su reina, pretextó que había recibido un correo de Inglaterra que debía discutir de inmediato con la reina regente.

Tras visitar a mi suegra, pidió audiencia para verme. Yo, inocente, pedí consejo a María de Medici. Ella insistió en que le recibiera, y así lo hice, mas yo temía esa reunión que solo podía ser un adiós. En esa época, era mi dama de honor la severa condesa de Lannoy, que en esa circunstancia ordenó a todas mis damas que estuvieran presentes.

Era imposible que ante tan nutrida concurrencia el duque inglés sobrepasara los límites estrictos del protocolo. Cuando se presentaron los dos embajadores, Holland y Buckingham, sucedió algo sorprendente: tras las tres reverencias de rigor, que efectuó Villiers con gracia cortesana acompañando la venia con su sombrero, George se arrodilló a los pies de mi lecho y comenzó a besar con fervor las sábanas. Yo estaba tan aturdida por la inconveniencia de la situación que permanecí muda y paralizada, pero la señora de Lannoy reaccionó con prontitud y ordenó traer una silla al tiempo que advertía al duque con tono de reproche:

—A una reina de Francia no se le habla de rodillas.

A lo que él respondió, arrogante:

—Soy inglés y no me importan vuestras costumbres.

Al pasar unos minutos, mi dama de honor conminó a los dos embajadores para que partieran de inmediato. Después de esa escena tan poco apropiada, comprendí que mi decisión había sido justa. Hasta mi fiel La Porte comentó indignado contra milord:

—Se propasó de manera muy insolente, hasta el punto de intentar acariciar a la reina.

Comprendí entonces la enormidad de mi error. Si George me hubiera amado de verdad, ¿me habría colocado en esa situación? Pero ya era tarde. El escándalo me rondaría durante años, situándome en una posición de extrema debilidad ante mi esposo. Mi suegra aprovechó mi desvalimiento para ganar méritos ante su hijo. Le refirió al rey todo lo que había sucedido, y añadió

una frase que condenaba más que exculpaba: «Ana no hubiera podido traicionar, porque siempre tuvo gente a su alrededor».

Me envió también al padre Séguiran para amonestarme. Estefanilla, con esa viva inteligencia y natural llaneza propia de las gentes del pueblo, comprendió su misión y cuando este pedía ser recibido, le dijo con sorna:

—Teatino, tan de mañana a visitar a esta señora, *non* es buena señal *ny* por bien.

Imaginé durante días borrascosos la humillación que hubo de sentir mi esposo, ya inclinado al resentimiento y la desconfianza. Tras estos acontecimientos, subió el prestigio de María de Medici, el rey no dejaba de enaltecerla como ejemplo de reinas, pero esos halagos estaban destinados a poner de relieve mi comportamiento inconveniente más que a ensalzar a la reina madre. Yo recordé el asesinato del conde de Villamediana por poner sus amores tan alto que le quemó el sol, y me sentí aterrada. A consecuencia de estos acontecimientos, le fue prohibida la entrada en Francia al duque de Buckingham. Tuve noticia de que mi cuñada zarpó con todo su séquito hacia Inglaterra el 22 de junio.

No vi nunca más a George Villiers.

6. *La conspiración de Chalais.* 1626-1632

Ese año iba a traer consigo una de las funestas conspiraciones que ensombrecieron el reino de Luis. Pero mientras llegaban estas, hubo ya signos de que iba a ser un año desagradable en muchos aspectos. Mi esposo me abandonaba, y lo que era aún peor, por favoritos de poca monta. Uno de ellos, Barradet, hermoso y necio, creyó tener un poder que no era tal. Un día, Luis, a modo de chacota le arrojó unas gotas de agua de azahar al rostro, y el favorito, en insólito arranque de ira, le arrebató al rey el frasco de perfume y lo estrelló contra el suelo rompiéndolo en mil pedazos. Nadie, ni el más osado, se hubiera atrevido a semejante desacato en la corte de Madrid. Me apenaba profundamente que el respeto al soberano fuera pisoteado de esta manera.

Richelieu, mi feroz enemigo, me rodeó de espías, y no contento con ello, contrató a confidentes ingleses para que, en caso de que lo hiciera, interceptaran la correspondencia de Buckingham conmigo. No hubo tal, pero supe que una tal lady Carlisle, intrigante y aventurera, era pagada por el cardenal en vano intento de probar nuestra culpabilidad. El hábil Bassompierre fue enviado a Inglaterra para elevar una protesta ante Carlos I por reenviar al personal francés en la corte de mi cuñada Enriqueta. Mi esposo se enfureció cuando supo la noticia. ¿No recordaba cuando unos años antes mandó a España a todas mis queridas damas, bajo el pretexto de que tenía que *afrancesarme*? Pedí, en el mayor secreto, al inteligente diplomático que llevara a George Villiers de mi parte un recado que más bien era una súplica: que su visita a París no me sería grata. Prohibía al hombre que me había dicho las únicas palabras de amor que oyera en mi vida, que volviéramos a vernos.

Mucho más grave fue lo que aconteció unas semanas más tarde.

Henri de Talleyrand-Périgord, conde de Chalais, había comenzado su ascensión trabajando como espía para el cardenal-ministro. Cambió sus

lealtades a causa del amor, pues Chalais se enamoró perdidamente de la duquesa de Chevreuse, que anhelaba sobre todas las cosas fulminar al cardenal, y María utilizaba para ello a todo amante que ella creyera capaz de conseguirlo. Aprovechando la rebeldía de mi cuñado Gastón, que rehusaba desposarse con María de Montpensier, unieron las diferentes quejas y varios nobles se reunieron en torno a él, con el fin de acabar con Richelieu, a quien culpaban de todos los males. Tampoco mi esposo —ni yo misma, he de confesarlo— deseábamos ese matrimonio, pues los dos temíamos que el hermano menor diera un heredero al trono. Se habló incluso de que, dada la mala salud de Luis, si un día llegara a faltar, podría yo contraer matrimonio con mi cuñado.

Quería pasar desapercibida, no participar, no oír, ni comentar ni aceptar nada. El asunto de Buckingham y sus terribles secuelas me hicieron desear ser invisible, desaparecer del mundo.

Prudencia, temor, angustia se mezclaban en mi alma en un torbellino de emociones que me desazonaban. Yo conocía los designios de los conjurados, pero mantuve mi silencio. Hubiera debido denunciar estos rumores a mi esposo. No lo hice. Y las consecuencias fueron terribles.

Chalais tenía varios cómplices importantes como César de Vendôme, gobernador de Bretaña, y su hermano el bello Beaufort, que, sin embargo, no estaba tan dotado de inteligencia. Años más tarde, el maligno cardenal de Retz, le describía así: «Su estupidez no se había desarrollado aún del todo».

Era cierto que, con el tiempo, se fue infatuando de su propio valor y poder, y cometió graves errores que le jugaron muy malas pasadas. Él buscaba fama y fortuna, y calculó que defendiendo mi causa podía conseguirlas. Al no consentir yo sus necias decisiones y mal aconsejado por amores sin prudencia, se volvió contra mí y se unió a la oposición que lideraba el conde de Chalais. Entre tanto, Henri de Talleyrand-Périgord fue traicionado por uno de sus compinches, un tal Louvigny, que buscaba medrar con esa traición. Chalais fue arrestado de inmediato a principios del mes de julio. El juicio fue implacable. Presidido por la reina regente, el mariscal de Schomberg, guardián del sello, y el cardenal Richelieu, el reo estaba condenado de antemano.

Las preguntas fueron muchas, y para confusión del detenido, cruzadas. El propio cardenal dirigió el interrogatorio y le prometió el perdón si revelaba los nombres de los conspiradores. Admitió el acusado que tanto el hermano del rey, Gastón, como los hermanos Vendôme y el príncipe de Condé, participaban en la intriga. A la pregunta inquisitiva de Richelieu sobre mi conocimiento de todo ello, él declaró:

—He oído decir que si Dios se llevaba al rey, Monsieur podría desposar a la reina.

Pero en ningún momento afirmé que yo supiera nada. Jamás había pensado casarme con mi cuñado. Otros quizás elucubrarán. Yo no.

Confuso y temeroso, no acerté Chalais a proveer una explicación exculpatoria, pero, hombre de honor, se manifestó responsable de la conjura.

No hubo sorpresa alguna, fue declarado culpable y condenado a muerte. El dolor de Gastón por su amigo fue auténtico, tan auténtico como su ira al no haber podido derrocar al cardenal, a quien culpaba de que sus esponsales, a los que finalmente había accedido, estuvieran teñidos de sangre. La sangre de su amigo Henri de Talleyrand-Périgord, que fue ejecutado en Nantes el 19 de agosto. Y según me contaron, los amigos de Henri raptaron al verdugo para que no pudiera cumplirse la sentencia, por lo que mi esposo, encendido por la ira, ordenó que lo ajusticiaran dos condenados a cambio de ser indultados. No tenían experiencia con la espada y decidieron asesinarle con un pesado martillo; le mataron con treinta y cuatro bárbaros golpes. Fue un escándalo y más aún cuando se supo la conveniente muerte del mariscal D'Ornano en la Bastilla de una súbita dolencia. La perspicaz marquesa de Rambouillet afirmó con determinación: «La celda del Mariscal valía su peso en arsénico».

Corría el rumor de que la púrpura que vestía el cardenal se había transformado en símbolo de la sangre derramada. Esa confabulación iba a ahondar en el desencuentro entre mi esposo y yo. Luis se sintió traicionado por todos, por su hermano Gastón y por mí, su esposa, pues estaba convencido de que conocíamos la trama y no le habíamos advertido. Gastón, que había participado en ella, no sufrió castigo alguno. La boda de Gastón

con María de Montpensier había sido celebrada el 6 de agosto en Nantes, la misma ciudad del ajusticiamiento de su amigo, en un clima de tristeza incompatible con la habitual alegría de unas nupcias. Para dorar la amarga píldora, le fueron concedidos el ducado de Chartres y el condado de Blois, con sus jugosas rentas.

Sin embargo, yo fui juzgada, y con la máxima severidad, en un Consejo que presidía mi esposo y en el que no me ahorraron humillación alguna. Cuando llegué a la sala donde tenía lugar el juicio, mi esposo ordenó que me acercaran una silla plegable, no el sillón al que tenía derecho como reina de Francia. Me mortificaron con preguntas insolentes y me trataron como si fuera una vulgar criminal. Mi esposo me atacó sulfurado:

—¡Habéis deseado mi muerte! ¡Y para desposaros con mi hermano!

Comprendí que había hablado el viejo resentimiento hacia el hermano favorito de su madre, y que me hallaba en terreno resbaladizo. Del fondo de mi ser obtuve una fuerza que creía extinguida y contesté como quien propina un latigazo:

—No hubiera ganado gran cosa con el cambio.

Mi suegra no abandonó en ningún momento su actitud de reproche y aprovechó para avasallarme con una de sus peroratas:

—Habéis de vivir como las anteriores reinas de Francia se han comportado, y, a cambio, os daré mi afecto y me encargaré de dirigirlos.

Viéndome perdida acusé sin rebozo:

—Sois la culpable, junto con el cardenal, de todas las persecuciones que he sufrido.

¡Qué victoria para María! Observé con rabia contenida que Richelieu tenía el brillo del triunfo en su mirada. A consecuencia de la angustia y el dolor de esta situación, perdí en el mes de noviembre, una vez más, el hijo que esperaba. ¡Qué tristeza de invierno! Me consideraron ya vencida, y comencé a sentir a mi alrededor el vacío que se hace a los apestados. Y para hundir más el cuchillo en mi pena, mi cuñada se quedó embarazada a los dos meses de su matrimonio y yo sufría al ver su vientre fértil que crecía dulcemente y mi imposibilidad de concebir.

Richelieu me escribió una carta que rezumaba hipocresía:

Me es imposible explicar a vuestra majestad la pena que me invade... Os puedo asegurar que el rey siente tal pesadumbre por el amor que siente hacia vos, de sí mismo y del Estado.

Mi esposo, en verdad dolido por los acontecimientos y preso de una profunda depresión, desapareció de París y no volví a verle hasta la Nochebuena. Nunca había estado yo, eso creía, más cerca de ser repudiada.

Desembarco inglés en la isla de Ré

20 de julio de 1627

En el mes de junio mi esposo y yo respiramos aliviados. Gastón tuvo una hija. Todavía había esperanza. Pero en los meses sucesivos, el duque de Buckingham tomó una serie de decisiones contrarias a los intereses de nuestro país, y ante la nación entera, yo me había dejado cortejar por un enemigo de Francia. Era consciente de que el episodio del duque de Buckingham, había empeorado mi ya frágil situación. María de Medici aprovechó el incidente para demostrar a su hijo que nadie velaba por el interés del reino con más devoción y eficiencia que ella. Sospeché ya entonces que la rivalidad que hacia mí sentía le impulsaba a deslizar en el ánimo del rey medias verdades, de tal manera que yo pareciera culpable en toda ocasión. Ella había vencido y yo había perdido.

Ya en el año anterior, Soubise, el defensor derrotado de Saint-Jean-d'Angély, había logrado escapar y se había refugiado en Londres. Allí convenció a Carlos I de Inglaterra para que reuniera las tropas necesarias para atacar las posiciones francesas. Por inspiración de Richelieu y con su total determinación, la fuerza naval de Francia se afianzaba a ojos vista, e Inglaterra temía ese creciente poder. Mi esposo le había nombrado gran maestre y superintendente general del comercio y la navegación, con plenos poderes de actuación y era lo que la ambición de Richelieu demandaba.

Curiosamente, mi cuñada Enriqueta, reina de Inglaterra, contribuyó, en contra de sus inclinaciones, a decidir a su esposo para acudir en ayuda de los

hugonotes franceses. La militancia de mi cuñada, persistente y sin disimulo alguno, a favor del catolicismo, había irritado a los protestantes ingleses. Con este cambio de actitud, la reina inglesa pretendía congraciarse con sus súbditos que apoyaban vivamente la intervención a favor de los protestantes galos. Y uno de los mayores adalides de este movimiento fue Buckingham, que odiaba al cardenal.

En vano Richelieu intentó atraer a los gobernantes de La Rochelle para que comprendieran que era vital para Francia una Armada bien pertrechada que defendiera los intereses nacionales. Ese importante puerto del Atlántico era fundamental para la expansión naval que deseaba el cardenal.

Ese año de 1627 sería el de la guerra contra Inglaterra. Esta nación apoyaba el levantamiento de los hugonotes y sus tropas desembarcaron en la isla de Ré. Esta estrategia perseguía crear otro foco de insurrección contra el rey de Francia, y, al mismo tiempo, cercenar de cuajo el desarrollo marítimo que perseguía Richelieu. Capitaneaba la flota inglesa el duque de Buckingham, que odiaba tanto a Richelieu como a mi esposo. Todas las miradas se centraron en mí, y la reprobación fue casi unánime: yo era la mujer que había traicionado a su esposo y a su patria, y ahora el pueblo pagaba mis devaneos con una guerra. Me convertí en una nueva Elena de Troya. María de Rohan me refirió la visita que hizo un amigo suyo inglés a la nave del almirante y este relato me produjo una viva emoción, pero también espanto y miedo de que este hecho fuera conocido por mi esposo: George Villiers tenía un retrato mío en su camarote. Los corrillos de la corte lo comentaban entre risas contenidas. Para terminar de hundirme, supe que se formaba una liga contra Francia que lideraba, ¡cómo no!, la duquesa de Chevreuse conjurada con el rey de Inglaterra, el poderoso duque de Lorena, el de Saboya y el de Baviera.

Desaparecí del mundo y hubiera querido marchar a algún alejado lugar, pero no lo hice, pues hubiera sido como admitir mi culpa. Por el contrario, María de Medici gozaba de la confianza del rey. A veces, el Consejo deliberaba en la cámara de mi suegra; el poder se trasladó del Louvre al palacio de Luxemburgo. Richelieu exultaba.

He de reconocer que era un consumado político y resultaba enormemente

útil a mi esposo. Tenía una visión completa de los problemas, reflexionaba sobre ellos, ponía en orden las prioridades y tenía un agudo sentido de la realidad circundante. Yo le temía y le detestaba, pero comprendí su magnífico entendimiento con Luis pues se parecían. Tenían como norma el deber de Estado y el sentido del honor nacional. Ambos se ocupaban con deleite tanto de las cosas pequeñas como de la alta política. El cardenal llegó a decir de mi esposo: «Se adapta con más gusto a las cosas pequeñas que a las grandes e importantes».

Ambos eran de carácter duro, autoritario, sin ninguna concesión a la piedad. Incluso estaban unidos por sus dolencias. Ambos sufrían de angustia, malestar, insomnio y migrañas. Y ambos, en lugar de cuidarse, se entregaban sin descanso a sus múltiples tareas. Y ambos desarrollaron enfermedades crónicas que les llevaron a la tumba.

Un año que había empezado mal acabó peor. Los excesos de arrogancia y crueldad de Richelieu se desataron con una furia implacable. Los oponentes de su política de guerra que originó una economía exangüe y la pérdida de vidas eran muy numerosos. Los esbirros del cardenal capturaron a Montagu, hombre de gran prestigio, en el mes de noviembre en las tierras del duque de Lorena. Este, apoyado por el duque de Saboya y el conde de Soissons, se confabularon en contra del cardenal. Esta conjura era mil veces más peligrosa que la anterior.

Dentro de todas estas vicisitudes, conocí, a través de mi fiel La Porte, que mi nombre no aparecía en ninguno de los documentos incautados a Montagu, en el momento de su detención.

En esos años yo era la «extranjera», y el cardenal me perseguía como a una enemiga de Francia, con el consentimiento de mi esposo. Me empujaban a una selva oscura de ataques secretos, de acusaciones falsas. La tiranía del cardenal se iba tornando absoluta y arrollaba y aplastaba a todo aquel que osara contradecirle. A medida que Richelieu se afianzó en el poder, cuando tomó las riendas del gobierno, todos los que criticábamos sus decisiones, éramos espiados, calumniados, perseguidos, encarcelados, o decapitados. Éramos muchos los que deseábamos su ruina, pero él era astuto e inteligente

y nunca dejó de estar en guardia; jamás confió en la solidez de su posición, pues sabía que mi esposo era tan desconfiado como fingido, y que tan pronto se inflamaba por un favorito como se aburría de él. En total confianza comentó a su colaborador: «Los cuatro metros del despacho del rey son más difíciles de conquistar que todos los campos de batalla de Europa».

La complicidad de María de Medici y el cardenal todavía se mantenía, pues les unía entre otras cosas el deseo de anularme y el afán de poder. Cuando se hablaba de «la reina», se referían a mi suegra, no a mí, yo no existía. Por decisión de Richelieu, con el apoyo de la reina madre y el beneplácito de mi esposo, todo me era negado, sobre todo aquello que pudiera unirme a mi familia española. Mi hermana María, mi adorada hermana menor, viajaba hacia Hungría para desposarse y convertirse en reina de ese país. No consintieron, pese a mis ruegos, que me reuniera con ella. Tuve que esconderme en el fondo del olvido y de la disimulación, incluso mentir, hecho que me repugnaba, para sobrevivir.

28 de agosto de 1628

Las calamidades llovían sobre mí. El pueblo comenzaba a murmurar que Dios no estaba con nosotros. Aquel día fatídico, 28 de agosto de 1628, recibí una horrenda noticia. Uno de los fanáticos puritanos ingleses, tan intransigentes, tan iluminados, asesinó al duque de Buckingham durante el asedio a La Rochelle. Murió George en brazos de su compañero de armas y leal amigo, Walter Montagu. Mi tristeza no tuvo límites, pero hube de ocultarla para sobrevivir una vez más. Mi esposo hizo alarde de una alegría inusitada.

Como era de esperar, la furia del rey de Inglaterra fue borrascosa. Parecía que quisiera castigar a todos los franceses por la persecución que había padecido Buckingham a cargo de Richelieu. En la suntuosa embajada que envió Luis XIII a su cuñado el rey de Inglaterra, aparecía un personaje que se había distinguido por su discreción. Se trataba del doctor Carlos de Poix, antiguo médico de la familia real de Francia, y por tanto gozaba de la confianza de la reina Enriqueta.

No tanto así de la estima de Carlos I, pues este recelaba de la amistad de Poix con Richelieu. En realidad, la intrincada red de espías del cardenal se extendía por cortes y embajadas, palacios y moradas, iglesias y conventos. Lo último que necesitaba el rey inglés era más confusión y enredo en sus dominios. Y rechazó con decisión el ofrecimiento de su eminencia para que guardara cerca de sí al hábil médico, que tuvo que regresar a París, con la desilusión de Enriqueta que tuvo que sufrir, como yo misma años atrás, el ver partir a las pocas personas de su confianza que todavía mantenía a su alrededor. Fueron conminados a abandonar Londres, sin posibilidad alguna de cambiar esta resolución. El Parlamento no quería a los odiados católicos en tierra inglesa.

Gastón de Orleans

1629

El rey había estado preocupado por el levantamiento de su cuñado, el duque de Saboya, que se había unido a los españoles en su avance por la península itálica, y sin esperar más, el 9 de marzo se puso a la cabeza de sus tropas para aplastar la rebelión. Espada en mano, arengó a sus soldados que atacaron con furia y arrojo y consiguieron una estrepitosa victoria. Era una difícil situación, pues a pesar de las indiscreciones de su hermana, mi esposo quería de verdad a Cristina. El vencido duque se arrojó a los pies de su cuñado, implorando compasión. La clemencia no era una de las virtudes de mi esposo, pero en aquella ocasión, y en consideración a los lazos familiares, le dijo al traidor que le perdonaba pensando en su hijo y en su esposa, a la que él adoraba. Esas campañas resultaban muy duras para la frágil salud de mi esposo, y comprendo, en cierto modo, la furia que le inspiraba la falta de apoyo que encontraba en su hermano Gastón. También he de reconocer que yo entendía la posición de mi cuñado, pues, como él, yo aborrecía las guerras, que tanto respaldaba el cardenal, pues eran causantes de muchas desgracias y miserias. Además, su mujer había muerto recientemente y parecía abatido. He aquí que un hecho romántico iba a poner a Gastón de nuestro lado. El recién

viudo se enamoró de improviso de la dulce María de Gonzaga, hija del duque de Nevers. Y Monsieur se encontró con la tajante oposición de su madre.

María de Medici no había perdonado a los Nevers los ácidos comentarios sobre su linaje, y además había ya decidido que su hijo favorito debía desposar a una de sus sobrinas Medici, aumentando así ella su influencia en la corte. Esta era un hervidero de habladurías y chismes, donde los afectos del día anterior se mudaban en desacuerdos dependiendo de los intereses mutables de cada personaje. El embajador Mirabel me repetía que Gastón podía escapar a Flandes, y me instaba a ayudar a mi cuñado. Añadía que en esas tierras del imperio español hallaría el prendado príncipe la más calurosa acogida. Pero Gastón dudaba.

Yo siempre había mantenido una relación fraternal con mi cuñado, y a veces se permitía algunas frases en mi presencia que su espíritu ágil y festivo convertía en ingeniosas.

Mi esposo había vuelto a París para acompañarme, e intentar una vez más concebir el hijo que no llegaba. Una mañana, al verme salir de la capilla, e intuyendo que venía de implorar por concebir, mi cuñado me dijo con sorna:

—Señora, venís de implorar a vuestros jueces contra mí; acepto que ganéis el proceso si el rey goza de suficiente crédito para ello.

La reina madre y su hijo menor, que se entendían a la perfección, acabaron sellando su alianza tras ardua negociación: su hijo favorito tenía que renunciar a su amor y, a cambio, mi suegra se comprometía a desacreditar a Richelieu ante el rey. No era un pacto muy beneficioso para Gastón, porque en esa componenda su madre ganaba dos veces: anulaba a la indeseada nuera y quedaba como única consejera del monarca. Y he aquí que cuando María urdía su estrategia para dar fin al poderío del cardenal, mi esposo nos sorprendió a todos concediendo en noviembre a Richelieu un título hasta entonces desconocido en el gobierno: principal ministro de Estado.

Tras el asalto a La Rochelle se habían desvanecido las últimas reticencias de Luis con respecto al ministro. Mi esposo admiraba el valor y la sangre fría en la batalla, y durante la ofensiva a la fortaleza, vio a Richelieu a caballo, inspeccionando las tropas y arengándolas con bravura bajo el fuego de los

cañones. Sin inmutarse, con inteligencia, sentido de la organización y una inmejorable estrategia, la victoria fue suya.

María de Medici, que iba a ser suplantada en breve y no lo imaginaba, escribía al que ella creía «su criatura sacada del barro del anonimato»:

Nunca habéis sido más importante en el espíritu del rey. Me dice que, sin vos, todo iría mal.

El triunfo del cardenal era completo. Era admirado, adulado y temido. El embajador veneciano Zorzi escribía al dux:

Si el rey es el monarca de Francia, el cardenal es el patrón. El cardenal actúa en todo a su guisa, sin nadie que le aconseje, y en todo acierta, y el rey ni habla ni piensa si el cardenal no le provee de materia y método, aunque todo está de su mano.

La vida sonreía a Richelieu, vivía en un hermoso palacio, el Pequeño Luxemburgo, que mi suegra le había regalado unos meses antes del asedio a La Rochelle. En esa soberbia residencia, que luego sería llamado palacio-cardenal, organizó su eminencia un fastuoso festín, al que siguieron un ballet y una comedia, representados cada uno en un salón diferente, ambos de gusto exquisito. Richelieu mantenía en su corte a cinco autores, que escribían para mayor gloria de su mecenas. Uno de ellos era un joven normando que se llamaba Pierre Corneille.

Mi suegra se había ido a vivir al palacio Nuevo y aparentemente el entendimiento entre benefactora y servidor era inmejorable. Una vez conquistada La Rochelle, el cardenal, fiel a su política, abogaba por otorgar a los hugonotes la libertad de culto. Y ahí surgió el conflicto. Ese mismo año, su antiguo compañero y amigo Bérulle había sido nombrado cardenal y con esta distinción su influencia crecía y el nuevo purpurado se convertía en la cabeza visible del movimiento que deseaba una Europa en paz gracias a la preponderancia de la Iglesia católica, aunque esto significase la unión con España. El choque entre ambos prelados y la propia María no tardaría en

llegar.

Tanto la madre de Luis como su hermano Gastón y yo misma favorecíamos esta política. Y todos estos acontecimientos nos llevaron al *grande orage*, la «gran tormenta» que zarandeó nuestras vidas.

Pero, de momento, mi esposo continuaba sus visitas periódicas a mi lecho, pues perseguía con ahínco que el cielo le concediera un heredero. Le precedía siempre un servidor que anunciaba la llegada del rey, trayendo consigo el almohadón que Luis necesitaba. Pero el cielo no atendía mis súplicas. Tuve varios abortos que me sumieron en la desesperación y en el temor de ser repudiada. También mi esposo, angustiado por la preocupación y probado por el esfuerzo de la guerra, enfermó, y los cuidados que le procuraron los médicos fueron muy dolorosos; las purgaciones seguían a las sangrías y lavados.

Esa dolencia se agravó a finales de septiembre, de tal manera que el 22 de ese mes hubo de guardar cama, a pesar de la grave situación en la sucesión de Mantua, donde, una vez más, los intereses españoles se contraponían a los franceses de manos de dos titanes: Olivares en España y Richelieu en Francia. Al día siguiente, altísima fiebre abrasó su cuerpo, y unos días más tarde, el 29 de septiembre, su delirio fue tan intenso y prolongado que le creímos en el umbral de la muerte. El obispo de Lyon, hermano de Richelieu—esa familia estaba en todas partes—, le dio la extremaunción. Su madre y yo estábamos desoladas. Mi esposo pidió con un hilo de voz perdón por sus errores a nosotros y a sus súbditos, y a continuación me indicó que me acercara y me abrazó desfallecido. Con voz apenas audible, me susurró:

—Perdonadme por no haber vivido bien con vos.

Me sentí aterrorizada por el vértigo de perderle y el horror a lo desconocido. Mil pensamientos cruzaron mi mente. ¿Hubiera podido hacer que me amara? ¿Tuve en parte yo la culpa de nuestro desafecto?

Sufrió una hemorragia tan grave que el desenlace parecía inminente. Sin embargo, dicha hemorragia debió de expulsar todos los malos humores que le torturaban, pues al día siguiente bajó la fiebre y despertó de su letargo.

En cuanto Luis pudo tenerse de pie, mi suegra y mi cuñada fueron en peregrinación a Notre-Dame-des-Grâces, para agradecer a la Virgen la

salvación de mi esposo. Fueron unos breves días tranquilos, gozando de una vida que parecía querer escaparse de su cuerpo doliente. Mas enseguida los asuntos de la sucesión de Mantua volvieron para anular su paz. María de Medici, ya molesta con el cardenal por su favor a los protestantes, mostró su cólera al darse cuenta de que «su criatura» decidía por sí sola e inspiraba al rey una política opuesta a la suya. La reina madre creía que sus dotes para la gobernación eran sólidas, pero yo había observado que, en realidad, se movía por amor propio, orgullo, afán de mando, interés o simpatías y antipatías. El papa apoyaba a Carlos de Gonzaga, y mi esposo decidió hacer lo mismo, porque era un compatriota y, más importante aún, así contradecía los anhelos españoles. Para María fue la puntilla. Carlos de Gonzaga había liderado la rebelión de los nobles durante su regencia y además su hija osaba desafiarla y ponía sus ojos en Gastón, su hijo bienamado. Pero el 26 de octubre, cuando los dos ejércitos estaban a punto de enzarzarse en cruel batalla, apareció un joven valeroso a caballo, que se situó entre los contendientes enarbolando una bandera blanca y gritando: «*Pace, pace!*».

Era el enviado del papa, que portaba un acuerdo para finalizar las hostilidades. El diplomático se llamaba Julio Mazarino. En aquel momento, no podía ni imaginar lo importante que ese personaje iba a ser para mi vida.

La Journée des Dupes
10 de noviembre de 1630

María de Medici, que para entonces ya había comprendido para quién había trabajado Richelieu los años anteriores, continuaba su guerra abierta contra el cardenal, y yo apoyaba a mi suegra porque, además de haber sufrido muchos agravios por parte de su eminencia, aborrecía su política antiespañola, que tanto afrentaba a mi querida familia y que consideraba equivocada. Primero, porque sentía horror por la guerra, y segundo, porque pensaba que era un error que dos naciones católicas se enfrentaran entre sí. El 10 de noviembre, el rey había presidido el Consejo en la cámara de su madre y durante esa sesión se había concedido el bastón de mariscal al protegido de

la reina madre, Luis de Marillac. Y este nombramiento había sido sugerencia de Richelieu con el fin de complacer a María. Pero ni aun así mi señora suegra se había aplacado. Al contrario, llamó al cardenal para comunicarle que le cesaba en los cargos de su casa. Hizo también que dejaran sus puestos las damas de la familia de Richelieu que prestaban servicio a la reina madre. No contenta con esas medidas, corrió a exigir a su hijo que destituyera al cardenal como primer ministro.

Al día siguiente, 11 de noviembre a las once de la mañana se presentó mi esposo en los aposentos de su madre, cuando ella se estaba todavía arreglando. Inopinadamente, Richelieu apareció por una puerta secreta de la pequeña capilla privada. El estupor dejó sin habla a mi suegra. Las puertas de acceso a sus apartamentos estaban cerradas a cal y canto, y la de la capilla que arrancaba de una escalera secreta del piso bajo permanecía siempre con la llave echada. ¿Quién había corrido el cerrojo? ¿Quién era la camarera traidora o servidor desleal a sueldo de Richelieu?

Pasados los años, el cardenal contaría en sus memorias que había sido la Providencia Divina quien le había facilitado la entrada, pero tengo para mí que contaba la historia que más le favorecía no como de verdad sucedió. Él conocía todos los pasadizos y vericuetos de palacio, y mandó a uno de sus espías que le franqueara el paso.

Cuando la reina madre recuperó el habla, lo hizo con tal furor, que perdió el control y estaba tan exasperada que comenzó a vociferar acusando al cardenal de ser un traidor, un ingrato y que, por eso, su odio le perseguiría eternamente.

Parece ser que entonces se volvió a mi esposo, y le amenazó diciéndole que si no echaba a Richelieu, ella no asistiría a ningún Consejo. Nada irritaba más a mi esposo que las imposiciones. Él era el rey.

El cardenal, en un alarde de hipocresía, y por astuto cálculo, se echó a los pies de mi suegra derrochando humildad y suplicó su perdón entre ardientes lágrimas. Ante un gesto del rey, Richelieu se retiró. Mi esposo, abrumado por la catarata de odio que había mostrado su madre, marchó esa noche del 11 a toda velocidad a refugiarse en Versalles.

Al oír el griterío, muchos cortesanos se habían congregado ante la puerta

de los apartamentos de la reina madre. Los agraciados por el cardenal, temerosos de perder sus privilegios; sus opositores, anhelando comprobar su derrota. Todos ellos vieron salir a un monarca glacial, envuelto en un temible silencio. Mi suegra paladeaba ya su victoria, el cardenal seguramente sería expulsado de la corte, o mejor aún, exilado sin posibilidad de retorno.

El 12, María de Medici se despertó tarde, con el sabor del triunfo endulzando su vida, y le anunciaron que un mensajero de su hijo aguardaba para comunicarle una importante noticia. Pidió a sus damas que le arreglaran sus cabellos, le pusieran un salto de cama de sedoso brocado para recibir con grata presencia las buenas nuevas que estaba convencida iba a oír.

Cuando el caballero comenzó a hablar, la sonrisa de María quedó petrificada en su rostro. Su buen y fiel Marillac había sido destituido y en su lugar había sido nombrado un protegido del cardenal. Estupefacta, quedó en silencio, abrumada. No bien hubo reaccionado, iba a interrogar al enviado cuando este le notificó que el monarca había confirmado en su cargo a Richelieu. Los cortesanos, que habían seguido con interés las tres jornadas, dieron en llamar a esta última la *Journée des Dupes*, es decir, «el Día de los Engañados». ¿Qué había sucedido durante la noche del 11 al 12? Con los años, he aprendido que aquella reacción de mi esposo confirmaba varios trazos de su carácter. Y que diversas decisiones tomadas por los protagonistas de este episodio teatral habían contribuido a este desenlace.

La primera de todas, la actitud de María de Medici de jugarse el todo por el todo y acorralar al rey para forzarle a una determinación que no deseaba tomar. La segunda correspondió a Richelieu que, en vez de escapar y poner tierra por medio que es lo que su miedo le dictaba, hizo caso a su amigo el cardenal de La Valette que le aconsejó: «Id a ver al soberano al pabellón de caza de Versailles. Quien abandona, pierde la partida».

La tercera resolución correspondió a mi esposo. Al verse obligado a tomar una medida, y hacerlo mi suegra de manera tan pública —«Richelieu o yo»—, esta había labrado su perdición. Nadie le decía al rey lo que había de hacer. Su natural desdén hacia las féminas se tornaba rechazo absoluto hacia aquellas que pretendían dominarle. Hombre de creencias religiosas muy severas, había preguntado a sus teólogos si faltaba al cuarto mandamiento al

postergar a su madre: el veredicto había sido claro: «El Estado está por encima del amor filial».

Luis había encontrado un argumento para librarse de una madre entrometida en asuntos de gobierno. Además, y siento decirlo porque en algunos temas opinaba como ella, he de reconocer que María, con su forma de proceder, sembraba la discordia a su paso. Mi esposo hubiera deseado que su madre se resignara a un retiro dorado, que ella no estaba dispuesta a aceptar, como os relataré mas adelante. Pero ella no quería entender los diáfanos mensajes de su hijo. Una semana después, se encontraron mi suegra y mi esposo en el palacio de Saint-Germain. Y contra toda prudencia, volvió a insistir amenazando al rey:

—Jamás me sentaré en el Consejo mientras ese traidor forme parte de él.

Unos días después, el soberano recibió a la Asamblea de Magistrados y durante la reunión aprovechó para mandar este mensaje:

—Conocéis la inquina de la reina madre contra su eminencia. Deseo honrar y respetar a mi madre, pero quiero asistir y proteger al señor cardenal contra todos.

María hubiera debido recordar que el palacio de Saint-Germain no traía buenos recuerdos para las mujeres de la estirpe florentina. Reinando Catalina de Medici, su famoso astrólogo Nostradamus le había advertido que tuviera sumo cuidado con Saint-Germain, pues sería ciertamente funesto para ella. La reina evitó siempre pernoctar en dicha residencia, y pasados los años, siendo ya anciana, tuvo un día una indisposición que no parecía grave. Piadosa como era, mandó llamar a su confesor, y cuando le dijeron que el prelado aguardaba en la antecámara, pidió que le hicieran pasar. Ante su sorpresa, vio que el sacerdote no era quien habitualmente le confesaba. Este se disculpó, diciendo a la reina:

—Vuestro consejero espiritual está enfermo y me ha pedido que acudiera en su lugar. Soy el padre Saint-Germain.

Catalina murió a los dos días.

Bassompierre, el embajador inteligente y de talento, yacía en la Bastilla por haber osado enfrentarse al todopoderoso ministro. Richelieu era un

peligro y yo bien lo sabía, pero al enemistarse con mi suegra, él intentó congraciarse conmigo. De varias maneras. La señora Du Fargis, criatura del cardenal, tuvo un papel degradante en esta farsa. Yo había notado que el cardenal usaba de los mismos halagos y la misma zalamería conmigo que dedicaba a María de Medici cuando aún precisaba de su favor. Pura hipocresía, pensé. Comprendí que él me necesitaba y que creyó que el momento era idóneo para comprarme, pues mi debilidad era manifiesta. La Du Fargis tuvo la insolencia de insinuarme:

—Siendo el rey de mala salud, no pudiendo vivir por mucho más tiempo, la devolverían a España; sin embargo, si ella tuviera un hijo del cardenal y el rey muriera pronto, pues era ineludible, ella gobernaría con él, puesto que tendrían los mismos intereses, al ser el padre de su hijo.

Permanecí muda, espantada de la inmoralidad de las gentes que rodeaban a Richelieu. No comprendía la Du Fargis que a una infanta de España e hija de Felipe III, esa sugerencia solo podía producirle horror. Y me marché ofendida sin pronunciar palabra. El cardenal unía a su vanidad por la conquista, el interés de perpetuarse en el poder tras la muerte del rey con un total desprecio al respeto hacia quien le había alzado al poder. Debí de tomar mi silencio como actitud reflexiva, y continuó con sus zalemas.

Mi indignación crecía cada día hacia ese hombre que ya despreciaba. Pensé en referirle esta conversación a mi esposo, pero él jamás había creído las verdades que su madre le contó de ese personaje. ¿Cómo iba a creerme a mí? Hablar hubiera sido mi ruina, pues Richelieu era violento y despótico. Adulaba al rey y a los poderosos, pero se desquitaba con las personas débiles y que él consideraba le debían acatamiento. Sin embargo, había alguien en la corte que no temió alzar su voz y responder al cardenal de la forma que merecía. Richelieu gozaba con el sarcasmo y era implacable con todo aquel que tuviera una malformación o un defecto físico. La señorita de Gournay era una solterona coja que, a pesar de su desvalimiento, se encaró con el cardenal cuando él se burlaba de la anciana dama:

—Reíd, señor, de esta pobre vieja. Reíd, gran genio, reíd. ¿No debe todo el mundo contribuir a vuestra diversión?

Sin embargo, me confié al embajador Mirabel, para que repitiera esta

proposición de la Du Fargis al conde-duque de Olivares y estuviera así preparado para cualquier negociación que tuviera que hacer con un hombre de tan escasa virtud.

Evasión de Compiègne

18 de julio de 1631

A partir de ahí, tanto mi suegra como mi cuñado cometieron varios errores que resultaron fatales, sobre todo para María. Gastón, realmente indignado por el proceder de Richelieu, pero instruido e incitado por su madre, se presentó en el palacio-cardenal, y con aire enfurecido recriminó al omnipotente primer ministro:

—No puedo ser amigo de un hombrecillo que ha enfrentado a toda la familia real, que se ha convertido en un perseguidor acerbo de su benefactora y que se empeña en denigrarle ante el rey. Solo vuestra condición eclesiástica os libra de un castigo inmediato.

Conociendo a mi esposo como ahora lo hago, entiendo sus reacciones. Luis, al ver su autoridad discutida, montó en cólera y exigió a su madre que hiciera una excusa pública al cardenal. Ella se negó indignada, y prometió al rey obedecerle en todo a cambio de que Richelieu fuera expulsado de manera inmediata.

Este era, en ese 23 de febrero de 1631, el clima de intranquilidad que sobrevolaba la corte. Debo admitir que la actitud de Richelieu hacia mí había mejorado, tenía detalles, sus palabras se dulcificaron... No me hice ilusiones. La violenta oposición de mi suegra y mi cuñado hacia él obligaban al cardenal a buscar algún aliado dentro de la real familia. Yo era demasiado consciente de mi rango de infanta de España y reina de Francia para aliarme con quien había perseguido constantemente mi ruina. Y la de la nación con la sempiterna guerra franco-española. Otro motivo impulsaba al cardenal a buscar mi amistad: él calculaba que si mi esposo llegara a faltar, Gastón sería rey, y todos sabíamos de su odio hacia el cardenal y que sería implacable.

Yo misma, cansada ya de la prudencia autoimpuesta, me dejé llevar un

día por la ira delante del cardenal La Valette que me aconsejaba guardar el decoro:

—Nada temo ya. Me han maltratado tanto cuanto han podido. En adelante sé muy bien cómo comportarme y nadie me lo podrá impedir. No tengo nada que temer. Hay que tener paciencia y ver lo que el tiempo nos traerá.

Lo cierto es que estaba lejos de sentir ese coraje. Cuando mi esposo echó de mi lado a mi farmacéutico Michel Danse, llegué a recelar que quisieran envenenarme. Me hallaba en mi lecho, pero la preocupación me había despertado al amanecer, pues rememoraba los episodios ocurridos en las jornadas precedentes y tenía una angustia dentro de mí que oprimía mi pecho. En eso, unos golpes repetidos sonaron en el umbral de mis aposentos. A esa hora intempestiva no podía ser nada bueno, pues desde que sufrí las acusaciones de aceptar la boda con mi cuñado una vez muriera mi esposo, la relación con Luis se había deteriorado más aún. Al abrir la puerta, el guardián del sello me tranquilizó y me comunicó que el rey me pedía acudiera a su lado para acompañarle a un convento de los capuchinos en Compiègne, la ciudad donde nos hallábamos en ese momento. Me ordenaba que no hablara con mi suegra ni me pusiera de manera alguna en contacto con ella.

Pero encontré la forma de esquivar este mandato. Envié secretamente a la inteligente Manuela para que contara a María lo que sucedía y que ella me mandara llamar. Yo no podía desatender un requerimiento de la reina madre.

Manuela aprovechó las sombras de la noche y atravesó los corredores de palacio, para deslizarse sin ser vista hasta los aposentos de mi suegra. Cuando acudí a su llamada, la hallé fuera de sí: temblorosa, desarreglada y temerosa. Al verme llegar preguntó espantada:

—¿Me abandona el rey aquí? ¿Qué me reserva su majestad?

Le respondí que ella, en efecto, tenía que permanecer allí, pero que el rey no me había informado de cuál sería su suerte. Entonces me abrazó sollozando y a pesar de que intenté consolarla, no pudo contener su llanto y exclamó acongojada:

—¡Ah, hija mía! ¡Estoy muerta!

Fue la última vez que la vi.

Cuando me reuní con Luis, supe que el mariscal D'Estrées había tomado

posición con sus mil quinientos hombres rodeando la residencia de mi suegra. Volvía ella a estar prisionera, como lo estuvo en Blois, pero su situación era mucho peor que en aquellos años. Le ofrecieron ir al exilio al detestado Moulins. Entonces escribió a su hijo una carta que era un ejemplo de fingimiento y falsedad:

La lejanía que me imponéis es muy notable para una madre que os ha amado tiernamente, porque me obliga a separarme de vos. Viendo, no obstante, que ese es vuestro deseo, he decidido otorgaros la obediencia que me demandáis y retirarme a Moulins...

María añadía, sin embargo, que la peste azotaba dicha ciudad y que conocía que el castillo estaba en ruinas, y que prefería Nevers. Cuando se le concedió esta villa, argumentó que carecía de fondos para el viaje, y así fue ganado tiempo mientras Gastón organizaba la revuelta para «obtener su libertad y la de su madre», e insistía en un manifiesto, en términos arrebatados, que dicha rebelión tenía como fin derrocar a Richelieu:

Sacerdote inhumano y perverso, por no decir impío y malvado, que, traicionando a su orden y su vocación, ha introducido en el ministerio la perfidia, la crueldad y la violencia.

El rey comprendió que su madre era mucho más peligrosa prisionera en la corte que libre lejos de ella. No podía ser beneficioso para el buen nombre del rey tener cautiva a su propia madre, que era además la suegra de tres soberanos, Felipe IV de España, Carlos I de Inglaterra y Víctor Amadeo I, duque de Saboya. Por otra parte, el rey sabía que una vez en el exterior, María se encargaría de cometer todas las equivocaciones posibles. Al estar Compiègne muy cerca de la frontera con Flandes, María opinó que la estrategia de huir hacia ese territorio era la mejor opción, ya que allí podría esperar que los ejércitos coaligados por inspiración de su hijo Gastón iniciaran la ofensiva. El 18 de julio la reina madre escapó de Compiègne por la puerta en una hermosa noche de verano. El porvenir era prometedor.

¿No pensó ni por un momento que todo había sido demasiado fácil, que la

huida había sido muy expedita?

Al llegar a La Chapelle, encontró la villa cerrada y hubo de seguir camino a Flandes, donde mi tía, la gobernadora Isabel Clara Eugenia, le recibió con los brazos abiertos. Pero la reina madre de Francia había buscado refugio con el adversario. Richelieu tiraba de los hilos de tela de araña, en los que María se había dejado atrapar. Ella envió de inmediato dos mensajes, uno a su hijo Luis y otro a Bruselas para pedir asilo político.

Mi esposo respondió con una carta airada:

Estoy tan enfadado de la decisión que habéis tomado de huir de mis Estados, porque no teníais motivo...

Al inicial entusiasmo, bienvenidas, recepciones, bailes y banquetes sucedieron desasosiego y preocupación por parte de la anfitriona, pues el carácter visceral de María y su falta de raciocinio le llevaron a cometer errores que comprometían a los gobernantes. Pronto resultaría una invitada molesta. Y eso que mi tía la gobernadora la había recibido con sincero afecto, compasión por su mala relación con su hijo y como baza para la política española contra la animadversión de Richelieu.

En cuanto a mí, no podía olvidar el encargo que me hiciera mi padre de favorecer en todo momento las relaciones francoespañolas. Resultaba cada vez más difícil conseguirlo, por el creciente poder del cardenal y su visión política, que no admitía discusión. Estaba autorizada a proseguir mi correspondencia con mis parientes, tanto con la gobernadora Isabel Clara Eugenia como con mis hermanos, el cardenal-infante Fernando y el rey Felipe IV.

Pero yo sabía que alguna de mis damas, colocadas a tal fin por Richelieu, me espiaba. Una tarde que entré de improviso en mi despacho, sorprendí a una de las traidoras rebuscando en mi escritorio con evidente prisa. Le llamé la atención, pero intuía que una vez descubierta, el cardenal encargaría esa labor a otra.

Siempre había cuidado mucho mi relación con las religiosas y los monasterios, pero uno de mis preferidos era el monasterio de Val-de-Grâce

del que acabé siendo protectora y muy amiga de su abadesa. Allí me recogía para meditar, rezar en su capilla, curar mis heridas espirituales y conversar con las queridas monjas. Me habían preparado un saloncito donde era libre de pensar, y sobre todo, de escribir sin las molestas interferencias que sufría en palacio. Extremaba mi prudencia, pues además de tener muy presente el trágico fin de Chalais, no quería implicar a mis benditas anfitrionas. No pude imaginar las consecuencias funestas que aquellas cartas iban a originar.

El Buen Retiro

No todo eran malas noticias. Al final de ese año, comenzaron a llegarme las nuevas de la construcción de un bello palacio en Madrid, muy cerca del monasterio de San Jerónimo, donde mi hermano el rey disfrutaba de unos hermosos apartamentos. Felipe IV había mandado llamar a un prestigioso arquitecto italiano llamado Giovanni Battista Crescenzi, que se haría cargo de los trabajos. Los grandes pintores trabajaban ya en lienzos de gran tamaño que describían las grandes victorias del imperio español, Rubens, Poussin, Zurbarán y el genial Velázquez se afanaban en resaltar la grandeza de España, en cuadros que estaban destinados a una gran sala que se llamaría el Salón de Reinos, en referencia a los muchos reinos que formaban nuestro imperio: todos los peninsulares, Flandes, más los reinos itálicos y las Indias.

Sentí un sano orgullo de pertenecer a esa estirpe. Ahora creo que una de las razones por las que logré sobrevivir a las tinieblas que se cernieron sobre mí fue porque tuve presente mi linaje y el deber que imponía a quienes a él pertenecían. Interesada por esa obra en tan amable paraje, requerí siempre noticias a quien podía dármelas. El jardín era importante. Mi hermano Felipe lo había imaginado como el escenario donde él, el Rey Planeta, mostraría su poder y magnificencia, con la ayuda de un gran director de escena, el conde-duque de Olivares, que además solucionó el tema monetario. Olivares había crecido en dos de las ciudades más teatrales del mundo: Sevilla, su lugar de origen familiar, y Roma, donde su padre había sido embajador ante el papa. Pronto se convirtió el Buen Retiro en el ambicionado escenario para los

mejores autores de la época, Calderón entusiasmaba a la corte tanto con sus dramas profundos y espirituales, como las comedias que resultaban enredadas y chistosas. Contaba con un escenógrafo extraordinario que unía una imaginación sin fronteras a un gusto exquisito, Cosimo Lotti.

¡Ah, esas noches perfumadas de jazmines en Madrid, con el escenario incomparable de los jardines que describían cartas y grabados, en los que se representaban obras de teatro magistrales! En mi soledad y temor evocaba la alegría de mi infancia, la vida placentera que disfrutaba en años ya idos, en los vibrantes rasgueos de guitarras, en el calor del amor de los míos, y la nostalgia me invadía sin remedio.

Pensé que si algún día Dios me bendecía con un hijo, le enseñaría la belleza del país de su madre, su grandeza y la alegría inagotable de sus gentes; pensé que le enseñaría a cultivar las artes como eslabón que une a todas las naciones; pensé que ese hijo brillaría como lo hacía su tío el Rey Planeta, pero mi hijo lo haría para mayor gloria y grandeza de Francia.

1632

Ese año iba a traer dolor y convulsiones a nuestras vidas. Nada más empezar, el 3 de enero Gastón contraía matrimonio con Margarita de Lorena, en secreto y sin permiso de su hermano. Mi cuñado tenía una personalidad que le hacía tener amigos en todas partes, ingenioso, el verbo fácil, alegre, gozador, el reverso de su hermano. Pero sus defectos le hicieron cometer graves errores: se dejaba influir y le convencieron para que participara en conspiraciones que acabaron todas mal, y una de las razones era que él sentía remordimientos a destiempo que le forzaban a abandonar a sus compañeros a última hora. De nuevo, la pluma satírica del cardenal de Retz concibió esta descripción:

Participó en todos los asuntos, porque no tuvo la fuerza de negarse a los que le involucraban para lograr su interés; salió con vergüenza de todas ellas, porque no consiguió el valor para continuar.

Tras esta boda, temeroso de la reacción del rey, se refugió en Flandes, donde se reunió con su madre. Luis, indignado por el comportamiento de su hermano, mandó sus tropas a Lorena para invadir el ducado y apresar a los levantiscos familiares. Pero Margarita era una mujer enamorada, y como un personaje de novela, se escabulló entre las tropas francesas vestida de hombre y galopó a rienda suelta para reunirse con su amado. Era una situación imposible para mi esposo, su madre en fuga, su hermano desposándose sin su permiso, y por toda Europa corrían las historias de las desavenencias entre Luis y yo.

Mi suegra continuaba su lucha desde Flandes, y había intentado contratar al temido señor de la guerra Wallenstein, ya que este había quedado desocupado al morir Gustavo Adolfo de Suecia, principal adversario del emperador, a quien servía el famoso aventurero. Las hipotéticas huestes de mi suegra hubieran ganado con la adición del condotiero, pero el enviado de María no llegó jamás a su destino porque fue asesinado en el camino por un sicario de Richelieu.

Según me informaron, mi cuñado comenzaba a hastiarse de la vida lejos de París y había escrito secretamente a su hermano para ser perdonado y volver al redil. En cuanto a María, parece ser que furiosa por las muchas contrariedades en sus proyectos, comenzó a cometer desaciertos que mermaron la simpatía que le acogió al principio de su huida. Uno de los miembros de su séquito había pedido ser agraciado junto a Gastón de Orleans, y al enterarse mi suegra montó en cólera hasta tal punto que decidió ajusticiar a su servidor. Esta terrible intención de la reina madre llegó a oídos de la gobernadora Isabel Clara Eugenia, quien no solo impidió la ejecución, sino que puso en libertad al reo.

Yo misma me encontraba de nuevo en una situación delicada y me guardaba de mostrar favor o demandar clemencia para los fugitivos. Con la marcha de mi suegra, la única reina era yo, y la oposición al cardenal ponía sus ojos en mí como la posible cabeza de esa facción. La corte era un avispero. Las intrigas producían denuncias, las murmuraciones, sospechas, y nadie estaba seguro. Si yo hubiera gozado del afecto de mi esposo, hubiera podido, si así lo deseaba, terminar con el clima asfixiante de delación que

creaba Richelieu, quien atizaba constantemente la hoguera de la desconfianza en el rey. Era su manera de controlarle. Nadie era leal, afectuoso y dedicado como su «primer ministro principal». Este continuaba con el periodo de amabilidades hacía mí, que yo fingí aceptar y que en ningún momento consideré veraz, pues intuí que buscaba con denuedo alguien que le apoyara en caso que la mala salud del rey acabara con la vida del monarca. El cardenal sabía de mi afición al teatro y organizaba funciones con los temas e intérpretes que yo prefería; adulaba a aquellas damas de mi corte que gozaban de mi amistad y tenía mil galanterías conmigo. Su gran responsabilidad fue fraccionar la corte en dos bandos enfrentados.

Y he aquí que un nuevo personaje iba a irrumpir en nuestras vidas. Durante el verano de 1630, mi esposo había conocido a una joven de aspecto etéreo, rubia, de límpidos ojos azules llamada María de Hautefort, que estaba con su abuela La Flotte en la corte de mi suegra. Meses después, el amor platónico del rey había crecido y a causa de la fuga de María de Medici, la abuela había quedado sin puesto. El resultado fue que mi esposo impuso entre mis damas a la abuela de la niña, la señora de La Flotte, acompañada, por supuesto, por su angelical nieta. Me corroían los celos, pues mi esposo mostraba unas delicadezas hacia esa joven que jamás tuvo conmigo. Este hombre triste y despiadado se tornaba tierno y complaciente ante esa niña. Yo también era una adolescente cuando llegué a Francia y no hallé afecto ni valimiento. Para acentuar el desdén, mi esposo decidió entretenerse con María en mis aposentos. La señora de Fargis, que dejaba el puesto, me dio un consejo antes de partir al que yo no acerté a dar el alcance que tenía: «Aunque sea (el rey) capaz de amar (a otra), solo a vos puede dejar huella».

El embajador Mirabel estaba inquieto ante el nombramiento de la señora de La Flotte como *dame d'atour*, azafata de la reina, pues veía al rey tan entusiasmado que temía una resolución determinante contra mí. María, al principio, recibía las cortesías del rey, circunspecta y observante. En silencio. Todo el mundo alabó su virtud, pero al cabo de poco tiempo, como sucedía a menudo con mis enemigos, desarrolló un verdadero afecto hacia mí, y llegó incluso a bromear en privado conmigo sobre las atenciones del soberano.

Poco a poco, se permitió tratar al rey con desdén, casi con altanería, y ante mi asombro, a Luis parecía gustarle. Yo no estaba disgustada del todo, porque el rey, al querer complacer y distraer a María, mandaba organizar fiestas campestres, recitales de poesía y conciertos de música, actividades todas que disfrutábamos María y yo en unión y armonía.

Entonces ocurrió un hecho que explicaba con claridad el temperamento del rey. Estaba hablando con entusiasmo sobre María de Hautefort con su gran amigo el duque de Saint-Simon, y como este le propusiera facilitarle un encuentro con la bella, pero un tanto arisca joven, el soberano le respondió contrariado:

—Es cierto que estoy enamorado de ella, que lo siento, que la busco, que hablo de ella con gusto y que pienso en ella con más gusto todavía; es cierto también que lo hago a mi pesar, porque soy hombre, y que tengo esa debilidad; pero cuantas más facilidades tenga para satisfacer este deseo dada mi situación como rey, más tengo que estar alerta contra el pecado y el escándalo.

Un atardecer de verano, María y yo sonreíamos leyendo una nota que ella había recibido. Mi esposo, que estaba presente, quiso coger la misiva y María la escondió en su escote. Reté a mi esposo y le invité a cogerla él mismo. Y ahí tuvo lugar una escena que fue cuanto menos ridícula: el rey se acaloró, dudó y se veía claramente que estaba confundido por nuestra osadía. Entonces cogió un atizador de plata de la chimenea que estaba apagada, e intentó alcanzar con este artefacto el misterioso mensaje en el pecho de María. Toda la corte murmuró y comentó entre risas y chascarrillos la indecisión del soberano y la complicidad existente entre nosotras.

Mi querida duquesa de Chevreuse, admitida de nuevo en palacio, animaba mis días con su ingenio y dinamismo comentando la ridícula escena de los amores de mi esposo.

Y de nuevo estalló un dramático conflicto en el mes de julio de ese tortuoso 1632. He de confesar que a mis apartamentos acudían personajes alegres y elegantes de la corte, que, conociendo la aparente amabilidad con la que me abrumaba el cardenal, e ignorando la oscura inquina que ocultaba, se

reunían en torno a mí con simpatía y comprensión. Me preocupaba, sin embargo, que mi esposo continuaba con sus celos, celos a mi facilidad para hacer amigos, celos hacia esa forma de comportamiento que en mí era natural.

Yo apreciaba un agradable cumplido, pero, salvo en el caso de Buckingham, nunca más di pie a galantería alguna que hubiera podido comprometerme. Todo este preámbulo es para intentar analizar cómo diferentes hechos pudieron conducir al trágico final de una persona excepcional: Henri de Montmorency.

Richelieu era odiado por una gran parte de los grandes y también por el pueblo, pues la carga fiscal para mantener las guerras extenuantes había empobrecido a la burguesía y arrojado a la miseria a los campesinos y a toda la gente humilde que no conseguía mantener a su familia. Henri de Montmorency, gobernador de Languedoc, que observaba lo que sucedía en su territorio, se alzó como líder de los oprimidos. Buscó el apoyo de Gastón de Orleans y le convenció de que podía levantar en armas la región. Por supuesto, cualquier conjura cuyo objetivo fuera aniquilar al cardenal, contaba con el apoyo de María de Medici.

Marillac, partidario de mi suegra y preso en la Bastilla desde el episodio del «Día de los Engañados» de dos años atrás, fue procesado por orden del rey. Gastón y Montmorency que estaban organizando la estrategia de la rebelión, intentaron acudir en ayuda de Marillac y se aprestaron a atacar para liberarle. Marillac fue juzgado por una comisión extraordinaria en un proceso carente de justicia y dignidad, y fue ejecutado el 10 de mayo.

El aviso provocó el efecto deseado: el miedo, y los conspiradores se hallaron ante un número importante de defecciones. Abandonado por muchos y con las fuerzas mermadas, Montmorency cayó herido en el campo de batalla. Sus captores percibieron de inmediato la importancia del vencido, pero Montmorency generaba una corriente de simpatía por su valor y nobleza, y los soldados al principio no revelaron a sus jefes quién era el personaje capturado. Era inconfundible y para más señas era sabido que el insigne soldado llevaba siempre en la muñeca un brazalete con mi efigie en esmalte. Alguien contó a Richelieu lo que sucedía, y este se lo refirió a mi

esposo. La ira se apoderó de él al conocer que Montmorency estaba preso, que portaba el dichoso medallón, que se lo habían ocultado y ordenó un juicio sin piedad. Me presenté ante Richelieu, humillándome para pedir clemencia por Henri, pero él se amparó en el rey para no ceder. Podía imaginar la inquina con la que el cardenal instiló la insidia en mi esposo. Montmorency fue condenado y decapitado en Toulouse el 30 de octubre de ese mal año de 1632. La ejecución fue horrenda, una vergüenza para cualquier estado cristiano. Montmorency era muy amado por el pueblo gracias a su buen gobierno, y la gente se acercaba al patíbulo para mojar sus pañuelos en la sangre de aquel que consideraban un mártir de la tiranía de Richelieu.

Mi cuñado escribió una carta exculpatoria que mostraba su intención de no volver a las andadas:

La reina madre me arrastró a este litigio. Su testarudez ha causado todo este mal. Es necesario que ahora se dedique a rezar a Dios.

Se comportaba como el niño que delata a sus compinches.

El cardenal exacerbaba en mi esposo los peores sentimientos, el resentimiento, la venganza, la crueldad en lugar de hablarle de clemencia, la virtud de los grandes reyes.

Sentí que diversos odios se conjuraron en aquella ocasión para perder a un hombre: el odio de Richelieu hacia un gran personaje, pero también el resentimiento de mi esposo ante alguien que mostró su lealtad hacia mí. Mi pesar por el dramático fin de Henri me persiguió durante semanas e infundió en mi alma un terror sin límites.

A final de año, en noviembre, el cardenal se había puesto en camino hacia Burdeos, donde graves asuntos requerían su presencia. Pero una vez más sus achaques iban a hacer de ese viaje un verdadero infierno.

«Quizás lo merezca», pensaba él.

Sus pecados le remordían la conciencia en la agonía que estaba sufriendo.

La carroza traqueteaba por los enlodados caminos, mientras su eminencia dictaba uno de sus informes a su secretario. Un bache especialmente profundo oculto bajo un charco originó una tremenda convulsión. El absceso que martirizaba a Richelieu se abrió causándole un dolor infernal. Hubieron de parar el carruaje y el cirujano fue avisado de inmediato. Lo que halló el buen doctor no ofrecía duda alguna. Era imposible seguir ruta en esas condiciones.

—Eminencia, habéis de detener vuestro empeño. No podéis continuar así.

—¡Imposible! Mi presencia en Burdeos no admite demora —ordenó el cardenal, dominando una mueca de sufrimiento.

Creía que nada ni nadie en este mundo era capaz de llegar a su grandeza.

—Es menester que guardéis reposo; el dolor se hará insoportable con el movimiento del carruaje —insistió el médico.

—Entonces hemos de cambiar el medio de transporte. Viajaré en litera —ordenó Richelieu.

—Permitidme una sugerencia: al menos descansad unos días en Rueil.

Bien sabía el buen amigo que esa constituía una seria tentación para el cardenal, que adoraba esa propiedad, donde se sentía al abrigo de asechanzas, libelos y conspiraciones.

Las noticias de la enfermedad del cardenal llegaron a París donde la actividad de los libelistas continuaba siendo frenética. No había un día en que no aparecieran pasquines en las paredes de tabernas, casas o colmados. Hasta los muros del Louvre habían llegado las hojas infamantes, que atraían a los corrillos que se formaban ante sus puertas para leerlos y se vendían con gran éxito en las librerías. Y eso que los libreros corrían un gran riesgo al venderlos. Entre los autores destacaba De Morgues, abad de Saint-Germain que había rumiado su venganza con profundo rencor. Su amistad de largos años con Richelieu hacía que conociera muy bien a su eminencia y que, una vez rota la antigua armonía, sus dardos fueran los más certeros y dañinos de París. Uno de estos escritos hacía furor en la capital; se lo pasaban de mano en mano, y los impresores no alcanzaban a nutrir la demanda. Los libelistas llevaron su audacia hasta deslizarlos entre los papeles del guardián del sello.

Luis XIII inició la lectura del libelo que le acababa de entregar Chateauneuf.

«Mientras ataquen al cardenal, las equivocaciones serán tuyas y la Corona quedará a salvo. Veamos qué dicen ahora sobre mi primer ministro», pensó el rey aliviado.

—«Habéis abatido todas las grandezas de Francia para realzar la vuestra» —leyó. Y se añadía una canción popular que recorría de boca en boca las calles de París:

*Sois cardenal
de raza de locos.
Que la malapeste
os tuerza el cuello.*

La cancioncilla había ya llegado a oídos de mi esposo, y parece ser que al leer las líneas acusatorias del panfleto, el rey se preguntó contrariado:

—¿Cómo es posible que hablen de la grandeza de Francia abatida? En unos años, será una gran potencia —afirmó, y luego continuó leyendo—: «Y para llegar a ello, habéis olvidado que hay un Dios que ha dicho que aquel que eleva demasiado su edificio busca su ruina».

«No es inconveniente que receten un poco de humildad a mi poderoso Richelieu», pensó. No le disgustaba el tono del panfleto.

Reanudó la lectura:

—«Habéis de tal modo irritado a los particulares y al público que tenéis miedo como un tirano: os parece que todos los hombres que se os aproximan son asesinos, todos los dedos puñales y todos los metales de sus cordones estiletes...».

—Será necesario tener bajo estrecha vigilancia a estos escritores, para que no puedan dañar la imagen del rey —comentó el monarca, y añadió—: Pero pudiera ser conveniente que se desahoguen con mis servidores.

Mandó llamar a su eminencia, y cuando este llegó le extendió los papeles con aire contrito:

—Ved, señor cardenal, la infamia que de vos recogen estos malditos. Me apena sobremanera tener que entregaros esta vileza, pero habéis de estar

sobre aviso. —Tomó Richelieu el panfleto y lo recorrió con aparente calma —. Eminencia, es menester que redobléis la vigilancia. Estos impostores se mueven a sus anchas —reconvino el rey.

—Sire, contamos con una eficiente red de espías...

Luis XIII, con una reacción característica en él, había esperado este momento:

—No tan eficiente como creéis. Vuestros «ojos y orejas» deben dedicarse a la vida placentera, ya que ríos de tinta corren por las imprentas de París. ¡Estad alerta! ¡El buen gobierno requiere la mejor información! ¡Alerta, señor cardenal! ¡¡Alerta!!

Y partió dejando al primer ministro abochornado con el varapalo.

Este cerró los puños como si quisiera cerrar con sus dedos todas las bocas disidentes y se prometió:

—¡Ni una sola calle, ni una taberna, ni una imprenta, ni una casa, ni una iglesia de este país quedarán sin vigilancia! ¡Conoceré cada palabra que se profiera en París!

1633

Chateauneuf, que ostentaba el cargo de guardián del sello, era uno de los que me habían interrogado sin piedad meses atrás. Pero en ese momento había caído bajo los encantos de la duquesa de Chevreuse, uno más, y estaba perdidamente enamorado de ella. Esta le convenció de que la persecución que yo sufría era injusta, y que ayudarme era de justicia. Además de los nobles impulsos, Chateauneuf incubaba una secreta ambición, sustituir a Richelieu a quien empezó a odiar, no sé si por influencia de mi amiga Chevreuse o por convicción propia. En uno de los innumerables viajes de esa corte itinerante, desde Toulouse a París, el cardenal tuvo una recaída de la enfermedad que le torturaba. El rey, que deseaba llegar a París y volver a su caza, sus perros y sus aves, apremió su retorno y se adelantó, dejando a Richelieu inmovilizado en Burdeos por una crisis de las más graves de su precaria salud. Yo seguí también mi camino acompañada de la señora de Chevreuse, la Chevrette, la

Cabrita como la llamaba el cardenal, el guardián del sello y mi comitiva. Las etapas eran cortas y muchas veces muy agradables. Nos recibían con banquetes, fiestas, conciertos y bailes en casi todas las ciudades. Solo en La Rochelle sentí el dolor de ver una de las ciudades más prósperas de Francia arrasada por el inclemente asedio de años atrás. El lugarteniente de la ciudad, el señor de L'Escaie, me abrumó con un discurso hermoso para mi persona y riguroso con quien había mantenido el cruel bloqueo:

—La guerra, la peste, los impuestos nos han despojado de todo lo necesario para recibir a la nieta de Carlos V y mujer de Luis el Grande y el Justo. No nos queda más, señora, que el corazón que presento a vuestra majestad más abierto que sus propias murallas, junto a los deseos y aclamaciones de esta multitud desarmada que me sigue, que espera de vuestra piedad el remedio a sus miserias...

Sentí una profunda compasión por esa ciudad arrasada por la guerra, y me juré que si algún día estaba en mis manos, la clemencia guiaría mis actos. Por cortesía y por cálculo, yo enviaba correos a Burdeos para interesarme por la salud de Richelieu. Las noticias nos describían a un hombre vencido por el dolor, y algunas escenas inclinaban a la conmiseración. Le consideraban ya perdido y la Chevreuse y Chateauneuf se divertían con bromas siniestras sobre el fin del cardenal. Yo mandé a mi fiel La Porte con una carta para Richelieu y este le hizo mil preguntas sobre nuestro viaje, nuestro comportamiento, la relación entre la duquesa y el guardián del sello, cuestiones a las que mi fiel servidor dio evasivas respuestas cuando él bien sabía de las intenciones de Chateauneuf. En Burdeos había un cirujano competente que, contra todo pronóstico, intervino el absceso que martirizaba a Richelieu, y este se recuperó. Los espías del cardenal no habían descansado, y en el mes de febrero ya habían informado a su jefe de lo que de verdad tramaba el guardián del sello.

Chateauneuf fue apresado el 25 de febrero y encerrado en la fortaleza de Angulema, donde permaneció preso durante diez años. El cardenal, que había intentado y no había conseguido enamorar a la duquesa de Chevreuse, le hacía pagar bien caro el éxito a su rival. En cuanto a María de Chevreuse, la obligó a recluirse en sus tierras de Dampierre, de donde se escapó dos veces

para visitarme en Val-de-Grâce. En la última ocasión, acordamos establecer una correspondencia que deberíamos mantener en secreto ayudadas por amigos leales. Una de ellas sería María de Hautefort. Mi esposo comenzaba a cansarse de la altanería de María y se irritaba por la inclinación que ella mostraba hacia mí. Faltaba poco para que apareciera Luisa de La Fayette. Mi esposo acumulaba razones para justificar su resentimiento contra mí.

7. *La tempestad.* 1634-1638

Al final del año de 1634, llegó a París un nuevo nuncio. Se llamaba Julio Mazarino, había sido nombrado nuncio extraordinario y había tenido un buen aprendizaje en la corte papal. Ese ambiente refinado y culto, escondía mil trampas y celadas, ya que los cardenales que se encontraban en posición de poder cambiaban el rumbo de la Iglesia, y las alianzas de hoy se tornaban afiladas espadas. Además, las facciones a favor de Francia o España eran ambas poderosas, y se disputaban los oídos del papa para favorecer los intereses de sus países. Mazarino había sido un eficaz colaborador del cardenal Antonio Barberini, sobrino de Urbano VIII, con quien había defendido los intereses de Francia. Mi esposo les tenía en gran estima y había otorgado al cardenal el honor de añadir en su escudo cardenalicio las flores de lis francesas a las abejas de los Barberini.

El pueblo romano, tan pragmático y habituado a depender de imperiosos países, decía con gracia:

Franza o Spagna, purchè se magna!
¡Francia o España, con tal de que se coma!

Mazarino llegaba de Avignon donde había actuado como legado pontificio, y venía a París con una misión imposible: ordenar a Luis XIII de parte del papa que rompiera con sus aliados heréticos, devolviera Lorena a su duque reinante y aceptara el matrimonio de su hermano Gastón con la hija del duque, Margarita, con quien el hermano del rey se había casado dos años antes. Mazarino era de buen ver y grata presencia, y Richelieu, muy en su estilo, me había anunciado con indisimulada maldad:

—Os gustará. Tiene un cierto parecido con Bouquiquan.

Resultó cierto. Era menos brillante que George, pero era amable y cultivaba esa suavidad característica de los italianos, que resultaba muy

agradable, pues siempre encontraba algo amable que decirme. Me asombraba que el cardenal francés, tan pagado de su inteligencia y tan despreciativo hacia sus semejantes, buscara la compañía del romano, con el que disfrutaba de largas conversaciones y de quien escuchaba historias contadas con garbo y gracia. Aunque admiraba a Richelieu, pues en esos meses de su nunciatura trabó estrecha amistad con «su malignidad» y conocía la enconada persecución del cardenal hacia mí, o tal vez por eso mismo, Mazarino venía a visitarme a menudo y departíamos sobre la desdicha de las tensiones entre países católicos como Francia y España. Porque en aquella época yo veía con creciente aprensión la inclinación de Richelieu por una guerra contra mi país natal. Este excelente conversador, Mazarino, fue requerido por el papa para que regresara a Roma.

No le volví a ver en varios años, pero no dejé de recibir regalos suyos desde la Ciudad Eterna: abanicos pintados con primor, aromas exóticos conservados en preciosos frascos de cristal de Venecia y delicados guantes perfumados. ¿En algún momento imaginó él el destino que nos aguardaba?

Ese año, mi esposo seguía embrujado por María de Hautefort, pero ella no facilitaba los encuentros y el sentido del pecado de Luis le impedía admitir su pasión. Era verano, la brisa era suave e invitaba al amor. El duque de Saint-Simon, pensando ser grato, se ofreció de nuevo al rey para llevar a María a sus aposentos. La reacción de mi esposo fue airada:

—¡Que no se os ocurra hablarme así otra vez!

Como el cardenal era el confidente de las desdichas amorosas de Luis con María, buscó a una criatura dulce, sumisa y piadosa que fascinó al rey: Luisa de La Fayette

Declaración de guerra a España

1635

Lo que yo me temía acabó sucediendo. El embajador Mirabel, que se había convertido en mi amigo y confidente, fue expulsado de Francia. Era el preámbulo de algo más grave: la declaración de guerra a España. En un

instante las cartas a mi familia se habían transformado en correspondencia con el enemigo, y Richelieu no consentiría perder esa oportunidad para aislarme. Él había proclamado con prosopopeya:

—A cualquiera de sano juicio resulta evidente que la cristiandad es presa de dos facciones: los protestantes que combaten la religión y la Casa de Austria que oprime la libertad.

Pero los pasquines que aparecían en las calles de París contaban una versión diferente.

Richelieu reunía voluntades, prometía ayudas, financiaba tropas y alentaba a los príncipes protestantes en guerra con el imperio, encubriendo su objetivo real, que era acabar con las tales libertades y aniquilar al imperio.

El rey, inspirado por Richelieu, hacía de cada victoria francesa una derrota española. Tal vez, sin yo percibirlo por mi juventud en los primeros años de nuestro matrimonio, mi esposo se había resentido de la grandeza de mi casa y él lo había tomado como ofensa, en vez de pensar que su propia importancia le había hecho entroncar con el linaje más poderoso de Europa.

Richelieu, maestro en difamación y para justificar sus alianzas con rebeldes, redactó un manifiesto que denunciaba los abusos de España en Indias. Quevedo, el gran escritor, rechazó con indignación y magnífica pluma estas acusaciones interesadas.

Yo tenía la certeza de que la malquerencia del cardenal hacia todo lo español influía en el ánimo de mi esposo contra mí. Un día, ante toda la corte, apareció el soberano con cinco o seis cartas en la mano. Nos vio a todos charlando amablemente, y dirigió su mirada en torno como si comprobara que no faltaba nadie. Quedamos en suspenso.

Entonces tiró con desprecio las cartas al suelo y con una candela les prendió fuego, al tiempo que declaraba con arrobo:

—He aquí el venturoso fuego con la derrota de los españoles, a pesar de la reina.

Me miró fijamente, esbozó una sonrisa glacial, y sin decir una palabra más, sin saludarme siquiera, se marchó alborozado. Es cierto que la toma de

Corbie unos meses antes, el 15 de agosto, por las tropas españolas era una derrota importante porque, con esta victoria, el ejército español controlaba la frontera hasta Compiègne. Hay que reconocer que bien fuera por negligencia o por carecer de talento militar, Chavigny, el general francés, tenía mal pertrechadas las ciudades de Picardía y así pudo el enemigo apoderarse de Corbie. Richelieu tuvo una intervención decidida a raíz de esa derrota. El rey le dio la palabra durante el Consejo, y el cardenal se expresó con una convicción que contagió a los asistentes. Les habló de la necesidad de perseverar, pues si ordenaban la retirada, producirían un incontrolable desorden, desánimo en las tropas y en sus generales, y perderían toda esperanza de victoria. Acto seguido, se dirigió al duque de Saint-Simon y le ordenó con firmeza que reuniera sus fuerzas y le acompañara hacia la ciudad tomada.

Esta decisión fue muy acertada, pues unos meses más tarde, el 14 de noviembre, los franceses recuperaban la ciudad. Ese era el motivo del orgullo de mi esposo y su complacencia en la derrota de los españoles. Más me dolió la humillación que mi esposo quiso infligirme, que el descalabro de mis compatriotas. Yo deseaba, necesitaba ser querida y solo encontraba desdén y frialdad del rey. Mi vida era un territorio helado, aislada de los míos, al vaivén de amistades interesadas y con la amenaza perenne de la repudiación. A veces, cuando recuerdo esos acontecimientos, me asombro de la resistencia que Dios me concedió, porque mi existencia era muy triste y, sobre todo, sin esperanza y sin futuro.

1636

Pero una fuerza interior, que yo no lograba explicarme, me mantenía en pie, y me empujaba a esperar contra toda probabilidad. Me agarraba a mis aficiones y a los pocos amigos que se atrevían a serlo, o aquellos a los que el cardenal permitía se acercaran. Sabida era mi afición al teatro, que en algunas ocasiones había suscitado críticas por parte de algunos religiosos demasiado severos. En la corte cundía la expectación por una obra del dramaturgo

Corneille, que se había inspirado en un escritor español, Guillermo de Castro, para montar una pieza teatral de potente mensaje: *El Cid*. Corría por los mentideros de la villa que con esta tragedia Francia había encontrado a su Shakespeare. Cuando oí los versos apasionados sobre el honor y el amor de labios de Jimena y de Rodrigo Díaz de Vivar, tornaron a mí las raíces españolas que durante tanto tiempo habían sostenido mi soledad.

No sabía que otra obra de teatro, escrita por Richelieu, iba a ser la notoria venganza de un cardenal que me odiaba. Cualquier creación mediocre desaparecía ante la grandeza de sentimientos y principios relatados en *El Cid*. Yo renacía también con esos versos al escuchar las palabras del héroe:

*Escuchar tu amor, obedecer su voz,
sería mostrarme indigno y difamar tu elección.*

Y Jimena contesta:

*¡Ah, Rodrigo! Es cierto que, aun siendo tu enemiga,
no puedo culparte de huir de la infamia.*

Lo cierto es que las obras de Corneille, con marcada inspiración española, me fascinaban. Una de sus frases quedó para siempre en mi memoria como guía de mi vida: «El amor es un placer, el honor un deber».

Richelieu sospechaba de mi correspondencia e influía en el ánimo ya desconfiado de mi esposo, para acusarme sin la menor prueba. Necesitaba una carta inculpatoria y no la tenía. Aún.

No me dejaba llevar por el temor y disfrutaba del éxito de Corneille, ya que describía los sentimientos españoles como auténticos, nobles y profundos. El año siguiente vería el triunfo absoluto de *El Cid*. Fue representada en el Louvre y varias veces en el palacio del cardenal. Me contaron que corría la voz de que Corneille se había inspirado en mí para el personaje de Jimena. Así como ella se sentía desgarrada entre la lealtad y amor a su padre y la pasión por Rodrigo, yo me debatía entre el amor a España y el deber hacia Francia.

Me conmovía esa obra de rasgos tan españoles, que mi padre me había enseñado a admirar de niña.

Atrapada

9 de agosto de 1637

Según mi costumbre, había pasado varios días en el convento que yo había fundado, Val-de-Grâce, acompañada de mi fiel La Porte. A pesar de vivir una época turbulenta, no imaginé la tempestad que se estaba formando sobre mi persona. En ese monasterio pasaba mis horas más felices. La superiora —se llamaba Louise de Milley, en religión madre de Saint-Étienne—, era mi amiga y, en cierto modo, cómplice ya que no ignoraba la buena religiosa las actividades epistolares que tenían lugar en su convento. Yo, conocedora de la vigilancia a la que era sometida por parte de alguna de mis damas, espías pagadas por Richelieu, escribía aprovechando el silencio de la noche cuando estaba sola. Además, en el Louvre no era posible recibir a mis emisarios, y en el convento sí, pues sus pasadizos secretos no estaban guardados por gentes de Richelieu. Acudí a la abadesa que era originaria del Franco Condado que debía obediencia al rey de España, y le pedí su ayuda. Al estar el país en guerra con España, la correspondencia que mantenía con mi familia y algunos amigos me hacían parecer sospechosa a los ojos del cardenal, que se deleitaba en transmitir su inquina al rey. Haciendo acopio de coraje e imaginación, urdí una trama que resultó de máxima eficiencia.

En el convento, yo tenía montado un despacho secreto con toda serie de artilugios: tinta simpática al jugo de limón, sellos, lacres, señas y contraseñas. Todo ello cuidadosamente guardado en un escondrijo en el apartamento de La Porte, que se encargaba de hacer llegar mis misivas a los diferentes correos, elegidos minuciosamente por su lealtad hacia mí. La abadesa de Jouarre, de la poderosa familia de los Guisa, las recibía y un agregado nuestro en Flandes las enviaba a Londres, desde donde tornaban las respuestas.

Tenía varios mensajeros, el duque de La Rochefoucauld y su amante la duquesa de Chevreuse, el arzobispo de Burdeos, y un diplomático de la

embajada de Inglaterra.

Escribía las cartas aprovechando la quietud de la noche, y por si eran interceptadas, las escribía en tinta simpática que al lavar el papel con una solución determinada, desvelaban el mensaje. Además, seguíamos un enrevesado código secreto. Yo no revelaba ninguna información que pudiera perjudicar a Francia, por tanto no me sentía culpable. Eran sentimientos de una mujer aislada y desdeñada que se desahogaba con sus seres queridos.

Me comunicaba también con mi cuñada Enriqueta, la reina de Inglaterra, que colaboraba con entusiasmo a la causa del «partido devoto» que defendía el triunfo de la religión católica. Escribía también a mis hermanos el rey de España y a Fernando, el cardenal-infante y gobernador de Flandes, pues anhelaba que conocieran la angustia que me atenazaba y el ferviente deseo de verles. Entonces escribí esperanzada:

Este deseo me domina, tanto como el deseo de vuestra salud, deseo más grande que tengo en el mundo.

En las cartas a mis amigos el embajador Mirabel y la duquesa de Chevreuse, les narraba la terrible soledad en la que vivía encerrada, y la no menos terrible prisión del miedo a aquello que podía sucederme. Jamás conté ningún secreto de Estado o estrategia, sencillamente porque me tenían apartada de todo y nada sabía.

El 9 de agosto el rey me pidió que le acompañara a Chantilly, pero yo, con el pretexto de terminar con calma el equipaje, permanecí en París y partí a reunirme con mi esposo tres días después. No necesitaba más el bilioso cardenal. Richelieu había encontrado en el asunto de las cartas españolas un pretexto para aplastar a todos aquellos que se reunían en torno a mí y que se oponían a su política bélica. Lo que iba a suceder arrojaría a mis leales a un pozo sin fondo de ardides, denuncias y trampas amenazadoras.

La Porte tenía que confiar una carta para la duquesa de Chevreuse a un emisario. Este mensajero, el señor de la Thibaudière, le pidió a La Porte que guardara él la misiva unos días más, pues debía atender varios asuntos urgentes. De este encuentro, mi fiel cómplice se dirigió a visitar a un amigo

herido en una reciente batalla. Al salir de la casa, en la esquina de las calles Coquillère y Grands-Augustins, unos hombres emboscados en un rincón oscuro se abalanzaron sobre él, y le metieron a empellones en una carroza que partió al galope con destino a la Bastilla. La Porte había sido traicionado.

Le cachearon, le desnudaron y confiscaron la carta dirigida a la Chevreuse. Atormentado por la inquietud, se encontró prisionero en la torre de guardia, lugar donde se encerraba a los condenados a muerte. Otro hombre menos sereno, lúcido y valiente se hubiera derrumbado. Él no.

Al día siguiente el gobernador de la Bastilla, Leroy de la Poterie, comenzó el interrogatorio, que había de ser el primero de una larga serie de intrigas con el fin de arrojar sobre mí todo tipo de sospechas. Al saber el inculpado que el gobernador tenía en su poder todas las cartas de la Chevreuse, sintió un glacial temor. Si al registrar su casa habían encontrado el escondrijo con todas las otras misivas, estábamos perdidos. Él estaba aislado, sin ningún contacto con el exterior, y no podía avisarme del infierno que se estaba desencadenando.

Ante las presiones para que confesara, él respondía:

—¿Cómo puedo confesar aquello que ignoro?

Cuando La Porte supo sobre la intensa búsqueda de pruebas en su casa temió el desastre. Pero los esbirros del cardenal no fueron tan eficientes, y tan solo encontraron cartas de la duquesa de Chevreuse. Mientras tanto, el arzobispo de París, monseñor Gondi, recibía fuertes presiones para que concediera el permiso de inspeccionar el Val-de-Grâce. Accedió finalmente el prelado y acompañó al canciller Séguier, *garde des sceaux*, guardián del sello, al convento. Allí encontraron a una abadesa firme, segura de sí, que negó todas las acusaciones. Nada hallaron en la perquisición del convento que pudiera comprometer a los acusados. Monseñor Gondi destituyó sin embargo a la madre de Saint-Étienne y ordenó a las monjas que eligieran nueva superiora.

Lo que ignoraba el implacable canciller era que el astuto obispo Gondi había mandado en el mayor de los secretos a uno de sus fieles para que avisara a la buena monja lo que se le venía encima. La inquina contra La Porte continuó: una noche le sacaron de la Bastilla y le encerraron en un

carruaje. Me contó después que creyó llegada su última hora, porque le pasearon por tres lugares, el cementerio de San Juan, la plaza de Grève y la calle de la Croix-du-Trahoir, donde se asesinaba a los presos sin juicio y sin justicia. A toda velocidad se dirigieron sus captores a otro lugar que resultó ser el palacio del cardenal. Mi fiel servidor iba a gozar del honor de ser interrogado por el mismísimo Richelieu. El primer ministro le ofreció una inmensa fortuna, por supuesto, si confesaba. El leal y valiente La Porte, respondió una y otra vez que jamás había presenciado ni oído de los crímenes de los que me acusaban los interrogadores. Al comprobar la fortaleza del reo, utilizó Richelieu el deber, que pensó ablandaría a un hombre de honor como La Porte. Usó el argumento de que debía anteponer la lealtad a su rey antes que a su reina.

—¿Cómo puedo confesar lo que ignoro? —repitió el preso.

—¡Ella ha confesado y dice que utiliza vuestra mediación para esa su correspondencia!! —le espetó iracundo el cardenal.

Pero La Porte sabía ya que era falso. Cuando los agentes del cardenal inspeccionaron Val-de-Grâce la primera vez fue un escándalo. El 13 de agosto lo hicieron por segunda vez, lo que levantó una gran polvareda. Nada hallaron. Entonces mi esposo envió al canciller Séguier para interrogarme. Yo negué como había hecho la buena abadesa, pues esa era mi única posibilidad.

Revisaron todos mis muebles y otras pertenencias, interrogaron a mis damas y criados, estaba apestada, todos me evitaban. Una sola visita me infundió algún ánimo. El señor de Briénne me aconsejó que no me dejara asustar por Séguier, pues era muy posible que dicha carta de prueba, que Séguier no me mostró, fuera una falsificación. Sentía el frío del vacío que los cortesanos creaban a mi alrededor y el miedo paralizaba mi alma. Aunque parezca imposible, había de conocer mayores infortunios. Poco duró la esperanza que me infundiera Briénne, pues me llegaron rumores de que mi esposo me iba a repudiar, y acto seguido me encerraría en la fortaleza de Le Havre.

Otras personas como el padre Caussin, confesor del rey, intentaron ayudarme hablando a mi favor con el soberano, pero Richelieu continuaba

acusándome, emponzoñando el ánimo de mi esposo. Insistía ante él que yo mentía, que tenían que forzarme a confesar. Me vi tan perdida que pedí audiencia con el cardenal. Acudió con la señora de Senecey, dama de honor y con los secretarios de Estado Savigny y Sublet de Noyers. El prelado me ofreció «olvidar el pasado» si confesaba. Acepté haber correspondido con mi hermano el cardenal-infante, pero sobre asuntos estrictamente familiares.

—Hay algo más, señora. Sus hermanos están en guerra contra el rey —me aclaró con gesto adusto.

Pedí entonces hablar a solas con el cardenal, y que permanecieran tan solo los dos confesores, el mío y el del rey, que habían asistido al interrogatorio. Admití que estaba confusa, y que estaría eternamente agradecida a aquellos que me ayudaran a salir de este penoso asunto. Tuve que humillarme y pedir su valimiento:

—¡Qué gran bondad me mostráis! —me oí decir, mientras una infinita rabia se enroscaba en mi garganta.

Comprendí que el Hombre de Rojo, como le llamaba María de Hautefort, estaba irritado por los rumores que aseguraban que la persecución del cardenal se debía a motivos personales contra mí, y en absoluto por traición al Estado. Él necesitaba una carta donde yo lo negara y reconociera mis faltas. Y ese fue el documento que Richelieu me presentó para que lo firmara. La pretendida *confesión* comenzaba así:

Yo, Ana, por la gracia de Dios reina de Francia y de Navarra, confieso libremente y sin coacción alguna, haber escrito varias veces al señor cardenal-infante, mi hermano, al marqués de Mirabel, a Gerbier, residente de Inglaterra en Flandes y haber recibido a menudo sus cartas.

Y yo debía añadir que jamás volvería a cometer esos terribles errores. Mi esposo puso también de su parte, escribiendo bajo mi confesión que volvería a vivir «como un buen rey y un buen marido tiene que hacer con su mujer».

Eso sí, me prohibió escribir carta alguna sin su consentimiento, y sin el conocimiento de mi azafata, una de mis damas, por supuesto al servicio de Richelieu. Tuve que aceptar todas las condiciones. Estaba prisionera. El

cardenal había vencido. Hasta tal punto que, cuando mi esposo vino a visitarme para escenificar la escena de su perdón magnánimo, lo hizo acompañado de Richelieu. Para ahondar un poco más la daga de la humillación, el cardenal, en tono piadoso, rogó a mi esposo que no partiera sin abrazarme, lo que consintió el rey con aire de disgusto.

Yo había tenido que aprender a ganar voluntades y me hacía querer, y su eminencia por su carácter despótico se hacía odiar, lo cual produjo que, en los momentos de peligro, yo encontrara siempre una mano amiga y el cardenal, oposición. En esta ocasión, mi benefactora fue María de Hautefort, aquella que no había podido soportar el amor platónico de mi esposo y que acabó por tenerme afecto.

María había conseguido avisarme de la inminente visita del canciller, pero en los días siguientes iba a hacer mucho más. Yo esperaba estremecida los acontecimientos. Cuando vi entrar a Séguier comprendí lo que me aguardaba. El canciller era uno de esos hombres venidos de la nada, que al conseguir poder son tiránicos y despiadados, disfrutando con el mal que hacen para compensar las muchas humillaciones que sufrieron en su ascensión. Con indisimulado placer me mostró a mí, su reina, la copia de una de las cartas al embajador Mirabel. Esto era un asunto grave. El embajador lo era de un país con el que Francia estaba en guerra y no era un miembro de mi familia. Enloquecida por el miedo, cometí un error de apreciación. Rápida, arranqué la misiva de sus manos y la escondí en el corpiño, pensando que era un lugar inviolable; no había juzgado en su justa medida la catadura del canciller. Este, irritado por su fracaso en el convento, cometió la osadía de inspeccionar con saña mi escote, mi faltriquera y mis bolsillos. Me trataba como habían hecho en la conspiración de Chalais, como a una vulgar criminal. Este acto de desacato me demostró que ni mi rango ni mi origen me protegían ya.

Paralizada por la sorpresa al inicio, conseguí articular después:

—¿Cómo osáis cometer este crimen contra vuestra reina? ¡Os atrevéis a tratarme como a una delincuente! —Y ante la mueca irónica de Séguier, le grité—: ¡Sois reo de lesa majestad!

Pero yo sabía que este felón no se hubiera atrevido a tanto sin el acuerdo expreso de quien detentaba el poder de hacerlo. Mi propio esposo.

Creí que con esta ofensa todo había acabado. Me equivocaba. El 23 de agosto de 1637, el rey vino para amenazarme de nuevo: mandaría dar tormento a La Porte. Este fue interrogado una vez más por Séguier, y ante las incontenibles preguntas del canciller, mi amigo leal que estaba decidido a salvarme, gritó:

—Monseñor, ¿decís que porque la reina me manda decir la verdad, queréis que la acuse de crímenes de los que no es culpable?

Todos mis amigos intentaban ayudarme, mas María de Hautefort, con el arrojo que le era propio, decidió disfrazarse de sirvienta y así vestida acompañó a la Bastilla a una amiga del caballero de Jars, preso a raíz del asunto de Chateauneuf. Jars tenía su celda encima de la de La Porte. El caballero, instruido por María del asunto y la gravedad del mismo, hizo un orificio en el suelo, y deslizó un mensaje para La Porte. Este respondió por el mismo método, poniendo en mi conocimiento sus confesiones. Y yo le respondí con las mías. Cuando recomenzaron los interrogatorios, La Porte, conocedor de lo que yo había declarado, repetía que nada más sabía. Le amenazaron, le arrastraron hasta los sótanos donde el torturador de la prisión le enseñó los numerosos artilugios y potros de tortura. Él se mantuvo firme. Viendo que con la coacción nada obtendrían de él, le dejaron tranquilo, pero preso.

No era de extrañar la animadversión con la que Richelieu nos persiguió. El cardenal, un hombre de Iglesia, había expresado su obsesión por la persecución:

—No hay inocencia asegurada en el tiempo en el que se busca encontrar culpables.

Tenía afecto a mi cuñado, pero no lograba entender por qué él, que había buscado refugio en territorio enemigo, que había firmado una alianza con mis parientes españoles —él que no era español— y que había lanzado un ejército contra su patria, no recibía castigo alguno, y yo era mortificada sin piedad. Muchos hombres de bien se pudrían en la Bastilla: La Porte, que permanecería siete meses más, el conde de Achon, Bassompierre, el mariscal de Vitry y La Rochefoucauld por ayudar a la Chevreuse a escapar a Madrid. Hube de soportar cuentos y murmuraciones absurdas de lo sucedido.

Richelieu se encargó de contar alguna de ellas al embajador veneciano, conocido en todo el país por su indiscreción con las confidencias. Susurró quedamente al diplomático que yo me había visto envuelta de manera imprudente en una conspiración, dirigida por las monjas de Val-de-Grâce, que estaban a sueldo del enemigo, es decir, de los españoles. ¡Mis pobres amigas del convento, convertidas en peligrosas espías! ¡Dónde les había llevado mi inconsciencia! Caí enferma, no comía, apenas dormía y mi breve sueño estaba infestado de pesadillas.

Mas en todo este desastre, de nuevo una mujer a quien mi esposo amaba actuó en mi favor. Luisa de La Fayette, tras amar al rey —creo que fue la única mujer que de verdad le quiso—, se había retirado a un convento para expiar sus pecados. Antes había escrito una sentida misiva a mi esposo en la que le suplicaba que volviera a mí, ya que yo era la que él tenía que afecionar para cumplir con la ley de Dios.

Agradecida, acudí al convento de las Hijas de la Visitación de María a entrevistarme con ella, y viendo su espíritu pacificador, le rogué que abogara por la paz. Le argumenté que la guerra estaba auspiciada por el cardenal para colmar su ambición. Me sinceré con ella y le conté el sufrimiento que habíamos experimentado al vernos apartados del favor del rey, por un prelado que buscaba la división en la familia real, y así hacerse indispensable a mi esposo. Añadí que yo no era culpable de desear la marcha de Richelieu, pues pensaba —y sigo pensando— que, al prolongar la guerra, causó mucho sufrimiento a Francia.

Curiosamente, el consejo que siguió mi esposo fue el que le proporcionó Luisa: reconciliarse conmigo. Creo que también influyó en su espíritu el temor a que su enfermedad se lo llevara sin dejar heredero. Por otra parte, la intrigante señora Du Fargis, con su estilo directo y oportunista, me escribió:

Por Dios, acabad con las peleas y haced un hijo. Seríais la mejor de vuestra parroquia, pues todo el resto no vale un pepino.

En dieciocho años de matrimonio yo había sufrido varios abortos y un alma, decía-se compasiva, me sugirió que recordara el consejo del papa a su

sobrina Catalina de Medici, reina de Francia: «A mujer de ingenio no le faltan hijos».

Pero yo detestaba las componendas y esa más que ninguna. No sé si fueron las oraciones, o un milagro, pero el 5 de diciembre se desató una vertiginosa tormenta cuando Luis volvía de visitar a la monja La Fayette.

No era posible encaminarse a Versalles bajo esa tempestad. El viento ululaba amenazador tumbando árboles corpulentos que bloqueaban los caminos; los caballos, enloquecidos por el fulgor de los rayos, amenazaban con desbocarse; el espeso barro impedía el avance de los equinos que hundían sus patas en el fango. El capitán de la guardia Guitaut, que sentía estima por mí, aconsejó a mi esposo que se refugiara en el Louvre, en mis apartamentos, ya que los del rey estaban vacíos y los muebles repartidos entre varios palacios. Luis se empeñaba en partir, pero Guitaut insistió en los peligros de la ruta. Por fin consintió el rey que el capitán corriera a prevenirme. Mi esposo cambió sus mojadas ropas y se recuperó de las inclemencias del tiempo al calor de la chimenea. Cenamos en paz y armonía y más tarde quiso él acompañarme a mi cámara. Cuando menos lo esperaba, cuando me sentía aplastada por la inquina del cardenal y desdeñada por mi esposo, Dios tuvo a bien concederme un milagro. Yo, que gozaba de una espléndida salud, un día me levanté un tanto mareada y con el estómago revuelto. Mandé llamar al médico y tras auscultarme con detenimiento, su expresión era tan plena de dicha que comprendí lo que sucedía. Mi alma se alzó en un canto de agradecimiento a Dios, que me había concedido mi mayor anhelo. El 14 de enero el doctor se lo comunicó al primer ministro. Unas semanas después, *La Gaceta* anunciaba mi embarazo. San Leonardo y San Norberto habían escuchado mis súplicas. Era preciso tomar todas las precauciones imaginables para evitar otro doloroso aborto.

Ante las aclamaciones de ¡milagro, milagro!, mi esposo respondió con cierto disgusto:

—No es ningún milagro que un marido que se acuesta con su mujer le haga un niño.

Me sentía una mujer nueva, como si todos los males, preocupaciones y persecuciones no pudieran alcanzarme nunca más. Mi anhelo de ser madre

estaba a punto de cumplirse.

LIBRO II.
REINA DE FRANCIA
1638-1666

8. *Al fin el Sol.* 1638-1643

Nacimiento de Luis Dieudonné *Enero de 1638*

Miles de personas a lo largo y ancho del reino, rezaban por ese niño que crecía en mi seno. Nada me importaba más que esa criatura en la que podría volcar todo el amor, toda la ternura que Luis no había querido recibir. Mi esposo me prodigaba atenciones que nunca había tenido conmigo, y los cortesanos, de repente, me miraban con una especie de reverencia, la que se otorga a la madre de un rey. Pero mi esposo no me concedió la ternura que yo tanto necesitaba. Yo era la portadora del heredero, trasmisora de un linaje poderoso, por tanto habían de cuidarme con esmero. Y así lo hacían. Me atendían para que no se produjera un aborto, que habría cercenado nuestras esperanzas, como había sucedido a menudo.

Me acordaba —¡y cómo!— de mi fiel La Porte, que tantas tribulaciones había soportado por servirme, y tomando cuenta de mi nueva situación me atreví a pedir su liberación. La obtuve causando un gran júbilo a él, su familia y a mí misma.

Mi esposo, taciturno de costumbre, se mostraba cada vez más contento a medida que avanzaba el embarazo, no ocultaba su dicha y su orgullo de ser padre, hasta se volvió más alegre y animado. Quiso celebrar su nueva situación con el estreno de dos nuevos ballets que se presentaron durante el carnaval. Pero mi poder de decisión no había cambiado tanto. No me fue concedido escoger a la gobernanta del futuro delfín, pues fiel a su afán de dominio, mi esposo me impuso como gobernanta de mi hijo a la señora de Lansac. Una de sus principales cualificaciones era que ella no me apreciaba. Pero yo no le di importancia, pues en contra de la costumbre imperante, yo estaba decidida a ocuparme de mi hijo, a que gozara de mi presencia y mostrarle mi amor como lo habían hecho mi padre y mi madre conmigo. Pasé

los meses de embarazo embelesada, sumida en una felicidad desconocida que procedía de mi alma agradecida al Señor, disfrutando de los preparativos que mi gente llevaba a cabo.

A pesar de lo despegada que yo estaba de la vida cotidiana de la corte, me llegaban rumores que me alertaron, pues me seguía importando la dignidad de mi esposo, más ahora que iba a convertirse en el padre de mi hijo. Con Luisa de La Fayette en el convento, pronto Luis necesitó tener a su lado el amigo, el confidente en quien descargar todos sus males. Los reales y los imaginarios. Uno de sus amigos, el duque de Saint-Simon que tenía una buena influencia sobre el rey, profesaba auténtica veneración por mi esposo y era un auténtico amigo y servidor leal, pero se hallaba lejos. Las tropas mandadas por el príncipe de Condé asediaban Fuenterrabía y el duque de Saint-Simon dirigía la caballería.

El 27 de marzo de ese mi feliz año, un joven capitán de la guardia, refinado, apuesto, era nombrado *grand maître de la garde robe*, señor del guardarropa. Se trataba del marqués de Cinq-Mars. Ese cargo le proporcionaba la cercanía del rey y la posibilidad de influir en sus decisiones. Pero había también otro motivo oculto. Richelieu, que era muy amigo del padre del muchacho, le había colocado en ese puesto de intimidad, para que el maestro del guardarropa vigilara al rey y le contara a él los mínimos movimientos y las intenciones reales. Un espía. Uno de los muchos que vivían del cardenal. ¿Tuvo que ver Richelieu con la decisión de Luisa de La Fayette de ingresar en el convento? Pues el cardenal ya se había fijado en un adolescente de dieciséis años, bello, de nobleza mediocre, ambicioso y sin fortuna que buscaba hacer carrera. Pero el joven tenía serias dudas al respecto, pues era muy aficionado al bello sexo y desconfiaba del tipo de intimidad que requeriría el rey. Fue su madre viuda la que le dio numerosas razones para aceptar la propuesta del cardenal. No sabía el pobre muchacho lo cara que le iba a salir su decisión.

Luis Dieudonné

5 de septiembre de 1638

Tras mi confinamiento, llegó el tiempo de dar a luz. La cámara donde tendría lugar el alumbramiento se preparó con sumo cuidado. La comadrona Peronne dirigía el montaje de la cama donde había de nacer el delfín de Francia. Ella me asistiría durante el parto, y entregaría al heredero en los brazos del orgulloso padre, delante de toda la corte. Los apartamentos del delfín se tapizaron en damasco blanco, para que el niño tuviera un ambiente de luz a su alrededor; y se redondearon todas las aristas de las paredes forrándolas de una tela acolchada por debajo de la seda, para evitar que el niño se hiriera en las múltiples caídas propias de la infancia. Mi gozo era inmenso, ni pensaba en los dolores del parto, pues pronto tendría a mi hijo entre mis brazos.

Mi esposo llegó a Saint-Germain el 18 de agosto, y se impacientaba cada día que pasaba y el parto se retrasaba. Se aburría sin disimulo. Seis días más tarde, yo no tenía ningún síntoma y Luis me conminó para que pariera de una vez, y él se pudiera «quitar de en medio».

Por fin la madrugada del 4 al 5 septiembre empecé a sentir los dolores de parto. Creí que mi cuerpo recibía descargas de una fusilería invisible. Pero era solo el principio. Mi cuerpo, no tan joven, se contraía en un estertor sin fin, fueron horas largas y dolorosas. Ya casi al final, sentí un tormento de agonía y pensé que mi cuerpo se partía en dos, como se abre la tierra con las convulsiones de un terremoto. No fue fácil ni rápido alumbrar a mi hijo. Dada mi edad avanzada —tenía ya treinta y siete años— y la extrema duración de la parición, algunas de mis fieles estaban asustadas y al demorarse tanto el nacimiento, me dieron por perdida. Muchas mujeres morían al dar a luz. Entre sacudida y sacudida de los espasmos de mis entrañas, el estremecimiento de dolor y el sudor que empapaba mi cuerpo y me nublaba la vista, vi a María de Hautefort apoyada en el quicio de una ventana, llorando a lágrima viva.

«Al menos alguien me llorará si muero», pensé con desmayo y con el deseo de dejarme ir. Pero de inmediato, la supervivencia me hizo recordar a mi hijo y el deber que yo tenía de criarlo, educarlo y amarlo. Y reaccioné. En

ese momento se acercó mi esposo y le oí susurrar a una de mis damas:

—Me complacería si podéis salvar al niño; ya os consolaréis, señora, de la falta de la madre.

Mi azafata, conteniendo su indignación, reprochó al rey su insensibilidad, y se arriesgaba al hacerlo. En ese instante, un dolor de fin del mundo recorrió mi cuerpo mientras la Peronne me gritaba que empujara con todas mis fuerzas. Toda la angustia de aquellas horas desapareció en cuanto oí el grito vigoroso de mi hijo que acababa de entrar en el mundo. Era el día del Señor, un domingo 5 de septiembre, cuando pude tener a mi hijo en mi regazo. Era robusto y bien formado, y yo supe de inmediato que sería la razón de mi vida. Todos los desprecios, malquerencias y peligros que había sufrido quedaron borrados ante el milagro de esa criatura. Acudió el rey al oír el llanto del recién nacido, y cuando la comadrona le presentó nuestro hijo, todos los presentes prorrumpieron la misma aclamación:

—¡¡Es un heredero, es un heredero!!

Fue un momento muy emotivo, pues el rey cayó de rodillas y dio gracias al Señor de los cielos. Es asombroso cómo pude percibir las distintas reacciones entre el agotamiento y la bruma del posparto. En un rincón de la sala, escondido de todos, vi a Gastón. Era el único que no compartía el gozo general. Yo había acabado con su sueño. Ya no sería rey, al menos que la criatura que tenía entre mis brazos falleciera. Un estremecimiento de pavor recorrió mi ser, y recordé todas las intrigas de muchas cortes en torno a la sucesión. Mi esposo percibió mi expresión y siguió mi mirada. Se volvió hacia mí, y fue una de las pocas veces que me sonrió y yo me tranquilicé con su gesto. Estábamos juntos en el mismo esfuerzo: proteger a nuestro hijo.

Los mensajeros partieron al galope a los cuatro puntos cardinales del reino, para dar a conocer la buena nueva. El pueblo de Saint-Germain, orgulloso de ser el lugar de nacimiento del futuro rey, salió a la calle con vivas y aclamaciones a sus reyes, a celebrar la venida al mundo del delfín de Francia. París cerró todas sus tiendas y sus habitantes se entregaron con la misma alegría a la fiesta del nacimiento. Las fuentes surtían vino, los prisioneros fueron liberados. Todas las regiones de Francia se unieron a la celebración: hogueras, fuegos artificiales, repique de campanas y cañonazos

animaban ciudades y villas del país. Las iglesias se unieron a nuestro gozo con solemnes *Tedeum* y emocionados sermones. Mi hermano Fernando pidió licencia para enviar una embajada extraordinaria. Richelieu, de vuelta de una de las numerosas batallas, se acercó a felicitarnos, y en un claro intento de complacer a mi esposo, comentó:

—Es moreno como su padre. —Y luego su clara inteligencia —¿o fue su afán de halagar?— produjo una frase premonitoria—: Creo que Dios os lo ha dado, y lo ha dado al mundo para realizar grandes gestas.

El mundo entero se regocijaba con ese niño. No sabían todavía que acababa de nacer un soberano que haría la grandeza de Francia.

Y yo iba a ser su educadora.

Varias noticias vinieron a turbar la venturosa disposición de mi esposo. La primera fue la derrota de las fuerzas francesas frente a Fuenterrabía, la hermosa villa marinera de mi despedida. No pude ocultar el brillo de mis ojos, mas nada dije. Pero había algo nuevo en mí. Esta victoria española me complacía menos que antes. ¿Por qué? Me pregunté. Con el nacimiento de mi hijo, Francia era su futuro, y poco a poco, vi a mi país de adopción como mi patria. Porque era la de mi hijo. Mi esposo continuó con sus inquietos hábitos, y partió enseguida a Chantilly, de allí a Versalles, de Saint-Maur a Grosbois, para recalar en casa de su primer ministro en Rueil.

Alimenté por unos días la ilusión —¡qué equivocada estaba!— de haber dejado atrás persecuciones y zozobras. La señora de Lansac, gobernanta del delfín, decidía todos los asuntos concernientes a mi hijo, y de manera descortés y autoritaria. Mis damas la apodaron entre risitas contenidas, la Ballena. Yo veía con preocupación que el cardenal confiaba los cargos de importancia, según las cualidades para el espionaje del agraciado. Recordé con nostalgia la época de mi antepasada Isabel de Castilla, que inició la regla de nombrar a los más competentes. Richelieu, que dirigía todas estas cortapisas a mi nueva situación, llegó a elaborar una lista para mi esposo con todas las negativas con las que debía agraciarme, caso que yo presentara las quejas que solo el cardenal imaginaba. Mas el amor por mi hijo llenaba mi vida, le visitaba con frecuencia en sus apartamentos. Era mi luz, mi alegría.

Era tan notorio que una de mis damas escribió: «La reina está constantemente con él, se complace en jugar con él, pasearlo en su carruaje cuando hace buen tiempo; esa es su mayor diversión».

Otro acontecimiento que tenía que ver con la reina madre llegó a nuestro conocimiento. María de Medici se había convertido en una invitada asaz incómoda. Las conjuras fracasadas que ella originaba, el coste inmenso de mantener una corte en tierra ajena y sus imprudencias hicieron que, a pesar de la buena voluntad inicial, acabara siendo un estorbo. El cardenal-infante, que había sustituido a nuestra tía Isabel Clara Eugenia en la gobernación de Flandes, no sabía cómo librarse de ella. Conocí por algún amigo que el anhelo de María era volver a Francia, pues recordaba la profecía que no daba a su hijo muchos años de vida, tras el nacimiento del delfín. Pensaba ella que si mi esposo moría, ella podría arrebatarle la regencia y conquistar de nuevo el poder.

Luis no quería ni oír hablar del retorno de su madre. Solo estaba dispuesto a sufragar el viaje de María a Florencia, para que permaneciera lejos de Francia, con su familia de origen.

La posibilidad española María la había agotado, a base de cometer errores y abusar de la hospitalidad de mi país de origen. Entonces se dirigió hacia la calvinista Holanda, donde su calidad de viuda de Enrique IV le proporcionó un caluroso recibimiento. Allí se enteró, sin que nadie desde Francia le advirtiera, del nacimiento de nuestro hijo. En contra de mi criterio, el cardenal había aconsejado no transmitirle la noticia, y mi esposo había aceptado. Se sintió dolida, y con razón. A pesar de todos sus desaires, sentía pena por ella. No tardaron los holandeses en percibir la molestia que representaba su incómoda huésped. Era mandona, producía conflictos por doquier y resultaba costosa de entretener, pues gastaba a manos llenas. Al cabo de dos meses, convencieron a mi suegra de las terribles tormentas y rigurosos fríos que habría de soportar si permanecía en Holanda, y le alabaron las absolutamente inexistentes bondades del clima de Londres.

En efecto, le quedaba otro yerno rey: el de Inglaterra, casado con su adorada hija menor Enriqueta, que en ese momento esperaba su sexto hijo. La ocasión no era muy propicia, pues Carlos I de Inglaterra tenía ya serios

problemas con los protestantes ingleses, y el temperamento de mi suegra no conocía la sutileza, ni la diplomacia al encarar los conflictos. El rey de Inglaterra decidió hacer de necesidad virtud, y organizó una recepción a nuestra suegra con toda la pompa que merecía una reina regente de Francia. Poco a poco comenzaron los rumores sobre la «reina papista» y la mala influencia que ejercía sobre su hija, la reina de Inglaterra. Cuando las dos, madre e hija, se negaron a asistir a la boda de la princesa María, su hija y nieta, con Guillermo de Orange porque la ceremonia se oficiaba según el rito calvinista, los ánimos se caldearon. No faltaba mucho para que el Parlamento «aconsejara» la marcha de María de Medici.

1640

A primeros de enero había llegado a París aquel nuncio que había conocido años antes y que se había comportado tan amablemente conmigo. Encontraba a una mujer muy diferente a la que él había conocido: ostracismo, desdén, desprecios hacia mi persona, eso es lo que él había contemplado. Ahora, un hijo sano y fuerte que aseguraba la corona me hacía invulnerable y sobre todo, me llenaba de una felicidad muy anhelada. Además, las relaciones de Francia con el papado pasaban por una época complicada, y este amable diplomático podía ser muy útil. El mariscal D'Estrées, embajador francés ante la Sante Sede, se quejaba de la animadversión del papa hacia los intereses galos. A una serie de acontecimientos contrarios a los asuntos de Francia, sucedió un hecho trágico que desvelaba la tensión existente. Un familiar de la embajada francesa en Roma llamado Rouvray había sido acuchillado en las calles romanas, y no contentos con este delito, los asesinos le habían cortado la cabeza y la habían expuesto a las chanzas del pueblo, hincándola en una pica con un cartel que decía: «He aquí la cabeza del caballero del embajador de Francia».

Richelieu debía de tener grandes esperanzas en este recién llegado, porque batallaba con su habitual astucia y persistencia, para obtener el cardenalato para Mazarino. El papa, que sentía una clara inquina hacia

Francia y hacia los que defendían sus posiciones como Mazarino, se resistía. Pero siempre se podía encontrar una moneda de cambio y el cardenal la encontró. Meses después, Urbano VIII propuso que relevaran a D'Estrées, que tanto le disgustaba, a cambio de la púrpura para Mazarino. El papa nombró dieciséis cardenales unos meses más tarde, el 16 de diciembre, y entre ellos estaba Mazarino. Cuando el embajador se lo comunicó a Richelieu, reconoció la persistente labor del ministro:

—Le habéis hecho cardenal más vos que el mismísimo papa.

Me he preguntado muchas veces si la mente maquinadora de Richelieu había seguido un plan concebido con anticipación para otorgar la púrpura a Mazarino y hacerle así digno de presidir los destinos de Francia.

Felipe, duque de Anjou

21 de septiembre de 1640

A pesar de que mi esposo se mostraba celoso de la preferencia del joven Luis hacia mí, y amenazó alguna vez con separarme de él, aquellos meses trascurrieron con cierta felicidad. Tanto así que a principios del año 1640 comprobé que estaba de nuevo embarazada. Yo había decidido vivir en Saint-Germain, en el castillo viejo, pues deseaba permanecer junto a mi primogénito. Y pronto tendría dos niños que educar y cuidar. Como es natural, el delfín mostraba claro apego por la persona que estaba siempre a su lado, yo misma. Repetía con mis hijos lo que había vivido con mis padres. Mi madre, Margarita de Austria, nos educó con sumo afecto y su muerte fue una tragedia para la niña que yo era entonces, aunque mi padre, Felipe III, intentó estar siempre presente y suplir la falta de la madre. A primeros de septiembre, mi esposo vino a visitarnos a Saint-Germain, acompañado de Cinq-Mars y otros cortesanos. Imperioso, mandó buscar a su hijo, pues deseaba verle.

Ocurrió una escena inolvidable. El niño, que contaba entonces dos años, al ver a su padre corrió entusiasmado hacia él llamándole:

—¡Papá, papá!

Tras abrazarle, tomó la mano de su progenitor y tirando de él, le dirigió

hacia mí, mientras repetía convincente:

—A mamá, a mamá.

El rey me acordó ese día media hora de conversación tranquila y pausada. Me saludó con deferencia e hizo ademán de marchar. Bien porque el niño deseara permanecer con su padre o porque le asustó tanta gente desconocida para él, comenzó a llorar. Entonces el marqués de Cinq-Mars intentó abrazar al niño y consolarle, y este prorrumpió en unos gritos desesperados. El rey, indignado ante la ofensa de un niño a su favorito, me gritó colérico:

—El delfín no me puede soportar. Extraña educación la suya, pero yo le pondré coto.

No pude contener las lágrimas, a pesar de mi afán por no mostrar mis sentimientos, pero en esos días estaba a punto de dar a luz y me encontraba frágil y desprotegida.

Felipe nació el 21 de septiembre, y mi esposo no cabía en sí de gozo. Era padre de dos robustos niños y el futuro de la monarquía estaba asegurado.

El favor del bello Cinq-Mars se consolidaba, mientras el de María de Hautefort declinaba. Yo a veces me he preguntado cuál era la verdadera naturaleza del amor de mi esposo, ya que había oído un comentario de uno de los hombres más avisados de la corte, el marqués de Montglat, conocido por su agudeza:

—El amor del rey no era como el de otros hombres, porque él amaba a una mujer, sin propósito alguno de obtener favores, y vivía con ella como se vive con un amigo.

A pesar de la disparidad de caracteres y de gustos entre Luis y Cinq-Mars, el bello joven seguía allí, pues gozaba de importantes prebendas. Si a mi esposo le atraía la caza, levantarse con el alba y rastrear caminos en busca de un zorro o aguardar paciente la llegada de un mirlo, el bello Henri de Cinq-Mars adoraba el lujo, la comodidad y el amor de las cortesanas que le agraciaban con sus favores hasta altas horas de la madrugada. La guerra había dejado el tesoro real exánime y, sin embargo, mi esposo regalaba a su favorito la fabulosa suma de cuatrocientos mil escudos para que pudiera comprar el importante cargo de *grand écuyer*, o sea, caballero mayor. Este nombramiento produjo un escándalo dañino. Me di cuenta, una vez más, que

mientras yo conseguía atraer a mi favor a mis enemigos, mi esposo lograba poner en su contra a sus amigos.

Cinq-Mars, a pesar de ser tan favorecido por el rey, comenzó a tomar la actitud displicente que le había costado el alejamiento a María de Hautefort. Empezaron las peleas entre ambos, y a Richelieu le tocó el papel de apaciguador, siempre del lado del rey. Mi esposo exigía que el cardenal le resolviera las disputas con Henri, y que además se ocupara con eficiencia de los asuntos de Estado. El bello caballero mayor odiaba a Richelieu, pues no soportaba el dominio tiránico del cardenal, más aún cuando Cinq-Mars estaba convencido de que siempre gozaría del favor del rey. Imaginó que podría acabar con «su malignidad» y suplantarlo en el gobierno.

Hizo frente a su mentor, negándose a espiar al rey para él, y como sabía que éramos muchos los que abominábamos del cardenal, se dedicó con paciencia a contactar con todos y cada uno de ellos. E involucraron a Gastón como cabeza de fila, una peligrosa decisión. La caída de Richelieu nunca estuvo tan cerca como durante la conspiración de Cinq-Mars, pues el cardenal tuvo que defenderse del acoso del caballero mayor, y fiel a su estilo, comenzó a destilar en los oídos del monarca los defectos y sobre todo la infidelidad de su favorito. Mi esposo empezó a odiar a su primer ministro, por mostrarle el lado oscuro de Henri y rebajarle día a día en su estima. El cardenal destruía su sueño.

«Mírame»

Enero de 1641

A principios de año parecía que las hostilidades del cardenal contra mí habían entrado en una tregua. ¡Qué inocencia la mía! «Su malignidad» se preparaba para golpear de manera más hiriente, cuando yo estuviera desprevenida. Se sentía fuerte. Richelieu nos invitó al estreno de una obra teatral, se decía que de su autoría, que tendría lugar en el palacio-cardenal. El mundo elegante de París se agitaba para conseguir una invitación. Al llegar al palacio nos esperaba a la puerta de su soberbia morada, y a pesar de sus

frases equívocamente humildes, yo percibí su satisfacción. Pensé que era vanidad, pero algo en su mirada me hizo temer una celada. «Su malignidad» rezumaba seguridad ante los invitados, mientras se desdoblaba ante nosotros en reverencias y zalemas. Aprovechó la honrosa ocasión para celebrar el compromiso de su sobrina Claire, casi una niña, con el duque de Enghien, compromiso que le emparentaba con los Borbones. Entramos en la fastuosa sala, construida como teatro permanente, y tras los aplausos dirigidos a nuestras personas, se hizo un respetuoso silencio. Se apagaron las velas de los grandes candelabros y dejaron lucir las titilantes candelas delante del escenario. La trama era un delito, el que cometía una bella y encumbrada mujer, Mírame, al enamorarse de su enemigo. Cuando la actriz que interpretaba a la princesa recitó:

*Me siento culpable, amando a un extranjero
que por mi amor pone en peligro al Estado.
La que os parece un astro celeste
es un astro funesto para toda mi familia
y tal vez para el Estado...*

Toda la concurrencia pensó en Buckingham y en mí, los invitados fueron testigos de la malévola acusación de Richelieu a su reina. Había planeado aquella noche como su gran triunfo sobre mí; y lo había organizado en los más mínimos detalles: se había vestido de manera excesiva, casi ridícula, envuelto en sedas y armiños; desde su palco ordenaba imperioso a los asistentes cuándo tenían que aplaudir y cuándo guardar un silencio admirativo, casi religioso. Mi esposo estaba indignado, pero, sobre todo, porque el cardenal había permitido que uno de sus secuaces, un tal Bois Robert se hiciera acompañar por dos mujeres de notoria mala reputación y que una de ellas hiciera uno de los papeles secundarios. El rey se marchó de inmediato al concluir la obra. Decidí mantener mi dignidad, atacada que no herida, erguir la cabeza y aparentar que la miserable perversidad del cardenal no podía alcanzarme. Permanecí en el baile que tuvo lugar tras el teatro; bailé con Gastón una danza con gracia y donaire que fue muy aplaudida, a pesar de

que yo sentía la tierra desaparecer bajo mis pies. Demostré que estaba por encima de la mezquindad de Richelieu, que su inquina no podía alcanzar a la reina. Debo decir que la mayor parte de los asistentes se escandalizaron con la suma de cien mil escudos que había gastado Richelieu para esa representación. Sin embargo, admiraron la sangre fría y dominio de mí misma que mostré esa noche. El cardenal había quedado en ridículo presentándose como el gran autor teatral de una obra que en realidad era mediocre, y yo había dominado una situación peliaguda con calma y hasta con garbo. Pero yo no olvidé el insulto y esperé.

En Londres María de Medici se enfrentaba a sus problemas. La Cámara de los Comunes, pidió a mi suegra que «se ausentara para el bien del reino», pues su actitud beligerante con los protestantes había enfurecido a los ingleses, y la muchedumbre gritaba contra los reyes y su suegra «papista». Una multitud llenaba las plazas vociferando contra los católicos y la reina María de Medici; y la situación se deterioró de tal manera, que el 11 de mayo la Cámara de los Comunes decretó la expulsión de la reina madre. El problema principal para que mi suegra partiera era económico. Necesitaba fondos para el viaje y nadie se los daba de buen grado. Ella había ya empeñado sus joyas con anterioridad, seguían empeñadas y no podía disponer de ese caudal. Por fin, consiguió cien mil libras, parte de las cuales tuvo que emplearlas en recuperar sus alhajas. Partió de Dover al final de agosto y hubo de despedirse de su querida hija Enriqueta, a quien dejaba en una situación de grave conflicto.

Conspiración de Cinq-Mars

Junio de 1641

Ese año hubo motivo para intensas preocupaciones. María de Medici había sido expulsada, aunque de buenas maneras, de Inglaterra, y a mi esposo le intranquilizaba que su madre se instalara en las cercanías. El rey fue tajante, concedía a María que se estableciera en Florencia, de lo contrario,

nada recibiría de las sumas que demandaba. Ella accedió aparentemente, pero yo entendí que trataba de ganar tiempo. Entretanto, se refugió en ruta en una casa que el pintor Rubens tenía en Colonia y que él puso a disposición de mi suegra. ¡Qué ironía! Aquel a quien tan mal pagó tras un excelente trabajo era quien acudía a auxiliarla. Por otra parte, el descontento crecía en las ciudades francesas por el incremento de los impuestos, la duración de la guerra que dejaba el país exangüe, a los campesinos en la miseria y a la nobleza diezmada. Mi esposo veía la capital tan agitada, que vino a refugiarse a Saint-Germain. Se encontraba enfermo y debilitado y el cardenal sufría una nueva crisis de su mal.

Las noticias sobre el declive de Richelieu corrieron como la pólvora y animó a los sempiternos conspiradores a ser más osados. Mi esposo sufría también de mala salud y su ánimo se resentía. Su aspecto no auguraba nada bueno: su extrema delgadez, su fiebre intermitente, sus accesos de tos y sus crisis digestivas cada vez más frecuentes, presagiaban un fin próximo. Estaba otra vez irritable y se desahogaba maltratándome delante de la corte. Otra de las razones para esos arrebatos era la rivalidad de mi esposo con el rey de España. Mi hermano, Felipe IV, era de natural galante y favorecido de las damas. Esos comentarios sobre el rey de España, que circulaban entre las damas de palacio, encrespaban a Luis, a quien siempre le había resultado ardua la relación con las señoras. La duquesa de Chevreuse continuaba refugiada en Madrid, donde parecía hallarse a su gusto. Un grupo de damas lo estaban comentando, y mi esposo al oírlas, dirigiéndose a mí, comentó exasperado:

—Me han asegurado que vuestro hermano, el rey de España, se ha acostado con vuestra amiga, la señora de Chevreuse.

Ponía en evidencia a mi hermano, a mi amiga y a mí por mi predilección por la Chevreuse. Más doloroso fue cuando me anunció la triste nueva de la muerte de mi hermano, el cardenal-infante. Solo por haber sido el gran capitán, el vencedor de Nördlingen, merecía respeto, y además era su cuñado. Ocultó la noticia durante un día, en el que nos vimos varias veces, para escupírmela sin previo aviso, delante de toda mi casa:

—Vuestro hermano ha muerto.

La frase la sentí como un latigazo en el alma. Amaba en la distancia a ese hermano con el que correspondía con regularidad, y que en sus cartas me abría una ventana al mundo y me aseguraba su afecto. Además, nos enorgullecía, pues era tal su fama, que era considerado el mejor estratega de Europa. Era un rudo golpe para la hermana y para la dinastía. Me sentí perdida. Mi esposo disfrutaba al maltratarme. Comprendí que no eran tan solo los dolores que le hacían estar encorajinado, sino que algo más profundo y turbador le torturaba. Hasta hace unos años no he dilucidado que sabía que le quedaba poco de vida y no podía soportar que yo quedara disfrutando de la regencia y en soledad, de unos hijos que me adoraban, mientras él tenía que abandonar todo aquello por lo que había luchado tanto.

Pero nuevos acontecimientos precisaron de toda su atención. Los vaivenes de los personajes de la conspiración me eran notificados, pero cuando me contaron que un legado, Fontrailles, pretendía viajar a Madrid y concertar un acuerdo con Olivares, me sentí desfallecer. Se trataba de una alianza con el enemigo, y el enemigo era español. Si Richelieu se enteraba, y obtenía una prueba de mi implicación, tendría en sus manos la alegación que había estado buscando con ahínco durante tantos años. No necesitaba más para convencer al rey que solo él, Richelieu, era la salvación de Francia y así obtener de su soberano la regencia. En mis pesadillas veía al cardenal envuelto en ropajes color de llamas, entrar como una tromba de fuego y arrancar de mis brazos al delfín y al niño que acababa de nacer.

Por estos motivos yo procuraba buscar el difícil equilibrio entre tomar partido a su favor o combatirlo. Y lo encontré. No podía permitirme hacer enemigos que luego lo fueran de la Corona, y la corona era de mis hijos. Los catalanes se habían rebelado y habían pedido el auxilio de Francia, por lo que el rey se preparaba para acudir en su ayuda con un poderoso ejército. Mi esposo nos instó a mí y a su hermano para que le acompañáramos al Rosellón, así nos tendría a los dos bajo vigilancia. Pero Condé permanecía en la capital como gobernador de París y Luis tampoco se fiaba de él, y de que en una de sus famosas ventoleras se amparara de los príncipes, y por tanto del poder. No supe hasta años más tarde que el temor de Luis hacia Condé y hacia su propio hermano era tan excesivo que hizo jurar a su leal Montigny

que protegería a los príncipes durante su ausencia, y le ordenó que no entregara a esos niños a nadie, aunque dijera ser enviado del rey. Para más seguridad, mi esposo dio al capitán un escudo de oro partido por la mitad, y le dijo que solo quien portara la otra mitad podía ser considerado mensajero real. La amenaza estaba tan presente, que el rey permitió que me quedara en Saint-Germain. Yo empezaba a tener valor como guardiana de nuestros hijos.

Gastón, antes de que mi esposo partiera, me hablaba constantemente de las aviesas intenciones del cardenal, y yo me estremecía al pensar que si mi esposo fallecía, Richelieu pudiera hacerse con el reino.

Por otra parte, las pocas veces que Cinq-Mars había logrado verme, me había relatado las disensiones y disparidad de criterios entre el rey y el cardenal. ¿Sería cierto que el soberano se había cansado de su primer ministro? Lo que sí percibí con claridad en esas conversaciones fue que el favorito se daba cuenta de que tenía que actuar deprisa, antes de que cambiara el favor real hacia él. Pero la historia reciente me había demostrado que todos los que se habían enfrentado al cardenal habían fracasado. Tenía que extremar la habilidad y la prudencia para no comprometer el futuro de mis hijos. Sentí miedo, un miedo helador y paralizante, era todo demasiado intrincado, había demasiados misterios, demasiados intereses encontrados.

Mi fiel e inteligente Briénne me aconsejó que tuviera mucho cuidado con esta conspiración. Me aseguró que, en caso de que el rey muriera, él mismo reuniría a fieles en el ejército para protegerme a mí y a mis hijos. Mientras tanto, Cinq-Mars hablaba demasiado y se vanagloriaba insistiendo en que él sería primer ministro cuando derrocara a Richelieu. Este, muerto de inquietud por aquello que presentía, hubo de guardar cama y permanecer en Narbona. Tuvieron que sangrarle varias veces y era una operación dolorosa. Tomaba cuenta de la salud del cardenal un antiguo discípulo del colegio de Lisieux, donde ambos estudiaron.

Tras el colegio, cada uno tomó un rumbo diverso. Richelieu entró en la academia de la nobleza y Bertereau ingresó en la escuela de medicina, completando su formación en el hospital donde aprendió la cirugía y se preparaba en ese momento para aliviar el dolor de su amigo. Durante la operación, un criado sujetaba un candelabro para que el médico Bertereau

podiera sostener la ampollita, mientras examinaba la vena, la escogía y marcaba el lugar más idóneo para hacer la incisión. El cirujano Citoys y dos ayudantes esperaban a que el galeno diera la orden de comenzar. Era de las pocas personas a las que el cardenal otorgaba su confianza. Citoys, además de alcalde de Poitiers —Richelieu premiaba a quien bien le servía—, era otro de los hombres que había comenzado su ascensión desde que el purpurado era obispo de Luçon, ya que entonces actuaba como su secretario y era su paño de lágrimas en los dolores y sufrimientos de la enfermedad. Los dolores de cabeza eran tan intensos que el primer ministro no podía continuar su trabajo, y confesó:

—De tal modo me mata este dolor de cabeza que no me atrevo a escribir a la reina teniendo tan trastornado mi espíritu.

Al cardenal le obsesionaba la visión del favorito en Perpiñán junto al rey, destilando permanentemente en su oído desconfiado las maldades que tantos atribuían al ministro. ¿Cuál era la relación entre mi esposo y el cardenal para que el monarca hubiera escuchado —y pensado, aunque fuera por unos instantes— la posibilidad de que Richelieu fuera asesinado? ¿Era cierto, según me contaron, que mi esposo, cuando Cinq-Mars pidió su consentimiento para llevar a cabo el derrocamiento, respondió así?

—Me excomulgarán; es un cardenal y un sacerdote.

Supe que Fontrailles había escapado de París en ruta hacia España disfrazado de capuchino, y que había firmado el nuevo tratado en Madrid el 13 de marzo. Me consumía la angustia de la incertidumbre, el pavor a que raptaran a mis hijos. El capitán Montigny, impelido por mi esposo y ante mis ruegos, dobló la guardia en nuestro entorno. La tensión fue tal, que llegué a enfermar de miedo, y los médicos tras purgarme y sangrarme, mandaron recado al rey de que no estaba en condiciones de viajar. El diagnóstico fue terminante:

—Toma los medicamentos por obediencia, no por curarse.

El 26 de mayo 1642, Richelieu, inquieto e imposibilitado por sus graves dolencias, mandó desde Narbona a su ayudante Chavigny, para que advirtiera al soberano de la conjura que se tramaba en su entorno.

La noche del 9 al 10 de junio el cardenal obtuvo una copia del Tratado de

Madrid que debía firmar el hermano del rey, Gastón, para sellar el acuerdo con España. Y mandó de inmediato el escrito al rey por un emisario que galopó sin descanso durante la madrugada del 11 al 12. El cardenal envió el documento con una frase de su mano: «Dios ayuda al rey con descubrimientos maravillosos».

Era una prueba definitiva. En la mañana del 12 de junio de 1642, mi esposo firmó la orden de detención de Cinq-Mars, y de los demás conspiradores, Bouillon y De Thou. Era un rudo golpe para él, porque creo que sentía una verdadera atracción por el bello Henri. Tras una patética entrevista con su primer ministro, Luis partió de inmediato hacia París, abrumado por la traición y dejando a Richelieu para que aplastara la conspiración y se encargara del juicio sumarísimo contra los participantes en ese crimen. Cinq-Mars intentó escapar, pero fue detenido en Montpellier, cuando se ocultaba en casa de una amante.

El cardenal, a pesar de los sufrimientos de su enfermedad, reunió la suficiente energía para, una vez detenidos Cinq-Mars y De Thou, remontar el Ródano en una barcaza que estaba preparada con un gran lecho tapizado de cojines, cubierto de mantas, ya que el traqueteo de los caminos le producían dolores indecibles. Pero incluso en esa situación no había prescindido del lujo que le acompañaba.

El bote estaba tapizado de terciopelo carmesí y oro, y se perfumaba con almizcle y ámbar para disimular el olor pútrido que exhalaba su cuerpo. Al llegar a los pueblos, los servidores demolían los dinteles de las ventanas para que la amplia litera del cardenal pasara con facilidad. Hasta que llegaron a Lyon, donde tendría lugar la ejecución.

Cuando el rey tuvo la certeza de la traición de su hermano, le perdonó por su participación en la trama, a condición de que redactara una confesión completa y se retirara a sus propiedades de Val-de-Loire. Para terminar, redactó una orden real explícita, en la que se decía: «Se le excluye de toda la administración del Estado, y ante todo de la regencia».

Gastón estaba acabado. Al duque de Bouillon se le exigió la devolución del gobierno de Sedán y así salvó la vida este conspirador. Nunca supe quien

había entregado el inculpatario documento a Richelieu; creo que Mazarino lo sabía, pero murió sin desvelarme ese secreto. A pesar de los trágicos acontecimientos de los días pasados, había alguien dispuesto a beneficiarse de la desgracia de otro. El puesto del bello Henri fue ocupado de inmediato por un gran amigo de mi esposo, el duque de Saint-Simon que gozaba de la plena confianza del rey. Tras un juicio rápido y contundente, el marqués de Cinq-Mars fue condenado a muerte y ejecutado el 12 de septiembre en la plaza de Terreaux, en la ciudad de Lyon, en ese trágico 1642. Mi esposo estaba jugando al ajedrez cuando le entregaron un despacho de Richelieu, en el que le comunicaba con su enrevesado estilo que Henri de Cinq-Mars había sido ajusticiado:

Vuestra majestad va a recibir dos noticias muy diferentes: una es la rendición de Perpiñán... la otra, la condena y ejecución del gran señor y del señor De Thou... Estos dos acontecimientos muestran cuánto ama Dios a vuestra majestad.

Entonces el rey pronunció unas palabras que me helaron el espíritu:
—Me gustaría ver la cara que está poniendo ahora.
Era frecuente que los amigos del rey murieran jóvenes.

La muerte de dos enemigos

Cuando la Cámara de los Comunes de Londres había conminado a mi suegra que «*se ausentara para el bien del reino*», pues la actitud beligerante de ella con los protestantes había enfurecido a los ingleses, María había escrito a su antiguo servidor, Richelieu, pidiendo la pensión prometida con anterioridad, pero este le contestó que se había gastado en defender las fronteras del reino de sus enemigos. Solo faltó decir que ella era uno de esos enemigos. No habría perdón para ella.

Y tras esa decisión que no dejaba en paz al rey, otro golpe vino a turbar aún más a mi esposo. Tuvimos noticia de la muerte de su madre en Colonia, a mediados de julio. Había fallecido un año después de su partida de Inglaterra,

el 3 de julio, desencantada de las alianzas, el poder y los amigos; sola, pobre y acosada por las deudas, su fin fue muy amargo. Aunque habían tenido serias diferencias, era su madre y creo que le afectó la desaparición de ella, y le inquietó la impresión de hijo descastado que comentaban en las cortes de la península itálica.

Ningún príncipe quería a la antigua reina regente porque sabía que era portadora de conflictos. El único lugar en el que su hijo, el rey de Francia, y su tío, el gran duque, estaban de acuerdo, era Florencia, pero ella se había negado siempre a dirigirse allí. Creo que mi suegra no podía soportar la idea de regresar vencida y desposeída a su lugar natal, de donde había salido con tantas esperanzas de grandeza.

El cardenal me había hecho sufrir durante muchos años, pero tras la última conspiración de Gastón, percibí que el ministro me trataba con más deferencia; la misma señora de Brassac, agente de Richelieu, me mostraba afecto y estima y muchas veces nos deleitábamos juntas ante los progresos de mis hijos. Además, me otorgaba libertad para recibir visitas, sin cortapisa alguna, y como esos interlocutores eran personas de experiencia probada, yo aprovechaba para informarme. Me preparaba para lo que sabía que iba a suceder. Yo había detectado en mi esposo un cierto desapego hacia el cardenal; veía que entre ellos se había desvanecido la antigua estima y la mutua amistad. En esa complicada relación, solo permanecía la necesidad el uno del otro, el rencor y la sospecha. Mas en apariencia, el cardenal seguía gozando del total favor del rey. Uno de los embajadores acreditados en Francia escribió al dux:

Observo gran entendimiento entre la reina y el señor cardenal; parece que el señor cardenal piensa servirse de la reina para vigilar cada acto de su majestad que, por cierto, le muestra gran afecto y buena voluntad.

Richelieu se encontraba ya muy enfermo cuando acudí a visitarle a su propiedad de Rueil. Al verme entrar en su estancia, no hizo ni ademán de incorporarse, y así vi lo débil que se sentía. Pero fiel a su personalidad, en

vez de pedir disculpas al permanecer sentado, me aclaró que en España los cardenales no se alzaban ante las reinas. Yo le respondí con una sonrisa que había olvidado las costumbres españolas, puesto que ya me sentía totalmente francesa.

La corregencia que Richelieu había obtenido del rey estaba escrito que no la había de disfrutar. El 4 diciembre de ese luctuoso año de 1642, Richelieu agonizaba en París en su fastuoso palacio-cardenal. Murió sostenido por su pétreo orgullo, porque cuando el párroco de San Eustaquio le confesaba para prepararle a su encuentro con el Creador, sugirió al cardenal que perdonara a sus enemigos —que eran muchos— y él contestó con voz firme:

—No he tenido otros que los del Estado.

Las buenas gentes desfilaron delante de su cadáver durante tres días, unos para honrar al gran hombre, otros para asegurarse de que el tirano había muerto. Yo había vivido bajo el temor a este personaje. Me contaron que, durante toda su vida, utilizó una máxima que aplicaba a su conveniencia: «No existe calumnia que no pueda con toda una vida de un hombre honrado».

Mi esposo vio en la muerte de su primer ministro una ocasión para mostrar clemencia y liberó a algunos presos y mandó llamar a unos cuantos exilados. Dejaba el escenario político europeo, el cardenal que con sus medidas había hecho de Francia un Estado. Richelieu había despertado tanto odio, que el populacho, excitado por las arengas de algunos interesados, se aprestaba a profanar la tumba, y proclamaban que habían de tirar el cadáver a un muladar. Los doctores de la Sorbona, atemorizados por las violentas amenazas, se apresuraron a esconder los despojos de Richelieu en una iglesia en el mayor secreto. Gastón, al enterarse del fallecimiento de su enconado adversario, exclamó con alivio:

—¡Dios sea alabado! ¡Mi enemigo ya no está en este mundo!

Al día siguiente, el rey mostró al sustituto. Sorpresa general: el elegido era Mazarino. Estaba claro, el rey ahora gobernaba solo. Mi esposo se sentía aliviado, con la muerte de su mentor como sucediera con Luynes. Un familiar comentó en la privacidad de nuestros apartamentos:

—En lo más profundo, estaba muy contento y encantado de haberse librado de él.

Yo observé que dormía mejor, que estaba más reposado y tranquilo. Un día entré en su despacho atendiendo a su llamada, y le encontré ilusionado como un niño abriendo él su correspondencia y analizando documentos. Atrás quedaba la tristeza de la felonía de Cinq-Mars. Se le veía rejuvenecido, vital, los Consejos se prolongaban durante horas. Parecía que se hubiera liberado de un pesado fardo. Los sentimientos de Luis eran complejos y, unidos a su desconfianza, podían desencadenar una reacción de celos o de venganza. La prudencia debía de ser mi norma, si no quería arruinar mi camino hacia la regencia. Vi crecer, con inquietud, el número de mis partidarios tras la muerte del cardenal. Mi esposo no se dignó asistir a las exequias de su primer ministro celebradas en Notre Dame, sin embargo, mi asistencia a estas fue positivamente comentada, y algunos se asombraron de las muestras de respeto que tuve con sus restos.

No entendían que, cerrando su sepulcro, comenzaba mi esperanza. Paso a paso, los numerosos obstáculos desaparecían para que yo pudiera alcanzar la regencia, pero todavía mi esposo no me concedía la plena disposición. Yo era consciente de que él no tenía confianza en mis capacidades, y le preocupaba que en caso de conflicto la simpatía hacia mi país de origen inclinara la balanza a favor de España. No había comprendido que mi principal objetivo sería Francia, que era la patria de mis hijos. Richelieu me había perseguido y humillado. Y, sin embargo, una cierta aprensión se apoderó de mí cuando se produjo su fallecimiento. Casi echaba en falta a mi opresor. Pero ahora yo contaba con Mazarino.

9. *La Regencia.* 1643-1648

Muerte de Luis XIII *14 de mayo de 1643*

El 21 de febrero Luis vino muy enfermo y se instaló en el Château Neuf en Saint-Germain. Escogió mi alcoba que en los días claros tenía unas magníficas vistas sobre Saint-Denis, lugar de enterramiento de los reyes de Francia. Al contemplar ese panorama le oí decir:

—He ahí mi morada donde permaneceré mucho tiempo.

Era consciente del breve tiempo del que disponía para dejar establecida la regencia. No se fiaba de su hermano Gastón, a quien había eliminado de la gobernación, y menos aún del primer príncipe de sangre real, el cambiante Condé. Tuvo el consuelo de recibir muchas veces a su gran amigo el duque de Saint-Simon, que venía desde su propiedad de Blaye a visitarle y recordar los viejos tiempos de su juventud. Yo acompañé a mi esposo y le cuidé durante su doloroso final, y pude rogarle varias veces que dejara a sus hijos protegidos de las ambiciones de tantos personajes de la corte. Él, que siempre admitió mi profundo amor maternal, en ese aspecto se fiaba de mí. Pero al ser una infanta española, temía que cuando él desapareciera, mi primer cuidado sería aproximarme al imperio español.

A pesar de las penas pasadas, sufrí al ver su agonía. Era la primera vez que tenía que asistir a un fatal desenlace en total cercanía. El 3 de abril intentó pasear por las galerías del palacio Nuevo. El primer gentilhombre de su cámara, Souvré, y Charost, capitán de su Guardia de Corps, le sostenían para que pudiera dar unos pasos. Luis sufría tremendos dolores, se ahogaba y su cuerpo se descomponía desprendiendo una malsana pestilencia. Él, que había sido pulcro y cuidaba de su arreglo con esmero, se veía expuesto a la curiosidad general en este estado lamentable, pues los reyes han de morir en público. Los personajes de la corte se apiñaban en torno al moribundo, que al

ver a alguno de sus antiguos enemigos me susurró:

—Esta gente viene a ver si muero rápido. ¡Ah, si pudiera recuperarme, les haría pagar caro el ansia que muestran por mi muerte!

Por fin, el 20 de abril conocimos la voluntad de mi esposo. Convocó en el palacio Nuevo a Gastón, a Condé, al canciller Séguier y a los secretarios de Estado. Me otorgaba la regencia, pero nombraba a Gastón lugarteniente general del reino y Condé formaría parte del Consejo junto a cuatro leales servidores del rey: Le Bouthillier, su hijo Chavigny, Séguier y el cardenal Mazarino. Este último se convertiría en el presidente del Consejo en ausencia del duque de Orleans y del príncipe de Condé. Recordando los conflictos que mi suegra había sufrido durante su regencia, y aconsejada por el obispo de Beauvais, creí oportuno redactar una declaración en la que yo aseguraba haber firmado bajo intimidación el decreto que me ofreció mi esposo. Gracias a la recomendación de dicho obispo y a la diligencia del abate de Montrouge, que partió al galope hacia la capital, el documento fue registrado por un buen notario de París.

La salud del rey se deterioraba cada día. El hedor de su cuerpo era tan potente, que a pesar de mi empeño en asistirle, tenía conmigo una redoma con fragancia de jazmín para poder resistir la náusea.

Dentro de esas semanas trágicas, un acontecimiento dichoso alegró nuestras vidas. El 6 de mayo tuvo lugar el bautizo del delfín, quien tuvo como padrinos a la princesa de Condé y al cardenal Mazarino. El rey tenía en gran estima a este italiano que, de mano de Richelieu, se había incorporado al gobierno del Estado. Parece ser que, antes de morir, Richelieu había comentado a su sobrina:

—Solo un hombre está capacitado para sucederme, pero es extranjero.

Le recomendó al rey, y mi esposo decidió que seguiría la política de su anterior ministro, confiando en el conocimiento que tenía Mazarino de los asuntos de Estado y sobre todo de la política internacional. De nuevo el agudo embajador de Venecia escribió a su dux:

—Se eleva como en pleno vuelo, obtiene siempre todas las prebendas, pues el rey le muestra gran estima y confianza.

Tanta confianza tenía en él, que le había nombrado padrino del delfín.

Otra razón le había conducido a esa decisión: el papa Urbano VIII, descontento con la política de Francia hacia el papado, no se había dignado contestar a la petición de mi esposo para que apadrinara a nuestro hijo. De alguna manera, Mazarino podía representar, a los ojos de los menos enterados, la aquiescencia de Su Santidad. Pero, sobre todo, mi esposo, que se sentía próximo a la muerte, quiso confiar a sus hijos, al heredero de Francia, a este hombre leal, sin ataduras con las poderosas familias de Francia y de probada astucia. En la intrincada corte papal, Mazarino había adquirido amor por la cultura y el refinamiento necesario para brillar en cualquier país.

Urbano VIII adoraba el teatro y sus obras teatrales se representaban con gran esplendor, gracias a los escenarios con imponentes palacios, frondosos bosques donde habitaban animales mitológicos, pavorosas tinieblas infernales y salvíficos ángeles voladores. A veces, Cristo o la Virgen descendían desde el cielo en una nube, para salvar a la humanidad doliente. Contaba el papa con un excelente libretista en la persona del cardenal Rospigliosi, que era experto en piezas tanto religiosas como profanas. El propio Mazarino había participado como actor en las representaciones que Urbano VIII escenificaba en el Vaticano. Por tanto, vi que ya tenía una afición que compartíamos Mazarino y yo con el mismo fervor.

Y que un día podríamos hacerla realidad.

Luis, Luis Dieudonné, mi hijo, protagonizó una anécdota que nos produjo a los presentes un gusto dulce y amargo a la vez. Dulce, porque revelaba la viveza del niño, y amargo, porque presentaba de manera cruda la realidad que se avecinaba. Mi esposo se hallaba muy débil y preguntó al delfín:

—¿Cómo te llamas ahora?

—Luis XIV, papá.

—Todavía no, hijo mío, todavía no. Pero tal vez sea muy pronto, si esa es la voluntad de Dios.

Mis viejos temores renacieron al ver moverse alrededor del lecho del moribundo las ambiciones desmedidas, estrecharse las convenientes alianzas y repartirse las prebendas. Supe entonces que no podía confiar en nadie. Y entendí la profundidad de mi soledad. Yo pensaba en el legado de mi hijo y me asaltaban, sin yo buscarlo, el recuerdo de las conjuras de los grandes

durante la regencia de María de Medici. Uno de mis pocos fieles de épocas pasadas, Briénne, lo intuyó de manera clarividente:

—Ella consideraba lo más importante la grandeza del rey su hijo, y de conseguir la paz para Francia, siempre que estos dos designios pudieran estar unidos.

El temor de que pudieran arrebatarme a mis hijos me seguía por doquier. Tantos años de amenazas no habían sido en balde. El duque de Beaufort, tras sus breves escarceos con algún conspirador, se ofrecía ahora como un leal apoyo de la Corona. Era hijo del duque de Vendôme, que a su vez era hijo natural de Gabrielle d'Estrées y de Enrique IV, por tanto relacionado con la familia y creí poder fiarme de él. Ante sus repetidos ofrecimientos, decidí pedirle protección. Nunca lo hubiera hecho. Siempre padeció de una cierta fanfarronería, pero su ascendiente sobre las tropas era real, como era real su deseo de servicio a la monarquía. Apenas comenzó la agonía de mi esposo, rodeó el palacio Viejo con una impenetrable muralla de soldados aguerridos que solo obedecían sus órdenes. ¿Estaban mis hijos a salvo? O, por el contrario, ¿éramos sus rehenes? Todo era posible en aquella época confusa.

Beaufort era rubio, gallardo, atlético e intrépido, pero usaba un lenguaje de carretero muy popular que le haría ser llamado durante la Fronda, el rey del Mercado, le Roi des Halles. Se convirtió en el jefe de la situación. Pero su falta de talento le hizo pensar que era el único que podía salvar al reino y empezó a cometer equivocaciones. Curiosamente, me vino a la mente el recuerdo de Concini que osaba presentarse con su guardia de cien hombres, apodados Coglione, y pensé también en Cinq-Mars, que no daba un paso sin sus Vingt Deux, sus famosos Veintidós. A medida que se convertían en poderosos, necesitaban más protección y aumentaba su arrogancia.

Tanto Condé como Gastón llamaron a sus huéspedes para mostrar a la corte su potencia. Grande fue la sorpresa de ambos cuando vieron en el patio de armas a Beaufort a caballo, acompañado por numerosa y aguerrida tropa. Conminaron al duque a dar explicaciones y este les ignoró mirando al lado contrario sin dignarse responder. En uno de los momentos de lucidez de mi esposo, le consulté sobre mi decisión de apoyarme en Beaufort, y él me felicitó por la elección y añadió que doblara la guardia en torno al Château

Neuf, el palacio Nuevo de Saint-Germain. Su preocupación era evidente.

Ya muy cerca del fin, estábamos Gastón y yo, velándole en su lecho, y con sus últimas fuerzas, tomó la mano de su hermano y la mía y juntándolas, nos rogó que nos mantuviéramos unidos y que cuidáramos de los niños.

El padre de mis hijos moría de muerte horrenda y su dolor me conmovía. Algunos creyeron que mis lágrimas eran falsas, que era un teatro montado para el recuerdo histórico. Pero se equivocaban, sentía verdadera compasión ante su sufrimiento. En esas semanas reflexioné sobre los veinticinco años de mi vida con Luis. Las angustias, las sospechas, los enfrentamientos. Me humilló y me hizo sufrir. Pero yo, ¿podía haberme comportado mejor, entender con más generosidad sus deseos? Ya no tendría oportunidad de enmendar mis errores. Mi pena fue auténtica. La señora de Motteville, que tan bien me conocía desde sus años mozos, escribió la confidencia que le hice:

—Me pareció que cuando le vi expirar, me arrancaron el corazón.

Mi alma estaba angustiada por la congoja de la pérdida y el temor de hallarme más sola que nunca. Estuve sola cuando todos consideraban que la fecha de mi repudio estaba próxima, y me hallé ante una aplastante responsabilidad cuando comprendí que había de batallar por la herencia de mis hijos. Todas estas reflexiones me tornaron lúcida y responsable. Yo estaba cambiando. La corte opinó que la catarsis se produjo a raíz de la enfermedad del rey, pero la mudanza había comenzado con el nacimiento de mis hijos. Mi fiel Manuela fue de nuevo de gran ayuda en esa época incierta, pues se desvivía para enterarse a través de otras camareras de personajes de la corte, de opiniones y comentarios que podían resultarme útiles.

Mi esposo rindió su alma al Creador el 14 de mayo.

Me apresuré en acudir junto a mi hijo, al que abracé con toda mi alma, y de inmediato le hice la reverencia debida al rey. Pedí a Beaufort que hiciera salir a todo el mundo, pues deseaba quedarme sola con Luis XIV unos instantes. Condé y Gastón permanecieron y el duque encargado por mí, insistió para que salieran de la estancia. Supe que los dos personajes buscarían su venganza.

En Saint-Germain brillaba el sol y en los bosques murmuraba la brisa de

la primavera. Tenía ante mí una tarea que sería la razón de mi existencia. Como hiciera el emperador Claudio en época romana, debía dejar de lado la simulación, pues había llegado el momento de mostrarme tal cual era: reina de Francia, regente del reino, madre de Luis XIV.

1643

Era necesario que el pueblo de París recibiera a su nuevo rey, y así creáramos un clima de fervor popular. La edad de mi hijo y la soledad de su madre, conseguirían el efecto deseado, despertar el sentimiento de simpatía de la gente. Al alba del 15 de mayo salieron ya rumbo a la capital carretas repletas de muebles, enseres y nuestros equipajes. Hacia el mediodía dejé Saint-Germain para iniciar el cortejo. Beaufort había organizado la comitiva con eficiencia. A la cabeza, la mitad del regimiento de guardias franceses y de guardias suizos; tras ellos los mosqueteros grises. Tuve la alegría de ver que se habían incorporado con su garbo habitual los mosqueteros negros que capitaneaba el señor de Tréville, que tanto me había protegido frente a Richelieu, hasta que este, humillado por sus proezas, los mandó al ostracismo. Seguía el mariscal Schomberg al mando de la caballería ligera; luego las carrozas con el personal de mi casa, los guardianes de la puerta; dos caballeros vestidos con satén escarlata lideraban a los guardias de corps franceses y finalmente, los suizos. Yo desfilaba en mi carruaje acompañando a mis hijos con el orgullo de ver a mi amado Luis, ya Luis XIV. Con nosotros, Gastón y los príncipes de Condé. Nos escoltaban los capitanes de la Guardia de Corps y el primer caballerizo, duque de Saint-Simon, que portaba la espada real. Este duque, fiel amigo de mi esposo, había declarado con firmeza, «que no fallaría jamás al hijo o a la viuda de su señor».

Cerraban el séquito los carruajes de mis damas de honor, la compañía de guardias escoceses y la otra mitad de guardias franceses y guardias suizos.

La carroza del difunto rey, vacía, tirada por seis de sus caballos favoritos, causaba una terrible impresión de ausencia. He de reconocer que el desfile era imponente.

Las aceras del barrio Saint-Honoré estaban atestadas de gentes variopintas, excitadas con la novedad que iban a contemplar. Toda novedad constituía una fiesta para el pueblo de París, esperanzado por el futuro que les aguardaba con el joven rey. Los parlamentarios se asomaban a ventanas y balcones de sus casas, con la misma curiosidad, pero mostrando una elegante parsimonia. La euforia era general. La gente nos aclamaba, vitoreaba y bendecía. Una vez llegados al principio del barrio de Roule, nos recibió el gobernador de la ciudad, duque de Montbazou, y el preboste de los mercaderes. A las palabras del gobernador, respondí con unas emocionadas frases:

—Instruiré a mi hijo de la bondad que debe mostrar a sus súbditos.

La multitud era tan densa que no conseguimos llegar al Louvre hasta las seis de la tarde. Estaba fatigada, exhausta por el viaje y la emoción, pero mi corazón desbordaba felicidad. Gozaba de la compañía de mis hijos, era regente y el pueblo nos amaba. Di gracias a Dios.

El día siguiente lo dediqué para que pudieran darme el pésame los personajes de la corte y autoridades, y el domingo me entregué a mis devociones. El lunes a las nueve de la mañana teníamos que acudir al Parlamento, pero llegué un poco más tarde, porque no quise entrar en la importante sesión, *le lit de justice*, sesión solemne se llamaba, sin oír antes misa en la Sainte-Chapelle. Una vez en el Parlamento, la visión de la gran sala era imponente. Estaba tapizada de un tejido de color oro, los magistrados nos esperaban con aire grave revestidos de sus togas carmesí o negras y algunos usaban su privilegio de mantenerse tocados con su *mortier* o gorra cuadrada. Cuando el duque de Chevreuse, que portaba al niño-rey en sus brazos, le colocó en el trono, se hizo un impenetrable silencio. Un niño de cuatro años vestido con el tradicional color violeta, iba a pronunciar su primer discurso:

—Señores, he venido para daros testimonio de mi afecto, el señor canciller os dirá el resto.

Por medio de unas breves palabras hice constar mi dolor por la pérdida de mi esposo y realicé una petición: solicitaba a los magistrados su consejo tanto para mi hijo como para mí. Como acordado, se levantaron entonces Gastón y

Condé, ambos para pedir la regencia absoluta para mi persona, el primero con entusiasmo y el segundo para cubrir el trámite. El futuro cardenal de Retz, que reconoció nuestra popularidad en ese momento, no pudo reprimir su malévolas disposición y escribió: «Adoraban a la reina. Más a causa de sus desgracias, que por su mérito».

Los meses pasados habían sido de una gran tensión y esfuerzo, y yo deseaba gozar de momentos de tranquilidad y reposo al acabar mis deberes cotidianos. Las demoradas y frecuentes conversaciones que había de tener con Mazarino, para estar segura de que era el hombre indicado para ayudarme en el gobierno, ocupaban muchas de mis horas del día. Yo estimaba la claridad de su mente, su perenne y rigurosa información, su amplitud de miras. Había observado durante los últimos meses que poseía una rara paciencia y habilidad para hacer creer a mi esposo que las soluciones halladas solo de la mente del rey habían salido. También estaba agradecida al cardenal porque era consciente de que había convencido a mi esposo sobre mi profundo amor maternal, que me inspiraría siempre la protección de mis hijos.

Amaba, como yo, el teatro y tuvo la delicadeza de mandar que viniera un grupo de comediantes para alegrar aquellos días intensos. Era afable, jovial, agradable, seductor. Con él hablaba en español, idioma que él manejaba sin falla. Pero lo más importante era que mi jefe del Consejo buscaba un acuerdo con España, como yo lo había anhelado durante años, por el bien de ambos países. Recordaba su aparición en el tablero internacional, cuando ejerciendo de enviado del papa se había interpuesto entre los dos ejércitos a punto de entablar batalla, enarbolando una bandera blanca, y gritando a voz en cuello: «*Pace, pace!*».

Lo cierto es que desde la muerte de Richelieu y la de mi esposo, Mazarino me había confortado asegurándome que estaría siempre a mi lado como leal servidor. Además, era amigo de un hombre que gozaba de mi estima y respeto, lord Montagu.

Los años de soledad y ostracismo me habían enseñado a observar y reflexionar. Nadie había sospechado la astucia que escondí durante años tras

mi plácida sonrisa. Esa experiencia me era ahora muy útil. Mi esposo nunca me consideró hábil para la regencia, pero yo era consciente de que tenía que disponer de la autoridad real de manera total. Nadie percibió el cambio operado en mí. Era consciente de que era mucho más difícil gobernar, y gobernar a hombres, siendo yo mujer. Algunos se hacían ilusiones sobre el significado de mi amabilidad, no entendían que yo solo buscaba consejo o ganar adeptos para poder conservar la corona para mis hijos.

Poco a poco, fue sucediendo lo que mi esposo había ansiado durante años: de infanta de España me convertí en reina de Francia, preocupada por el bienestar de mi país. Tomé el poder por sorpresa, y muchos, entre ellos mi cuñado, Condé y los parlamentarios, estaban confundidos. Nunca hubieran podido imaginar que tan solo en cuatro días, lograría esa insignificante mujer desmontar el andamiaje que mi esposo había ideado. Otro de los que no comprendieron este cambio fue Beaufort. Creyó que yo, mujer malquerida, rondando ya los cuarenta y dos años, no podía ser insensible a un hombre apuesto y aguerrido, él, que, con sus veintisiete primaveras, se dignaba fijarse en mí. Manuela, que con su simpatía y habilidad se había ganado a todos, mantenía muy buenas relaciones con todas las camareras de las personalidades del Louvre, y me había contado las apasionadas visitas que realizaba el duque a su amor secreto, la Montbazon. Pasión que con los años le haría cometer a Beaufort crasos desatinos. Ya en plena agonía de mi esposo, me había dedicado algunos requiebros, que, dada la situación, me habían parecido de pésimo gusto. Lo que no sabía entonces era que la confidente de Manuela, la camarera de la duquesa de Montbazon, estaba pagada por Mazarino para que vigilara a su señora, ya que el cardenal no se fiaba en absoluto del bello duque.

Una mañana me hallaba en mi baño, entre vapores de niebla y aromas de jazmín, cuando oí que tocaban a la puerta. Atendí y escuché la voz de mi ujier que, con tono apurado, anunciaba al duque de Beaufort que no podía entrar. El duque apartó de un manotazo al ordenanza y se aventuró en mi antecámara. Manuela le cortó el camino con voz firme y yo la llamé. Le pedí casi a gritos, para que todo el mundo lo oyera, que estaba en mis estancias privadas disfrutando de un merecido descanso y que saliera de inmediato.

Todos los presentes en la entrada de mis aposentos comentaron la escena que acababan de vivir. La arrogancia de Beaufort le había llevado a creer que era indispensable y que su poder era mayor que el que en realidad tenía.

Mi primer cuidado fue garantizar la seguridad de mis hijos, pero el segundo y acuciante era un perentorio dilema: conservar el gobierno que mi esposo había dejado dispuesto o, por el contrario, nombrar a gente afín a mí. Para tomar esa decisión necesité del consejo de unos personajes que me habían demostrado su valía, lealtad y principios durante largos años. Se trataba de Vicente de Paúl, el nuncio Grimaldi, el obispo de Beauvais y lord Walter Montagu. Recordé también la primera vez que Richelieu me habló del señor Julio, cuando Mazarino iba a ser presentado en la corte. Sus palabras siempre resultaban inquietantes y no supe discernir si estas significaban apoyo o escondían una trampa insidiosa, pero decididamente, eran malévolas:

—Os gustará, señora, se parece al señor de Buckingham.

En primer lugar, estaban los hombres de Iglesia, que yo tanto respetaba: Vicente de Paúl, Beauvais y Grimaldi. Con el tiempo he podido analizar con más distancia la razón del apoyo de estos tres personajes a Mazarino. Cuando les consulté al respecto, me aseguraron que su experiencia en asuntos internacionales me sería muy útil, y que era importante que un hombre con indiscutible talento, de fiar, un hombre de Iglesia, pudiera decidir los destinos de Francia después de tantos años de crueles guerras de religión.

En cuanto a lord Montagu, había sido perseguido en Inglaterra por su repentina conversión al catolicismo, en un momento en que tomar dicha decisión entrañaba un gran peligro. Era valeroso y coherente. Con anterioridad había pertenecido al servicio secreto del rey inglés, y dado su conocimiento de los asuntos franceses había desempeñado cargos de relevancia en su embajada en París. Tras muchos avatares, prisión en la Bastilla, acusaciones de conspiración por parte de Richelieu, y ya ferviente católico, regresó a la capital y estrechó una buena amistad con Mazarino, en aquellos años nuncio extraordinario para Francia, con quien compartía el gusto por el arte y el teatro.

Además, Montagu fue quien acompañó a Buckingham para la boda de mi

cuñada Enriqueta, y en sus años de guerra combatió codo a codo junto a George Villiers, que exhaló su último suspiro entre sus brazos cuando fue asesinado. Eran muchos los recuerdos que atesoraba de Wat, como le llamábamos sus amigos. Su opinión fue decisiva.

Todos ellos abogaron a favor de Mazarino. Además, este hablaba correctamente español y siempre había tenido exquisitos detalles conmigo, incluso en los años de mi ostracismo. Me regaló guantes de piel finísima, perfumes refinados, abanicos aromatizados con esencias exóticas, pequeñas cosas que yo apreciaba en todo su valor. ¡Qué sorprendente es la historia! Una reina española, aconsejada por un inglés, escogía a un italiano para gobernar Francia.

La realidad, con su impetuosa necesidad, me imponía una conversación que no debía demorar. Durante muchos años yo había considerado la guerra como la causante de la ruina económica en la que Francia estaba sumida, y, peor aún, el origen de las tragedias de pérdidas humanas que hundían a las familias en el dolor. Dolor y miseria, eso significaba la guerra para mí. Mazarino me hizo ver que él anhelaba la paz fervientemente, pero que no era posible conquistar un acuerdo duradero, sino desde una posición de fuerza. Según el cardenal, todo ello debía hacerse sin demora, pues sabía por sus informadores que Felipe IV, mi hermano, descorazonado con la lucha contra las Provincias Unidas, estaba dispuesto a concederles la independencia. Y todas esas tropas que ya no tendrían que luchar en Flandes, podía el rey español destinarlas a la guerra con Francia. En ese momento necesitaríamos haber concluido esa lucha que duraba ya demasiados años.

Otro problema que enfocamos aquel día fue el de mi comportamiento hacia los leales y los partidarios de Richelieu que tanto me habían perseguido.

Me sorprendió su sibilino consejo: Mazarino me dijo que no tomara venganza de los últimos destituyéndoles de sus cargos. Estos, que se creían ya perdidos, agradecerían mi clemencia, mientras que si adjudicaba esas prebendas a los leales de antaño las tomarían como algo merecido, sin atribuirlo a mi generosidad. Me impresionó la finura mental del cardenal,

pero al mismo tiempo me asustó su innegable sagacidad.

Tras esta conversación, y tras reflexionar seriamente, me convencí de que Julio Mazarino era la mejor opción, pues tenía muchos factores a su favor: ante todo, conocimiento de las tareas de política internacional; talento probado, y lealtad total. Por otro lado, y no menos importante, no traía consigo, todavía, una familia ambiciosa a la que hubiera que contentar. En el Louvre, todos los personajes del reino, aquellos que temían ser despedidos y los que creían que verían pagados sus desvelos pasados, paseaban de salón en salón, intentando conocer el nombre de los nuevos agraciados por el poder. Creo que a nadie se le alcanzaba la que fue mi decisión final.

Un rumor sordo como el vuelo de un moscardón creció paulatinamente a medida que se repetían las novedades unos a otros. Primero con incredulidad, luego con estupor. Yo había decidido mantener en sus puestos a los ministros de mi esposo y había nombrado a Mazarino jefe de mi Consejo. Tras la rudeza con la que había sido tratada en los años pasados, el refinamiento y suavidad de Mazarino me agradaban. Me inspiraba confianza su rápida inteligencia, su clara visión de los problemas y la sutileza que empleaba en resolverlos. Muchos esperaban que, tras la muerte de Richelieu y luego la de mi esposo, Mazarino estuviera acabado y tuviera que marcharse a Roma. Y una vez estuvo en la cumbre del poder, esos mismos pensaron que caería de inmediato. Y él, sagaz, lo dejaba creer. No tuve ninguna duda de que Mazarino debía engañar a todos y convencerles de que su deseo era volver a Roma, a los suyos, a su familia, a su país.

Y yo debía mostrarme ante Gastón y Condé como la mujer débil, asustada, desprotegida e inexperta que tendría que recurrir a uno de ellos. Se vigilaban y competían, esa era mi fuerza. Mientras tanto, Mazarino y yo nos preparábamos para la transición.

Él, intuitivo y hábil, supo de inmediato que añadiendo afecto a nuestra relación de trabajo, conseguiría un mayor dominio sobre mí. Y sabía que era necesario hacerlo, pues muchos «importantes» ansiaban ocupar su puesto. El cardenal me repetía a menudo que su objetivo era ser buen consejero, e insistió varias veces en que buscara a alguien que pudiera servirme mejor. He de reconocer que al principio yo mantuve la distancia y solo le permitía

hablarme de los asuntos de Estado.

A medida que pasaron las semanas, fui consciente de que su deber como padrino de mi hijo le obligaba para con el rey-niño; entendí que me brindaba no solo su apoyo, sino su amistad, y poco a poco fue ganando mi confianza en conversaciones donde compartíamos el placer intelectual y el entusiasmo de la acción. Era consciente de lo mucho que yo tenía que aprender, pero descubrí que mi inteligencia se despertaba cuando tratábamos de asuntos de importancia para Francia. Él analizaba los problemas a los que me tenía que enfrentar, ofrecía soluciones y anticipaba los movimientos del adversario. Apreciaba su alegría de vivir, su fina ironía, la complicidad que nos unía en un proyecto más grande que nosotros mismos. Me di cuenta de que la admiración, el afecto y la amistad hacia mi consejero eran un hecho importante en mi vida. Su fortaleza ante las tentaciones que le acechaban en la corte me producía asombro. Él me había contado que había observado en sus años en la corte papal que se permitían licencias los poderosos; él tenía que ofrecer una conducta intachable para obtener el favor del pontífice. Y así fue aprendiendo a domar sus pasiones. Me fui despegando de los amigos de antaño, pues su frivolidad me aburría.

Otro asunto, esta vez de política internacional, ocupaba mi pensamiento. Habíamos de enfrentarnos a un reto crucial, el Congreso de Westfalia, y el cardenal tenía todos los atributos para conferenciar con éxito y para el bien de Francia.

Cuando le comuniqué mi decisión y su nombramiento, su respuesta oficial fue una hermosa carta, muy bien escrita, que he guardado durante todos estos años:

No tendré más voluntad que la de la reina. Desisto desde este momento de todo corazón de las ventajas que me otorga la declaración, que abandono sin reservas, con todos mis otros intereses, a la ejemplar bondad de su majestad.

*Escrito y firmado de mi mano. De su majestad el muy humilde, muy obediente y muy fiel súbdito y agradecida criatura,
Julio, cardenal Mazarino.*

El cardenal Mazarino no era ningún ingenuo, y por tanto no cometió el error de creer que ya había llegado a la cúspide. Bien al contrario, comprendió que su nombramiento suscitaría recelos y murmuraciones que podían dañarme. Intuyó con su sentido innato de la realidad que su modesto origen, su nacionalidad extranjera y su estrecha colaboración con el difunto Richelieu no le favorecían. Reflexionó y entendió que en ese momento empezaba una lucha por el poder que originaría a ambos celadas y controversias. Me sugirió entonces un periodo de prueba de tres meses, tras los cuales yo podría valorar lo acertado de mi decisión, o bien, modificarla.

Mi hermano, el rey de España, se dio prisa en mandarme un embajador de su entera confianza en la persona de don Diego de Saavedra. Venía con el encargo de presentar las condolencias de Felipe IV, pero su objetivo secreto era negociar la paz. Mazarino me aconsejó que no le recibiera, y como explicación diera mi luto y mi falta de capacidad en asuntos políticos. Necesitaba tiempo. Tiempo para entender y conocer. No engañé al avezado diplomático. Supe que su impresión sobre mi persona fue clara, y así la expresó: «Más que considerarla como a una hermana, vuestra majestad debería ver en ella a una extranjera».

Infanta de España, nunca me había sentido francesa, pero ahora tenía el destino de Francia en mis manos y debía luchar por el bienestar de los ciudadanos y la heredad de mi hijo. Por tanto, la paz que yo anhelaba desde hace mucho tiempo había de conseguirla para el bien del reino. Y siguiendo las reflexiones del lúcido Mazarino, me preparé para una guerra no deseada a fin de obtener una paz ventajosa.

Rocroi

19 de mayo de 1643

Finalmente podía escoger las gentes de mi casa. Y, sin embargo, los Brassac, que comenzaron como espías de Richelieu, se habían convertido en amigos, y dada su capacidad y ante el asombro de muchos, nombré al señor de Brassac superintendente. En cuanto a mi compañera en las dificultades,

María de Chevreuse, le escribí enseguida una carta con auténtico cariño: «Ven, querida amiga, me muero de impaciencia por abrazarte».

Anunciando su llegada, María había enviado a su amigo La Rochefoucauld para que estudiara la situación. La impresión que portó consigo sobre mi actitud no era muy alentadora: «No le atraen ya las diversiones que les unieron en su juventud».

María, antes de presentarse ante mí, ya había enseñado mi carta a todo aquel que encontró en la corte. Venían a mi mente las palabras de mi esposo en su lecho de muerte, que me advertían del peligro implícito en ella: «Era la encarnación del diablo».

Llegó a la corte con el mismo ímpetu con el que me defendía de mi esposo, pero esta vez creyendo que su amistad conmigo le autorizaba a comportarse de igual a igual con la reina, sin percibir que la situación era distinta a aquella en la que intercambiábamos confidencias. María de Chevreuse se presentó como una tromba de aire, intrépida, enérgica, divertida, pero con un infinito afán de dominio. No se dio cuenta de que todo era distinto. En vida de mi esposo no me era permitido conocer, ni mucho menos participar en los asuntos de Estado. En la madurez, Dios me había concedido dos hijos sanos y fuertes y yo tenía que velar por el bien de Francia y el de su herencia. No había lugar en mi vida para amoríos, intrigas y frivolidades, que era el territorio favorito de la Chevreuse. Sus defectos la hicieron aparecer ante mis ojos desilusionados, imprudente, crítica, podía resultar corrosiva.

Ella y todos estos descontentos por no recibir las prebendas que creían merecer comenzaron a murmurar sobre mi ingratitud. Lo más penoso de soportar fue el silencio respetuoso y acusador de la señora de Motteville y el de La Porte; pensaban que me había olvidado de los más fieles, y era eso lo que les dolía. Sin embargo, los rencorosos despechados iniciaron la campaña contra Mazarino, dura, ácida, agresiva, y percibí las maquinaciones, ambiciones y mezquindades, de aquellos que pretendían ser mis amigos. Eran en todo inferiores a él.

Entonces admiré la inteligencia, la altura de miras y la calidad humana del cardenal. Como vieron que no conseguían su objetivo, pasaron de la

maledicencia a la calumnia.

Incluso mis amigos del «partido devoto», que al inicio habían considerado a Mazarino uno de los suyos, comenzaron a criticarme bajo la excusa de mantener las buenas costumbres. ¿Qué actos licenciosos imaginaban sus mentes? Consciente de que me convenía conocer las murmuraciones y enredos que circulaban por la corte, pedí a mi buen La Porte que me refiriera los chismorreos que producían una gobernante, mujer, y su consejero, hombre. Él me habló con franqueza, tal vez excesiva, y así lo refirió él más tarde en sus memorias:

Le dije entonces que todos hablaban de ella y de su eminencia de una manera que le tenía que hacer pensar en ella: que su virtud le había colocado donde ahora se encontraba, que su buena reputación la había defendido de sus enemigos.

Mi primera reacción fue de furia contenida. Me pareció un ultraje que el juicio sobre una mujer fuera siempre el de su debilidad y que no se contemplara su propio sentido de la dignidad y su voluntad de buen gobierno. Jamás consentiría dar mal ejemplo a mi hijo, porque ahí radicaría mi fuerza; pronto sería adulto y comprendería el comportamiento recto de su madre. Respondí enfadada a La Porte:

—Que sabía que era el señor príncipe quien la criticaba y quien difundía esos rumores.

Él me contestó:

—Que puesto que yo tenía enemigos, tenía que tener cuidado y no darles motivo para que hablaran.

—Cuando no se hace ningún mal, nada se debe temer —repliqué ofendida.

Intuían que así como la fuerza de mi esposo radicaba en Richelieu, la mía lo hacía en Mazarino. Y conspiraban para acabar con él, y con mi posición de fortaleza. La malevolencia llegó hasta mi mesa. Una noche encontré bajo el plato de mi cena una nota, anónima por supuesto: «Señora, si no os deshacéis del cardenal, nos encargaremos nosotros».

Cualquier motivo era conveniente para crear turbulencia y división.

Llegaron a plantear su asesinato. Yo, que había vivido la caída de Concini, sabía lo fácil que podía resultar matar a un hombre, la sombra de aquella masacre me trastornaba. Uno de los conjurados espiaba cotidianamente las idas y venidas del primer ministro, y sus compinches aguardaban en los alrededores del Louvre la ocasión propicia para darle muerte. Le esperaron con paciencia durante varios días, pero tal vez la Providencia, o la buena información de Mazarino, hizo que él cambiara los horarios y el recorrido. Luego supe que él estaba al corriente de la trama y nada dijo para no asustarme. El último día los asesinos le acechaban en el Deux Anges, a un paso de palacio, pero el cardenal no apareció. La profundidad de la inteligencia de Mazarino y su firme criterio, me garantizaban la estabilidad del gobierno. Toda esta maledicencia y ese afán de acabar con él eran interesados, pues buscaban anular el valimiento del cardenal y así debilitar el poder real.

Las insidias sobre él, y que me ofendían, se repetían entre miradas que querían parecer comprensivas: «Alto, buen aspecto, gallardo, pelo castaño, la mirada viva e inteligente le hacen muy agradable».

Y tras decir esto, sonreían con picardía. No me importaba que esas señoras, que cambiaban los amantes uno tras otro, manejaran esas insinuaciones, pero cuando Vicente de Paúl dio crédito a estas falsedades y me amonestó, me dolió profundamente. Parece mentira que un hombre serio diera crédito a la difamación con intereses políticos. Yo había cuidado que, en las reuniones con mi primer ministro, la puerta quedara siempre abierta. Pero estos «importantes» querían escuchar nuestra conversación, entrometerse, como si los asuntos de Estado hubieran de discutirse entre personajes tan poco preparados.

Cuando la señora de Briénne me refirió los rumores que corrían sobre el primer ministro y yo, le contesté decidida:

—Te confieso que le amo, y puedo decir que tiernamente, pero el afecto que le profeso no es amor, o si es así sin percatarme, no incluye mis sentidos; solo mi espíritu está encantado con la belleza de su espíritu.

Me sostenía la fuerza de mi criterio y mi propia estimación, que yo sabía sin tacha, para continuar en el cumplimiento de mis deberes de reina.

Yo, que había sido mujer malquerida, me hubiera podido casar en secreto con ese hombre bien plantado, inteligente, que me daba su apoyo. Al no haber recibido Mazarino las órdenes mayores, podía desposarse conmigo, renunciando a la púrpura cardenalicia. Pero soy una infanta de España, reina de Francia y madre del rey. Mi responsabilidad me conducía a mantener a este magnífico consejero como tal, y nuestra amistad amorosa en sus límites. No quería prescindir ni de su acierto en los asuntos de Estado, ni de la estima y ternura con las que me sostenía en las crisis que fueron frecuentes.

Los dos, pasados los cuarenta, estábamos ya lejos de los años en los que la premura del deseo hace cometer deliciosas locuras.

No comprendía a esas damas, mis coetáneas, que a pesar de su edad respetable, se creían aún irresistibles. Nuestra amistad era la de dos personas en el otoño de sus vidas.

Entre nosotros todo era más sutil y delicado.

De no ser así, mi profundo sentido religioso me hubiera originado remordimientos que me hubieran impedido acercarme con alma limpia al encuentro con el Señor Sacramentado. Los confesores españoles que velaban por el bien de mi alma nunca hubieran permitido frivolidad alguna respecto a la religión. Y más importante aún, mi comportamiento irreprochable me concedía la autoridad sobre Luis, autoridad que sería necesaria en los años venideros. La amistad amorosa otoñal colmaba mis deseos.

No consentí que me manipularan los amigos del pasado: Chevreuse, Hautefort... Saint-Simon, que repetía sobre la duquesa de Chevreuse: «Había sido en todo tiempo de la más íntima confianza de la reina».

Uno de los que se creyeron injustamente tratados, Beaufort, era amante de la duquesa de Montbazon, mujer de extraordinaria belleza y cuerpo escultural. Ella encontró unas comprometedoras cartas de amor de una señora casada, y sin reflexionar ni averiguar la verdad, las adjudicó a la hija del príncipe de Condé, la duquesa de Longueville, con quien mantenía una rivalidad absurda. El origen de la malquerencia era la envidia, pues la Longueville era magnífica, bella, brillante y seductora con sus ojos azules y su aspecto angelical. Pero las cartas no eran de ella, y acudió a mí pidiendo

justicia. Me vi obligada a conminar a la Montbazon a que pidiera disculpas. Lo hizo, pero con actitud arrogante e impertinente incluso hacia mí. No tuve más remedio que ordenar a la Montbazon que se retirara al campo.

No pude entender cómo una historia tan frívola desencadenó un suceso tan grave. Beaufort profirió ante algunos personajes de la corte amenazas contra Mazarino culpándole de lo sucedido, y asegurando que acabaría con el primer ministro. Esperé el momento oportuno, y el duque me lo presentó unas semanas más tarde en bandeja de plata.

Tuvo lugar en la corte otra anécdota sorprendente. El duque de Saint-Simon se enteró de que el duque de La Rochefoucauld había escrito unos memoriales en los que se le agraviaba, contando hechos que no eran ciertos. Saint-Simon, ni corto ni perezoso, averiguó dónde estaba el librero que los distribuía y se presentó allí. Exigió que le mostrara todos los libros, buscó el párrafo en donde aparecía el infundio en cada uno de los ejemplares, y anotó en el margen: «El autor miente».

Creo que esta historia empujó a los dos hijos de los enfrentados a tomar posiciones y defender cada uno a su padre.

El 19 de mayo me trajo una inesperada satisfacción. Las tropas francesas capitaneadas por el joven duque de Enghien, futuro príncipe de Condé, vencían en Rocroi a los hasta entonces invencibles tercios viejos españoles, que se habían batido en esa ocasión, como en tantas otras, con gran fiereza. Unos años antes, acabada la batalla de Nördlingen, un coronel de las tropas suecas escribía sorprendido: «Nunca nos habíamos enfrentado a un soldado de infantería como el español. No se derrumba, es una roca, no desespera y resiste paciente hasta que pueda derrotarte».

Teniendo a su flanco a un distinguido y veterano general para que le dirigiera, fue la audaz estrategia del joven militar la que trajo el triunfo de las tropas francesas, a pesar de la superioridad en armamento del enemigo.

¡Qué diferente hubiera sido el desenlace, si las fuerzas españolas hubieran sido capitaneadas por mi hermano Fernando, el cardenal-infante! Pero la muerte inclemente se lo había llevado dos años antes. No habían tenido suerte los soldados hispanos con el general que les tocó en suerte. Francisco de Melo era un hombre pusilánime, con muy poco talento de estratega. Entre

gritos de «¡Santiago, Santiago!», los valientes resistieron hasta el final, formando los últimos combatientes un cuadro de picas que quedaría para siempre en la memoria de los franceses. El esfuerzo de España era titánico y en demasiados frentes, las guerras habían diezmando la población y empobrecido los campos. El embajador inglés comentaba ya cinco años antes: «Los españoles no tienen suficientes hombres para dotar sus naves de tripulación, ni para cultivar sus tierras».

Y el cardenal de Retz, exagerando un poco la talla del vencedor, diría años más tarde sobre el vencedor de Rocroi, ya príncipe de Condé: «El príncipe ha nacido capitán, cosa que solo le ocurrió a él, a César y a Spínola».

Nunca hubiera imaginado que una derrota española pudiera significar mi salvación y la vía hacia la consolidación del trono de mi hijo. No quise ver el dolor que sustentaba mi triunfo. En aquel momento solo pensé en el porvenir que entregaba a Luis, sin compasión hacia esos bravos soldados, sostenidos por su coraje y mal liderados por sus jefes. Ahora que han pasado los años, me persiguen los lamentos de los heridos, me ensordece el tronar de los cañones, me ahoga el humo de la pólvora y me angustian las lágrimas de tantas mujeres que perdieron a sus hijos o sus maridos en batallas sin razón. Pero entonces, celebré la victoria con un solemne tedeum, al tiempo que conminaba a Mazarino para que alcanzáramos la paz. El rey niño aparecía en un grabado conmemorativo coronado por el Triunfo, felicitando al general victorioso, el duque de Enghien. Para que no hubiera dudas sobre el futuro del soberano, la imagen llevaba como título «Las primeras victorias de Luis XIV».

En Madrid, un desalentado Olivares, que había sido destituido en enero, pronunciaba esta terrible frase sobre esta derrota de unos soldados que toda Europa creía invencibles: «No hay cabezas».

Tras Rocroi, Mazarino hizo un análisis de la situación, con una de sus cualidades más sobresalientes: capacidad para introducirse en la mente de su adversario, entender sus razones, y así anticipar sus movimientos. Pero la envidia y el resentimiento le acechaban. Y en mi propia casa. La Porte, que tan leal había sido conmigo en el tenebroso asunto de las cartas, me repitió

varias veces que su silencio, a pesar de las amenazas de tortura, me había salvado. Entendí que se consideraba injustamente tratado al tener a Mazarino como superior. Tuve que recordarle que su cargo, primer camarero del rey, era un puesto de enorme responsabilidad y con un futuro seguro, pues el poder estaría pronto en manos de Luis XIV. Acogí estas quejas con benevolencia, pues era consciente de su sincero amor por mí, pero esos sentimientos tan intensos mezclados a sus celos por el cardenal me resultaban asfixiantes.

Era consciente de que mi deber era ocuparme muy de cerca de la educación de mi hijo, enseñarle los beneficios que la paz produce en una nación. Y esa formación había de ser completa. Durante los meses de invierno, favorecía las obras de teatro y los bailes. Las primeras eran un útil vehículo para reflejar ideas de ejemplo y comportamiento moral, y los segundos para ejercitar el cuerpo, dar gracia a los movimientos y adquirir una postura erguida, propia de las apariciones en público de un rey. Habría de dominar la estrategia de la guerra aprendiendo de los mejores mariscales y generales; a combinar la astucia y la paciencia cuyo mejor ejemplo lo tenía en Mazarino; el saber hacer de la corte, con sus danzas y galanterías de las que yo misma podía ilustrarle; la necesidad de favorecer las artes, el teatro al que yo era tan aficionada, la música que deleita o anima según lo necesitemos y el jardín que tanto sosiego procura a los espíritus ocupados por graves problemas y sirve de bálsamo a las almas.

Por supuesto, su instrucción religiosa era de suma importancia, pero teníamos hombres santos que sabrían darle certeros consejos. Era fundamental para mí transmitir a mis hijos el refinamiento de mi cultura española, y así, mi hijo mayor interpretaba en la guitarra tonadillas de mi país de origen. La sangre española corría por sus venas, y tenía magníficos ejemplos en sus antepasados: Carlos V y Felipe II, que habían creado, gracias a esforzados compatriotas, un imperio en el que no se ponía el sol; y de su abuelo Felipe III podía aprender el amor a la familia y de su tío Felipe IV, el sentido de la magnificencia real, al cual estaba mi hermano obligado, no en vano era llamado el Rey Planeta. En los últimos meses el embajador español me traía noticias sobre la construcción del palacio y jardines del Buen Retiro,

ampliando los apartamentos que tenía la familia real en el monasterio de San Jerónimo, y creando cuidados jardines.

Se habían ya construido el Pabellón del Rey y el Pabellón de la Reina al sur, con gran celeridad, y parece ser que competían con los mejores del mundo. Un italiano, Crescenzi, y un español, Carbonel, eran los artífices de esa Casa de Jardines y Recreo, como se llamó al inicio. El propio Lope de Vega había comentado el día de la inauguración: «Apenas fue anunciado el edificio, ya estaba finalizado».

Se había inaugurado el Buen Retiro el 5 y 6 de diciembre de 1633 con una corrida de ocho toros lidiados por ocho caballeros, entre ellos el conde-duque. Y desde entonces no había cesado de crecer y engalanarse, pues Olivares insistía en completar los jardines con los más variados juegos de agua, fuentes, cascadas y un espacioso estanque para celebrar las naumaquias.

Y de recreo se trataba porque, además de añadir un Pabellón del Príncipe, Olivares, que organizaba, administraba y supervisaba las obras, aconsejó la construcción de una inmensa plaza que pudiera acoger los espectáculos grandiosos y un hermoso lago para navegar.

Mi hermano, el Rey Planeta, favorecía y gustaba del teatro y las representaciones eran mágicas pues las mudanzas totales del teatro, demandaban una escenografía cambiante, grandiosa y sorprendente: de un majestuoso palacio, se pasaba a un escenario que representaba un río cristalino de aguas rumorosas; la siguiente escena mostraba a los héroes de la obra luchando contra las olas de un mar proceloso, y como epílogo aparecía un jardín perfumado y riente donde los protagonistas hallaban el fin de sus aventuras y el logro de su amor. Concluida la representación se arrojaban huevos vaciados y rellenos de perfume, preparados para deleite de los espectadores.

El Salón de Reinos resplandecía con las magistrales obras de Rubens y del pintor sevillano Diego de Velázquez; los jardines atesoraban plantas autóctonas y las sorprendentes descubiertas en Indias; y la armonía de su trazado radicaba en la variedad. Esos jardines eran estancias a techo descubierto, que aromaban con sus flores, recreaban el espíritu con la música

del agua y elevaban el alma al contemplar la bóveda celeste en las noches estrelladas. Uno de los más hermosos salones al abierto era el Jardín de la Reina, largo y estrecho, con múltiples surtidores de agua cantarina y cuatro recuadros dobles con exóticas rosas y fragantes azucenas. En el centro de los recuadros había una pequeña plazoleta donde acababan de colocar una imponente estatua ecuestre del rey mi hermano, inspirada en el soberbio retrato de Velázquez. Esta obra fue encargada al escultor Pietro Tacca, y dada su dificultad, pues se apoyaba como en el cuadro solo sobre las patas traseras, el italiano consultó al propio Velázquez y al estimadísimo Galileo Galilei.

Pude ver unos grabados del Jardín del Ochavado que me entusiasmaron por su pujante simbología. Un sol central, como el rey, repartía por los ocho paseos que de él salían a modo de rayos, la energía y el calor que el soberano debe dispensar a la nación. Además, el sol, en el ordenamiento astrológico, es el cuarto planeta y cuarto el numeral de mi hermano Felipe. Las calles o paseos de este Ochavado estaban acompañadas de celosías de madera por donde trepaban rosales y membrillos, formando densas y aromáticas enramadas, tan típicas de nuestros jardines como el murmullo de las fuentes, la placidez de los estanques, el rumor de las cascadas y la fragancia de almendros y naranjos. Álamos, olmos y robles formaban tupidos bosques, y los jardines ramilleteros con sus lirios, anémonas, peonías y rosas aportaban flores frescas para las estancias del palacio.

Todo esto habría yo de inculcárselo a mi hijo a través de los años y con muchas horas de aprendizaje, pues la imagen del rey ha de ser de magnificencia. Y por último que todas estas enseñanzas fueran realizadas en un ámbito de amor que él reconociera como incondicional. Yo siempre estaría al lado de mis dos hijos.

Palais Royal
Octubre de 1643

El palacio-cardenal era un edificio moderno, luminoso, con cuidados y amplios jardines, donde mis hijos podrían crecer contentos. Yo también

deseaba emprender una nueva etapa, y alejarme del Louvre de amargos recuerdos. Este palacio era triste, oscuro, incómodo, con un mínimo y estrecho jardín al borde del Sena. Decidí entonces mudarme a esa morada de Richelieu. Sentí un oscuro placer al hacerlo. Esta residencia había pertenecido a mi enconado enemigo, quien al morir lo había legado a mi esposo, y tras la muerte de este, me pertenecía. Allí me instalé y rebauticé esa casa *palais royal*, palacio real, pues era la residencia del rey de Francia y de su madre la regente, de la familia real. El concepto de fortaleza del Louvre, con sus muros y foso, se convertía en mi nueva casa, en un espacio abierto, jardines bien planeados y cercanía al río que traería el frescor del Sena durante la noche.

Yo advertí solo un pequeño problema: su vecino inmediato era Les Halles, el mercado, que había sido fuente de revueltas con demasiada asiduidad. Mazarino tomó el palacio Chevry-Tubeuf, entre la calle Vivienne y la de Petits-Champs, muy cerca de mi nuevo hogar. La vida, a pesar de la inquietud por la situación de exigencia de los «importantes», resultaba placentera, rodeada de mis hijos y en aquella casa que poco a poco iba transformándose en nuestro hogar. Por la mañana, no muy temprano —nunca fui madrugadora—, recibía las peticiones de mujeres y hombres que padecían alguna necesidad; luego acudían mis hijos a mi cámara a darme los buenos días. Desde el instante en que abría los ojos, ya empezaba a disfrutar de la visita de estos niños que llenaban mi vida. El pequeño rey, o bien Felipe, me pasaba la camisa que usaría ese día, y yo contemplaba la fina batista que transparentaba sus manitas, orgullosos ellos de su cometido. Yo se lo agradecía con un beso y ellos me respondían con otro. En contra de la costumbre, como ya he relatado con anterioridad, yo había decidido ocuparme de mis hijos desde su nacimiento, y estar atenta a su educación.

El recuerdo de la felicidad y armonía vividas en el hogar de mi padre me decidieron a tomar esta determinación. Mi amor profundo hacia mis hijos no excluía una cuidada educación en la que no faltaban las regañinas ni los castigos si la falta lo merecía. Tras esos momentos placenteros, asistía a misa para agradecer al Señor la vida maravillosa que me había concedido. Podía disfrutar de ellos, sin la amenaza de que me fueran arrebatados; podía, y

debía, inculcarles valores y enseñarles una perfecta formación que les hiciera dominar las situaciones por difíciles que estas fueran.

Me gustaba que permanecieran casi todo el día a mi alrededor, viéndolos jugar o aprender; correr o pasear por las avenidas del parque montados en un carrito pintado de vivos colores y tirado por sus fieles perros. El aire era limpio gracias a los numerosos árboles, las fuentes cantarinas refrescaban la vista y el vecino río invitaba al baño. Acabé por adorar la gran galería que se extendía hacia el norte, con espléndidas vistas hacia el jardín. Tanto con el inclemente sol como con la incesante lluvia, visitaba ese pórtico todos los días, desde donde contemplaba un oasis con los rectángulos floridos en una cascada de colores, y donde los cantos de los pájaros me regalaban sus armoniosos trinos.

Todos y cada uno de los detalles de esa mansión luminosa habían sido pensados y decididos por mí. Era la compensación por tantos años de ostracismo y oscuridad. Por fin, yo determinaba dónde y cómo quería que fuese mi vida. Era una sensación muy agradable, y hasta entonces desconocida para mí. Jean Macé, el mejor ebanista del reino, había creado un parque con dibujos de rosas y flores de lis; el artista Simon Vouet había pintado el techo con escenas que celebraban la vida. La existencia que me quedaba había de ser vivida inmersa en la belleza, y consciente de mi actual dicha. Mi hijo mayor ocupaba lo que habían sido los apartamentos privados de Richelieu, y yo, enfrente, los de la derecha, teniendo al otro lado la *nursery* de mi hijo Felipe. Tuve que dedicar un año entero a la restauración, pero el resultado fue satisfactorio. Sedas de colores suaves, grises o azules tapizaban las paredes; pinturas que simbolizaban la prudencia y la providencia, o las tres potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad, poblaban un universo que era enteramente mío. No podía faltar mi oratorio, donde elegí escenas de la vida de la Virgen, de la que siempre fui devota. Conservaba en él numerosas reliquias que había traído de España. No quise guardar, sin embargo, los objetos suntuosos incrustados de diamantes que habían pertenecido a Richelieu. Los doné al *grand aumônier* de Francia, el gran limosnero, que era cardenal de Lyon para que entregara su valor a los más necesitados del país.

Una de mis piezas favoritas era un altar de ébano que tenía una talla primorosa de una Virgen, adornada con cristal, oro y plata dorada. Admiraba yo especialmente dos cuadros que representaban a la Asunción, advocación de Nuestra Señora de la que yo era muy devota.

Pero donde dejé volar mi imaginación fue en mi *cabinet des bains*, mi sala de baño, ornamentada en azul y oro, con pinturas mitológicas sobre la vida de Juno, reina de los dioses y soberbios retratos de mi familia española de mano del genial Velázquez. Yo acostumbraba a bañarme con frecuencia, cosa inusual en aquella corte, y necesitaba un espacio singular, confortable y silencioso, arrullada por el rumor del agua que manaba plácida de una fuente. Cuando me introducía en la enorme bañera de mármol, el contacto del agua tibia y perfumada, me relajaba y me ayudaba a dilucidar los problemas que se me acumulaban en aquella época.

Las doncellas llenaban la tina con el humeante líquido, perfumado con aceite de lavanda o de nardo, creando una bruma sutil y excelente para la piel, y los braseros de plata con sus flameantes ascuas caldeaban el ambiente. Me sumergía en la bañera disfrutando del sensual momento y entonces empezaba el complicado rito. Un tocador contenía dos hermosos lavabos de plata, y en una bella mesa de piedras que formaban una bucólica escena, se hallaban dispuestos los utensilios necesarios, todos en oro y labrados con finura extrema: espejos y cepillos de pelo; cajas de madera olorosa con horquillas y ganchos de todo tipo. Confieso que mi naturaleza sensual me inclinaba al refinamiento de los perfumes; a una piel sin defecto, adornada de hermosas perlas y a unos vestidos y peinados que pusieran en valor el porte de majestad que de mí se esperaba.

Había recuperado el ánimo y las ganas de sacar el mejor partido de mí misma. El luto me permitía usar el color negro, que acogía mis redondeces adquiridas a través de los años, que estaban muy a la moda; mi pelo no había perdido ni su brillo ni su color ceniza, tan apreciado entonces; y en general me mantenía ágil y despierta. Me cuidaba, *pas pour plaire, mais pour pas déplaire*, no para gustar, sino para no disgustar.

Mazarino se había trasladado a un bello palacio, detrás del palacio real, para poder estar más cerca y ayudarme en todo momento con su consejo.

Tenía un hermoso jardín, en el que ordené construir un acceso al palacio real, lo que resultó sumamente acertado para aumentar la seguridad del cardenal en los conflictos que sufrimos unos meses después.

Por la tarde se presentaba el ministro para el pequeño Consejo, siempre con la puerta de mi escritorio abierta. Cuando acabábamos, me reunía con algunos personajes de la corte, y cenaba tarde, a la moda española, hacia las once de la noche. Mi gratitud hacia mi leal servidor crecía constantemente, e invité a sus sobrinas a la corte. Ojalá hubiera intuido los trastornos que me acarrearía esa decisión. Con los años se había intensificado mi vida espiritual y mi preocupación por los más desfavorecidos, tanto así, que al llegar la Navidad decidí profesar como terciaria franciscana. La capital colmaba también mis devociones: Notre Dame, el Val-de-Grâce eran mis preferidas, aunque siempre tuve cuidado de visitar todas y cada una de las iglesias de París. Además, disfrutaba con la compañía alegre y serena de las monjas, en un mundo privado de ambiciones, muy espiritual. Mis amigas me obsequiaban con sus deliciosos dulces y un chocolate humeante que me recordaba a mi patria de origen. Esta insistencia piadosa, hizo que Mazarino, que no aprobaba estas peregrinaciones por el peligro que entrañaban, me aconsejara con sutileza:

—Dios está en todas partes y la reina puede orar en su oratorio.

Y cuando yo me empeñaba en esas andanzas, llegó a decirme que yo me debía al supremo deber de educar a un rey y preocuparme de los asuntos de Estado, y que esas actividades valían más que mil plegarias. Era cierto que mis responsabilidades habían aumentado, pero esto no impedía que disfrutara de la vida y de sus placeres: mis hijos, mi casa, el teatro, la danza, el jardín; me gustaba retirarme al palacio de Fontainebleau, pues allí podía gozar de demorados baños en las frescas aguas del Sena, protegida de miradas indiscretas por mis damas y una camisa amplia de lino gris.

La vida me parecía hermosa e interesante. Era feliz.

De Roma llegaban noticias inquietantes. Había muerto Urbano VIII, aquel papa que había arrancado bronce, piedras y relieves de los monumentos de la antigua Roma para adornar sus palacios. Los romanos, siempre listos para una frase ingeniosa, decían de él: «*Quod non fecerunt barbari, fecerunt Barberini*. (Lo que no hicieron los bárbaros, lo hicieron los Barberini)».

Francia apoyaba al cardenal Sachetti y los españoles al cardenal Pamphili, que salió elegido y escogió el nombre de Inocencio. La influencia de su cuñada, Olimpia Maidalchini, era tal que el cardenal Bichi sugirió este mordaz resultado: «Vamos a crear una papisa».

Diego Velázquez realizó un magistral retrato al nuevo Santo Padre, con una encomiable, pero muy realista, imagen del Pontífice. Este, al presentarle el genio español el resultado artístico, comentó: «*Troppo vero*. (Demasiado veraz)».

Inocencio X, honrado y frugal, era amigo de España y vería con agrado los intereses de ese país; nuestra diplomacia habría de desplegar todas sus dotes para atraerlo a nuestro campo.

En París, se multiplicaban los «incorruptibles» que demandaban una conducta irreprochable a los personajes de la corte francesa, aunque algunos predicaban la virtud y no la practicaban en absoluto. Uno de ellos era Robert Arnaud d'Andilly, a quien recuerdo con nitidez porque me enfurecía su hipocresía. La señora de Sévigné, con su impecable estilo literario y su sutil ironía, tuvo una frase magistral sobre este personaje: «Tenía la pasión de salvar las almas, sobre todo cuando habitaban en bellos cuerpos».

Estábamos disfrutando de unos breves y relajantes días en mi querido Fontainebleau, el otoño doraba las copas de los árboles y una suave brisa con perfume de bosque nos mecía en las tibias noches. En ese paréntesis de felicidad, sufrí un terrible sobresalto. Mazarino enfermó de gravedad. Le visitaba todos los días y cuando pensaba que podría quedarme sola, con unos hijos tan pequeños, y asuntos tan graves que decidir, el temor se me enroscaba en la garganta y el vértigo se apoderaba de mí. Fue entonces cuando se me ocurrió que el cardenal, y jefe de mi Consejo, podía trasladarse a una de las alas del amplio palacio real, y estar más cuidado y protegido.

También evitaríamos así cualquier intento de asesinato hacía su persona, en las numerosas idas y venidas de su casa a la mía. El 23 de noviembre de ese año se mudó a unas dependencias del palacio. Tenía un talento especial para descubrir obras de arte, que escogía con un gusto seguro y exquisito. Compró también muchos diamantes que venían de Brasil, y él mandaba tallar y engarzar en Amberes, ciudad que reunía a los mejores joyeros de Europa.

A finales de octubre recibí una noticia muy triste: mi cuñada la reina de España, aquella muchacha vital con la que me había cruzado en la isla de los Faisanes para desposarnos ambas en tierra extraña, había fallecido el 6 de octubre en el Real Alcázar. Mi hermano, Felipe IV, a pesar de sus galanteos, amaba a la bella Isabel de Borbón, que había sabido ser esposa y reina, y mi hermano sufrió mucho ante este rudo hachazo de la vida. Era un hombre sensible que había protegido a pintores magistrales como Velázquez, a autores teatrales de talento como Calderón de la Barca y Lope, arquitectos como Crescenzi y Alonso de Carbonel que construyeron bellos palacios como el Buen Retiro y jardineros excelentes que proyectaron jardines mágicos que servían de escenario para asombrosas obras teatrales. Me contaron que a la muerte de su esposa expresó su dolor y admiración con estas palabras:

He perdido al mismo tiempo una esposa, una consejera y una amiga y, puesto que no he muerto de dolor, debe ser que soy de bronce.

Mazarino, superintendente de Luis XIV

15 de marzo de 1646

Mazarino fue nombrado superintendente de la educación del rey niño. El pequeño rey, que tenía ocho años, se dejaba llevar por la cólera y eso me preocupaba. Demasiadas personas en su entorno le recordaban que era el rey y que a un rey se le obedecía; era uno de los peligros que yo me esforzaba en contrarrestar con una instrucción severa, pero llena de afecto. Sin embargo, su hermano Felipe, dos años menor, era dulce y cariñoso. Un día que fui a visitarlos en sus apartamentos, como hacía de continuo, los encontré

enzarzados en una pelea titánica de almohadas, que se había encarnizado. Su padrino y yo convinimos en la necesidad de enseñar a Luis a reflexionar antes de actuar con rabia. Por otra parte, pensé que esa firmeza de criterio que mostraba mi hijo, bien encauzada, podía ser muy útil en el futuro. La educación militar era parte importante en la formación de un rey, y aunque Mazarino había recibido críticas de algunos generales, el mariscal de Turena, que le conocía desde los tiempos de Casal, sabía de las útiles cualidades del cardenal como estratega. Al año siguiente llevé a mi hijo al frente de guerra en Picardía, para que animara a las tropas que luchaban con singular coraje. Como escribía La Rochefoucauld: «Ningún hombre puede hablar de valentía, si no ha estado nunca en peligro».

Y otra de las situaciones en las que el rey habría de instruirse era hablar en público. En septiembre de 1645 habíamos acudido al Parlamento, pues la guerra nos obligaba a conciliar la visión de esa institución con la del gobierno. A pesar de su corta edad, Luis contaba entonces solo siete años, apareció con toda seriedad y tranquilidad. Fuimos escoltados desde el Louvre hasta la Sainte-Chapelle por numerosos guardias y cortesanos. El presidente del Parlamento nos esperaba a la puerta de la iglesia y entramos para oír la misa e implorar la asistencia del Espíritu Santo. La gran Sala de Ceremonia ofrecía un aspecto impresionante, llena a rebosar de mariscales, duques, obispos y altos funcionarios, precedidos por Gastón y Condé. Nada de esto intimidó a mi hijo. Me miró para pedir permiso y comenzar su parlamento, y habló de manera admirable presentando los problemas que nos acuciaban. Su intervención acabó y recibió un sonoro aplauso de estas gentes curtidas en el debate, la guerra y la política, que habían ya percibido que Luis podía convertirse en un gran rey.

Otro suceso procuró una terrible enseñanza a Luis. Dos años antes, durante el verano de 1644, había llegado exilada a la corte francesa la reina de Inglaterra, mi cuñada Enriqueta y la alojamos entonces en Saint-Germain. Los problemas de su esposo Carlos I, a causa de la ira producida por unos impuestos demasiado altos y las diferencias religiosas, se agravaban de día en día y en breve resultó aconsejable que la pequeña princesa Enriqueta-Ana y su hermano el príncipe de Gales, salieran de Inglaterra y se unieran a su

madre en Francia. Faltaban unos meses para que se consumara la tragedia.

Al acabar el año, el poder de Mazarino estaba consolidado. En unos meses, había ascendido de cardenal Mazarino, a señor cardenal. Ciertamente tenía muchos enemigos en la corte y el odio era tan fuerte en ellos, que les nublaba la vista y les impedía ver las excelsas cualidades de este hombre que labraría el bien de Francia. Uno de ellos, y para mi dolor, era mi querido La Porte, que mostraba al cardenal un odio infernal. Preocupada por esta campaña venenosa y para afirmar su autoridad, nombré a Mazarino superintendente de la educación de los príncipes, el 15 de marzo de 1645. De alguna manera, cumplía la voluntad de mi esposo, pues antes de morir había elegido al cardenal como padrino de su hijo. Ahora yo retomaba esa decisión simbólica. Y para que nadie dudara, o elucubrara, escribí en el documento de su designación: «Pensé que este nombramiento estaba implícito en el honor que el fallecido rey, mi señor, le hizo al nombrarle padrino».

Comprendí entonces que mi principal consejero quisiera crear un entorno más favorable a él dentro de mi casa. Despacio, con sutileza, como él hacía las cosas, fue sustituyendo a los antiguos servidores por personas leales a él. Y naturalmente, fieles a mí.

Al día siguiente a la Navidad, moría el padre del duque de Enghien, que se convertía así en príncipe de Condé y recibía una inmensa fortuna, que puesta al servicio de su poderosa voluntad y potente ambición podía representar una inquietante amenaza. Este príncipe había sido un niño notable; ya adolescente, se mostró brillante, extremadamente dotado para los ejercicios físicos, y destacaba en el conocimiento de la historia, filosofía y el derecho. Magnífico jinete, era también un bailarín excelente. Sin embargo, no conocía la clemencia ni la caridad cristiana, y era totalmente ajeno a la humildad. Era tremendamente feo, con unos ojos intensamente azules y fríos, y su nariz aguileña le asemejaba a un ave de rapiña. Yo confiaba en que Mazarino, que como buen romano había leído *El príncipe* de Maquiavelo, hubiera extraído de ese manual político provechosas lecciones, y pudiera esquivar los lances de estos ambiciosos personajes.

Por otra parte, otro acontecimiento cambiaría para siempre la historia de mis dos países. Moría en Madrid mi sobrino el heredero del trono de España,

el príncipe Baltasar Carlos, y mi sobrina María Teresa recibía los derechos hereditarios, ya que en España las mujeres heredaban la corona.

Todos estos hechos iban a tener una profunda influencia en la vida de mi hijo.

La enfermedad de los príncipes

Agosto de 1647

Ese año sufrí el mayor de los tormentos. Hubiera deseado padecer mil veces mis penas anteriores, a pasar por aquel terror. Mis hijos cayeron enfermos. Era el mes de agosto y nada hacía prever que la ligera fiebre del menor, Felipe, pudiera ser sino un leve resfriado. Pero a medida que pasaban los días, mi hijo empeoraba. Era sobre todo madre, pero era también reina, y a pesar de la angustia que me atenazaba por la dolencia de mi pequeño, no pude acudir a su lado tan pronto como hubiera querido. Aunque parezca mentira, comenzaron ya las elucubraciones sobre las posibilidades de mi cuñado si los príncipes llegaran a fallecer. Tenía que cortar la cabeza a esa serpiente, porque si no lo hacía, aumentaría el peligro contra mis hijos. Encargué al cardenal que difundiera por toda la capital que no era tal enfermedad, sino leve malestar.

Dejé al delfín en manos seguras, ya que no podía llevarlo conmigo por si se trataba de enfermedad contagiosa. Cuando pude acudir a la cabecera de mi niño, se abrazó a mí con el entusiasmo y la desesperación del ahogado que se agarra a la tabla de salvación. Llorábamos ambos por el tiempo perdido y por la emoción del reencuentro. Pasé noches en vela, acariciando su cabecita cubierta de sudor; le refrescaba la frente y el cuello con unos lienzos empapados en agua fría perfumados con esencia de espliego, que calma el dolor y alivia el malestar, y le miraba intentando transmitir mi energía a su cuerpecito. Al despertarse, cuando salía de la modorra de la fiebre y me veía a su lado, me agarraba la mano con fuerza como si temiera que fuera a marcharme, y sonreía con la expresión más confiada y amorosa que le había visto jamás. Poco a poco recuperó el apetito y el color volvió a sus mejillas.

El miedo a perderlo había sido tan intenso que no consentía separarme de él un instante. Felipe era feliz. Cuando se supo en París que había salido del peligro, se callaron las malas lenguas que elucubraban imposibles, y se calmaron las ambiciones desbocadas que aprovechaban la dolencia de un niño para medrar.

De nuevo, brevemente, la vida me sonreía. Pero estaba escrito que ese año me depararía atroces inquietudes. En el mes de noviembre, Luis fue atacado de unos violentos dolores de riñones y una fiebre altísima abrasó su cuerpo, a los que siguió un ataque de viruela. Mi primera medida fue poner a Felipe a salvo, pues, además de temer el contagio, el niño estaba débil por el mal que había sufrido en los meses anteriores. La inquietud me consumía en noches de tinieblas, y rogaba con todas mis fuerzas que mil males cayeran sobre mí, pero que mis hijos vivieran.

Mi continua presencia tranquilizaba a Luis, y mis cariñosos cuidados, dirigidos por excelentes médicos, contribuyeron a su sanación.

Cuando el peligro fue vencido, el gusto por la vida tomó de nuevo su lugar. Mis años de enclaustramiento en Saint-Germain volcada en mis hijos me habían hecho apreciar aún más los espectáculos, bien fuera el teatro o la música. En el palacio real había una sala a la que se podía acceder por una escalera secreta, directamente desde mi cámara, garantizando así la privacidad. Mi afición al teatro y a la danza, que siempre me habían acompañado, se añadieron a nuestros días.

He de admitir que ni tan siquiera durante el severo luto que ha de observar una reina de Francia, dejé de asistir a representaciones teatrales. De mis apartamentos descendía una pequeña escalera secreta que llevaba hasta mi palco, donde podía asistir a las representaciones oculta en las sillas posteriores.

También tuve que tener cuidado con esta afición, pues mientras que en Madrid era sinónimo de cultura y entretenimiento, en París dicho arte tenía sus oponentes. Un celebrado compositor, Luigi Rossi, tras alcanzar la fama con su *Cantata a la muerte de Gustavo Adolfo*, vino a París a deleitarnos con su música. Cuando estrenamos *Orfeo*, el 2 de marzo de 1647, se representó

en el palacio real, no en el Petit-Bourbon que solía acoger a las compañías italianas. La historia tan hermosa como triste, resultó conmovedora, la puesta en escena, portentosa. La acción se desarrollaba en cavernas tenebrosas, áridos desiertos y bajo cielos tormentosos, y en esos escenarios se encontraban inocentes pastoras, perversos sátiros y bacantes vengativas.

La tramoya nunca vista, los artefactos escénicos que cambiaban el decorado de manera vertiginosa, los magníficos intérpretes y el director de la obra, asombraron a los parisinos. El final era una lección moral: los cantantes entonaban una sublime melodía que anunciaba que la felicidad auténtica cabía esperarla solo en el cielo. Este final estaba dirigido al «partido devoto», para que dejaran de acusar al teatro de ser origen de toda inmoralidad. Sin embargo, pronto llegaron las críticas: la obra había costado una fortuna. Vicente de Paúl, hombre virtuoso a quien yo reverenciaba, se acercó a palacio para recordarme mis deberes y la obligación que yo tenía de moderar mis gastos.

Cuando mis hijos tuvieron edad de poder disfrutarlas, acudían conmigo y con el cardenal a las funciones que tenían lugar en la sala, que estaba debajo de mis apartamentos. Estaban de moda las compañías italianas, que con su desenvoltura y picardía nos hacían llorar de risa. Como hiciera mi hermano Felipe IV en el Buen Retiro, empezamos a organizar fabulosas obras, donde las hadas, diosas, héroes y animales mitológicos contaban historias inverosímiles mediante armoniosos cánticos. Mi patria de origen atravesaba por una época de esplendor, y la corte de Madrid organizaba obras de teatro escritas por los mejores autores del siglo.

Yo quería continuar esa tradición culta que ponderaba los valores más nobles del ser humano. Atrás quedaban Richelieu y su malvada ofensa, al intentar herirme con su mediocre *Mírame*.

Mazarino me enseñó a apreciar las bellas obras, pero una de las más gratificantes fue la música. Yo había oído tantas veces la fascinante descripción de las representaciones en la corte de Madrid, pero bien por el temperamento de mi esposo, tan poco dado a las distracciones tan convenientes para el espíritu, o por los serios problemas que afectaron su reinado, la nuestra era una vida triste.

Pero ahora, esos espectáculos soñados los gozábamos en París. Y no solo en la capital. Comediantes de cierta fama, recorrían el país en sus carretas para llevar alegría y humor a las diferentes provincias. Mazarino consiguió que viniera la admirada Leonora Baroni, que cantaba como los ángeles y que se disputaban todas las cortes de Europa. Dirigida por su marido que ejercía de empresario, estaba protegida también por su amante. Había exigido la Baroni ser invitada por mí, y la primera noche que la oí cantar me sentí transportada al cielo. Leonora era una mujer vital, con una pasión por la vida que convertía cualquier instante en único. Era extraña y atractiva; fascinante e inquietante. Me abrió ventanas de belleza musical inconmensurable. Ese verano de 1647 fui a Rueil, a casa de la duquesa de Aiguillon. En ese parque frondoso, animados por diversas fuentes que producían una música suave como de inicio del mundo, el cardenal me ofreció una velada excepcional. Contrató a la cantante Leonora Baroni, para que nos deleitara con su preciosa voz, en noches perfumadas de verano en esos mágicos jardines.

La luna rielaba en fuentes y estanques, y el murmullo de los árboles acariciados por la brisa, servían de idílico compás. Estas diversiones fueron motivo de crítica para algunos miembros del «partido devoto». Pero París estaba lejos y Leonora nos deleitaba cada noche con arias apasionadas, suaves lamentos de enamorados, o trágicos finales en el frescor de la espesura del bosque, durante las serenas noches de ese verano. Recuerdo aquellos días, como el descubrimiento de armonías y cadencias desconocidas hasta entonces para mí. En el carnaval anterior, Mazarino había organizado en el Petit-Bourbon una obra de marcado estilo italiano, *La finta pazza —La fingida loca—*, que no había entusiasmado por la música, pero sí por la espectacular escenografía. Giacomo Torelli había creado cinco diferentes escenarios: una avenida de cipreses que conseguía una sabia perspectiva; un puerto que pretendía ser original de la obra, pero que en realidad era la Île de la Cité, la Isla de la Ciudad, con el puente Nuevo y la plaza de la Delfina; luego una villa; más tarde un palacio, y para terminar, un espléndido jardín. Desde este lugar de ensueño la Aurora, montada en un vistoso carro engalanado, subía al cielo con celestial diligencia.

Entre los cinco actos, tenían lugar unos breves *ballets*, el primero con

osos y monos; otro con avestruces montados por enanos, y finalmente, aparecían en escena etíopes suntuosamente vestidos y loros parlanchines de espléndido plumaje. Estas danzas entusiasmaron al público y sobre todo al niño rey, que aplaudía encantado cada vez que entraba en escena una nueva invención. En cuanto a la representación teatral era demasiado barroca, sucedían demasiadas aventuras y resultaba excesiva en todo para el gusto francés. Mazarino se ocupó de poner en escena *Egisto*, de Francesco Cavalli, en la pequeña sala del palacio real. No podía olvidar que yo venía de una corte, la española, protectora del teatro, y con una postura muy avanzada para las costumbres de la época. Mazarino y yo habíamos conversado en varias ocasiones sobre el papel protagonista de las mujeres españolas en el arte de Talía. El siglo de oro había permitido a las damas brillar con su talento en los escenarios del Buen Retiro y en otros más populares de Madrid. Sin embargo, en muchos países, los papeles femeninos eran cantados en público por *castrati*, y las féminas solo podían cantar en privado, siempre patrocinadas y dependientes de padre, marido hermano o amante.

Y estaba el *ballet*, por el que mi hijo tenía predilección. En una de esas funciones encontramos el nombre con el que sería conocido y que llevaría la grandeza de Francia al mundo entero, tras serias revueltas y sucesos portentosos.

10. *La Fronda.* 1648-1651

El descontento

1648

A menudo, las grandes penalidades comienzan con un hecho aparentemente sin importancia. Yo había pedido en mis oraciones que el año nuevo me trajera la deseada tranquilidad después de la zozobra causada en el año anterior por las enfermedades de mis hijos. El 11 de enero fui confiada a oír misa a Notre Dame, y encontré a la puerta de la iglesia a un nutrido grupo de mujeres que pedían justicia. Estaba muy lejos de pensar que era el inicio de un movimiento, la Fronda, que causó penosos estragos en Francia y grave preocupación por la estabilidad del trono. Las cajas del Estado estaban vacías, y este mal resultaba crónico en la economía francesa. Los créditos que tenía que pedir y los débitos por pagar me inquietaban en exceso, pues teníamos que subir los impuestos, y estos, lógicamente, provocaban la aversión del pueblo.

El astuto Mazarino había encargado este impopular cometido a otro italiano, Particelli d'Émery, que siendo extranjero además de recaudador, concitaba un odio sin límites. Parecía que la Corona se libraba de esos sentimientos, pero yo sabía que más tarde o más temprano nos alcanzarían. Me encontré ante la ingrata posición de hacer pagar impuestos a los ciudadanos de la capital, que no estaban acostumbrados a hacerlo.

La muchedumbre se arrojó a las calles de París con protestas airadas que pedían el fin de la guerra con España que ya nos había costado tantos sacrificios. Guerra que yo siempre había combatido. ¡Qué ironía! Aquellos que habían sostenido a la «malquerida dama» que yo era, pretendían ahora cobrarse los favores pasados, y al no obtener aquello que creían merecido, comenzaron a difundir un cuadro desolador: un rey niño, una mujer incapaz y un ministro fante. El objetivo era derrotar al cardenal, y por ese medio

debilitar mi autoridad y obtener ellos el mando.

Aumentaron de forma amenazadora las críticas a los fastos de la corte; los poderosos parlamentarios, que no habían sido elegidos, sino que eran propietarios de sus cargos, se agitaron intentando sacar beneficio de la ira popular; y los comerciantes y los artesanos espoleados por la rebelión enviaron una delegación a mi cuñado Gastón para que atendiera sus requerimientos. Se abrieron con furia demasiados frentes. Todo sucedió muy rápidamente. El 15 de enero, en la sesión solemne del Parlamento, mi hijo tan niño aún, hubo de escuchar este terrible discurso, que por desgracia era atroz realidad:

—Señor, hace diez años que los campos están arruinados, los campesinos cuentan tan solo con un montón de paja para dormir, sus muebles vendidos para pagar los impuestos que no pueden satisfacer, y para mantener el lujo de París, millones de almas inocentes viven de pan de salvado y avena, y no esperan otra protección que la de su impotencia.

Se hizo un estremecedor silencio en la sala. Omer Talon oteó el panorama con satisfacción al ver que su alegato había impactado y que contaba con la total atención de los presentes. Solo entonces continuó:

—La esperanza de la paz, el honor de las batallas ganadas, la gloria de las provincias conquistadas, no pueden alimentar a quien no tiene pan, y no pueden contar los mirtos, las palmas y los laureles entre los frutos de la tierra.

Me sentí profundamente conmovida por esa descripción desoladora, por las penalidades que sufría la población. Pero también vi, sin atisbo de duda, que el parlamentario se envolvía en la bandera del pueblo para conseguir sus propios intereses. Tenía que desenmascararlos, y acudir en ayuda de los necesitados. Era necesario organizar una sociedad más justa, pues nadie pagaba impuestos: ni los nobles, ni el clero, ni los magistrados, ni los miembros de la casa real. Todos los que hubieran debido pagar no contribuían. La subida de impuestos, que antes ya resultaban insostenibles, fue uno de los motivos que enarbolaron los conjurados para empujar al pueblo a la terrible Fronda. Durante toda esa confusión tuvo lugar la huida del duque de Beaufort, desde Vincennes, en cuya torre permanecía encerrado desde hacía cinco años. Logró escapar el domingo de Pentecostés, en las

barbas de sus carceleros; bajó por una escala de cuerda hasta el foso, donde le esperaban sus amigos con veloces caballos y partió a unirse a sus amigos frondistas.

A todo esto, la guerra contra España seguía diezmando las familias y las arcas de Francia. El 20 de agosto de 1648 nuestras tropas obtuvieron una victoria aplastante sobre el ejército español en Lens. Cuando me trajeron la noticia estaba con mi hijo; desde su infancia, este niño había escuchado amenazas, había visto las inquietantes barricadas y oído el aterrador clamor de los cañones. Yo le había enseñado a mirar las dificultades de cerca y a entender la realidad. Comprendiendo perfectamente las consecuencias de este triunfo militar exclamó aliviado:

—¡Los señores del Parlamento estarán muy enfadados!

Afianzada mi autoridad con este triunfo, decidí acometer otro problema. Al finalizar el solemne tedeum de agradecimiento, ordené al capitán de mi guardia que, sin más dilación, detuviera a aquellos parlamentarios que empujaban a los otros a la rebelión.

Prendieron a dos de ellos y los demás consiguieron escapar. Cuando la multitud vio atrapado a Broussel, uno de los más conflictivos, rodeó a los guardias en actitud amenazante y estuvieron a punto de liberarlo. Es justo recordar que Broussel era un personaje íntegro, austero, que circulaba a pie por las calles donde todos le reconocían y admiraban; caritativo, gastaba su dinero en ayudar a los necesitados. Era un hombre de principios y vivía según sus creencias. Mazarino comprendió que algo grave podía suceder y mandó doblar la guardia alrededor del palacio real. Al día siguiente, cuando el canciller se dirigía al Parlamento, fue atacado por la multitud y solo pudo salvarse al refugiarse en una casa que le acogió, en la calzada de los Grands-Augustins.

Al llegar a palacio contó lo que acababa de presenciar: numerosos heridos eran evacuados y muchas mujeres lloraban a sus muertos que yacían sobre el pavimento. No se hablaba más que de insurrección. Las calles estaban cortadas por barricadas hechas con los más variados elementos; vigas, ladrillos y mampostería eran mezclados con tierra para rellenar grandes barricas que fueran difíciles de mover para impedir el paso. El miedo me hizo

actuar de manera inoportuna, cuando una delegación del Parlamento pidió conferenciar conmigo. En lugar de escucharles, mi inquietud me empujó a la amenaza:

—Sé bien que la ciudad está en desorden, pero de ello me responderéis, señores del Parlamento, vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos.

No les di oportunidad a que dijeran una sola palabra más, y se fueron mohínos, temerosos de la oposición que iban a encontrar en la gente agolpada frente al palacio. En efecto, la reacción fue airada, y la multitud amenazante exigió a los parlamentarios que volvieran a hablar conmigo y que me conminaran a liberar a Broussel.

Y había que contar con los «importantes». Estos arrogantes, ambiciosos y volubles personajes pensaron que podrían gobernarme a su antojo, dada mi apariencia amable y risueña. No supieron ver la fuerza que yo había adquirido durante los largos años que luché por mi supervivencia. Observé también que, en contra de lo que ellos opinaban de sí mismos, la Fronda no reunía grandes inteligencias en sus filas. Además, estaban muy divididos y no escatimaban pullas y alfilerazos los unos contra los otros. La acerada pluma de Paul de Gondi, que sería cardenal de Retz, escribía esta lindeza sobre el señor de Vendôme: «Era menos capaz de gobernar que su lacayo».

No tuve más remedio que ordenar el arresto de los parlamentarios más sediciosos, para evitar que pudieran envenenar el ya enrarecido clima de la capital. Era el momento que esperaban los «importantes» para presentarse como los salvadores de la patria. París se vio inundada por parapetos, y tras ellos el pueblo pedía la libertad de los apresados. Cantaban alegremente por las calles una tonadilla que me causó terror, pues había ya visto demasiadas ejecuciones y exilios durante el reino de mi esposo:

*Un viento de Fronda
se ha levantado esta mañana.
Creo que retumba
contra el Mazarino.*

Era necesario extremar el cuidado, pues tenía siempre presente la terrible experiencia de mi pobre cuñada Enriqueta, que estaba refugiada en Francia. Ella había tenido que dejar el país, y a los dos años unos amigos católicos ingleses consiguieron sacar de Londres a la pequeña Enriqueta-Ana, y un poco más tarde al príncipe de Gales. Vivían acogidos en el castillo viejo de Saint-Germain y su vida era muy triste. Su esposo, el rey Carlos I, había permanecido en Londres intentando salvar su trono y había acabado preso por las tropas del odiado Cromwell. Con estos antecedentes y tras demoradas reflexiones, decidí liberar a los detenidos, pero ya había mandado a los rebeldes un importante recado: no me temblaría la mano si había de defender la autoridad real. La situación de Francia mostraba una extrema debilidad. Las Provincias Unidas, que caminaban ya hacia su independencia, habían roto su alianza con nuestro país, y, a pesar de que la Guerra de los Treinta Años estaba próxima a su fin, aún podía dar coletazos de bestia herida.

Tenía que cerrar algún frente para poder combatir la Fronda, que era sumamente peligrosa, por su influencia y el imperio de su dinero repartido con largueza por las calles y tabernas de París. De nuevo calumnias y libelos se extendían por la capital, intentando socavar mi prestigio, y sobre todo, el del cardenal. Echaron todo el barro que pudieron sobre la limpia y espiritual relación que me unía a mi primer ministro. La situación era complicada, pues aunque muchos gobernadores de las regiones importantes respaldaban mi regencia, esos mismos pedían la destitución de Mazarino.

La espoleta que hizo encender la rebelión, fue la presencia del canciller Séguier andando por las calles mientras acudía a palacio. Fue apedreado y solo salvó la vida al refugiarse en el palacio de Luynes, donde se ocultó dentro de un armario. Como iba acompañado por su hermano el obispo de Meaux, aprovechó su escondite para confesarse, pues vio su fin muy próximo. Los amotinados gritaban enloquecidos consignas de muerte, rompían a hachazos las librerías, arrancaban todo aquello que podían llevarse y no cejaron en su búsqueda con la intención de asesinar al canciller. La multitud, enfurecida al no encontrarle, se dedicó a desvalijar el palacio. El coadjutor Gondi, acudió al palacio real a contarme que la población se mostraba furiosa e incontrolable. No me fiaba de él, pues tenía fama de no ser

veraz y muy enredador.

Los parlamentarios creyeron llegado su momento de gloria, y que yo cedería ante todas sus demandas y libertaría a Broussel. No estaba dispuesta a claudicar. El presidente del Parlamento me avisó, con tono amenazador, de que los sediciosos estaban a veinte pasos de las garitas de los guardias de Palacio.

—Vuestro palacio no es defendible, ni el rey ni vos estáis seguros. Ayudadnos a salvaros: entregadnos a Broussel.

Sentí que una intensa indignación se apoderaba de mí, pero hice un gran esfuerzo y respondí con parsimonia que en la vida de los soberanos había momentos en los que la falta de vigor, significaba faltar al deber. Como suele suceder, una vez avivado el fuego de la rebelión, esta demostró que había adquirido vida propia y que quien la había originado era ya incapaz de contenerla. Los rebeldes insultaron a los parlamentarios y les forzaron a volver a palacio a exigir que Broussel fuera liberado. Mi inquietud era inmensa, pues durante toda la noche oí el clamor de los insurrectos, y temí que asaltarán el palacio. Mazarino pasó la noche vestido, calzado, con la espada al cinto y preparado para repeler la posible agresión.

El cardenal, dúctil como siempre, sugirió que hiciéramos como el pueblo demandaba, y que fuera el coadjutor Gondi el encargado de dar la noticia. Volvió el futuro cardenal de Retz, pero vi con aprensión que le seguía una multitud de hombres y mujeres con aspecto de malhechores. El coadjutor se acercó a mí y exclamó con gesto teatral:

—París, sumiso y desarmado, viene a postrarse a los pies de vuestra majestad.

Las idas y venidas del coadjutor no me engañaron. Sabía que ese personaje melifluido que me informaba de sus esfuerzos para aplacar la ira de la población, era el mismo que les arengaba contra nosotros. Le pregunté con aire inocente:

—¿Cómo es posible que se hayan calmado tan rápidamente, cuando antes me habían hecho creer que estaban tan llenos de furia?

No se le alcanzó la ironía con la que le despedí:

—Id a reposar, señor, habéis hecho un buen trabajo.

El Consejo municipal, preocupado por la rebelión, había movilizado las milicias de los burgueses para que pusieran cadenas bloqueando las calles, y se aprestaban a impedir los robos y saqueos que pueden producirse en esas situaciones. Sucedió algo que hubiéramos debido prever y que no se juzgó con acierto. Una vez las milicias armadas, estas se pusieron de parte de los amotinados. La consigna «Broussel libertador, Mazarino tirano» era un potente imán que atraía a las masas.

Las cadenas que debían impedir el paso a los rebeldes, se convirtieron en una de sus mejores armas, pues también impedían el paso a las tropas. Afortunadamente, no tenían un líder que les dirigiera, si no hubiera podido suceder una tragedia mayor. Tras la Fronda parlamentaria del 13 de mayo, estallaba ese día 26 de agosto la Fronda popular. Sé que el cardenal de Retz, con su consabida malignidad, me acusó de no entender la gravedad del asunto. No era cierto. Yo era consciente del peligro, pero en los momentos críticos me repetía: «Una nieta de Carlos V solo teme a Dios».

No tuve más remedio que negociar la libertad de Broussel, a cambio de calma garantizada, al menos hasta el día de San Martín en el mes de noviembre. Los sublevados acamparon en torno a palacio, hasta que vieran cumplidas sus demandas. Lo único que me daba un poco de confianza, era el regimiento de caballería preparado para intervenir caso que nuestra huida se hiciera necesaria. El 28 de agosto de 1648, Broussel salió aclamado por la multitud, y de momento su liberación trajo una tensa calma.

Sin embargo, pocos pero intensos focos de rebelión continuaban actuando en la capital. Al anoecer saltó de nuevo la chispa que alumbró el fuego, cuando unas carretas cargadas de pólvora intentaron salir del arsenal. Los amotinados asaltaron el convoy y corrieron enloquecidos hacia el barrio de Saint-Honoré. A las diez de la noche el palacio real estaba rodeado y los sublevados gritaban:

—¡Que nos entreguen al rey! ¡Exigimos guardarlo en lugar seguro en el ayuntamiento! ¡Nada nos importan los otros moradores de palacio real, a los que quemaríamos muy contentos!

Jarzá, el devoto oficial de mi guardia, gritó exaltado:

—¡Señora, somos un puñado de gente que moriremos ante vuestra puerta!

Me atenazaba un miedo viscoso y vertiginoso, pero conseguí articular con serenidad:

—No temáis; Dios no abandonará la inocencia del rey; tenemos que confiar en Él.

Y entregué mis llaves de la ciudad para asegurarles que no pensábamos huir. Vine luego a saber que, durante aquellos días de zozobra, fueron el cardenal de Retz, más los parientes y amigos de Broussel los que habían incitado la nueva rebelión. Algunos parlamentarios habían hecho circular falsas y subversivas noticias que nos acusaban de delitos horribles: «La reina prepara una nueva noche de San Bartolomé, en la que serán masacrados muchos buenos parisinos; la reina de Suecia aguarda con numeroso ejército a las puertas de la ciudad esperando la orden de atacar a sangre y fuego». Y otra sarta de infundios del mismo jaez.

Comprendí con pesar que habíamos cometido errores de apreciación. Las noticias sobre los insultos dirigidos hacia mí me parecían imposibles, y mi valiente ministro decidió colarse entre los amotinados para saber a ciencia cierta lo que decían. Se vistió con ropas sencillas, y así cruzó varias barricadas y se deslizó entre los grupos de exaltados que coreaban consignas y cantos contrarios a nosotros. Cuando volvió a palacio, estaba desencajado y su aspecto denotaba la zozobra pasada. No pregunté. No hacía falta. Era aún peor de lo que imaginábamos. Mazarino no había sabido calibrar el peligro y habíamos estado a punto de perecer. Pero su éxito internacional con la Paz de Westfalia compensaba la enorme equivocación. Este tratado tenía una importancia decisiva.

Por varias razones: primero, porque cerraba un frente que causaba gastos excesivos a la economía, y segundo, y más importante, porque había sido una sangría de las vidas francesas. En tercer lugar, las tropas que estaban acantonadas en la frontera listas para entrar en batalla, ya no serían necesarias y podría llamarlas a París para nuestra protección. Significaba también una victoria porque Francia se empeñaba en ganar ese 24 de octubre Alsacia, Toul, Metz y Verdún. La frontera del este quedaría asegurada. Este extraordinario congreso comenzó el 15 de mayo y se prolongaría hasta el 24 de octubre. Eran muchos los asuntos a debatir y solucionar, y para Francia

revestía una capital importancia, pero, sobre todo, se buscaba la paz para la insidiosa Guerra de los Treinta Años, que tanta desolación había procurado a las naciones del continente europeo. Se debatía asimismo la independencia de las Provincias Unidas, una de las posesiones por las que España había luchado y perdido tantos hombres cabales.

Y por último, era importante conseguir la paz, porque con la independencia acordada a los Países Bajos, el contingente español que guerreaba en Flandes, podía dirigirse a nuestra frontera norte.

Aproveché que la capital estaba pacificada de momento, para mandar a mis hijos al nacer el alba a Rueil, protegidos por Mazarino y escoltados por guardias de probada lealtad. Mis hijos estarían a salvo. La angustia me oprimía el pecho, pues mi adorado Felipe estaba con varicela y me inquietaba mucho su salud, y que tuviera que viajar en esas condiciones. De nuevo tenía que ocultar mis verdaderas intenciones, para proteger a mis hijos y sobrevivir. Yo permanecí en París unas horas más ocupándome de los asuntos urgentes, para hacer luego una visita a Val-de-Grâce, con toda normalidad. Esa misma tarde salí para reunirme con ellos, amparada en la acogedora hospitalidad de mi amiga la duquesa de Aiguillon. El 24 de septiembre, cuando el sosiego del lugar me había curado la angustia pasada, se acercó a Rueil una delegación del Parlamento para exigir el retorno del rey a París. Decidida y fría, les contesté que el rey, igual que el resto de sus súbditos, tenía derecho a disfrutar del campo.

Sin embargo, Condé se unió a nosotros para elaborar una estrategia que nos permitiera regresar con seguridad a la capital. Yo sabía que si conseguía mantener a Gastón y a Condé de nuestro lado, la Fronda sería vencida en poco tiempo. No ignoraba que ambos personajes eran enrevesados, uno escurridizo, el otro prepotente, y que era necesario manejarlos con tino y prudencia. Consideramos Mazarino y yo la situación en la que se encontraba mi cuñado el rey de Inglaterra, que tras entregar su primer ministro al Parlamento, Strafford había sido ejecutado y ahora el monarca estaba en serio peligro de sufrir el mismo destino.

El 31 de ese mes volvimos a París. Hice balance de la situación. Aunque

habíamos evitado la lucha, la rebelión seguía larvada. El tesoro vacío, el Parlamento envalentonado, el pueblo airado, no presagiaban tranquilidad. Retornaron de nuevo los libelos y pasquines contra el primer ministro y su reina. Los parlamentarios seguían enrocados en sus posiciones, y cometieron la osadía de excluir al primer ministro de las reuniones.

El recuerdo de mi suegra, sus erradas decisiones y su terrible fin, poblaba mis sueños de angustiosas pesadillas, en las que horrendas situaciones ponían en peligro la vida de mis hijos. Me obsesionaba su seguridad. La traición se infiltraba en palacio con su viscosa amenaza y podía confiar en muy pocas personas, ya que sabía, sin duda alguna, que algunos cortesanos que acusaban de todos los males a los parlamentarios en mi presencia, se reunían con ellos en secreto con la esperanza de ganar posiciones en un posible nuevo gobierno. Así como La Rochefoucauld, Conti, Longueville y Retz se pasaron a la Fronda, Gastón titubeaba mientras se dejaba querer por ellos. Intenté asegurarme su apoyo y le agradecí vivamente su reciente ayuda en el Parlamento. Tenía que reconocer su mérito, su paciencia en las interminables discusiones, en las que mezclaba con ingenio alusiones a la cultura clásica — muy valoradas por los parlamentarios— y un verbo fluido salpicado de frases de humor. Su enfrentamiento con Richelieu le había enseñado a escuchar al contrario, amar la negociación, frente a las maneras despóticas que utilizaba «su malignidad». Quedaba Condé. Venía de una estirpe de temperamento brioso, cuando no colérico, hasta tal punto que cuando murió su padre, el viejo príncipe de Condé, la perspicaz marquesa de Rambouillet declaraba a propósito de la viuda: «Esta princesa había recibido dos bellos días del príncipe, el de su matrimonio por el alto rango que le concedió, y el día de su muerte, por la libertad que consiguió y la fortuna que le dejó».

Las ambiciones personales jugaron una vez más un papel determinante. La hija mayor de Gastón, la Grande Mademoiselle, ambicionaba ser reina de Francia desposando a mi hijo Luis, que no la podía soportar. Amargada por este rechazo, fue uno de los frondistas más incendiarios. Cuando descubrimos sus contactos con el entonces enemigo, los españoles, las Provincias Unidas, los alemanes y que lo había hecho por mediación de uno de sus gentilhombres, le reproché llena de cólera:

—Qué bonito, que a una persona a vuestro servicio, pongáis su cabeza en el cadalso para recompensarlo.

—Por lo menos, será la primera —respondió ella, amenazante.

—Contestad a lo que se os pregunta —le ordené, indignada.

Ella con insolencia insoportable contestó:

—Como no he sido interrogada jamás, no sé contestar a lo que vuestra majestad me pregunta.

La respuesta era insolente y dañina ya que buscaba herir, porque yo sabía que se refería a cuando yo había sido interpelada, y de manera cruel, por el canciller Séguier durante el asunto de las cartas. Salió hecha una furia, y cuando pasó al lado de su padre, le soltó una reprimenda en un tono tan airado que no pude dejar pasar el desacato:

—Si tuviera una hija que me hablara en ese tono, la encerraría en un convento.

La buena suerte nos sonrió, cuando menos lo esperaba. Condé se desesperaba ante la palabrería vana, la mezquindad y la estrechez de miras de los parlamentarios, y en más de una vez abandonó las sesiones furibundo. En la última llegó a gritarles:

—No podía decidirse a ser el general de un ejército de locos...

Y añadió que no quería socavar el Estado.

Harto ya de la falsedad de los tribunos, se mantuvo leal, y a él recurrí para que volviera y restableciera el orden en París. Como habíamos previsto, el príncipe se ofreció para ser el «salvador de la autoridad real», y conseguí que aceptara ser mi general en jefe. A decir verdad, era el mejor. Y Francia necesitaba a los más experimentados, porque las tropas españolas habían demostrado ser un adversario coriáceo. En una de esas batallas un coronel sueco había expresado su admiración por estos recios soldados: «Nunca nos habíamos enfrentado a un soldado de infantería como el español. No se derrumba, es una roca, no desespera y resiste paciente hasta que pueda derrotarte».

Habían participado en las sesiones de Westfalia, España, Francia, Provincias Unidas, Sacro Imperio Romano Germánico, Suecia y Dinamarca.

El mismo día de la firma del Tratado de Westfalia, capitulábamos ante las exigencias del Parlamento. La importancia de la firma del tratado, quedó oscurecida por el estallido de la Fronda.

Yo, que esperaba que los adversos acontecimientos del pasado año se hubieran ido para no volver, me tuve que enfrentar con el terrible hecho que duraría un lustro. El éxito de política internacional que nos brindaba este compromiso no evitó que ese día comenzara la Fronda, que dividiría, asolaría y empobrecería Francia durante cinco años.

La huida

5 y 6 de enero de 1649

Reunidos en Consejo, yo estaba aturdida: el mariscal de La Meilleraye era partidario de una represión a sangre y fuego, que me horrorizaba, pues sabía el dolor y muerte que produciría en la población. Condé no se oponía a esa determinación, mientras que Mazarino se inclinaba por un asedio que impidiera la llegada de víveres a la capital. Era necesario tomar una decisión. Los rebeldes nos rodeaban y espiaban todos nuestros movimientos. Esa noche se celebraba un espléndido banquete al que acudía toda la corte. Tenía que engañar a todos.

Siendo la víspera de Reyes, organicé una pequeña fiesta para mis hijos con objeto de dar sensación de normalidad. Tomamos la tradicional *galette des rois*, parecido a nuestro roscón, tres de mis damas me nombraron reina del Haba, porque me tocó la sorpresa y mandé que nos sirvieran hipocrás, vino con canela, azúcar y almendras y perfumado con ámbar. Tomé a broma los rumores que me refirieron acerca de nuestra huida. Luego las despedí diciéndoles que deseaba descansar. Tras retirarme a mis aposentos como todas las noches, me levanté a las dos de la mañana y pedí que despertaran a mis hijos. Manuela, con típico garbo español, se ocupó de ayudar a vestir a los niños y sobre todo tranquilizarles susurrando aquellas alegres canciones que les cantaba mientras se dormían; de tomar algunas provisiones para el camino y de llevar ropa de abrigo útil en esa fría madrugada de enero.

Descendimos por una escalera secreta hacia el patio donde nos aguardaban dos carrozas. Previamente, Mazarino había enviado a sus más expertos «ojos y orejas», para que inspeccionaran las calles y contar con una cierta garantía en nuestro propósito de marcha. Nos acompañaban el gobernador Villeroy y tres capitanes de mi guardia. A las cuatro de la mañana, la capital estaba tranquila, y cuando dejamos atrás el *Pont Neuf*, comencé a respirar sosegada. Mientras tanto, Mazarino había mandado a unos cuantos fieles que evacuaran a sus sobrinas, y que en la carroza llevaran los objetos de su casa que él más apreciaba. El primer ministro acudió al convite programado y se deleitó con la cena y luego con una partida de cartas. Como si no tuviera preocupación alguna. A las cuatro de la mañana, Gastón y Condé habían hecho circular la voz de que había que abandonar la capital, ante la sorpresa de sus contertulios que no conocían nuestra fuga. Años después, el rey me dijo que en aquella noche, adormilado y confundido no había sentido temor porque me había visto serena a pesar del peligro, y después había comprendido la fortaleza de mi espíritu al llevar a cabo lo que había de hacer, por difícil que fuera. «Fue la gran enseñanza que recibí de vos esa noche».

Huimos sin equipaje, sin muebles, nada de nada. Formábamos un bonito cuadro: las damas que se habían vestido precipitadamente, aparecían soñolientas y despeinadas; los señores sin afeitarse y mal arreglados tampoco tenían buen aspecto. Cuando llegamos a Saint-Germain el frío mordía nuestras carnes, no había camas ni muebles y contábamos solo con cuatro camastros para mis hijos y para mí, y otro para Mazarino.

La señora de Motteville, mi querida Françoise, escribió sobre esa noche: «Jamás una noche sin asalto y sin guerra había producido tanto horror y confusión».

No había mantas, ni calefacción, ni criados. Solo diez días después la situación mejoró porque comenzaron a llegar nuestras cajas y baúles. Acogí con entusiasmo esas cajas que pensé guardaban cálidos chales de cachemira o mantas de abrigo, y mi estupor fue total: contenía una ingente variedad de guantes perfumados.

Tuve una larga conversación con Luis, para que tomara conciencia de lo que esa huida significaba, sobre lo que tratábamos de conseguir con ella.

Antes de partir, yo había dejado una carta firmada por el rey, para que fuese entregada a los responsables del ayuntamiento, en la que el monarca explicaba que se había visto obligado a dejar la capital por los insistentes rumores que amenazaban con apoderarse del rey y sacarlo del palacio real. Declaraba Luis que solo volvería cuando le recibieran con «*bons et favorables traitements* (con buen y amable trato)».

Los parlamentarios, al ver la determinación y astucia con la que yo había actuado, montaron en cólera por el engaño sufrido. Vinieron a verme para exigir que el rey tornara a París. No les recibí y ellos tomaron este gesto como una declaración de guerra. Lo era. Condé estaba con sus tropas en las afueras de París y los parlamentarios burlados y humillados, hicieron crecer la furia de los rebeldes y todos centraron su ira en el primer ministro y en mí. Las calles de París se inundaron de gentes coléricas; un frenesí de rencor recorría la capital y la locura se adueñó de sus habitantes. Muchas damas intentaron escapar vestidas como sirvientas, pero no les sirvió de nada, pues sus carruajes fueron interceptados, robaron sus pertenencias y las señoras fueron zarandeadas e insultadas. Unos días después de la visita parlamentaria, Mazarino me mostró una misiva del ayuntamiento, en la que los regidores criticaban el comportamiento del Parlamento y nos aseguraban de su lealtad y de su sincero deseo de paz.

Pero había que buscar un culpable sobre quien arrojar la culpa. Los parlamentarios declararon a mi primer ministro «perturbador del reposo y la tranquilidad pública, enemigo del rey y del Estado».

Conminaron a Mazarino a dejar la corte en veinticuatro horas, y una semana para abandonar el país; y si no lo hacía, cada francés se impondría el deber de darle caza. El 13 de febrero de 1649 el Parlamento confiscó todos sus bienes, y no contentos con esta entrada de dinero, impusieron a los burgueses y al pueblo nuevos impuestos para formar un ejército. Mientras tanto, diversos acontecimientos vinieron a aumentar el poder de los rebeldes. Uno de ellos era el coadjutor; no me engatusaba el hipócrita clérigo, pues cuando le mandé el 6, el mismo día de nuestra marcha, una orden para que se reuniera con nosotros en Saint-Germain, respondió con otra misiva muy falsa, en la que contaba una historia inverosímil. Según él, se había jugado la

vida, intentando salir de París en su carroza, pero al llegar a la calle de Notre Dame, los amotinados le impidieron seguir y le condujeron de vuelta a su casa. Nadie le creyó. Se quedaba en la capital porque se preparaba para atizar el fuego contra Mazarino, en venganza por haberle negado la púrpura cardenalicia.

El duque de Elbeuf, de la poderosa familia de Lorena, consiguió escapar al amparo de la noche de Saint-Germain para galopar hasta París y unirse a los frondistas. Se presentó en el palacio de justicia, y de manera melodramática ofreció sus servicios a los conjurados. La duquesa de Longueville, frondista por intereses personales, llamó a su hermano Conti para que viniera a París, y este príncipe sin experiencia militar fue nombrado generalísimo del ejército del Parlamento. A ellos se añadieron todos los que antes nos adulaban para obtener cargos, y que al no conseguirlos se tornaron contra nosotros: Bouillon, Beaufort y el mariscal La Mothe.

Comprendí que no podíamos enfrentarnos al mismo tiempo a la Fronda, al Parlamento y a la ciudad. Resolví recibir a las autoridades municipales con grandes muestras de afecto, y simulé que ignoraba su traición. Mientras tanto, cabecillas de la rebelión como Longueville y Conti se fueron a vivir al ayuntamiento con el fin de escenificar la perfecta unión entre ellos. La duquesa de Longueville, que estaba embarazada, parió un hijo en esa sede al que llamó Carlos-París y fue bautizado por el inefable coadjutor, lo que dio lugar al júbilo popular: «Aparecieron ambas, las duquesas de Longueville y Bovillon, con uno de sus hijos en brazos (...) todos los hombres proferían gritos de alegría; todas las mujeres lloraban con ternura».

Entre toda esta variopinta asamblea, destacaba Beaufort. Se presentaba ante la multitud montando un hermoso caballo que caracoleaba con elegancia haciendo las delicias de los espectadores; su larga melena rubia de héroe mitológico, flotaba al viento, y él se dirigía a la población con ese lenguaje directo y un tanto soez, que les encandilaba y que le valió el título de rey del Mercado. Jugaban a la guerra de novela.

Los ataques a Mazarino se hicieron más virulentos; le acusaban de desconocimiento de nuestras costumbres, su rechazo a la paz con España y su avidez al enriquecerse de manera desproporcionada. A la larga, esta inquina

ciega y persistente se volvió contra sus calumniadores, pues estaban tan ocupados en difundir insultos y retruécanos, que no tenían tiempo para reflexionar sobre su victoria y el bien del Estado. La población comprendió de manera clara el verdadero interés que guiaba a estos alborotadores, y que sus ambiciones era lo único que perseguían. Su ruindad fue patente. Aparecieron a la luz de la verdad su ambición y mezquindad. Uno de los más violentos fue Cyrano de Bergerac, quien en su libro *Le ministre d'État flambé* le condenaba a muerte, no solo terrena, sino al fuego eterno.

Una nueva traición fue muy preocupante y dolorosa. El magnífico hombre de guerra, el mariscal de Turena, resentido por no obtener los pertrechos que necesitaba para sus tropas, se pasó con armas y bagajes a la Fronda. Me extrañó que me hiciera responsable de esa carencia, pues la decisión de conceder esta suma para el avituallamiento pertenecía al Parlamento, y él tenía que saberlo. Esta defección era grave. Turena mandaba el mejor ejército de Europa y además era apodado el Brazo Derecho de la Regencia.

De inmediato inició el mariscal contactos con los enemigos de Francia, y el presidente del Parlamento de Mesmes no pudo contener las lágrimas mientras le recriminaba su traición a Francia.

Pero no acabaron ahí mis penas. Me encontraba en unas terribles circunstancias, asediada por todos, y mi hermano Felipe IV del que yo guardaba el más tierno recuerdo de infancia pronunció estas duras palabras: «Si la reina, mi hermana, se ve obligada a marchar de Francia con su hijo, determino que no sea recibida en mis estados».

Estaba sola, pero era reina de Francia y mi deber era defenderla del enemigo. Aparentaba serenidad, cordura y valor, pero estaba muy asustada. La congoja me impedía conciliar el sueño y durante el día tenía que mantener la cabeza fría para poder tomar las decisiones correctas. Decidí negociar con los rebeldes y en concreto con el ejército que había combatido con Turena. Envié a Ruvigny, uno de sus amigos que bien conocía los usos del ejército, para parlamentar y de nuevo conseguir tiempo. Los agentes de Mazarino se encargaron de pagar a los soldados de Turena el millón y medio de libras que les era debido. Abandonado por sus huestes, el mariscal tuvo que huir.

Mientras tanto, en el París asediado los frondistas sufrían hambre, frío y

atroz humedad ya que el Sena había inundado las calles. La situación era angustiosa. El cardenal había organizado una red de «ojos y orejas», que no solo oían y veían por doquier, sino que lanzaban libelos y pasquines, que salían de una imprenta que él mismo había preparado antes de partir, que contrarrestaban los de la Fronda.

El Parlamento entendió que no le quedaba otra solución que pedir la amnistía. Los grandes señores decidieron sacar partido y pedir plazas fuertes, mando en el ejército, cargos en el gobierno, tierras, títulos y... taburetes para que sus esposas pudieran sentarse ante su reina. Mas la disensión crecía en el seno de los frondistas, pues todos querían el primer puesto de mando.

Y faltaba Condé, y sus peticiones serían astronómicas, no en vano había empeñado las joyas de su familia para contribuir a la suma que compró a los soldados de Turena. Tuve una agradable sorpresa con la actitud de este príncipe. Al ver la traición de sus hermanos, redobló su entusiasmo en nuestra defensa. La Chevreuse, que estaba en el bando de los frondistas, no era afortunada al escoger su facción, porque todo el que se aliaba a ella perdía. La lucha había tenido lugar durante un invierno durísimo, y la gente acorralada por el hambre y el frío, se mostró favorable a la paz que resultó en la Paz de Rueil.

Ejecución de Carlos I de Inglaterra

30 de enero de 1649

A primeros de febrero un correo llegó a galope tendido para comunicarme una espantosa noticia. Cromwell había dado la orden de decapitar a su rey Carlos I, y el soberano había sido ajusticiado en Whitehall. Unos días después Cromwell había proclamado la república. Sentí un inmenso dolor por mi cuñada Enriqueta y por esos niños que quedaban huérfanos y desamparados. Mazarino aprovechó esta trágica circunstancia para hacer una de esas reflexiones que me ayudaran a comprender y gobernar con habilidad. Subrayó que Carlos I de Inglaterra no había conseguido aplacar los ánimos cuando creyó contentar al Parlamento inglés poniendo en sus manos al primer

ministro Strafford. Creyó aplacar al Parlamento y salvar así a la Corona, y bien al contrario, los parlamentarios, crecidos por su victoria, votaron la ejecución del monarca. El mensaje era muy claro.

Cierto es que desde el inicio de su nombramiento, mi primer ministro me había advertido: «Si os sirvo bien, me odian».

El 7 de febrero, la república fue proclamada en Inglaterra.

Todos estos acontecimientos me hicieron ver el papel de parapeto que ejercía mi ministro. Acaparaba las críticas y preservaba la autoridad real, al tiempo que la reforzaba.

La ansiada paz con la Fronda fue trabajada en Rueil. Los magistrados exigían la dimisión del cardenal, y yo no estaba dispuesta a parlamentar, a menos que capitularan sin reservas ni condiciones. Fue laboriosa la paz. Las posiciones estaban tan enrocadas, que los dos bandos solo pudieron conferenciar de manera más que inusual. Mazarino se situó en una sala y los magistrados en otra, y los secretarios de ambas partes corrían de una a otra llevando y trayendo las propuestas. La amenaza de invasión de las tropas españolas, apoyadas por algunos frondistas, aceleró la decisión, y los conjurados rebajaron sus demandas. Los nobles que estaban confabulados con los parlamentarios exigían cargos con tal desvergüenza que mi querida Françoise de Motteville escribió escandalizada: «Exigían Francia entera».

Incluso con el tratado ya firmado, las revueltas continuaron, y temí que la capital se hundiera aplastada por la anarquía.

El 18 de agosto retornamos a París con Condé y un importante séquito. La muchedumbre se agolpaba a lo largo del recorrido y llenaba las calles, balcones y ventanas y hasta los tejados estaban repletos de gente que quería ver al rey. La capital estaba abarrotada y tardamos cinco horas en llegar al corazón de la ciudad. Hombres, mujeres y niños mostraban su entusiasmo con continuos vítores y aclamaciones. Después de las zozobras sufridas, aquella alegría de la multitud, me pareció irreal. En el calor tórrido de aquel día, sentí un gran orgullo, pero el valor de mi hijo me causó admiración mezclada con una clara aprensión. Apareció sonriente, feliz de volver a su ciudad, pero se acercó tanto a la gente que yo temí un atentado. Unos se

peleaban por alcanzar su mano, otros le decían que era hermoso y los más alegres le aseguraban que beberían a su salud. Sin embargo, para mí constituía un blanco perfecto para cualquier fanático. Yo rezaba inquieta en el fondo de la carroza. Volví a mirarle: se tenía erguido, serio, consciente de su papel en ese retorno. No pude ni quise contenerme, y comenté a la señora de Motteville:

—Si yo fuera vanidosa, podría decir que me glorifica, pero, sin duda alguna, la gloria debe honrar al señor cardenal.

También escuché elogios para mí y, sorprendentemente, para el cardenal. Juraban que: «Era un buen hombre (...) que se habían equivocado cuando habían gritado contra él».

Yo, que conocía bien al cardenal, supe que saboreaba su triunfo, pero él, viejo zorro de la política, no se dejó engañar por el entusiasmo de la ocasión. La reconciliación con Mazarino fue sellada el 5 de septiembre, con un espléndido baile que ofrecía el ayuntamiento en honor del rey. La noche del baile, vi nacer un nuevo mundo. Me produjo escándalo la ostentación de la que hicieron gala las damas de la nobleza y las esposas de los burgueses, pues era una desobediencia frontal a lo que yo había pedido en los edictos para frenar el lujo desbordado. Disfrutamos de un magnífico banquete, bailamos intentando olvidar el pasado y mi hijo lució su gusto y conocimiento de la danza, mientras los fuegos artificiales rasgaban con sus destellos el cielo oscuro. Parecía fuera una victoria sin límites. Tras la batalla y la inquietud de los días pasados, el bienestar me acarició como un bálsamo.

Pero esta sensación fue breve porque me invadió un inquietante recelo, pues presentí que no se trataba de una victoria final sobre la Fronda. Me preocupaba el aire seguro de los parlamentarios, como si finalmente hubieran comprobado que oponerse a la autoridad real les había reforzado. Yo no ambicionaba el poder, luchaba, era mi deber, por el futuro de mis hijos. Me violentaban los enfrentamientos, la agresividad demostrada contra mi honor al calumniar a Mazarino y a mí.

Me acusaban de delegar el gobierno en un extranjero, cuyo único mérito era ser mi amante. Ni lo uno ni lo otro era cierto. Ni era mi amante, ni confiaba en él por serlo, sino por sus brillantes decisiones. Mi pensamiento

volaba repleto de admiración hacia mi antepasada la reina Isabel de Castilla, que supo imponerse en un mundo de hombres. Pero ella era la soberana y yo solo la regente. Y me perseguía el recelo de la gente, pues durante años mi esposo había hecho sobrevolar sobre mí la sospecha de la traición.

Durante el otoño de ese año, el entusiasmo que el pueblo había sentido por la oposición del Parlamento a la Corona había disminuido notablemente, pues habían percibido que los señores de la Cámara les habían utilizado para su propia conveniencia. Los parisinos contemplaron el fin del conflicto con la clara sensación de haber sido usados, tanto por los señores «importantes» como por los parlamentarios. Les habían engañado. Muy claro quedó cuando las buenas gentes vieron que los sulfurados parlamentarios tras abrumar a Mazarino con severa censura y graves insultos, se apresuraron a pedir audiencia al cardenal para hacerle reverencias, colmarle de alabanzas y asegurarle su lealtad. Lo cierto es que los conspiradores estaban de nuevo divididos porque tanto Condé como Gastón, aspiraban al mando supremo y no consentían que ninguna facción mandara sobre la otra. Además, el carácter de mi cuñado le empujaba a la indecisión, a pretender que le dieran el puesto supremo en bandeja de plata, sin él correr el más mínimo riesgo.

Sin embargo, Condé seguía siendo peligroso, pues la prepotencia del príncipe aumentó en esas semanas. Ese hombre tan feo, con perfil de ave de presa, acerados ojos azules, imponente, determinado, fuerte y nimbado de prestigio, estaba muy seguro de obtener el ansiado gobierno. Despreciaba las frivolidades de la corte, era valeroso y se sentía predestinado para mandar. Sus éxitos militares en Rocroi y Lens le avalaban como un gran estratega y los jóvenes oficiales bajo su mando, le adoraban. Los soldados le veían como el héroe de romance; le comparaban al Cid, personaje que entusiasmaba a todos por la obra teatral de Corneille:

*Todo París, para Rodrigo,
tiene los ojos de Jimena.*

La adhesión de su hermano, el príncipe de Conti; de su inquietante

hermana, la duquesa de Longueville; el amante de esta, príncipe de Marcillac, futuro duque de La Rochefoucauld, era más ferviente que nunca. Era el jefe de una familia poderosa, con fuertes lazos de familia con las casas más importantes de Francia.

Condé me consideraba débil y maleable y yo nunca quise desilusionarle, ocultando mi fuerza interior y mi determinación para salvaguardar el trono de mi hijo.

Este caudillo seguro y ambicioso mostró a finales del verano sus verdaderas intenciones. Envió a Mazarino un recado que era una auténtica declaración de guerra. En una carta plena de arrogancia, acusaba al cardenal de faltar a su palabra —era cierto, le habíamos prometido lo que no podíamos ni debíamos cumplir—, le mostraba su desprecio y rechazaba su amistad de la manera más brutal. Yo tenía que vadear cuidadosamente enfrentamientos y litigios, pues faltaban tan solo dos años para que mi hijo alcanzara la mayoría de edad, y yo pudiera dar por terminada mi regencia. Entonces no necesitaríamos a Gastón ni a Condé. Era consciente de que había de cercenar el poder de Condé, pero en su momento y con la mayor sagacidad. Los revoltosos tenían poco tiempo para actuar. Y lo intentarían. Y yo lo sabía. Pero contaba con sus divisiones internas. Mazarino me repetía que teníamos que actuar con astucia, no crear mártires de ninguna causa, sino vencidos a base de minar su prestigio. Y el hábil ministro dejó que el príncipe se ahorcara con la soga de su propia ambición. Había que contemporizar, y si para ello tenía que prometer prebendas que nunca otorgaría, estaba dispuesta a hacerlo. No era una manera elegante de gobernar, pero yo trataba de sobrevivir.

Arresto de príncipes

18 de enero de 1650

Los dos meses anteriores me habían deparado momentos de singular importancia para mi hijo y para mí. En noviembre Luis fue confirmado y el día de Navidad recibió la sagrada comunión. Fueron días de felicidad

espiritual y familiar, pero pasada la Pascua tenía que enfrentarme de nuevo a problemas cruciales para el reino. Estaba convencida de que había de mostrar la fortaleza de la autoridad real, y de esa manera eliminar los últimos restos de feudalismo, y ese era el parecer también de mi primer ministro. Los personajes que no habían visto concedidos sus deseos, o de tanto prestigio como ellos creían merecer como el coadjutor o Beaufort, rumiaban su rencor y se preparaban para atacar de nuevo. Y lo hicieron, formando lo que ellos mismos denominaron la Vieja Fronda.

Iniciaron su estrategia con pequeñas escaramuzas en las calles de la capital contra los servidores de Condé, a quien no perdonaban que no se hubiera unido a los frondistas desde el inicio. Sin embargo, César Vendôme, el padre de Beaufort, que deseaba obtener el perdón real, ofreció matrimonio ventajoso al cardenal al desposar a su nieto Luis, futuro jefe de la casa, con Laura Mancini, sobrina de Mazarino, lo que enfureció a Condé. Llovía sobre mojado porque uno de los primeros pasos para cercenar el poder del príncipe había sido negarle el mando de los ejércitos. Mazarino sabía que más pronto que tarde, al no conseguir todos y cada uno de sus objetivos, Condé se pasaría al enemigo. Ya poseía vastos territorios, pero su avidez le incitaba a pedir siempre más. Y en efecto pidió la plaza de Pont-de-l'Arche para su cuñado, el duque de Longueville. Era una demanda estratégica, pues ese fuerte controlaba el paso a Normandía. Parece ser que Mazarino le contestó evasivo aunque amablemente, que hablaría conmigo, pero el príncipe lo dio por hecho. No se le pasaba por la cabeza que pudiéramos negarle algo por segunda vez.

Cuando supo que no se la concedía dicha plaza, Condé montó en una cólera rabiosa, perdió el control y pronunció frases desafortunadas. Empezaba a funcionar la celada hacia la que el cardenal empujaba al autoritario príncipe, con la esperanza de atraparlo en ella, como tantas veces había pronosticado él. Acto seguido, Condé, ya dolido por la negativa, se enteró de que el ministro había prometido el almirantazgo a los Vendôme. Como si fuera una obligación de la Corona, nos exigió por segunda vez Pont-de-l'Arche.

Al no ser escuchada la petición, su furia no tuvo límites. Declaró en

público y con expresiones rudas que nunca volvería a dirigir la palabra al ministro. La verdad es que, a pesar de tener toda la confianza en la astucia de Mazarino, su táctica me asustaba y pedí a Gastón que sirviera de intermediario para pacificar al belicoso príncipe. Sabía que Gastón sería un buen negociador, pues mi cuñado apreciaba la buena mesa, los juegos variados y la brillante conversación que disfrutaba en el palacio de Mazarino, y no estaba dispuesto a prescindir de todo esto a cambio de la intolerante compañía de su primo Condé.

Escribí una carta con el propósito de que fuera difundida, en la que explicaba las reacciones del príncipe y preparaba la justificación de la decisión que habría de tomar en unos días:

Primo, viendo que los numerosos beneficios extraordinarios con los que he colmado al príncipe de Condé no han sido suficientes para que me trate como se debe, y que es importante que encontremos una manera de equilibrar su ánimo...

Yo, que conocía bien a mi ministro, notaba que aunque él no denotaba preocupación, el asunto Condé le inquietaba. Tener como enemigo al omnipotente príncipe no era baladí, y Mazarino me rogó que fuera prudente, que guardara el mayor secreto sobre nuestras intenciones y que esperara a que el propio Condé se metiera de cabeza en la trampa. Empezó con un asunto trivial. El príncipe se obstinó en que concediera un alto honor a una de sus protegidas, la señora de Pons, a quien yo *debía* conceder el privilegio del taburete y sentarse en mi presencia, cuando había muchas damas en la corte que lo merecían más que ella. Fingí que me plegaba a sus deseos, pero el hilo de la madeja se iba a enmarañar cada vez más.

En noviembre de 1649 ocurrió el absurdo asunto Jarzé. La sutileza no era una de las cualidades de Condé, e imaginó una estrategia contra mi persona que tanto Mazarino como yo desvelamos con amplias sonrisas. Contaba yo entre las gentes de mi casa con un apuesto oficial de la guardia llamado Jarzé, que me repetía con frecuencia que «daría la vida por mí», dicho con un aire lánguido que yo encontraba bastante ridículo. Mas no podía olvidar que durante la rebelión de los parlamentarios, había mostrado singular devoción

hacia mis hijos. Se mostraba tan involucrado con nuestra causa, tan deseoso de servirnos, que meses atrás lo había nombrado capitán de la guardia de mi hijo pequeño Felipe.

Jarzó tenía sentido del humor, era de mente rápida y me hablaba de cosas intrascendentes, que no tenían relación alguna con los graves asuntos de Estado que me presentaba el primer ministro. Me distraía. El capitán era amable y dedicado, pero Mazarino, siguiendo su fino instinto le había investigado y, en efecto, era adicto a Condé. El taimado príncipe le animaba para que me hiciera la corte, y así socavar mi reputación y confirmar las murmuraciones que circulaban en salones y antecámaras parisinas.

La que terminó de quitarme la venda con Jarzó fue Manuela, mi fiel y espabilada doncella. Un día encontré una carta sobre mi mesa de tocador, y cuando la leí la encontré totalmente impropia. Era del fogoso capitán. Mi camarera española me encontró cavilando sobre quién la habría depositado allí, pues tenía que haber sido alguien muy próximo a mí. Manuela se acercó y esperó prudentemente a que yo decidiera hablar. Le expliqué mi turbación y mi ansia de aclarar esa trama. Ella entonces me preguntó:

—Señora, ¿de verdad queréis conocer quién ha dejado ese sobre?

Ante mi afirmación, Manuela avisó:

—No os va a gustar.

¿Cómo decirle que ya estaba acostumbrada a traiciones y decepciones? Con un gesto le animé a que siguiera.

—Anoche vi a la señora de Beauvais posándola en vuestro tocador. Ella no me vio, ni yo me hice presente. No os he dicho nada, pues es frecuente que esa señora os traiga correspondencia.

La señora de Beauvais era una de mis damas favoritas y hasta ese momento había gozado de mi confianza, pero estaba claro que le interesaban más los favores de Jarzó y que este le había pedido que depositara la dichosa carta.

Una cólera sorda y fría me invadió. Entre los tres estaban tendiéndome una trampa. El intrépido *admirador* no cejaba en su cerco y decidí cercenar la broma que ya había llegado demasiado lejos. Esperé a una tarde en que me hallaba reunida con lo más granado de la corte, y con voz suave me dirigí a

Jarzé con estas duras palabras:

—¡Mirad al lindo galante! ¡Me dais pena! Habría que enviaros al manicomio, pero en verdad no podemos asombrarnos de vuestra locura, porque os viene de familia.

Una vez más la punzante ironía de Mazarino había inspirado mis palabras. Jarzé fue retirado de su cargo y acogido por el príncipe en su palacio. Un Condé violento, rudo y despiadado se presentó ante mí para acusarme de insultar a unos de sus amigos, sin antes advertirle, al «pimer príncipe», de mis intenciones. Tras una retahíla de amenazas y despropósitos, me conminó para que pidiera disculpas de la forma más humillante, y en público. Con unas breves frases había desbaratado su intriga. Pensé que el príncipe había perdido el juicio, pero era la cólera la que nublaba su entendimiento, cosa que le sucedía con frecuencia.

En ese instante comprendí que, más tarde o más temprano, sería él o mi hijo, y decidí prenderlo a la mayor brevedad, pero esperando el momento oportuno. Antes había de atraer a María de Chevreuse, para convencerla de que persuadiera a algunos integrantes de la Vieja Fronda de que les convenía estar de mi lado.

Como si todo lo anterior no fuera suficiente, Condé cometió el tercer error. El joven duque de Richelieu se había casado sin el preceptivo consentimiento real. Y el enamorado duque se refugió con su amada —mucho mayor que él, viuda y con tres hijos— en el fuerte de El Havre de donde el duque era gobernador. Cuando fue requerido para que devolviera la plaza, se negó a ello, y Condé le apoyó. La obstinación y arrogancia de Condé habían colmado mi paciencia.

Corrían voces contra el príncipe, que había molestado a muchos y ofendido a tantos, entre ellos a los frondistas que no le perdonaban su rechazo. Mazarino le aconsejó que tuviera prudencia en sus desplazamientos por las calles de París. Condé, para probar si las amenazas advertidas por el cardenal eran ciertas, mandó varias carrozas con su gente, que endosaban las libreas de su casa, y sucedió que unos embozados atacaron uno de los carruajes y mataron a uno de sus servidores. Condé pensó que era un ataque de los rencorosos frondistas; otros que había sido Mazarino; y los más

enterados, que el propio príncipe estaba detrás del atentado, para achacárselo al cardenal y acabar así con él.

Eran demasiadas amenazas, excesivas afrentas y tuve que tomar una resolución. Estaba decidido, Condé sería arrestado. ¿Cómo hacerlo? Para estar seguros había que neutralizar también a su hermano Conti y a su cuñado Longueville. El príncipe se desplazaba siempre con nutrida guardia, y el único lugar donde no podía entrar con su gente de armas era en palacio. Tenía que invitar a los tres a reunirse conmigo en el palacio real, y por diferentes motivos. Por extraño que parezca, no recelaron al estar convocados el mismo día y casi a la misma hora, pues estaban emborrachados de poder. Con toda la inquietud que tan grandes personajes producían, mandé en secreto arrestar a los tres. Mazarino había hablado con mis hijos de la extraordinaria firmeza de ánimo que yo había demostrado en diferentes conflictos, y decidí mostrarles un ejemplo práctico. Recibí a los tres en mi antecámara antes del Consejo, y tras una breve conversación les dije que me retiraba a descansar un poco antes de la reunión. Quise que mi hijo fuera consciente de la importancia de nuestras decisiones y le pedí que fuera a saludar a los tres señores. El pequeño rey se dirigió a ellos y con toda naturalidad, les repitió mi mensaje:

—Dice mamá que hemos de ir a la galería.

Mi hijo, como yo le había explicado, vino a reunirse conmigo y ambos fuimos a recogernos en la capilla para rezar hasta que nos trajeran nuevas del arresto.

Según me contaron, cuando entró mi fiel servidor Guitaut y les conminó a que se entregaran, no reaccionaron, inmovilizados por el asombro. Se creían intocables. Yo temía una reacción similar a la de Concini, y me espantaba que hubiera derramamiento de sangre. Pero no fue así. Fueron conducidos a la puerta del jardín donde les esperaba una carroza con una escolta de cincuenta hombres de armas, al mando del futuro mariscal D'Albret. Y entonces comprendieron que esta acción por sorpresa había sido pensada y preparada minuciosamente. En el camino, el carruaje donde iban los presos se hundió en el barro y quedó atrapado, momento que Condé aprovechó para intentar comprar su libertad al capitán que los vigilaba. El oficial respondió

escueto:

—Soy servidor del rey.

Los nobles acogieron la noticia con estupor, pues argumentaban que Condé había siempre servido a la Corona. ¡Qué poco sabían de las actuales intenciones del príncipe!

No me resultó grato arrestar a Condé. Cuando algún cortesano me felicitaba por esa determinación, yo respondía con sinceridad:

—Lo he creído necesario, pero no agradable.

Sin embargo, el pueblo de París, que odiaba tanto a Condé como a Mazarino, festejó el apresamiento con danzas, cantos y hogueras. Mi cuñado Gastón, al enterarse, tuvo una reacción entre festiva e irónica, que plasmó en una frase ingeniosa:

—¡He ahí la buena redada! Acaban de capturar a un león, un mono y un zorro.

La duquesa de Longueville determinó vengar a sus hermanos y a su marido, y se lanzó en una cruzada que buscaba levantar en armas a las regiones de Normandía, Guyena y Borgoña, mientras que el mariscal de Turena, respaldado por Bouillon, comenzaba una negociación con las tropas españolas. Tras el apresamiento había que actuar con celeridad. No podíamos mantener en prisión indefinidamente a Condé, y por tanto teníamos que aprovechar esos meses para someter por las armas a las regiones en rebeldía, Provenza y Guyena. Mi hijo había sido educado para ser un gran rey, y necesitábamos una campaña de prestigio y cercanía que mostrara al pueblo todas sus cualidades y que imaginaran el bien que ese soberano podía traer a Francia. Permanecí en París para asegurarme de la tranquilidad que parecía reinar en la capital, y Mazarino partió hacia el norte, para, según él decía, «vencer revoltosos y premiar fidelidades».

El año 1650 fue el de los grandes trabajos, porque me vi obligada a recorrer las diversas regiones francesas para incrementar el sentimiento monárquico, debilitado por las maquinaciones y la maledicencia de la Fronda. La presencia del joven rey perseguía un objetivo político, y el despliegue militar era una advertencia sobre el poder de la Corona. Además,

estos viajes representaban un magnífico aprendizaje para mi hijo, que él, con su rápida inteligencia, captaba en toda su extensión. Lejos de París nos sentíamos mas seguros, en particular Mazarino que había visto quemar o ahorcar su efigie en las calles de la capital y había oído las amenazas de muerte contra él.

La relajación moral comenzó a hacer estragos. Era conocido el desenfreno del consejero Coulon, que ofrecía bailes en los que los invitados estaban totalmente desnudos; que la hija de la duquesa de Chevreuse seducía al coadjutor en casa de su madre; que las violaciones se multiplicaban, que las blasfemias se oían por doquier; que los ataques a la religión eran casi diarios y que los culpables de estos desmanes eran condenados por el Parlamento a penas muy leves, o eran declarados inocentes con hechos más que probados. Yo sabía que en periodos de debilidad de la autoridad, la moral se torna laxa, y los instintos más bajos afloran con su olor a podredumbre. Otra de las odiosas calumnias que buscaban mi mal fue la que designaba a Mazarino como padre de mi hijo mayor. Era imposible, pues el cardenal en aquella época vivía aún en Roma. Pero incluso conociendo este hecho irrefutable, había quien quería o necesitaba creerlo.

Campana militar

Febrero de 1650

Tras el arresto de los príncipes rebeldes, tuve que comenzar una campaña de pacificación en febrero de 1650, y me dirigí hacia Normandía acompañada por el rey y el primer ministro. Tuve que sustituir al procurador de esa región, pues era frondista, y nombré a Pierre Corneille, a quien inmediatamente apodaron el Enemigo del Pueblo. La expedición me llevó también a Borgoña, Guyena y Orleans. Era el 9 de febrero y Normandía ya estaba recuperada y el 11 de abril ganamos Bretaña. Allí recibió el rey su «bautismo de fuego», pues participó en la batalla, desde un lugar en el que no corría peligro, pero su aparición, tan joven aún, produjo un benéfico efecto de admiración y lealtad por parte de los soldados. La Longueville, con Turena a su flanco, firmó un

tratado con los españoles. ¡Qué complicado era todo! Turena, uno de los grandes generales, se aliaba con los enemigos de Francia. No tuve otra opción que hacer una declaración contundente y proclamé a su hermano el duque de Bouillon, a la Longueville, La Rochefoucauld y Turena, «perturbadores de la salud pública, rebeldes, enemigos del Estado y criminales de lesa majestad».

La región de Guyena se resistía con denuedo, a pesar de los continuos ataques de nuestras fuerzas. La capital se había distinguido siempre por su rebeldía hacia París, que se incrementaba cuando subíamos los impuestos. Era una cuestión peligrosa porque la situación estratégica de Burdeos, con un ancho río navegable y cercanía a la frontera, ofrecía grandes facilidades para el traslado fluvial de tropas españolas. En esa ocasión, Gastón contribuyó a enredar más aún la maraña. El gobernador de Guyena tenía una conflictiva relación con sus gobernados, y mi cuñado desde París, empujado por los parlamentarios parisinos y bordeleses, destituyó al gobernador.

Los frondistas, que seguían atrincherados en Burdeos, querían la guerra y la iban a tener. El ciclo de las estaciones vino en nuestra ayuda. Llegaba el otoño y los bordeleses tenían que vendimiar, y entonces suplicaron la paz. Perdoné incluso a Bouillon y La Rochefoucauld, pero fueron invitados a retirarse a sus propiedades. Incluso muchos rebeldes impenitentes deseaban el acercamiento a la Corona, pero, como era habitual en ellos, pidieron en exceso. La falta de apoyo de estos personajes importantes y la inseguridad que ensombrecía el futuro de mis hijos me torturaban.

Pronto me invadió un temor antiguo que había poblado mis sueños de pesadillas: tuve noticia de que los conjurados planeaban capturar a mi hijo, apartarle de mi lado y gobernar a su guisa el país en nombre del rey. La inquietud, la ansiedad, la congoja y la zozobra hicieron mella en mi salud y caí enferma. Empezó con un catarro que cogí en esos viajes por terrenos húmedos en los rigores del invierno, pero el origen de mi mal era el desencanto al no acabar la terrible guerra, desilusión que había minado mi espíritu, y mi ánimo. Camino de Poitiers empeoré y cuando llegamos a Amboise estaba mi cuerpo tan quebrantado, que tuve que permanecer curándome allí dos largas semanas. Prefería estar en movimiento y que mis

enemigos no supieran a ciencia cierta dónde me encontraba.

También nos preocupaba la retaguardia, pues mientras tanto Gastón en París nadaba entre dos aguas. No tomaba ninguna resolución contra nosotros, pero, aconsejado por un temible personaje, el coadjutor, no mostró celo alguno hacia nuestros intereses. Parece que utilizaba la guardia para vigilar a otros personajes, que podían hacerle sombra u oponerse a sus intereses, más que para mantener la capital en calma. Y todos los rumores coincidían en el frenesí con el que reclamaban el arresto de Mazarino.

En los primeros días de febrero, Gastón anunció que no asistiría al Consejo hasta que el cardenal fuera expulsado del país.

Otro movimiento de la Fronda me preocupó en demasía. Ana de Gonzaga, princesa palatina, dama hábil, inteligente y seductora, resultó una aliada formidable para el intrigante Retz. Mujer ambiciosa que no había llegado tan alto como su hermana, reina de Polonia, su situación económica no era muy boyante, y tal vez pensó que una nueva circunstancia, favorecida por ella, le traería la deseada holgura. Obtuvo, con un paciente trabajo, tejiendo su tela de araña, que los conjurados firmaran un tratado el 30 de enero de 1651 que había de ser secreto y que unía a las dos Frondas, la Nueva y la Vieja. Por más que la princesa intentó con halagos y promesas que Gastón se uniera a ellos, no llegó a conseguir que mi cuñado decidiera qué partido tomar.

Mediante esta alianza, se comprometían a liberar a Condé, Gastón presidiría el Consejo y Chateauneuf ocuparía el puesto de Mazarino. El coadjutor obtendría la púrpura cardenalicia. La tensión invadía la ciudad como persistente niebla.

Parecía que mi recuperación iba por buen camino y convencí a Mazarino de que debía marchar para oponerse al ejército que el mariscal de Turena había conseguido reunir en Champaña. Al cabo de unos días, decidí volver a la capital, pero la ruta hacia París se tornó un tormento. La fiebre se apoderó de mi cuerpo, los albergues del camino eran fríos, llenos de corrientes de aire y carecían de la menor comodidad. Mi estado empeoró considerablemente. Yo recibía cartas de Mazarino donde me contaba cómo se había entregado de lleno a su tarea militar: apaciguó a los descontentos entregándoles las pagas

atrasadas; animó a los generales durante largas tertulias, después de ofrecerles su magnífica mesa; estudió la topografía de cada lugar de las batallas y la estrategia a seguir. Si éramos derrotados era el principio del fin, pero Dios nos concedió una aplastante victoria en Rethel en las jornadas del 14 y 15 de diciembre, que afirmó al cardenal en su puesto de primer ministro. Turena llegó con sus tropas españolas, se equivocó de táctica militar y perdió la batalla. Vino justo a tiempo de contemplar su derrota.

La victoria de Mazarino al frente de las tropas me produjo un alivio notable y acrecentó mi ánimo. Era lo que necesitábamos. Mazarino, fiel a su fino instinto, deploró las pérdidas humanas en ambos bandos, y envió a los heridos unos excelentes cirujanos que llevaban vendas y medicinas, carretas con víveres y vino, que refuerza el espíritu. Pero este aplastante triunfo, lejos de procurarle la admiración y el respeto de los cortesanos, le atrajo su envidia y el temor de que el primer ministro se tornara demasiado poderoso. Los frondistas comprendieron que si Mazarino llegaba a alzarse con el cargo de jefe supremo de las fuerzas armadas, se convertiría en intocable. Y pusieron en marcha de nuevo la maquinaria infernal, para abatir al eficiente ministro. Yo estaba aún convaleciente y necesitaba al ministro a mi lado. El 31 de diciembre el cardenal volvió a París. Una extraña placidez envolvía la corte, como esa calma silente y amenazadora que presagia la tormenta.

El cerco se cerró entorno a Mazarino. Para colmo de males yo me sentía aún doliente, y no encontraba en mi cuerpo la necesaria energía para afrontar situación tan crítica. Así y todo, recibí la visita del presidente Molé que, sin consideración a mi deficiente salud, me abrumó con una arenga que me llenó de congoja. Con esa voz pomposa que él usaba, desgranó con suficiencia:

—El celo, el cuidado y la fidelidad que debemos a la conservación del Estado y al servicio al rey nos obligarán a implicarnos y a emplear todas nuestras fuerzas para impedir la caída de esta Corona.

Su hipocresía me sacaba de mis casillas y su incoherencia también, pues primero había contribuido a la agitación y ahora, cuando la tormenta nos amenazaba, se mostraba como el salvador de la monarquía. Mazarino escuchaba impasible, pero la expresión de mi hijo era de ira contenida. Cuando Molé se marchó, el rey se expresó contundente:

—Mamá, si no temiera enfadaros, tres veces hubiera hecho callar y marchar al primer presidente.

Parecía que ganábamos un poco de terreno, pero entonces el cardenal, preocupado por mi salud y agotado por la incesante actividad, cometió un error: comparar al Parlamento de París con el de Londres, y a los opositores franceses con Cromwell. Comprendí que se había equivocado, pero nada dije para no desautorizarlo frente a la corte. Cuando Gastón salió de palacio, pronunció una de sus célebres frases: «Mazarino era un loco y la reina una furia». Y ahí mi cuñado tomó una decisión que asustó a él mismo. Gastón se unió a la Fronda. Su defección me trastornó, pues era consciente de que era una amenaza para la estabilidad del país. Preocupada por la drástica decisión del tío del rey de unirse a los frondistas, intenté establecer contacto con Gastón. Todos mis ruegos para que reconsiderara su determinación fueron inútiles. No acudió a mi llamada y se negó a recibirme, a pesar de que le ofrecí ir yo misma a verle al palacio de Luxemburgo. Incluso se atrevió a reunir a los mariscales de Francia, para conminarles a que obedecieran tan solo sus órdenes.

Y estaba el arresto de los príncipes. ¿Cuánto tiempo podríamos mantenerlos en prisión, sin que al hacerlo dañáramos la imagen de la Corona? Mazarino lo vio con claridad, y se decidió a declarar la amnistía, con la condición de que los frondistas entregaran las armas, reconocieran su traición al pactar con el enemigo y yo prometí que cuando el rey alcanzara la mayoría de edad, el monarca decidiría sobre sus antiguos cargos.

Entretanto, la Chevreuse y el coadjutor vinieron a verme y me ofrecieron sus servicios, y una vez más, a cambio de la púrpura. Al serle negada, se unieron los dos a la Fronda. Esa era la solidez y la constancia de su lealtad.

Huida de Mazarino

6 de febrero de 1651

Fiel a su estilo, el coadjutor buscó dos asuntos que unidos pudieran

inflamar de nuevo a la población: la liberación de Condé y la caída de Mazarino. Era una lucha sin cuartel, y ante las actuales circunstancias, el ministro comenzó a pensar en una estratégica retirada. Irse para volver. El 6 de febrero el primer ministro vino a verme. Los asuntos graves comienzan a veces con pequeños avisos en los que no acertamos a descubrir su importancia. Cuando me anunció, no sin pesar, que le parecía conveniente alejarse de París, me sentí desfallecer, me dejaba aún más sola. ¿Qué sería de mí? Sobre todo, ¿qué sería de mi hijo sin el atinado consejo del cardenal? Con un discurso claro y lógico, desgranó sus argumentos: «Él se había convertido en el enemigo a abatir...»; «Su marcha restaría tensión a nuestra causa...»; «El primer objetivo de la Fronda era eliminar al cardenal extranjero...».

Se agolparon en mi mente sentimientos encontrados: ira y deseo de venganza contra aquellos confabulados para privar a la Corona de un leal consejero; más tarde, estos pensamientos fueron sustituidos por despecho y encono al ver vencido a un hombre bueno; y luego sentí ya el dolor de su ausencia.

Recordé a Mazarino sosteniendo en la pila bautismal a mi hijo Luis; rememoré su atención a la educación de mis hijos; evoqué su amistad incondicional en los días difíciles de mi regencia; me vino a la mente el amigo fiel con sus cuidados detalles y mi corazón se llenó de desesperanza. Le vi partir desde una de las ventanas, acompañado tan solo de dos caballeros. Iba vestido con una casaca roja, elegante capote gris y un sombrero de airoas plumas que resaltaban su aspecto gallardo. Habíamos decidido que permaneciera unos días en Saint-Germain, por si entretanto yo lograba convencer a mi cuñado de la conveniencia de contar con el cardenal, pero yo intuía que sería casi imposible cambiar la opinión de Gastón y que esta vez el exilio se prolongaría. Esa misma noche planeé una fuga similar a la de años atrás, pero no fue posible, pues me vigilaban sin descanso.

Pasaron los días sin que yo consiguiera su retorno, y Mazarino resolvió dirigirse a Le Havre para liberar a los príncipes conspiradores, intentando así acercar posiciones, como signo de buena voluntad. Pero Condé, conocedor de los acontecimientos de París y sabiéndole caído, se burló de él. A pesar de

todo, el cardenal le pidió su afecto hacia el rey, la regente y él mismo. Parece ser que el príncipe le aseguró de su mejor disposición hacia los tres, pero fue displicente con Mazarino y que su actitud denotaba que se sabía ganador y que pensaba disfrutarlo. Marchó el vencedor pletórico en la carroza que le llevaba hacia la capital.

Mientras que los conspiradores proseguían su marcha triunfal entre vítores y aclamaciones, el cardenal iniciaba la suya hacia el olvido.

Antes de partir, preocupado por la posición en la que me dejaba, me aconsejó que prometiera en público que mantendría el exilio de mi ministro, y que me comprometiera a que nunca más le haría volver. Y todos creyeron, como afirmaba la Chevreuse que decía conocerme, que yo había abandonado a Mazarino a su suerte. No entendieron, a Dios gracias, que era una táctica para calmar a los enemigos del cardenal hasta la mayoría de edad de mi hijo. Era el rey quien tenía que reclamar al cardenal y proclamar ante el mundo que la relación entre el soberano, su ministro y la regente era sólida, limpia y beneficiosa para el Estado. De todos modos, y a pesar de ser el iniciador de esta estratagema, se sintió herido por su propio juego. Él no podía calibrar desde su exilio la urgencia de las manifestaciones que hice cuando tuve que liberar a Condé. Para ser creíble, tuve que ser contundente, y yo, que amaba tanto el teatro, me comporté como una consumada actriz.

Ni las pamplinas ni los chascarrillos, a veces audaces, de los bufones de palacio conseguían animarme. El temor, la ansiedad anidaron de nuevo en mi espíritu y confesé a mi amada Françoise de Motteville:

—Quisiera que la noche durara para siempre; porque aunque no puedo dormir, el silencio y la soledad de la noche me complacen porque durante el día solo veo gente que me traiciona.

Prisioneros en París

9 de febrero de 1651

En ese estado de ánimo, me asaltó una idea liberadora: huir con mis hijos de París. El temor, el despecho, la humillación me habían llevado a esa

resolución desesperada y peligrosa. Me debatía entre inquietantes dudas: si permanecía en París, ponía en peligro la seguridad de mis hijos, pero si escapaba con ellos, podían apresarles y hacernos pagar nuestra huida. Si cometía ese error, ponía en bandeja a Gastón y a Condé la ocasión para apoderarse del rey. Gastón controlaba las milicias de la capital y Condé las tropas que rodeaban la ciudad. El 9 de febrero esta solución extrema me pareció de nuevo mi única salida, porque Manuela me advirtió de los rumores que circulaban en torno al palacio real. Esta valiente doncella se deslizaba entre la gente en las calles de París y escuchaba quejas y malquerencias, para advertirme de lo que en realidad sucedía, y ayudarme a averiguar quién estaba detrás de estos hechos. El rey quedaría en manos de Gastón, su tío, y a mí me encerraría en un convento. Pero me salvó la indecisión de mi cuñado, solo se atrevió a enviarme a su capitán de la guardia suiza, Des Ouches, para amedrentarme.

El capitán insistió en ver al rey, pues esas eran sus órdenes. Luis dormía, pero le permití que entrara en su cámara y comprobara que el soberano seguía en palacio. Tras cumplir su misión, salió a las puertas de mi casa y anunció a la airada multitud:

—Acabo de ver al rey que duerme.

Sin embargo, la muchedumbre desconfiaba que Des Ouches estuviera de acuerdo conmigo, y exigían encolerizados ver ellos al rey. Debo agradecer al Espíritu Santo que me iluminara en ese trance; me tragué las lágrimas, la angustia y el orgullo, y les invité con voz serena a que me acompañaran a la estancia donde reposaba mi hijo. La reacción de los amotinados fue emocionante y muy positiva para nuestra causa. Entraron con cierto aire retador, pero al ver que el rey niño descansaba plácidamente, le contemplaron en un reverente silencio. Yo sabía que estaba despierto, pero Luis interpretó su papel con un aplomo y una seguridad que provocaron mi admiración. Agradecidos por mi buena disposición, los alborotadores se alejaron repitiendo una letanía de bendiciones. Mientras así se expresaban, yo les acompañé hasta la entrada conversando con ellos y con la guardia, de manera natural, una naturalidad serena que estaba lejos de sentir. Reconocí a uno de ellos y le llamé por su nombre, Du Laurier. Todos estos gestos ganaron estos

hombres a mi favor, y ellos mismos se encargaron de calmar a la multitud congregada alrededor de palacio real.

Nunca debía dejarme llevar por la cólera. Esa era mi fortaleza, pues mi amabilidad abría corazones y una vez más había conseguido convertir al enemigo en amigo.

Sin embargo, no me engañé: era una prisionera y mis dos hijos conmigo. Nadie podía dejar el palacio sin ser cacheado, ni entrar sin que revisaran su carruaje. Maldije entonces la idea de venir a vivir a este palacio tan hermoso como desprotegido, donde la vida de mis hijos corría peligro, y donde en cualquier momento los amotinados podían entrar y apoderarse del rey. Estaba desesperada. La decisión de alejar a Mazarino me partió el corazón, porque sabía el dolor que iba a causar al amigo, pero las semanas siguientes probaron lo sabia que había sido esta determinación. Esa ruptura aparente que tanto me convenía de momento, y a la larga al cardenal también, trajeron pronto los primeros beneficios políticos. Los conjurados dieron por muerto y enterrado al cardenal, y quiso mi buena estrella que, al no tener ya enemigo común, se revolvieran unos contra otros, disputándose un poder del que aún no gozaban. Condé no aceptaba la precedencia de Gastón; este la prepotencia de Condé; y por último, el cardenal de Retz consideró una ofensa el que el Parlamento excluyera a los cardenales de la gobernación.

Era la lucha de todos contra todos.

Sufrí con la despedida del consejero leal e inteligente a quien yo estimaba por encima de todos los otros, pero amaba más a mis hijos, y esa decisión era una lucha por su porvenir. Como último cuidado, el cardenal dejó a mi lado a un joven desconocido, pero que Mazarino apreciaba mucho por su talento para las finanzas. Se llamaba Colbert. Dejó organizado también entre nosotros un servicio de correspondencia para mitigar la distancia.

Por desgracia y como yo había intuido, una vez que dieron por acabado al cardenal, iniciaron la labor de destruirme. Los panfletos y libelos crecieron en crueldad, las calumnias estaban destinadas a destrozar mi credibilidad ante el pueblo. Decían que no me importaba en absoluto la falta de pan que sufría la gente pobre; que yo había ordenado destruir las cosechas que hubieran dejado con gusto los soldados; que yo había asegurado que solo entraría en París

abordo de un barco que flotara sobre la sangre de mis enemigos... Y de nuevo elucubraban sobre la «sórdida relación de la reina y su ministro».

¿Podía alguien creer semejante vileza? Sí, lo creyeron porque ansiaban que así fuera. Nos salvaron el valor y dignidad con los que me comporté en aquellos desgraciados días. Tuve que usar también cierta astucia, pues me convenía que los enemigos del cardenal creyeran que mi debilidad y pereza me llevarían a plegarme a su fuerza y poderío. Yo seguía con mi vida, como si nada hubiera sucedido, y todos, empezando por María de Chevreuse, pensaron que había olvidado al leal consejero. Incluso él lo creyó. Cuando el exilado consiguió una residencia estable en Brülh, comenzamos una correspondencia en la que tratábamos sobre todo asuntos políticos, con las claves concertadas con anterioridad, para que en caso de que las misivas cayeran en manos enemigas, los ocultos secretos no pudieran perjudicarme. Añadíamos frases de ánimo y esperanza, confortándonos el uno al otro. Más adelante me escribió una carta doliente en la que se quejaba del trato recibido, y que después de veintidós años de leal servicio se encontraba errante, su honor bajo sospecha y su prestigio escarnecido. Sospeché que el cardenal no creía que de verdad yo esperaba el momento oportuno para rehabilitarle.

En una de esas misivas, una frase me impresionó sobre las otras: «... para impedir que la culpa recayera sobre una nación que siempre he honrado y querido con afecto».

Mucho reflexioné cuando supe que, al contrario de Francia a la que tan lealmente había servido Mazarino, los españoles le trataban con la dignidad debida a un jefe de Estado. Ya en la frontera de Flandes le enviaron nutrida escolta, que le rindió honores, y al llegar a la primera ciudad, Juliers, le recibieron con salvas de los cañones. La comitiva estaba capitaneada por un diplomático de nombre Pimentel, que adquiriría en unos años relevancia en nuestra política con España.

Advertí que el conocimiento del cardenal sobre las circunstancias había mermado por la lejanía y le hacía equivocar el diagnóstico. En otra de sus cartas, me recomendaba que, a la intervención que había yo de hacer en el Parlamento, me presentara llorosa y compungida para obtener la indulgencia de los parlamentarios. Decidí, y creo que con razón, que mostrando valor y

dignidad, reforzaría la imagen de la Corona, ganaría tiempo y alcanzaría la victoria. Debo admitir que el comportamiento de mis adversarios, errático y mezquino, jugaba a mi favor. Además, como yo preveía, los frondistas empezaron a dividirse por serias disputas.

Mientras Mazarino sufría triste y melancólico por el trato recibido, Condé disfrutaba su victoria en París, triunfador, poderoso y altanero. Tuve miedo. En aquella atmósfera de alborozo, todos nos daban por perdidos al cardenal y a mí. La duquesa de Chevreuse quiso distraerme y se propuso acercar a mis posiciones al coadjutor, Jean-François Paul de Gondi, uno de los personajes más intrigantes de la Fronda y enemigo acérrimo del cardenal. Desde la distancia, Mazarino se sumaba a la guerra por ganar la opinión y sembraba la discordia entre los amotinados; y yo, como un director de teatro de marionetas, movía los hilos y prometía, ilusionaba, alimentaba las esperanzas de los que se habían opuesto al primer ministro. Sobre todo a Condé, que me había mandado claros signos de reconciliación. Me plegaba a todas sus peticiones, con la intención firme de no concedérselas.

El 3 de abril de 1651 remodelé el gobierno y entraron en él muchos partidarios del príncipe. El furor de Gastón y del coadjutor fue terrible, tanto así que ese mismo día rompieron su alianza. Un día después, un asunto trivial ocasionó un impacto inesperado en la coalición.

La duquesa de Longueville, que tanto había apoyado a su hermano Condé, puso el grito en el cielo cuando fue informada de las andanzas de la prometida de su hermano menor, el príncipe de Conti. La novia, hija de la duquesa de Chevreuse, no era una cándida doncella, sino que servía de anzuelo en los tejemanejes de su madre: la niña era amante del coadjutor. La ceremonia estaba organizada, las invitaciones enviadas, pero Condé, empujado por su hermana, rompió el compromiso. La madre de la novia no perdonó el insulto, y ella era un personaje decisivo en la Fronda. Utilicé la ocasión que me presentaban y como Mazarino me aconsejó y me proponía la Chevreuse, decidí atraer al coadjutor. Como ya he contado, el futuro Retz era un hombre vano, y mucho menos inteligente de lo que él creía. Le dejé pensar que le admiraba, y al estar sola sin el apoyo cercano del cardenal, creyó que me enredaría con sus manejos. Ya se veía el dueño de las

circunstancias. Yo disimulaba mi impaciencia porque faltaban unos meses para la mayoría de edad de mi hijo, la anhelada fecha del 5 de septiembre. Estos insoportables rebeldes tenían para sí que yo estaba desamparada y que cuando consiguieran echar a Mazarino de Francia, uno de ellos se apoderaría de la influencia que tuvo el cardenal. Desearon que la ausencia nos separara, y fue al contrario; me hizo ver la calidad del consejo, la hondura de la lealtad y el afecto sincero que nos unía al ministro y a mí.

Se equivocaban en todo, la decisión firme de conservar el trono y buscar el bien de Francia eran y seguirían siendo mi objetivo.

Mientras tanto y en total secreto, yo enviaba largas cartas a Mazarino en papel perfumado y en unos sobres lacrados y rodeados de una cinta de seda rosa. Usábamos claves para nuestros nombres y los de mis hijos, el joven rey era Confidente, yo respondía al de Serafín o al número 22 y Mazarino era Cielo o Mar. Empleábamos una serie de símbolos, como la ese mayúscula atravesada por tres barras horizontales, signo de vieja tradición en España, que significaba fidelidad y en francés se le denominaba *fermesse*.

Le echaba de menos, me faltaba la cercanía de su consejo, pero en sus cartas me infundía una confianza que empezaba a serme propia. Desde Brühl me escribía: «No ha habido jamás una amistad que pueda compararse a la que siento por vos».

Cualquier mujer que haya sido malquerida comprenderá la emoción que yo sentía al leer esas frases. Y ese cariño era auténtico, pues habíamos sufrido juntos muchas pruebas, la dificultad nos había unido y provocaba una suerte de compañerismo en un objetivo común, que me resultaba muy estimulante.

Vi, sin embargo, que sus afectos se entrelazaban con el deseo legítimo de lavar su honor y volver al puesto que se había ganado con su esfuerzo e inteligencia. Había obtenido también la estima y el apego del rey, pues varias veces habíamos comentado el cardenal y yo la necesidad de Concini al ignorar a Luis XIII cuando mi esposo era joven rey, y las fatales consecuencias que ese desprecio habían tenido para el mariscal. Las cartas de Mazarino mostraban a un hombre inquieto por las decisiones que yo había tomado, pero le respondí que había dispuesto la reunión de los Estados Generales para el 8 de septiembre, tres días después de la mayoría de edad del rey. Él

comprendió que esa reunión nunca tendría lugar, que era tan solo un subterfugio.

La seguridad de ostentar un omnímodo poder transformó a Condé; se tornó insolente y nos trataba con desprecio. Llegó a mofarse del protocolo al cruzar su carroza con la del rey, y no dignarse a saludarlo. Luis profirió una frase que a otro más reflexivo que Condé le hubiera dado que pensar: «Pesaroso al no haber tenido mis guardias a mano, porque el príncipe hubiera sentido gran temor». Luis no olvidó nunca este episodio.

Yo rememoré el precio que había pagado Concini al hacer algo semejante a mi esposo. Siguiendo mi táctica de dividirlos, llamé al coadjutor para hacerle entrever las ventajas de mi amistad. Entró gallardo, elegante, vestido de corte por el patio que daba a la calle Saint-Honoré, donde uno de mis fieles servidores le aguardaba con aire misterioso. Condujo al visitante por una escalera secreta que llevaba a mi oratorio, donde le recibí sola, y ante mí tenía a un hombre henchido de felicidad y expectativas. Animada por su expresión, comencé la conversación que había fraguado durante días:

—Os ofrezco la nominación para el cardenalato. ¿Qué haréis por mí?

Me miraba con fascinación. Creyó que estaba a punto de obtener su anhelo.

—Haré que el príncipe marche de París antes de ocho días, y quitaré de en medio a su alteza mañana mismo.

Había caído en mis redes. Marchaba según lo previsto.

—¡Tenéis un trato! Pasado mañana seréis cardenal y, más aún, el segundo de mis amigos.

Marchó el coadjutor con el compromiso de ocuparse también de que el Parlamento suavizara sus posiciones. En efecto, fue en breve cardenal, y adquirió notoriedad como cronista. Se trataba del cardenal de Retz, y era el mismo coadjutor que estuvo a punto de ver su trasero acuchillado por La Rochefoucauld, al quedar atrapado en el Parlamento entre dos puertas, pues este duque ansiaba verle muerto.

Retz sería uno de los graves problemas a los que me tuve que enfrentar, pues su ambición, duplicidad e hipocresía le empujaban siempre a la traición.

11. *El triunfo.* 1651-1660

Mayoría de edad de Luis XIV

5 de septiembre de 1651

Habían sido unos meses erizados de problemas, pero por fin llegó el 5 de septiembre. Creí oportuno hacer una declaración esa misma mañana, manteniendo el destierro de Mazarino. Era consciente de que esta confirmación causaría inmenso pesar al amigo, pero tenía que dejar a mi hijo la oportunidad de ejercer su autoridad y mostrar su clemencia. Había engañado, prometido, y así haciendo había asegurado el trono de mi hijo. Luis observaba y aprendía. Más tarde me diría que, en aquellos años, yo había salvado el reino.

Tenía también que dulcificar la amargura del exilado que veía prolongado su alejamiento y escribí a Mazarino:

Nunca ha existido una amistad que pueda parecerse a la que siento por vos. Os confieso que no hubiera podido imaginar que llegaría a privarme de toda felicidad, si paso mi tiempo en otra cosa que no sea pensar en vos.

Yo sabía que Mazarino ansiaba volver, pero lo que él no conocía era la situación real en París. Gastón controlaba las milicias, y no debía enfrentarme a él y poner en peligro la vida de mis hijos. Pero yo sufría con la pena del cardenal, más aún cuando me repitieron una frase suya que mostraba la hondura de su desconsuelo: «He comprendido que, poco a poco, su majestad recoloca y se rodea de aquellos que más me odian».

Me torturaba imaginar los sentimientos de abandono y soledad que ocuparían la mente del cardenal. Uno de sus amigos, llamado Ondedei, vino a verme para entregarme un anillo de parte de Mazarino. Cuando lo depositó en mi mano, el mensajero me repitió la frase que el cardenal le había

encomendado dijera: «*Sua maestá ne sa l'istoria* (Su majestad conoce la historia)». Yo, Ana de Austria, la conocía bien.

Mazarino y yo habíamos conversado muchas veces sobre el triste relato del conde de Essex y la reina Isabel I de Inglaterra. Cuando llegó a manos de la reina inglesa el anillo que ella había regalado al conde en caso que necesitara su ayuda, la cabeza de Essex yacía en el cesto del verdugo. ¿Desconfiaba hasta tal punto Mazarino de la fidelidad de mi amistad? Me produjo una inmensa pena, mas tenía que anteponer la razón de Estado a mis sentimientos y a mi gratitud. Era indispensable que quien le llamara fuera el rey.

Las conversaciones entre madre e hijo se repetían de manera incesante. Preocupada por la próxima ascensión de Luis al trono, deseaba transmitirle todo el caudal de conocimiento que yo había acumulado a lo largo de esos turbulentos años. Ansiaba enriquecerle con mi experiencia, sin reparar que el mundo, la sociedad en que vivimos es mutable. Solo en parte se puede aprovechar el pasado, el resto hay que improvisarlo a medida que discurre la existencia, pero yo advertía que Luis me atendía con su habitual interés:

—No escuches a aquellos cortesanos, los más frívolos, que intentarán hacerte creer que la vida es goce y diversión. —La atención del futuro rey crecía, y yo decidí continuar—: La existencia de los hombres, y más aún la de los reyes, debe estar construida con esfuerzo y rigor en el comportamiento. Es menester dar ejemplo.

—Es asaz triste la vida que describís —comentó mi hijo, un tanto decepcionado.

—Ser rey concede privilegios extremos, pero al mismo tiempo conlleva deberes ineludibles y uno de los primeros es el ejemplo. Sois mozo y vuestra mirada por fuerza ha de ser optimista. Y así ha de ser.

—¿Intentáis decirme que vuestra disposición mudó con los avatares?

Recordé a Mazarino y sus consejos sobre el poder de la suavidad en las conversaciones. Él había retenido una frase de Richelieu sobre la forma de tratar a los reyes con guantes de seda que me parecía muy adecuada; tenía que matizar mi austero mensaje.

—En mis años jóvenes, mi natural era alegre y despreocupado; mas hube de observar, aprender a ser prudente y adaptarme a una realidad que, a pesar de dura y exigente, concede estimulantes e irrepetibles instantes de satisfacción.

—¿Satisfacción decís, señora?

—Sí, satisfacción y placer. Placer intelectual, del espíritu o del sentimiento. No los dejes escapar. Atrápalos. Gózalos. Disfrútalos. También forman parte de la vida.

Para terminar quise avisarle de algo que para mí había resultado muy doloroso:

—Si los asuntos discurren con felicidad, los cortesanos y los que aspiran a serlo se pelearán por estar a tu lado. En las dificultades solo tendrás a los más leales. Procura reconocer a estos últimos con celeridad. En un momento u otro los vas a necesitar.

Era y es, un hijo afectuoso. Se levantó para besar mi mano, y yo le miré con orgullo. Sabía escuchar, discernir y recordar. Francia tendría un gran rey.

París que amaba, y ama, los grandes espectáculos, se unió con entusiasmo a la fiesta organizada para celebrar la mayoría de edad de su rey. Condé, repleto de ira al darse cuenta de que todas las promesas habían sido una treta para ganar tiempo, estalló en una cólera sin límites que le hizo cometer un serio error. Viendo que el rey mostraba una firmeza que le exigiría sometimiento, abandonó París. Escribió una carta al propio monarca, explicando sus razones para no asistir a la ceremonia. Mi hijo, con gesto de desprecio, pasó la carta a uno de sus ayudantes sin dedicarle ni una mirada. Yo acariciaba ya el triunfo.

Un cortejo rutilante recorrió las calles de la capital, mientras las campanas de las iglesias redoblaban con su música heroica y gozosa. Los numerosos caballeros, vestidos de sedas multicolores, con cascos de ondulantes plumas, enjaezadas sus monturas con el mismo esplendor, desfilaban por las calles repletas de gentes expectantes. Apareció el rey en un equino blanco tras sus guardias y oficiales, y la multitud rugió con un solo grito en miles de gargantas. El soberano dominó con elegancia el espléndido y nervioso corcel.

¡Qué hermoso estaba mi hijo! Las aclamaciones de júbilo, amor y exaltación atronaban el espacio, e invadían la carroza donde íbamos Felipe y yo, justo detrás del monarca. Este clamor se hizo ensordecedor cuando él les saludó sombrero en mano, agradeciendo sus vítores y aplausos. Luis XIV mostraba su majestad en toda su magnificencia, su traje estaba enteramente bordado en oro y resplandecía al sol de la mañana, mientras que su caballo árabe, bien entrenado, se encabritaba y danzaba elegante y armonioso.

Sentada en la carroza que le seguía de cerca, disfrutaba de la compañía de mi hijo menor y de la culminación de toda una vida de trabajo. No pude por menos de recordar a Mazarino y la dicha que hubiera sentido al ver lo que contemplaban mis ojos. Pensé también en lo antojadiza que puede ser la opinión de la gente; tan solo unos meses antes éramos prisioneros en París y ese día nos aclamaban con pasión. Pero aparté esas reflexiones inquietantes para gozar del momento de triunfo de mi hijo y mío. Estaba orgullosa de él, inteligente, gallardo y bien preparado para la difícil tarea que Dios le había encomendado.

Y por qué no decirlo, sentía legítimo orgullo al haber conseguido llegar a esa jornada gloriosa, después de sufrir tantas humillaciones, amenazas y penalidades. Junto a mí, el pequeño Felipe reía alborozado ante el espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos atónitos. La misa de la coronación tuvo lugar en la Capilla Santa, la Sainte-Chapelle, y finalizada la ceremonia religiosa, príncipes, pares del reino, mariscales, prelados y ministros se dirigieron al Parlamento para colocarse en los lugares asignados por el protocolo en la Sala de Honor.

La marcha serena pero triunfal del rey hacia el Parlamento mostró a un joven bien parecido, cercano a su pueblo y porte majestuoso que hizo las delicias de los parisinos y conquistó a los franceses. La expectación se extendía por la Cámara, y el silencio resultó atronador cuando mi hijo se levantó para pronunciar su discurso. Su voz serena y firme se hizo oír:

—Señores, he acudido a mi Parlamento para deciros que, siguiendo las leyes de mi Estado, deseo tomar el gobierno, y espero que, gracias a la bondad divina, lo haré con piedad y justicia. Mi canciller os dirá con más precisión mis intenciones.

El canciller Séguier relató el programa del rey, y a continuación, por última vez en esa Cámara, proferí unas emocionadas palabras:

—Señor, estamos en el año noveno desde que, por la última voluntad del difunto rey, mi muy honrado Señor, yo he cuidado de vuestra educación y del gobierno de vuestro Estado... Ahora que la ley del reino os llama al gobierno de esta monarquía, os devuelvo con gran satisfacción el poder a mí conferido para gobernarla, y espero que Dios os concederá la gracia de asistirlos con su espíritu de fuerza y prudencia para hacer feliz vuestro reino.

Y en ese momento recibí uno de los regalos más importantes de mi vida. El hijo muy amado declaró su agradecimiento a una madre que mucho había luchado para que llegara ese día. Y lo hizo ante las personas más relevantes del reino. Una intensa emoción se apoderó de mí cuando Luis, mirándome con ternura me dirigió estas palabras:

—Señora, os agradezco el cuidado que habéis tenido a bien dedicar a mi educación y a la administración de mi reino. Os ruego que continuéis dándome vuestros buenos consejos, y deseo que después de mí, seáis jefe de mi Consejo.

Y para seguir la fiesta, los cielos de la capital se engalanaron con los más deslumbrantes fuegos artificiales que jamás había contemplado la ciudad. Estaba gozando de uno de los días más bellos de mi vida: gozaba de contemplar a ese hijo extraordinario; gozaba del sentimiento gratificante del deber cumplido; me sentía fuerte y respetada, yo que había sido humillada y había vivido siempre con temor. Temor a ser repudiada, temor a que me arrebataran mis hijos... Y ahora mi tranquilidad se asentaba sobre tres sólidos pilares, la completa armonía de mente y corazón entre mi hijo y yo; la falta de ambición, ya que siempre me guio el deber de preservar el futuro para mis hijos; y, por último, la excelente educación que Luis había recibido, tanto por mi parte como de las circunstancias que nos habían rodeado: las barricadas y revueltas de París, la fría huida de noche a Saint-Germain; la amenaza de la Fronda y la intimidación de personajes arrogantes como Condé. Estaba preparado para enfrentarse a las dificultades inherentes al oficio de rey.

La seriedad y atención con la que Luis nos escuchaba a Mazarino y a mí cuando hablábamos de asuntos de Estado nos producía gran admiración dada

la juventud del rey. Nos habían asombrado sus reacciones firmes y seguras ante los graves hechos acaecidos en aquellos meses. Tuve la certeza de que sería un gran rey.

Al día siguiente de su mayoría, Luis confirmó a los miembros de su nuevo gabinete. Condé se opuso a los nombramientos y Gastón le apoyó en su rebeldía. El rey llamó a los nuevos ministros Chateaufort y La Vieuville y tuvieron el primer Consejo el 8 de septiembre. Gastón, que había amenazado con no volver a pisar el Louvre, apareció manso para asistir al despertar del rey, que se convirtió en una ceremonia cotidiana. La vida parecía dulce, pero yo había vivido demasiados sobresaltos para no ser consciente de que había que vencer de una vez por todas a Condé. Tampoco el Parlamento me daba mucha seguridad, pues la reacción de los parlamentarios ante la sugerencia del retorno de Mazarino fue de una violencia inaudita. Pusieron precio a su cabeza, y esa recompensa sería pagada con la venta de la biblioteca del propio cardenal. De su tío Gastón ya se había ocupado mi hijo un mes antes, pues le había conminado a decidirse con firmes palabras:

—Mi buen tío, es necesario que me hagáis una declaración si queréis estar de mi parte o de parte del señor príncipe.

Gastón respondió al rey con su habitual ambigüedad, creyendo que la juventud del monarca le impediría insistir en la demanda. No había valorado la firmeza de su sobrino. Mi hijo con una calma total volvió a requerirle:

—Mi buen tío, ya que deseáis permanecer en mi partido, dad lugar a que no pueda dudaros.

Quedaba pues decidida la campaña contra Condé. El 27 de septiembre salí de París al frente de las tropas en su persecución. Gozaba yo de más poder que antes y las recientes palabras del rey, me reafirmaban en una sólida posición: «Es mi voluntad que, después de mí, seáis vos el jefe del Consejo».

El príncipe de Condé, que contaba con la adhesión de la nobleza del centro y noroeste de Francia, se vio abandonado por muchos y por el poderoso mariscal de Turena. Este gran estratega se había unido a los traidores por amor a la Chevreuse, por quien bebía los vientos, pero esta inconstante mujer ya había volado en pos de la novedad con otro amante, y Turena, despechado, se ofreció a los realistas. Mazarino había lamentado la

traición de Turena, porque se conocían desde hacía muchos años, compartían una estimulante amistad y cada uno estimaba las cualidades del otro.

Todos me repetían que, a pesar de la mayoría del rey, la situación era de extrema fragilidad y que el retorno del cardenal empeoraría la tranquilidad del reino. Luego intentaron convencerme halagando mi vanidad: ¿para qué poner en peligro la estabilidad del Estado, cuando yo había sabido sola ser tan buena regente?

Argumentaban que mi consejo sensato era lo que el rey necesitaba para consolidar su gobierno. No cejaban en su propósito de apartar de manera definitiva al cardenal.

El ave fénix

28 de enero de 1652

Otro elemento de peso había impulsado la campaña a favor de las tropas leales a la Corona. Antes incluso de ser llamado, Mazarino tomó la iniciativa de reclutar un ejército a sus expensas. Logró reunir unos siete mil hombres, totalmente fieles a él, que se distinguían por el ancho fajín que lucían en la batalla. Era una manera rápida de reconocer a los guerreros propios, que me recordaba los «encamisados» de los valientes tercios españoles, que usaban la camisa sobre la coraza para reconocerse durante la implacable lucha contra el enemigo. Ahora había que buscar la ocasión oportuna para reclamar la vuelta de Mazarino. Y fue mi hijo quien lo hizo, no yo.

Estábamos el rey y yo en plena campaña en el Berry a finales de octubre, ocupados en expulsar a los hermanos de Condé y sus frondistas. Los amigos del cardenal, el mariscal de Plessis-Praslin y el marqués de Navailles, que combatían en nuestro ejército, aconsejaban de continuo sobre la conveniencia de su retorno, y la esposa de Navailles era el correo que me hacía llegar las quejas cartas del exiliado. Tanto esta marquesa como Millet de Jeure, el subgobernador de mi hijo Felipe, aprovechaban su proximidad para hablarnos a favor de Mazarino. Montagu y el mariscal D' Estrées que gozaban de mi amistad desde años atrás, abogaban también por él.

El cardenal tenía numerosos enemigos, cosa natural dada su elevada posición, pero contaba también con muy buenos y muchos amigos.

Yo deseaba su retorno, pero eran tiempos crueles y confusos y temía que se adentrara en zonas donde podía ser asaltado por partidarios de la Fronda y poner su vida en peligro. Se encontraba a gran distancia de nuestro ejército, por tanto las posibilidades de emboscada eran numerosas. A finales de octubre, el cardenal llegó a la frontera, donde se mantuvo firme, listo para entrar en combate.

«Es prudente esperar», mandé decirle.

Tuvimos que hacer las cosas con riguroso respeto de la ley y habilidad política, y solo cuando el Parlamento declaró en rebeldía a Condé, mi hijo el rey, escribió el 19 de diciembre de 1651 a Mazarino invitándole a volver. Con este honroso salvoconducto, cruzó el cardenal la frontera el día de Navidad sin encontrar resistencia alguna. Le esperábamos en Poitiers, donde me fue dado vivir de nuevo acontecimientos conmovedores, pero yo estaba decidida a que el protagonismo fuera para el rey. Recordaba con demasiada nitidez el tortuoso sendero recorrido por mi suegra, espoleada por su ambición y afán de protagonismo.

El 28 de enero de 1652, el rey, acompañado por su hermano Felipe, en uno de esos actos de cortesía que le ganaron tantas voluntades, salió al encuentro de su padrino en los alrededores de la ciudad. Bien mirado, Mazarino había ocupado, con su cuidado y afecto, la figura del padre que habían perdido mis hijos siendo aún muy niños. Mi cuñado Gastón hubiera podido y debido ejercer ese cometido, pero no había sabido o no había querido hacerlo. Yo esperaba en la ciudad, discreta pero expectante, que anunciaran los heraldos la llegada del séquito para salir al balcón. No quería que nadie dijera que Ana de Austria buscaba protagonismo y celebraba su victoria. Les vi llegar con profunda emoción, pues por una parte yo recuperaba al consejero leal y al amigo fiel; y si algo me sucedía, sabía que Mazarino velaría siempre por mis hijos. Haciendo un símil con el teatro que yo tanto amaba, había resuelto convertirme en un personaje secundario, y disfrutar a mis cincuenta años de las plácidas emociones que la existencia me iba a regalar. El hombre que había sido el báculo de mi soledad, tornaba

ahora para aconsejar a mi hijo durante los primeros tiempos de su reinado. El reencuentro fue emotivo, los saludos cortesanos conforme al protocolo, y lo más importante, de alguna manera volvíamos a estar en familia.

Tuve una larga conversación con él y me alteré al escuchar su relato y ver la inquietud y estrechez con la que el cardenal había vivido durante su destierro. El rey recibió al día siguiente la dimisión de Chateauneuf, y, afortunadamente, Turena confirmó su apoyo a Mazarino. Intervine brindando mi parecer en los asuntos de Estado cada vez que el rey me requería, pero en el Consejo yo escuchaba, luego reflexionaba con sumo interés, y en privado daba mi opinión. Mientras tanto, la Vieja Fronda, consentida por Gastón y liderada por el revoltoso coadjutor, que no tardaría en convertirse en el famoso cardenal de Retz, no conseguía obtener voluntades en su entorno, a pesar de la oleada de críticas feroces contra Mazarino que ellos mismos se ocupaban de difundir por París.

El meollo de la cuestión era el ataque sufrido a fin de socavar la autoridad real y era necesario cercenar, de una vez por todas, el ansia de poder medieval de los grandes personajes.

En la primavera de 1652, Condé estaba dispuesto a parlamentar, siempre que accediéramos a todas sus exigencias. El rey, Mazarino y yo tuvimos una conversación para intentar buscar una salida a tan penosa guerra. Desde el principio Mazarino advirtió:

—Es muy difícil poder llegar a un acuerdo con el príncipe. Solo aceptará la paz si nos plegamos ciegamente a sus pretensiones.

El rey, que tenía conocimiento de la arrogancia de Condé, asintió. Yo, que había analizado con detenimiento el comportamiento de este «importante», durante mis largas noches de insomnio, añadí:

—Hay que acabar con este círculo infernal de demandas, amenazas y levantamientos.

—En efecto, señora, el príncipe exige que seamos nosotros los que cedamos. Y si así hacemos, estaremos comprometiendo el futuro del trono. No podemos transigir —apostilló el cardenal. Entonces el rey intervino con voz firme:

—Hay que hacerle entender que su preeminencia, su posición

privilegiada, le obligan a ser el primero y el más leal de los servidores de la Corona. Y del pueblo.

—Señor, no es tarea fácil. Sus fieles pactan desde hace dos años con el enemigo —recordó Mazarino.

—Condé está dinamitando la fuerza de la política exterior de Francia y sus posibilidades de paz con España —agregué yo.

Mi hijo estaba cavilando pensativo y estaba tan absorto que pensé que no me había escuchado, pero las palabras que profirió denotaban que había recogido mis consejos y que había tomado una decisión:

—Eminencia, hay que acabar con su poder militar. Es necesario organizar un ataque por sorpresa.

—Sí, majestad, antes de que pueda recibir los refuerzos de los españoles. Hay que atacar la capital.

Quise redondear ese pensamiento con una idea mía:

—Y hemos de ganar también la opinión de las provincias, y entonces los parisinos, a pesar de estar en manos de Gastón y el coadjutor, no tardarán en unirse a nosotros.

Esta conversación fue trascendental, porque la presencia de tropas en provincias había mostrado nuestra fuerza, y la cercanía del rey había hecho que la población se pusiera al lado de su soberano. La tesis de Mazarino de que era primordial arrebatar París de manos de Condé triunfó, y dejamos Poitiers para marchar sobre la capital. Mientras tanto, Condé, que se encontraba en tierras proclives a su causa, vio con asombro que ciudades importantes como Miradoux y Agen le cerraban sus puertas. Comprendió que la batalla final se daría en París, y allí se dirigió a galope tendido. En su cabalgada se topó con parte de nuestras fuerzas y les venció. Nosotros estábamos a pocas leguas, en Gien, y el príncipe, al saberlo, se dirigió a nuestro encuentro. El pánico estremeció a nuestras gentes, pues se vieron perdidos y el país en manos de Condé, pero llegó Turena y esperó con sus tropas a su oponente, oculto en la ribera. En el momento más oscuro de la noche, atacó a los rebeldes con un movimiento rápido, envolvente y certero, y los puso en fuga.

La estrategia del mariscal nos había salvado. Al rey, al ministro y a mí.

La batalla de París
Journée des Pailles
2-4 de julio de 1652

Tras su derrota, Condé siguió su marcha hacia París y se reunió con el grueso de sus huestes en Saint-Cloud. Las tropas leales a la Corona, capitaneadas por el mariscal marcharon hacia París, y Turena esperaba de nuevo con sus hombres colocados en ambas riberas del Sena, para rodear al ejército del príncipe, pero Condé logró atrincherarse en el barrio de Saint-Antoine.

El 2 de julio tuvo lugar una cruenta batalla en la capital. En el barrio de Saint-Antoine midieron sus fuerzas los titanes Turena y Condé. Este último se defendió como un león que estuviera ya herido de muerte. Se enfrentaban por la conquista de París, luchando calle a calle lo que produjo de nuevo inmenso sufrimiento en la población. Yo rezaba con ansia en Saint-Denis, y asistía en los hospitales a los numerosos heridos, mientras mi hijo estaba al frente de sus tropas acompañado por Mazarino en los Altos de Charonne.

Se encontró Condé arrinconado por la incesante artillería real contra los muros de la puerta de Saint-Antoine, y ya se creían perdidos cuando el portón se abrió y entraron en la ciudad y a la salvación. Los combates continuaron en las calles y muros durante varios días y el 4 de julio, en la infausta *Journée des Pailles*, tras infructuosos intentos de Condé de hacerse con la capital, estalló una rebelión durante la cual un incendio en el ayuntamiento provocó trescientos muertos. La población, harta de guerra y anhelante de paz, se resistía a seguir al príncipe, sin embargo los cañones tronaban con furia contra el ejército del mariscal y no era Condé quien dirigía la batalla, sino la Grande Mademoiselle, Ana María Luisa, la hija mayor de Gastón, que tomaba el puesto de su padre, enfermo en el momento decisivo e incapaz de dirigir las fuerzas rebeldes. Fue ella la que hizo el primer disparo y Mazarino, que seguía en Charonne, comentó burlón:

—Ese cañón acaba de matar a su marido.

Las relaciones entre esos dos primos, no muy buenas de inicio, nunca se recompusieron.

Con esta acción, ella permitió la huida de Condé del campo de batalla, y su cobijo tras los imponentes muros. Esa lucha encarnizada provocó uno de los mayores dolores que tuvo que sufrir el cardenal: su amado sobrino Paolo, su ojo derecho, que se había unido a nuestras fuerzas con tan solo quince años, resultó herido de gravedad y murió al día siguiente. A pesar de su desconsuelo, Mazarino siguió al frente de los graves asuntos bélicos.

Nuestros agentes infiltrados en la ciudad nos informaron de que la población gritaba «¡Fuera Mazarino!» en la plaza de Grève repleta de gente, pero en el corazón de la ciudad, los desmanes y desafueros del príncipe y sus hombres motivaron una rebelión del pueblo y Condé se vio obligado a huir a Lorena. La situación era confusa porque el príncipe había dejado soldados afines, que vestidos de civiles agitaban a los parisinos, y causaban tumultos que acababan con expolios, robos, asaltos y asesinatos. Los supervivientes corrían enloquecidos buscando una casa donde protegerse y salvarse de cuchilladas, tiros y sogas. Beaufort, el bello e inconsciente Beaufort, asistió al drama que se desarrollaba en las calles desde un balcón sin mover un dedo, y tuvieron que ser sus propios seguidores los que le exigieran terminar con aquella masacre. Esta jornada cruenta fue el último clavo en el ataúd de Condé.

Es sorprendente que franceses como Condé y Turena aceptaran, cada uno en su momento, las tentadoras ofertas de los españoles, mientras que Mazarino, que no era francés, rechazara durante su penoso exilio la generosa propuesta del gobierno de Madrid para que se uniera a sus filas.

La vida tiene curiosas ironías. Una reina nacida en España, defendía a Francia, mientras que dos prestigiosos generales franceses se habían dejado comprar por buenos doblones españoles.

El rey envió una carta conciliadora al Parlamento en la que prometía a los parisinos un cargamento de trigo para paliar la hambruna, pero, al mismo tiempo, se quejaba de que hubieran dado asilo a los enemigos del bienestar

del pueblo. Teníamos que decidir si entrábamos en París antes del desastre total y corríamos así el peligro de causar bajas entre la población, o esperar que la capital nos pidiera ayuda. Quedaba también la cuestión de la opinión pública, enfrentada a nosotros por los soeces e innumerables libelos contra la regente y su ministro. Este aconsejó que preparáramos un número de hábiles agentes que se mezclaran con la gente y que trabajaran el boca-oreja, poniendo de relieve que los frondistas buscaban mantener sus mezquinos intereses a costa del sufrimiento del pueblo. Estos batallones incruentos mostraron una temible eficiencia. Los lideraba el abate Basilio Fouquet, hermano del procurador general Nicolás Fouquet. El abate, osado, imaginativo, valeroso, seducía por su verbo fácil y su aspecto gallardo, siempre sonriente, con la espada al cinto, pronto a deshacer cualquier entuerto. Era escurridizo como una anguila, ágil como un leopardo y capaz de inventar las historias más dañinas sobre el adversario. La campaña de opinión a favor de la Corona había comenzado.

Así se inició el final de la destructiva Fronda.

Uno de los argumentos utilizados contra la Corona había sido el retorno de Mazarino, argumento difundido por la ciudad gracias al dinero de Condé y sus secuaces. El cardenal comprendió que había que ganar tiempo y el 19 de agosto de 1652 propuso al rey retirarse de la escena, y marchó a Sedán. Así pudo mi hijo proclamar que se privaba de un competente consejero por atender los deseos de su pueblo. Mi hijo le agradeció su lealtad y alabó su gestión diciéndole que le veía marchar, «sintiendo la pérdida de un ministro que le había servido siempre con mucha pasión y fidelidad».

El rey, con una lógica sin réplica, argumentó a los rebeldes que si la causa de su guerra era la presencia del cardenal, debían deponer las armas, pues el ministro ya se había ido al exilio. Demandaba también el rey la ruptura total y definitiva con las tropas españolas y a los jefes máximos, la renuncia a todas sus prerrogativas. El 22 de agosto, Gastón y Condé se mostraron dispuestos a parlamentar, siempre que el rey atendiera sus peticiones. ¡Pobres ilusos! No habían todavía tomado la medida a su soberano. Se negó a leer sus cartas y a conceder salvoconductos a sus negociadores, y les conminó, una vez más, a que entregaran las armas. Y yo cavilaba, ¿cómo podía Condé entregar las

armas si ya no le quedaba ejército? Esa misma pregunta se la debió de hacer el príncipe, pues refugiado en Lorena se unió poco después al ejército enemigo, a las tropas españolas.

En efecto, el 24 de septiembre de 1652 los parisinos reclamaban anhelantes a su rey y el 21 de octubre entrábamos en París, nimbados por la gloria del vencedor que el pueblo adora. Sin embargo, la prudencia aconsejaba acortar el recorrido y desfilar con fuerte escolta de leales, entre aquellas gentes que tanto amor nos mostraban. El rey de Francia cabalgaba flanqueado por sus primos el rey de Inglaterra y el príncipe Tomás de Saboya. Desde Saint-Cloud, las calles estaban atiborradas de gente entusiasta, que aparecía en terrazas y balcones, y los que no hallaron sitio ahí, se subían a los tejados para ver la comitiva. Los más osados, y yo lo veía con temor, se acercaban tanto que llegaban a besar las botas del soberano. Al llegar a la calle Saint-Honoré las aclamaciones subieron hasta el delirio, en parte por el día de fiesta y espectáculo, pero más aún por la esperanza de que llegaban tiempos de bonanza. A pesar de la alegría que mostraban los parisinos con nuestro retorno, mi hijo y yo pensamos que era conveniente residir en el Louvre, ya que sus fosos y murallas nos defendían mejor que el amable palacio real que tanto me complacía.

Al día siguiente, el rey convocó un *lit de justice*, una sesión solemne, pero no en el Parlamento, sino en el Louvre, para marcar dónde residía la autoridad. Las indecisiones, rencillas internas e intereses espurios les habían jugado una mala pasada a los «importantes». Ahora tenían enfrente a un rey que ordenó en diciembre una amnistía general, pero Gastón y Condé fueron declarados «perturbadores de la tranquilidad pública y traidores a su patria» y finalmente desterrados. No quedó en palabras: se les destituyó públicamente de sus cargos, se les confiscaron los bienes y se dio orden de capturarlos. Unos meses antes, en febrero 1652, una petición que yo había hecho bien a mi pesar, pues las circunstancias me habían obligado a ello, se hizo realidad para complicar más las cosas. Inocencio X, enemistado con Mazarino y sabedor del antagonismo de este con el coadjutor, concedía el capelo cardenalicio al eterno intrigante. Ya teníamos al enredador convertido en

cardenal de Retz, aupado a la púrpura y protegido por su alta posición. Y comenzó a vanagloriarse y sentirse más seguro de lo que en realidad estaba. Ya ni recordaba yo el número de veces que había intentado traicionarnos, acosarnos y engañarnos.

Si conseguía acceder al arzobispado de París, pues él ambicionaba suceder a su tío, persona de edad avanzada, tendríamos el enemigo en casa, con todo el poder que portaba consigo ese cargo. Basilio Fouquet, el abate trabucaire, en su estilo expeditivo, aconsejaba raptarle y luego eliminarle, pero Mazarino se indignó ante ese dislate que era un error, y propuso que se le ofreciera un cargo en Roma. Pero Retz lo rechazó con displicencia, y contrariedad por nuestra parte.

Unas semanas después se arrepintió, y aceptó el puesto, pero ya era tarde y su arresto estaba decidido. No era tarea fácil porque se desplazaba siempre con nutrida escolta. Era el 19 de diciembre, dos meses después de su elevación al cardenalato, y el cardenal de Retz, que creía que la púrpura le protegería, se presentó en el Louvre donde el rey le recibió con muestras de cortesía y, acto seguido, ordenó a la guardia que lo detuvieran. Fue encerrado en el torreón de Vincennes. Encarcelados o detenidos todos los que avivaban el fuego contra Mazarino, este fue llamado de nuevo, pero él pidió unirse a las tropas que seguían combatiendo a los frondistas de Condé. Impaciente ante este nuevo retraso para tener de nuevo a mi lado a nuestro leal consejero, le escribí:

Todo lo que puedo decir es que me aburro y soporto este retraso con impaciencia y si 16 supiera lo que sufre 15 por esta razón, se emocionaría.

La victoria fue completa, y el prestigioso estratega francés, vencido y acosado, se unió al enemigo español.

Retorno triunfal a París

3 de febrero de 1653

La entrada en París representó un triunfo sin igual para Mazarino. La multitud apiñada en calles, parques y paseos se desgañitaba en vivas. Parecía como si no hubiéramos estado jamás sitiados en el palacio real, como si la vida de mis hijos y la mía no hubiera estado nunca en peligro; como si nunca hubieran vertido sobre el buen nombre del ministro, toda la basura que su imaginación había sido capaz de inventar. Ni las calumnias, ni los libelos, ni la guerra de los frondistas habían conseguido acabar con el buen hacer de un eficiente ministro. Sentí una intensa alegría al comprobar el entusiasmo popular, aunque era consciente de lo cambiante que es la opinión. Y Mazarino, a quien su fino instinto le avisaba siempre, me confesó que cuanto más entusiastas eran la aclamación y la adulación, más sentía la mano de hielo del peligro. Mi querido La Porte, que no quería al cardenal, mostró un profundo asombro ante la reacción del pueblo de París.

Estaba yo con mis hijos en sus apartamentos, y yo, que bien le conocía, entendí que deseaba sacar un tema de conversación, y le di pie para que se explayara:

—¿Qué os parece el vuelco que ha dado la opinión con respecto al cardenal?

Por la expresión de él creí haber dado en la diana.

—Admiro la inconstancia de los franceses con respecto al cardenal Mazarino.

Le costaba reconocer la realidad.

—Tal vez han comprendido las muchas cualidades del cardenal —seguí provocándole.

—Señora, es extraño que quien gritaba «cárcel» se mate a su vuelta por ir a su encuentro.

El abate Fouquet había sido discreto y comprendí que La Porte nada sabía en cuanto a sus acciones en los últimos días. Algo de razón había de darle:

—De todos es sabido que los afectos de los pueblos son cambiantes.

—No solo son tornadizos los pueblos —me respondió él—. Entre los «importantes», los que antes elevaban un clamor de protesta contra él, se mataban a su vuelta por presentarse ante él y reverenciarle.

Esta conversación me hizo reflexionar sobre la mudanza del ser humano.

Nada era seguro y cada día de nuestras vidas habíamos de estar atentos a movimientos claros de descontento, y más vigilantes aún con los ocultos. Nada fue igual después de la Fronda. Había causado demasiado sufrimiento y demasiados daños para que nos entregáramos inconscientes a las venturas de la pacífica vida cotidiana. Además, permanecía la guerra con España y acabarla era mi más ansiado objetivo. A veces yo misma me pasmaba de la decisión de nuestro enemigo, al no beneficiarse de nuestra debilidad durante la rebelión de la Fronda que tanto nos había desgastado, y aprovechar para atacarnos obteniendo una resonante victoria.

Después de toda la zozobra sufrida, pensé que un poco de entretenimiento sería bueno para devolver la alegría a mis hijos y para el ánimo del cardenal. La imagen del joven rey ante la corte revestía vital importancia para mostrar serenidad, aunar voluntades y acabar con los enfrentamientos de los «importantes».

Pasada la diversión y el goce de la belleza, tuvimos que volver a la realidad. La Fronda estaba sentenciada, pero todavía estaban activos dos focos de lucha, el norte con la amenaza de las tropas españolas de Flandes y en la Guyena con las del sur. Fueron tres años de batallas absurdas, en las que tomábamos una ciudad, para perderla al poco tiempo a manos del enemigo. Hubo algo positivo en estos combates sin sentido: Condé, nuestro peligro más temido, había tenido serios choques con los generales españoles y con estos enfrentamientos comenzó el fin del aura casi mítica que tuviera otrora el príncipe.

Por otra parte, veía a Mazarino desmejorado física y moralmente. El estruendo de las presentes alabanzas no le hacían olvidar las insidias pasadas y los acontecimientos recientes habían mermado su energía. Me parecía que él también intuía al ver crecer a mi hijo, su ahijado, que pronto el rey no necesitaría a un ministro, pues ese soberano tenía carácter firme, ideas propias y afán de hacer de Francia un gran país. Y que, como su padre hizo, al llegar a una edad, decidiría gobernar solo.

Pero los acontecimientos forzaron al ministro a dejar a un lado sus cábalas, y tomar las riendas de los numerosos asuntos. Mazarino se aplicó a

la tarea de meter en cintura a los rebeldes, como siempre de manera cautelosa, astuta, discreta. La economía del país, devastada por la larga contienda, había de ser reavivada, y para ello el ministro eligió a dos jóvenes capacitados para llevar a dúo la Superintendencia de Finanzas: Servien y el procurador general Nicolás Fouquet, hermano del espabilado abate.

Parecía que todo se iba a ordenar poco a poco, cuando varios sucesos vinieron a despertar el fantasma de la odiada Fronda. Enrique de Lorena, conde de Harcourt y gobernador de Alsacia, que había capitaneado las fuerzas reales con total lealtad, abandonó su puesto de improviso para intentar apoderarse de la región de Brissac, clave en el dominio del Rin. Junto a la Alsacia y Lorena, era un importante enclave en el norte. Tras muchos intermediarios, ofertas y contraofertas, cambió el gobierno de Alsacia por el de Anjou, y acabó nuestra pesadilla.

Poco a poco, el cardenal iba sustituyendo a personas poco fiables por gente que le debía su cargo, o haciéndoles ver que la traición a su rey se pagaba con un alto precio. Sabía Mazarino pescar en aguas revueltas y atraer a antiguos contrincantes. Conocía el desamparo en el que había quedado un servidor del frondista La Rochefoucauld, que se llamaba Gourville. Se trataba de un hombre de carácter alegre, sentido del humor y que hacía reír al cardenal. Cuando lo sacó de la inexpugnable fortaleza, le preguntó:

—¿Se ha aburrido un poco en la Bastilla?

—Mucho, a Dios gracias, y he decidido evitar todo aquello que pudiera enviarme allí de nuevo. —Y al ver la expresión satisfecha de Mazarino, se atrevió a pedir—: Si vuestra eminencia quisiera hacerme el honor de darme un empleo, vería cómo su medicina me ha curado.

Y así negando, otorgando, convenciendo y argumentando, fue el astuto ministro recuperando para nuestra causa a todo aquel que pudiera ser útil. Y fiel.

Había que ordenar un país que durante demasiado tiempo había vivido en el caos. Al terminar la Fronda, se agravó la crisis de las arcas del Estado, y hacia fin de año, el tesoro no tenía dinero para pagar a los soldados que continuaban en el frente español. Necesitábamos eficientes funcionarios, honrados y leales, y el ministro buscó gente capaz entre los burgueses y la

nobleza sin fortuna. Sabía que le agradecerían el honor concedido al poner en sus manos serias responsabilidades, y yo le aplaudí, pues recordaba que así lo hiciera mi antepasada Isabel de Castilla con óptimos resultados.

Mientras componía la economía del país, Mazarino se ocupó también de la suya pues parece que al no tener en Francia ni dominios ni propiedades, había sufrido una severa estrechez durante el exilio. Y se esforzó en redondear su fortuna. En esta tarea destacó un joven, Jean-Baptiste Colbert, que por su familia tenía intereses en la banca. El eficiente Colbert fue nombrado intendente de casas y finanzas. Puso sensatez y concierto en casa del cardenal y comenzó una brillante carrera, durante la que iba a dejar a sus competidores ensombrecidos o apartados.

Entonces el ministro se fijó en otro funcionario, el superintendente Nicolás Fouquet. Estos dos personajes, Colbert y Fouquet, entablaron una cordial enemistad que les llevaría a un duelo final, fatal para uno de ellos. Fouquet era un hombre amante de la vida, bien plantado, refinado, seductor, gozaba de una sólida posición económica y una bella familia que le adoraba. Yo estimaba mucho a su madre, una señora piadosa, muy unida al «partido devoto», y que se ocupaba con cariño y generosidad de atender a los más necesitados. Su hijo era un hombre que podía atraer la envidia.

Sin embargo, Colbert era gris, de mirada huidiza, impenetrable en unos ojos hundidos, mal gesto y siempre vestido de negro, y fue incubando un secreto resentimiento hacia su colega. El gozador Fouquet no percibió la tormenta de rencor que se iba atornillando en el alma del oscuro Colbert. Este último fue reuniendo en silencio documentos que perjudicaran a su compañero durante años, agazapado en la sombra. No voy a intentar disculpar los excesos que hicieron caer a Fouquet, pero sé que Colbert le persiguió sin piedad destilando inquina en los oídos del rey, hasta que la presa estuvo a su alcance.

Según he dicho, la prudencia aconsejaba dejar mi querido palacio real, y volver al Louvre que contaba con una mejor defensa. Mi hijo permitió que contratara a los mejores artistas del momento y Romanelli pintó en mis apartamentos una alegoría que era un homenaje a la labor del cardenal a favor

del trono. Los frescos del techo mostraban en el centro la ciudad de Roma en toda su antigua majestad, flanqueada por la Historia, la Poesía y la Fama. En un lateral quise que representara el pintor a la Templanza y la Castidad, apartando suavemente al Amor. Era mi manera de contar la verdad de nuestra relación e instruir a aquellos que habían vertido su maledicencia contra nosotros. Y para recordar la autoridad real que había acabado con la Fronda, otra pintura mostraba a la diosa Juno simbolizando a la regente, lanzando un rayo fulminante sobre Troya, obviamente París. Como ya he contado, la sala de baños era un lugar de reposo y calma para mí y tenía que ser una estancia bella y refinada. La hermosa bañera de mármol estaba resguardada en un nicho sustentado por capiteles de bronce dorado. Pedí a Le Sueur que afrescara en el nicho el panel detrás de la bañera con el mito de Psyché, que tanto me complacía. Me preparaba para vivir una etapa de felicidad después de tanta zozobra, y pensé que retomar el teatro, bailes y representaciones de ballet era saludable tregua para el espíritu. Organicé varios bailes, para traer normalidad a la corte a través de la danza, que requería coordinación, disciplina y excelencia. Yo le había hecho amar la música a Luis desde niño, haciéndole asistir conmigo a los conciertos; había aprendido que la música vivía con él y consiguió armonizar los movimientos de su cuerpo siguiendo al arte de Terpsícore, la musa de la danza.

Los bailes incorporaban a menudo un ballet de tema mitológico, donde el rey lucía su espléndida figura y su habilidad como bailarín. Entre los bailes que organizamos, para el retorno del cardenal, destacó el *Ballet de la Nuit*, el *Ballet de la Noche*, representado el 23 de febrero de 1653. Era una obra barroca en un *chassé-croisé*, un paso de danza cruzado, donde se cortejaban y bailaban dioses, ninfas, campesinos, soldados, mendigos, comediantes, brujas, y animales en extraña armonía. Todos ellos se movían al compás de una música serena y nítida compuesta por un joven llamado Lully, que se ocupaba también de la escenografía y la tramoya.

Ese *Ballet de la Nuit*, el *Ballet de la Noche*, tuvo un especial significado para mí. El rey interpretó al dios Apolo, y se presentó vestido con unos ropajes de damasco, recamado en oro, con el faldellín, el cuello y las mangas adornados con sedosos rayos de sol. En el centro del jubón, lucía un hermoso

sol bordado con hilo de oro, y el tocado consistía en dorados rayos de sol iluminando una larga peluca rubia, y un alto penacho de plumas azules y oro. Brillaba como el sol. Exclamé extasiada:

—Es el Rey Sol.

La corte francesa se inspiró, gracias a las enseñanzas con las que instruí a mis hijos, de la refinada corte de mi padre y luego de mi hermano, a quien llamaban el Rey Planeta, pues regía un imperio donde no se ponía el sol.

Por otra parte, yo continuaba con mis visitas a mi amado Val-de-Grâce, pues había de vigilar las obras en curso de lo que acabaría siendo un importante complejo arquitectónico. También en este aspecto recordaba las enseñanzas de mis antepasados, pues ya Felipe II había sido nombrado protector de la basílica de Santa María la Mayor en Roma.

Yo notaba que, tras el exilio, mi primer ministro no se comportaba conmigo de la manera suave y distendida de otros tiempos. Una pregunta que yo había hecho a Colbert meses atrás produjo un serio malentendido entre Mazarino y yo. Colbert había contado al cardenal que cuando este estaba en el exilio, él había tenido una conversación conmigo para aclarar ciertas murmuraciones que circulaban por la corte. Y ese año de 1653, Colbert había escrito esta carta a su jefe:

La reina me hizo el honor ayer de preguntarme si el difunto superintendente había realizado grandes negocios para vuestra eminencia... Respondí a su majestad que no se llevó a cabo ningún hecho que vuestra majestad no oyera delante de dos mil personas...

Yo había quedado muy tranquila tras esta conversación que probaba, y con persona de conocimiento en la materia, lo que yo ya sabía, pero creo que Mazarino no entendió que yo nunca dudé de la buena conducta del primer ministro, pero necesitaba pruebas para contrarrestar la maledicencia, y acallar de una vez por todas las malas lenguas.

A pesar de todo, la separación forzosa que los acontecimientos nos habían impuesto, hizo que yo valorara más nuestro entendimiento, nuestra complicidad y el valor de nuestra amistad. Supe años después que el cardenal

guardó todas las cartas que le escribí a partir de 1653. ¿Fue amor lo que él sintió?

El año anterior, 1652, cuando tuve conversaciones con el príncipe de Condé, Mazarino no supo entender que yo trataba de ganar tiempo dándole tan solo buenas palabras. Yo no estaba de acuerdo con el traidor, ni quería su rehabilitación como exigían los españoles, pero tenía que cerrar algún frente de guerra, aunque tuviera que disimular o engañar. Pero el cardenal, en la soledad de su exilio, creyó que le había abandonado, y me escribió dolido:

Pido a Dios que vos y O tengáis tanta felicidad como yo desdicha y que encontréis servidores más capaces que yo, no más fieles, porque eso es imposible.

Habíamos superado dificultades y desencuentros, y por fin ese año del Señor de 1653 nos trajo el fin de una tragedia: el 27 de julio, con la toma de la Guyena, terminaba la Fronda. Ahora había que reconstruir el país y cerrar la profunda división de la sociedad.

Coronación de Luis XIV

7 de junio de 1654

Una vez pacificado el país y liberados de la Fronda, quedaba una parte importante del rito por cumplir: El 7 de junio de 1654 tenía lugar en la catedral de Reims, la coronación de Luis XIV ante los personajes más relevantes de la corte. Luis entró majestuoso por la nave central adornada por extraordinarios tapices, llevaba un vestido de plata que sustituyeron por otro de terciopelo, y el obispo de Soissons, que oficiaba la ceremonia, le impuso las siete unciones con el Santo Crisma y le recordó sus deberes como soberano:

—Que el rey reprenda a los orgullosos, que sea un modelo para los ricos y poderosos, que sea bueno con los humildes y caritativo con los pobres, que sea justo con todos sus súbditos y que trabaje para la paz entre las naciones.

Revestido ya de la dalmática cubierta a su vez por el tradicional manto de

terciopelo violeta bordado con las flores de lis, el rey recibió los símbolos del poder, el anillo, el cetro, la mano de la justicia y la corona de Carlomagno. Subió el monarca al trono donde recibió el homenaje de sus pares. Gocé con la visión de mi hijo, gallardo, inteligente, majestuoso y sencillo a la vez con esa sencillez que deben tener los grandes de este mundo. Solo me restaba cuidar de estos hijos adolescentes hasta que se hicieran hombres. La pesadilla de la Fronda vencida, me convencí de que la vida me depararía días tranquilos. Mi espíritu se encontraba en paz, pues a mis cincuenta y tres años había cumplido con mi deber. Había sido mujer malquerida, con todas las heridas que ese sentimiento deja en el alma, pero había sabido mantenerme con dignidad y ahora me veía madre del rey, amada por mis hijos y finalmente, respetada por el pueblo y la corte.

Mazarino, que se había encargado de tutelar la educación de mi hijo, había comprendido que, con la instrucción adecuada, Luis XIV podía llegar a ser un gran rey. El joven monarca había tenido la escuela más formativa, la que se aprende en la dificultad de los hechos. Durante los años de la rebelión y la Fronda, el cardenal se había percatado de la firmeza y valor que demostró el niño rey durante los asedios de los frondistas. Educar a mis hijos se había convertido en una tarea apasionante, de la que nada ni nadie me podía distraer. Mazarino había sido para el niño el padre que no había tenido; el hombre que le abrió ventanas al mundo, el que le condujo por los vericuetos de la política, sin ocultarle sus vertiginosas trampas ni su inconmensurable belleza. Mi hijo era reflexivo, y era consciente de la enormidad de su responsabilidad; la complejidad y el riesgo que comportaba el oficio de rey, pero su espíritu curioso le llevaba a absorber con avidez las lecciones de sus tutores, más aún las de su padrino que le enseñaba a enseñorearse de ese mundo; y por último, y de máxima importancia, al confiar el cardenal en el rey, este aprendió a confiar en sí mismo.

Yo observaba ese proceso con inmensa satisfacción. El padrino estaba orgulloso de su ahijado y el ahijado confiaba en su ministro. Al mariscal de Gramont, que expresaba sus dudas sobre la firmeza de carácter de mi hijo, le respondió Mazarino contundente:

—No le conocéis. Hay en él materia para hacer cuatro reyes y un hombre honrado.

Es mi deseo reconocer que mi hijo era alto, buen mozo, consumado jinete y experto bailarín. Además, gozaba de una salud de hierro como la mía, y su aspecto y condición coincidían con la imagen que la nobleza y el pueblo requerían de su rey. Podéis imaginar mi orgullo de madre, al leer una de las cartas que Mazarino me enviaba desde el frente, donde el ministro acompañaba al monarca en las maniobras militares:

El rey es incansable; ha desfilado con el ejército durante todo el día.

Acaba de regresar y, lo que más admiro, no está cansado, tras haber cabalgado durante quince horas; pero si sigue así, es imposible que los que le siguen puedan realizar ese esfuerzo.

1654

El cardenal de Retz seguía prisionero en Vincennes en una celda sin calefacción, y el ministro pensó que estas penalidades le doblegarían. Su padre y su hermano llevaban a cabo una constante campaña en su defensa en Roma, y su tío, el arzobispo de París pidió públicamente a todos los fieles que rezaran por la libertad de su sobrino. El propio papa Inocencio X escribió al rey quejándose de que «se hubieran violado los derechos y dignidades más sagradas».

Al entregar la carta del papa en la corte francesa, el nuncio se encontró con una contundente respuesta: «Cuando el Parlamento puso precio a la cabeza de Mazarino, Roma había demostrado menos celo».

Dos sucesos acaecidos en esos días vinieron a complicar la escena que estábamos viviendo. El arzobispo de París era muy mayor y temíamos que, siguiendo la tradición, el cardenal de Retz intentara sustituirlo a su muerte desde su confinamiento, aunque era muy difícil que lo hiciera, pues tenía irremediamente que jurar el cargo. Si no lo hacía, el nombramiento estaba

en manos del rey.

El 21 de marzo de 1654 murió el arzobispo, y el cardenal de Retz seguía encerrado en Vincennes.

Cuando un funcionario de la Corona se presentó en Notre Dame para requerir el acta de nombramiento, se encontró con que el cardenal frondista había ya enviado el documento firmado y debidamente cumplimentado. El cardenal de Retz era arzobispo de París. Teníamos al lobo en casa. Ante nuestro asombro y temor, a los ocho días, el nuevo arzobispo presentaba la dimisión. Muchos se alegraron demasiado pronto. Yo, que bien conocía al coadjutor por haberlo sufrido durante la Fronda, recelaba lo peor; una confusa y oscura intriga.

Los demás pensaban que, con esa dimisión, Retz pedía en silencio la libertad o al menos, el traslado a un lugar más confortable. Yo seguía sin fiarme. Mazarino aconsejó enviarle a Nantes, bajo la vigilancia de una persona sin tacha como era su gobernador, el mariscal de la Meilleraye, con quien le unían lazos familiares. A primeros de abril el preso se dirigió a esa ciudad. ¡Y tanto que cambió su prisión por un lugar más agradable! La mujer del mariscal, como su cuñada la duquesa de Brissac, eran dos de las muchas amantes que había tenido Retz en sus tiempos de coadjutor. El ministro pensó que si la prisión no le había quebrado, tal vez la placentera vida de la que gozaba el preso le ablandaría.

Desde Roma, su santidad no favorecía en nada la situación, pues alegaba que la renuncia de Retz había sido conseguida mediante la fuerza.

Estaba el ministro dirigiendo las operaciones militares en Ham, cuando un correo le entregó una urgente misiva. Era el 14 de agosto de 1654 y en ella le comunicaba De la Meilleraye que el detenido se había escapado seis días antes. Su dimisión había sido un ardid para que le enviaran a un lugar menos vigilado. Estalló Mazarino en una cólera sin límites, inusual en él, lo que daba idea del alcance del peligro, y ordenó que le persiguieran y apresaran de inmediato. Retz sabía lo que hacía. Viéndose libre, había mandado, a través de personas de toda su confianza y en secreto, un escrito a Notre Dame en el que anulaba su dimisión.

Pero en su huida desbocada, cayó del caballo rompiéndose la clavícula y

no pudo continuar su ruta hacia París. Se ocultó en los alrededores de Nantes y esperó su recuperación y otra oportunidad de evasión. Cuando estuvo en condiciones de viajar, se embarcó en un pesquero hacia San Sebastián, en la costa vasco-española, donde le esperaba una litera por orden de mi hermano el rey de España, para que se pudiera desplazar por todo el país a su conveniencia. No se detuvo allí, sino que se embarcó de nuevo en una galera española el 28 de noviembre, pero esta vez rumbo a Roma. Recibió allí el capelo en una ceremonia fastuosa de manos de Inocencio X, aquel papa terrible que había retratado magistralmente el genio de Velázquez. Estaba gozando de la vida romana, cuando el destino cercenó su buena suerte.

Inocencio X murió el 7 de enero de 1655, y en su lugar fue elegido el cardenal Chigi que tomó el nombre de Alejandro VII, y era más favorable a Mazarino. Este comenzó su ofensiva sin dilación. Mandó a la Santa Sede un informe exhaustivo sobre las andanzas y trapisondas del cardenal de Retz, en las que exponía no solo sus numerosas traiciones a la Corona, sino su picante vida privada con una detallada lista de amantes. La respuesta del papa fue bastante lógica: «Si era un sujeto tan indigno, ¿por qué reclamasteis la purpura para él?».

Era difícil explicar la coacción que había ejercido el coadjutor sobre la regente, sin admitir la debilidad de la Corona en aquella terrible zozobra. Necesitábamos un experto diplomático que llevara a cabo esas gestiones con la máxima discreción, pero sin titubear un instante.

Otro asunto insospechado vino a sorprender a toda Europa. La reina Cristina de Suecia renunció al trono y abdicó a favor de su primo Carlos Gustavo. Esta reina inteligente y culta, pero con un absoluto desprecio hacia las normas y la costumbre, iba a colmar con diversas anécdotas su paso por las cortes europeas. No siempre con la entera satisfacción de sus anfitriones, como yo iba a descubrir muy pronto.

La virulenta extensión del jansenismo, que amenazaba con dividir Francia de la misma manera que lo habían hecho las guerras de religión entre católicos y hugonotes, preocupaban seriamente a Alejandro VII. Por tanto, decidió dar su apoyo a Mazarino, que estaba decidido a frenar la herejía. Retz sería ignorado en Roma. El ministro vencía. No duraría mucho la

tranquilidad. El 13 de noviembre firmaba Mazarino un acuerdo comercial con Inglaterra, y de nuevo le llovieron las más acerbas críticas.

El rey se impone al Parlamento

13 de abril de 1655

Como sucede a veces, una tragedia política se vio felizmente truncada por una comedia de tintes amorosos. Ese año de 1655 nos asustó un hecho que nos produjo una segunda alarma. Cualquier revoltoso podía, en aquellos años, despertar el fantasma de la destructiva Fronda. La hermosa duquesa de Chatillon, coqueta e intrigante, encandiló al gobernador de las ciudades de Peronne y Ham, que eran claves para la seguridad de París a causa de su cercanía de la capital. La fascinante duquesa convenció al mariscal para que rindiera las plazas a Condé. A través del omnipresente abate Fouquet, llegó a oídos de Mazarino este intento de sedición, y de inmediato el cardenal hizo apresar a la duquesa y la puso bajo la estrecha vigilancia del abate, que siempre había suspirado por la dama. Este joven, cautivador y seductor, convenció a la bella para que abandonara sus veleidades políticas y al mariscal-gobernador, por unos afectos más estimulantes. Todo París comentó la triste historia del mariscal-gobernador que acabó sin plaza, sin amante y en un espantoso ridículo.

Estaba claro que el rey mostraba su autoridad cada vez con más firmeza. La guerra con España necesitaba una continua financiación. El rey había presidido una sesión solemne en el Parlamento en la que se había acordado la concesión de dichos subsidios. A los pocos días, los magistrados, acostumbrados a discutir todo durante la Fronda, exigieron reexaminar los acuerdos y fijaron para el 13 de abril un Consejo completo de la *Grande Chambre*, la Gran Cámara, para discutir sobre los edictos que habían sido aprobados. Mi hijo se presentó de improviso con su vestimenta de diario, casaca roja y sombrero gris, con lo que nadie pudo imaginar que se dirigía al Parlamento. Sin preámbulos, tomó la palabra, intervino en el debate y con

voz decidida y actitud severa, cortó de cuajo este intento de rebelión con estas severas palabras:

—Cada uno sabe cuánto han contribuido vuestras asambleas a azuzar las revueltas en mi Estado, y cuántos peligrosos efectos han producido. He sabido que pretendéis continuar así, bajo pretexto de deliberar acerca de los edictos, que ya han sido leídos y publicados en mi presencia. He venido expresamente a defender su continuación...

Con el pasar de los años, la influencia de Mazarino sobre el rey había crecido de manera considerable. Aunque yo había cedido el poder y el consejero de buen grado al soberano, a veces sentía una cierta tristeza al ver que el hijo escuchaba con más atención al cardenal que a la madre. Intuía entre ellos una complicidad, una intimidad de las que yo me encontraba excluida. Mi vida había estado dedicada a mis hijos, y la idea de perderles de alguna manera, me asustaba y entristecía.

Yo era muy religiosa y observaba un mayor entendimiento entre el *liberal* Mazarino y el hombre en el que se estaba trasformando mi hijo. Ahí también escapaba de mi influencia. Además, tenía la certeza de que el cardenal contrarrestaba la piedad que yo inculcaba a mis hijos con comentarios hacia mi proceder y mis devociones que yo consideraba inadecuados:

Prodigaba en exceso sus limosnas y se ocupaba demasiado de los piadosos.

El año de 1655 me di cuenta de que el rey se entusiasmaba con una de las sobrinas del cardenal, Laura Mancini, casada con el duque de Mercoeur. Había visto demasiados idilios a mi alrededor, para olvidar los complicados vericuetos de la atracción física, y me preocupaba que el soberano se dejara arrastrar por el deseo de mujer inapropiada. A las pocas semanas, yo daba una fiesta en honor de mi cuñada la exiliada reina de Inglaterra y de su hija Enriqueta, que a la sazón tenía once años. El rey bailaba una y otra vez, y con un excesivo entusiasmo, con la duquesa olvidando los deberes de su rango, lo que produjo los inmediatos chismorreos de la corte. Danzaba alegre y despreocupado con la dichosa Mercoeur sin observar las reglas de protocolo,

que mandaban que lo hiciera con la joven homenajada, que además era su prima y princesa de la real casa inglesa.

Irritada por el error cometido por mi hijo, me levanté y me acerqué para separar a los danzantes. Un poco ofuscada, conminé a mi hijo que sacara a bailar a la princesa Enriqueta. Ante mi asombro, Luis se rebeló y me respondió:

—No me gustan las niñas pequeñas.

Y continuó con sus armoniosos pasos de baile con la Mercoeur. Permanecí anonadada, pues era la primera vez que mi hijo me contestaba de esa manera, y para mas agravio, ante toda la corte. Los ojos de la Mancini brillaban con el placer del triunfo, y de la victoria de hembra que disfruta con su poder sobre el hombre. Intuí que el futuro me iba a deparar graves preocupaciones en este capítulo. A mi hijo le fascinaban las mujeres, ¿sería solo el principio? ¿Había salido a su abuelo el Vert Galan, el promiscuo Enrique IV?

Un año más tarde en 1656, otra Mancini acaparaba la atención de mi hijo. Esta vez se trataba de Olimpia, que era descarada y caprichosa. Su tío, el cardenal Mazarino, enfadado por la sinrazón de ese coqueteo de su sobrina con el rey, la había casado con Eugenio de Saboya, conde de Soissons, intentando que su sobrina sentara la cabeza. La inteligencia del cardenal le había hecho ver lo negativa que podía resultar Olimpia para Luis, pues Mazarino anteponía el bien de su ahijado, y sobre todas las cosas, el bien de Francia. Luis siguió cortejando a Olimpia ya casada, pero su fervor romántico hacia ella se enfrió un poco cuando conoció a la señorita D'Argencourt, e iba del antiguo amor al nuevo, con total desenfado.

Se imponía que tuviéramos una seria conversación, y así se lo requerí; el resultado fue que la D'Argencourt marchó de Versailles. Me alegré mucho, pero no percibí que mi tormento acababa de empezar. Al poco tiempo, una tercera Mancini fue presentada en la corte. Yo la encontré fea, desgarbada, de piel mate y demasiado delgada, sin las voluptuosas redondeces que tanto gustaban a los hombres. Además, me pareció maleducada, aunque he de reconocer que era vivaracha y culta. No me gustó, pero no la vi peligrosa. Lo era. La más peligrosa de todas. No podía imaginar ese día las angustias que

me iba a provocar esa muchacha que, a mi juicio, no tenía el menor interés.

Cristina de Suecia
Galería de los Ciervos, Fontainebleau
10 de noviembre de 1657

El bien de Francia nos impuso un tratado con Inglaterra el 23 de marzo de 1657. Era deplorable la actuación de Cromwell y no sé si Enriqueta entendió nunca que la política de Estado nos empujaba a un entendimiento con la república de ese dictador, el mismo gobierno que había ordenado la decapitación de su esposo, su exilio y el de sus hijos. Pero, una vez más, el sentido práctico de Mazarino y su dedicación al bien de Francia le habían inspirado para convencerme:

Inglaterra ha podido cambiar de rostro y transformarse de monarquía en república, pero la situación no cambia... Los tratados obligan no tanto a los príncipes como a los pueblos.

Y con ese pensamiento habíamos firmado un tratado con Cromwell para «obligar a España a estar en paz».

La vida en París nos deparaba muchas experiencias diversas, y una de las más dramáticas fue la segunda visita de la reina de Suecia. La reina Cristina había renunciado a su corona en 1654 a favor de su primo Carlos Gustavo y quería conocer el mundo. La primera visita a París en 1656 había despertado la máxima expectación en una ciudad ávida de novedades. Y esta reina, que había renunciado al trono causando asombro en todas las cortes europeas, había producido luego una radical división de opiniones al convertirse al catolicismo. Los primeros en indignarse fueron los suecos, por ambas decisiones, y luego el mundo protestante en general, que no podían perdonar a la soberana que se hubiera unido a los odiados papistas. Roma se había rendido con inusitado entusiasmo ante una mujer, pues era una católica

conversa en una Europa dividida por la religión que había originado graves conflictos de lucha fratricida. El recibimiento fue tan notorio en la Ciudad Eterna que nuestro gran Montaigne escribió:

Roma, la urbe metropolitana, la única común y universal, se rinde ante Cristina.

Era una mujer culta, inteligente, ávida de conocimiento, que hablaba ocho lenguas y destacaba como alumna de Descartes quien había declarado con admiración:

Más sabia que todos los miembros de la Academia juntos.

Pero su aspecto arruinaba la excelente fama que la precedía. Fea sin paliativos, se presentaba con el pelo revuelto, el cutis macilento y ropajes y zapatos de hombre que la hacían desagradable a la vista. Un año antes la reina sueca había dejado un notable recuerdo de excentricidad en París, pero su personalidad me había complacido e interesado. Alabó mucho mis manos diciéndome:

—Tras haber contemplado vuestras bellas manos, puedo partir contenta.

Si la aparición de Cristina de Suecia no hubiera causado suficiente asombro la primera vez, en esta ocasión había de sembrar la incredulidad y el horror. La rivalidad de sus dos «*fa tutto*», el que sirve para todo, Monaldeschi y Santinelli, ambos promocionados y enriquecidos a la sombra de la reina, iba a conducir a una tragedia que costaría a la soberana nórdica el buen nombre que le restaba. En un país obsesionado por la belleza, su fealdad ya había conmocionado a la corte en el viaje anterior, el pelo enmarañado, la piel grisácea, las manos descuidadas, en resumen, un físico poco agraciado que resaltaban unos ropajes desaliñados. Sin embargo, su afición por las artes y su prestigio intelectual le habían granjeado el respeto de todos, pues era capaz de conversar sobre filosofía y teología con los más reputados expertos.

Su repentina abdicación y posterior conversión al catolicismo habían causado escándalo en su país y entusiasmo en las cortes católicas hasta que su conducta se encargó de enfriarlo. En el primer viaje a Roma de la reina sueca,

Urbano VIII la había recibido con todos los honores, y en el segundo viaje a esta urbe, ya reinando en el papado Alejandro VII, le hizo los mismos honores que su antecesor, pero al pasar los meses la conducta errática de Cristina acabó con la paciencia del papa que comentó con poca caridad: «Mujer nacida bárbara, bárbaramente educada y con bárbaros pensamientos».

Y he aquí que había tornado a París en uno de sus innumerables periplos por Europa, para dejar huella indeleble de su visita, a causa de unos hechos dramáticos.

Monaldeschi, uno de sus servidores, en su afán por destruir a su adversario, había falsificado unas cartas en las que comprometía a Santinelli. En realidad, era el falsificador el que se hallaba en extremo peligro, sin que él lo advirtiera. Sabía Cristina que su correspondencia era intervenida por alguien de su propia casa. Así sucedía. Y el sospechoso se llamaba Monaldeschi. Con calculada frialdad, ella ocultó su furia para que su servidor no adivinara lo que se tramaba a sus espaldas. Unos días antes, el 6 de noviembre, había entregado las cartas modificadas al padre Le Bel, pidiéndole que custodiara esos documentos comprometedores, hasta el momento que fuera requerido, que es cuando debía devolverlos.

Al ser llamado el buen sacerdote a la presencia de la reina sueca el 10 de ese mes, no podía imaginar la tragedia en la que iba a participar. Fue conducido a la Galería de los Ciervos. Allí encontró a la reina conversando con un caballero. Era Monaldeschi.

Pidió entonces ella los documentos al padre Le Bel. Comprobó que los lacres no habían sido tocados y abrió Cristina el envoltorio. Tras mirar las cartas con detenimiento en un silencio que presagiaba la tormenta, las tendió al marqués. Este, con la viveza del carácter italiano, comprendió lo que le aguardaba y miró aterrorizado hacia la esquina donde se habían situado tres hombres de armas. Evaluó la situación: era desesperada.

—¿Reconocéis estas misivas? —preguntó la reina.

—No, majestad. Nada sé de estos documentos.

Entonces ella sacó de una hermosa caja de ébano unos escritos de puño y letra del marqués, con parsimonia, lentamente, disfrutando del desconcierto de él, como un felino que afila sus uñas antes de abalanzarse sobre su presa.

Monaldeschi palideció e intentó balbuceando, negar de nuevo.

—Señora... Yo... No recuerdo, no sé...

En ese momento, la furia que la reina había estado controlando a duras penas estalló como un río desbordado de su cauce. Ni las admoniciones del padre Le Bel, que sintió aproximarse el horrible infortunio, ni las peticiones de Monaldeschi para que se calmara tuvieron resultado.

—¡Majestad! ¡Por caridad, escuchadme! Todo se debe a las artimañas de Santinelli...

Una catarata de impropiedades se derramó sobre él:

—¡Canalla! ¡Traidor! Habéis espiado a vuestra reina, aquella a quien todo debéis ¡Merecéis mil torturas! ¡Y voto a bríos que las sufriréis! Pero antes confesaréis vuestra felonía.

El terror del marqués le hizo aferrarse a una disculpa:

—Señora, yo no os he vendido. Solo buscaba libraros de un servidor alevoso que os acarreará la ruina. ¡Santinelli es el verdadero culpable!

La ira de Cristina brotaba incontenible como lava de un volcán:

—¡No manchéis más aún vuestro nombre! ¡Perjuro, renegado, Judas!

Ahí el desdichado decidió pedir clemencia, y se arrojó a los pies de la reina, que con el pelo alborotado y maneras descompuestas, le miraba arrojando fuego de sus ojos.

—Piedad, os lo suplico... —Su voz se ahogó en un gemido—: *Ahimé, sonno perduto!* ¡Pobre de mí, estoy perdido!

Vio entonces con horror que los tres espadachines en uno de los ángulos del salón desenvainaban sus espadas con estudiada lentitud. Intervino el padre Le Bel, que además de intentar evitar el fatal desenlace invocando el respeto a los mandamientos de Dios, temía la reacción que se produciría en la corte.

—¡Majestad, tened piedad! ¡La clemencia es cualidad de reyes, escuchad a vuestro servidor!

—Sea. ¡Hablad, defendeos!

Concedió la reina un poco más calmada, a un Monaldeschi descompuesto.

Comenzó Cristina a pasear a grandes zancadas mientras el marqués pedía inspiración a todos los santos para encontrar argumentos que le sacaran de

esa situación. Le Bel rezaba. Los sicarios esperaban. El marqués desgranaba razones, negaba acusaciones, imploraba misericordias. La escena, según me contaron, era de un enorme patetismo. Al cabo de una hora de parlamentar, cuando el aterrorizado reo creía haber convencido a la guerrera del norte, le oyó decir:

—Padre, yo me retiro y os dejo a este hombre. —Un suspiro de alivio brotó de la garganta del buen Le Bel. Mas al instante, cuando la reina siguió hablando, su espanto no tuvo límites—: Preparadlo para la muerte y cuidado de su alma.

Y tras proferir esta sentencia en tono glacial, inició su marcha. Un hombre era condenado a muerte sin juicio, sin defensa, sin testigos. Le Bel intentó detenerla con un argumento que él creyó infalible:

—Es mi deber recordaros la ley de Dios: ¡No matarás!

Pero ella replicó iracunda:

—Buen padre, los reyes solo respondemos ante Dios. Cumplid vos vuestro deber. Ayudadle a un buen morir.

El propio Santinelli, que había aparecido, quiso interceder por su enemigo:

—¡Majestad! ¡Os lo suplico! Estamos en tierra extraña y una decisión de esta suerte puede dañaros. Huésped sois de la reina de Francia. No admitirá tamaño desacato. ¡Perdonad a Monaldeschi!

Mas ella escupió con renovado furor:

—¡Es un miserable traidor! ¡Merece el castigo que va a tener!

El sacerdote retomó la idea de Santinelli recordando a la reina:

—Señora, huésped sois del rey de Francia. El marqués Monaldeschi es un general de su ejército...

—Tengo plenos poderes para impartir justicia a los miembros de mi casa —interrumpió ella con violencia.

—¡Haced misericordia! ¡Y dejad que el rey juzgue los delitos del marqués! —insistió el buen cura.

Enfurecida de nuevo gritó:

—No, no, padre: seré yo quien informe al rey. Id vos a cuidar de su alma.

Y partió. Monaldeschi viéndose perdido, pidió confesión a Le Bel que le

escuchó angustiado. Lo que siguió fue una carnicería. Santinelli, siguiendo las órdenes de la reina intentó atravesar al marqués con su daga, pero esta no entraba en la carne del indefenso acusado. Sospechando de alguna celada, este había colocado una cota de malla bajo su ropa. Tres horas duró la ejecución. Tres horas de lucha patética entre un hombre acorralado y sus verdugos, Santinelli y los esbirros. El descrédito que sufriría Cristina de Suecia por este crimen había de acompañarla el resto de su vida. Años más tarde mi amiga y biógrafa madame de Motteville, escribiría en sus *Memorias* lo que entonces me expresó:

La reina madre Ana de Austria que ha encontrado en su vida tantos enemigos a los que podía haber castigado y que solo han recibido de ella muestras de bondad, estaba escandalizada. El rey y Monsieur condenaron la conducta (de Cristina) y el ministro Mazarino, que nunca ha sido cruel, quedó sorprendido por lo ocurrido.

Y yo, Ana de Austria, atormentada por el asesinato en uno de mis palacios, la falta de respeto al país anfitrión y el pecado horrendo de una reina contra la ley de Dios, no la invité nunca más.

Enfermedad de Luis XIV

29 de junio de 1658

En la Cuaresma de 1658, Mazarino ofreció una fiesta en la galería de su palacio. Era una recopilación de las más bellas obras de arte de Europa. Allí se exponía el buen gusto y el conocimiento del coleccionista en muebles, tejidos, espejos y bargueños. Una de las pasiones del cardenal era su colección de pintura, que reunía a los mejores artistas del momento. Disfrutaba admirando y enseñando sus cuadros de Tiziano, Rafael, Veronés, Rubens, Van Dyck o El Greco, obras que estaban acompañadas por magníficas esculturas de la Antigüedad. Para su cámara privada había escogido un portentoso cuadro, *El matrimonio místico de Santa Catalina* de Correggio, que era su favorito. Otro de sus orgullos era la biblioteca que

contaba con más de cincuenta mil volúmenes, y era una de las más importantes de París.

A medida que el cardenal comprobaba que el deterioro se adueñaba de su cuerpo, más crecía en él el ansia de gozar la vida y la búsqueda de la belleza. Viendo que todo lo que él amaba mutaba con la decadencia de la edad, se complacía en atesorar objetos cuya belleza permaneciera en el tiempo.

Hacía bien en gozar esos breves momentos porque dos asuntos graves vinieron a estremecer los cimientos de una paz aún frágil.

En este año mi hijo seguía bajo la fascinación de María Mancini, pero otras acuciantes preocupaciones me ocupaban. Mazarino había conseguido una alianza con los príncipes alemanes y un tratado con Cromwell, que me pareció escandaloso, mas esa ruta nos conducía a la paz. Solo faltaba el acuerdo con mi país de origen, tan ansiado, tan difícil. Teníamos que comenzar la batalla diplomática para conseguir la paz con España y el matrimonio de mi hijo con la infanta María Teresa.

El 24 de noviembre, mi hermano el rey Felipe IV hizo saber que enviaba un negociador experimentado, don Antonio de Pimentel. Había sido magnífico embajador en Suecia, y llegaba con las mejores credenciales y una romántica historia de amor, que le aureolaba como a un héroe mitológico.

Ese año de 1658 tuve un brutal sobresalto. Mi hijo revisaba los preparativos para un nuevo ataque a Dunquerque desde Mardick. El calor extremo, la insalubridad causada por la humedad y el hedor que flotaba en el aire a causa de los muchos muertos sin enterrar después de la batalla, minaron la salud del rey. Ese joven atlético cayó fulminado por la pestilencia. Con el paso de los días, la fiebre fue aumentando y las crisis se repetían con frecuencia aterradora, y a pesar de sangrías, lavativas y purgas, Luis empeoraba. Yo vivía pendiente de él, lloraba con angustia cuando él no me veía, y rezaba con esperanza ofreciendo mil veces mi vida a Dios, por la salvación de mi hijo. Pasé muchas noches a su cabecera, rezando, implorando a Dios por su vida, y rogando que me llevara a mí, no a él.

Era una tortura sin tregua, un desgarramiento del alma, una prueba sin descanso. Cuando en mitad de la noche él despertaba y me veía a su lado, sonreía y me

tomaba la mano en señal de agradecimiento. Me emocionaba. La madrugada del 6 al 7 de julio estaba tan grave, que le dimos la comunión. Pidió entonces quedarse a solas con su padrino, y aunque Mazarino no quiso contarme esa noche la conversación, supe más tarde que el enfermo le había hecho una petición:

—Sois hombre decidido y mi mejor amigo. Por eso os pido que me advirtáis cuando esté al final, porque la reina no se atreverá por miedo a que esto me haga aún más daño.

E hizo prometer a su padrino que nada me diría. Cuando el cardenal me lo contó, pasado el peligro, me confesó que ese coloquio le había partido el corazón. Fueron días en los que padecí el mayor sufrimiento de mi vida. Todo lo que había luchado perdería sentido sin él. Mi hijo era mi gran amor, mi pasión, mi razón de vivir. Pasé muchas noches a su cabecera, rezando, implorando a Dios por su vida, y rogando que me llevara a mí, no a él. Estuve a punto de perder la esperanza, pero por fin mis oraciones enfebrecidas fueron escuchadas y el 8 de julio la calentura descendió levemente. Las hienas que acechaban cualquier ocasión para medrar se habían agrupado en torno a mi hijo menor Felipe, pues ya veían muerto a su hermano Luis, y a él como el nuevo rey. Mazarino, a pesar de su dolor, mantuvo la cabeza fría y mandó reforzar la vigilancia en la Bastilla y en todas las guarniciones.

He de reconocer que María no corrió a cortejar a mi hijo Felipe, como hicieron otras. Por el contrario, sollozaba desesperada en un ángulo del salón y parecía no hallar consuelo. Cuando Luis se enteró, renovó su inclinación hacia la Mancini. El 10 de julio el rey estaba fuera de peligro.

Luis había estado a punto de morir. Poco a poco, fue mejorando y tomando fuerza, y a los diez días partí con mi hijo hacia Compiègne, donde siguió su convalecencia y yo comencé a sanar del temor sufrido. Pero Luis estaba inquieto porque no podía participar en las maniobras para la toma de Dunquerque, a pesar de que el cardenal le tenía informado de todos los pormenores por medio de un correo diario.

A esa inmensa zozobra, se unió la preocupación por las maquinaciones de Retz, pues sus partidarios no dejaban de tejer sus intrigas. También la alianza con la Inglaterra de Cromwell me seguía inquietando como una decisión

contra natura; mi pobre cuñada Enriqueta refugiada con sus hijos en nuestra corte, su marido decapitado por Cromwell, me hacía muy difícil de aceptar ese tratado. Y los jansenistas. Eran demasiados frentes. Y para colmo de males, en ese momento luchábamos por arrebatar a los españoles los importantes puertos de Dunquerque y Gravelinas. La enfermedad de mi hijo había causado tal sobresalto en mi alma, que deduje que había sido un aviso del cielo para que acabara con esa guerra que causaba tantas muertes y desgracias. Vi con claridad que no podíamos demorar por más tiempo la paz con España. ¡Tantas madres habían perdido a sus hijos en esas guerras insensatas!

La comedia de Lyon

Noviembre de 1658

Recuperado Luis, Mazarino y yo conversábamos sobre la idoneidad de buscar una esposa para el rey. Era obvio que mi hijo amaba a las mujeres, pues se habían producido varios escarceos que yo consideré demasiado intensos. A sus diecinueve años estaba ya en edad de desposarse. Una candidata vencía a todas las otras, por su rango, por su linaje próximo al mío, su exquisita educación, mansa disposición y natural recato: María Teresa de Austria, hija de mi hermano el rey Felipe IV. El único reparo a su candidatura, ser la heredera del trono español, se había desvanecido con el nacimiento de su hermano el príncipe Felipe Próspero. Una de mis aspiraciones había sido siempre lograr el matrimonio de mi hijo, estrella ascendente, con una Habsburgo. Pero había un grave obstáculo: Francia estaba en guerra con España.

Tras seria reflexión, coincidimos en que podía ser el momento justo para matar dos pájaros de un tiro. Unir a estos dos jóvenes que, sellando su matrimonio, traerían la paz tan necesaria para nuestros dos países. Inició Mazarino estos trabajos, pero no fueron fáciles las negociaciones, pues Madrid exigía condiciones casi imposibles de cumplir. La astucia de Mazarino encontró la vía para empujar a mi hermano a revisar su postura. Yo

no estaba tan segura, pues estimaba que corríamos el peligro de ver comprometido al rey con persona que no estaba a su altura. Esa pobre niña que íbamos a utilizar como cebo era Margarita de Saboya, hija de mi cuñada Cristina, y era una princesa dulce, educada, y digna de mejor futuro que el engaño al que iba a ser sometida.

Nos dirigíamos hacia la farsa que íbamos a representar, y en el camino pude observar que mi hijo estaba cada vez más entusiasmado con María Mancini. Luis había sufrido una terrible enfermedad, mostraba un ansia de vida lógica después del trance pasado, y no quise contrariarle y además pensé que, tras el acuerdo matrimonial con María Teresa, él cumpliría con su deber. Le hablé de la gloria y prestigio que ese matrimonio suponía, y él pareció entenderlo. Yo siempre había deseado el matrimonio español, pero estaba de acuerdo con que la estratagema del astuto cardenal podía acelerar el proceso, pero temía que esta táctica nos trajera un inesperado resultado. Mi cuñada, la duquesa de Saboya, estaba encantada con esa boda, y yo sentía una enorme piedad por la novia que nunca lo sería, pues la encontraba inteligente, jovial, ocurrente y sabía escuchar. A pesar de todo, simulé resignación y que me plegaría a la decisión de mi hijo si él se decidía por el matrimonio con Margarita de Saboya. Fui deslizado ciertas frases en oídos que las acogieran y luego las repitieran en susurros con aires de misterio. Le confié con aire de conspiradora a la señorita de Montpensier:

—Si pudiera tener a la infanta sería sumamente feliz, pero si no pudiera, querré todo lo que el rey desee.

El ardid había tenido el resultado deseado. Mi hermano en Madrid había picado el anzuelo y ante la noticia de que el rey de Francia tomaría por esposa a Margarita y que ya estábamos en Saboya, exclamó furioso:

—¡Esto no puede ser y no será!

No podía consentir que su hija, una infanta española, no fuera reina de Francia. He de decir que mi hermano el rey ya debía contemplar esta unión, porque el embajador Pimentel estaba ya en Lyon cuando llegamos nosotros, y que una vez allí, usaba un nombre falso, se hospedaba en la residencia de Mazarino y se movía en el más absoluto secreto en sus encuentros y

conversaciones con el ministro. ¿O era tal vez el propio Mazarino quien le había informado? A partir de ahí, la reacción tan favorable del enviado español nos obligó a deshacer de manera inmediata el compromiso con la pobre Margarita. Encargué al ministro la enojosa tarea de dar la noticia a mi cuñada Cristina, que era conocida por su fuerte carácter. ¡Qué sobresaltos! Mientras tanto mi hijo se dedicaba con ardor a la Mancini, con mi total oposición y la preocupación de su tío. Durante ese viaje pude comprobar que era una descarada, y muchas veces me vinieron a contar sus frases desafortunadas. Una de ellas se refería a la supuesta prometida, y puesto que todavía no se había deshecho el compromiso, me pareció un despropósito. Parece que le dijo al rey, riendo:

—¿No os da vergüenza que os quieran casar con una mujer tan fea?

Yo veía a mi hijo cada vez mas entregado. Los primeros días, el rey seguía a caballo la carroza donde iba ella; luego se subía al pescante y hacía de cochero y finalmente acabó metiéndose en el carruaje. Las murmuraciones sobre la inclinación del rey hacía María llegaron a las cortes europeas y a la Santa Sede. El papa preguntó al legado francés por qué el monarca mostraba tanto afecto a la sobrina de su ministro.

Se multiplicaron entonces las críticas sobre la pasividad de Mazarino al respecto. Nadie tenía más interés que yo en alejar a María de la corte, pero una decisión drástica mostraría un intenso deseo de obtener el acuerdo y eso hubiera perjudicado las condiciones de las negociaciones de paz que acompañaban el compromiso matrimonial. Si mi hijo no guardaba las formas hubiera sido un desastre sin paliativos, pues si no respetaba la palabra dada a España y a la infanta, peligraba la paz.

Mas Pimentel, hombre de mundo, seguía a la corte y proseguía sus conversaciones con el primer ministro. Estábamos en Lyon aún cuando recibí la buena nueva. Mazarino entró en mi cámara con expresión victoriosa:

—Buenas noticias, señora.

—¿Qué es? ¿Me traéis la paz? —pregunté, y él respondió triunfante:

—Mucho más, señora. Traigo a vuestra majestad la paz y la infanta.

Carnaval

Febrero de 1659

Al volver a París las fiestas de carnaval estaban en su esplendor; la gente salía a las calles celebrando la tan esperada amistad entre Francia y España. En la corte disfrutamos del *Ballet Royal D'Alcidiane*, que casi igualó al bellissimo *Ballet de la Nuit* de años atrás, y un músico que ya destacaba conoció un rotundo éxito, se trataba de Lully, que hacía las delicias de los parisinos componiendo obras de aires franceses y melodías italianas. Pasé tres meses de inquietud, pues, de vuelta al Louvre, y cuando yo esperaba que entrara en razón, el capricho de Luis por la Mancini se hizo más evidente. Luis, ilusionado por el amor, aparecía espléndido durante las danzas. Había empezado a usar peluca, pues había perdido mucho pelo durante su reciente enfermedad. Yo seguía pensando que María era fea, aunque al estar enamorada, le aureolaba un fulgor especial.

Ella no se recataba en tratar al rey con total intimidad ante la corte, le susurraba al oído de la manera más vulgar, reía a carcajadas y parece ser que incluso llevó su desvergüenza a comentar a mi hijo las murmuraciones que me relacionaban con mi primer ministro, lo que estoy segura desagradó mucho al rey. Por otra parte, era una compañera incansable y participaba con entusiasmo en las actividades que amaba mi hijo. Un día les vi marchar para la caza. El vestido de amazona de María resaltaba su cuerpo esbelto, y sus movimientos eran felinos, raudos y suaves. Los caballos piafaban contentos anticipando la cabalgata, aspirando con fruición el aroma de la batalla contra los fieros animales y los perros trotaban felices tras sus amos, excitados por el anhelado encuentro con los peligrosos jabalíes. Una carroza descubierta portaba a unas damas de la corte, muy bellas y arregladas con primor, y unos parasoles blancos con ondulantes borlas de seda les protegían del dañino sol. María, que usaba, como la mayoría de las señoras, una máscara para evitar estropear su piel, puso su caballo a la altura del de mi hijo y desaparecieron los dos a todo galope, y tras ellos toda la partida. Una de las damas participantes me vino a contar después los detalles de la jornada. María se había comportado como la reina de la situación, y mi hijo había organizado

todo en honor de su amada de manera espléndida. El día era radiante, y tras varias escaramuzas con unos cuantos feroces jabalís, y cobrar varias piezas, se encaminaron todos a un claro del bosque. Allí encontraron preparada una tienda en seda carmesí, cuyo baldaquino estaba tendido entre las ramas de los árboles. El contraste entre el verdor del bosque y el fulgor de la seda resultaba inesperado y muy hermoso. Bajo esta sombra una mesa dispuesta para apaciguar el apetito y la sed de los invitados, ofrecía frutas colocadas con esmero en altos fruteros de plata dorada, humeantes pasteles de carne y manjar blanco, guisantes y espárragos en delicadas tarrinas de porcelana china, aves asadas, y un sinfín de viandas, dulces y melindres o diminutos pastelillos.

Las damas se sentaron a la sombra en unas mantas colocadas en el suelo, apoyadas en cojines de seda carmesí, y los caballeros las galanteaban en un ambiente frívolo y distendido que resultaba muy grato. Por lo que esa dama me contó, mi hijo se desvivía por complacer a María.

Reunida con Mazarino, que se oponía a esa relación con más vigor aún que yo, determinamos cortar por lo sano. Nos encontrábamos Mazarino y yo con él, para un diálogo que yo temía difícil, pero en el que había de prevalecer la razón, y casi me dio un síncope cuando mi hijo me confesó que estaba contemplando casarse con la Mancini. Le dije que María sería una pésima reina, pues era mimada, maleducada, escandalosa y frívola, tras lo cual el rey partió disgustado sin proferir palabra.

La gota de agua que colmó el vaso de mi paciencia, tuvo lugar durante la visita de don Juan de Austria, que acababa de terminar su mandato como gobernador de Flandes. Era una visita de cortesía, pero sobre todo intuí que era una inspección del novio, sus costumbres, modas y la corte que le rodeaba. Y delante de este personaje, que estaba camino de la corte de Madrid, la Mancini continuó con sus monerías hacia el rey. El príncipe español llevaba en su séquito a una bufona que se llamaba Capitor, y que tenía una forma de hablar muy divertida y osada. Hizo unos comentarios en alto, muy graciosos, sobre la fealdad de María, con gran regocijo de todas las personalidades presentes. Es posible que Capitor actuara bajo el dictado de su amo don Juan, pues Pimentel ya había hecho unas observaciones al primer

ministro, sobre la inconveniencia del objeto de los amores de mi hijo. María convenció al rey para que la atrevida comedianta fuera expulsada para castigar su insolencia, lo que produjo un incidente diplomático. Mi hijo comenzaba a entrever los problemas que originaría su amada.

El rey tenía a su alrededor una camarilla de jóvenes divertidos y un tanto descerebrados, que siempre le incitaban a hacer su voluntad. Uno de ellos, un tal Vivonne, sobrepasó todos los límites intentando socavar mi autoridad y el amor de mi hijo. Fue desterrado.

En junio de 1659 Mazarino estaba a punto de partir hacia San Juan de Luz para cerrar el acuerdo de paz y el matrimonio con la infanta. Acudió el rey a despedirle y estando los dos solos conmigo, nos anunció su decisión irrevocable de casarse con María. Para mí fue el fin del mundo. Mi hijo quebraba no solo mi acariciado sueño de tantos años, sino que quería desposarse con una muchacha arrogante, imprudente y maleducada. Las peores condiciones para una reina, y, con los años, cuando pasara la pasión, las peores también para la feliz convivencia de mi muy amado hijo. Tanto Mazarino como yo misma resolvimos expulsar a María y sus hermanas de la corte. Yo estaba horrorizada, sin embargo Mazarino estaba furioso por la necesidad de su sobrina. Pero el ministro tenía un importante proyecto que llevar a cabo y tuvo que partir. Era preciso que el cardenal, que gozaba de fuerte predicamento con mi hijo, le diera las razones objetivas de nuestra oposición. Y escribí al cardenal:

El Confidente no os escribe, porque vos bien sabéis de la diferencia de nuestras escrituras, pero sabéis asimismo que nuestros sentimientos hacia vos son los mismos y que una sola mano escribe de los corazones que son uno en la amistad que nos une a vos.

Largas conversaciones de mi hijo conmigo, y las cartas del primer ministro, y también su propia reflexión, consiguieron hacerle entrar en razón y escuchar nuestros argumentos. Tras su mayoría de edad y su coronación, su matrimonio era el asunto más importante para mí. Ante el evidente peligro,

me encerré con mi hijo en la sala de baños, lugar donde tantas veces había él jugado de niño entre el aroma de los jazmines. Allí no podía haber testigos ni intromisiones. Por fin, accedió a cumplir su deber, pero me partió el corazón verle tan desgraciado. Me oprimía una desagradable desazón, pues mi mayor anhelo era verle feliz y compartí mi desasosiego con una de mis damas que había también tenido que contrariar la inclinación de su hijo:

—Me da lástima, es tierno y razonable a la vez, pero acabo de decirle que estoy segura de que un día me agradecerá el dolor que le he causado y tal y como lo veo no tengo ninguna duda.

Parece que nuestros argumentos hicieron mella en el rey, pues el 21 de junio de 1659 mi hijo se despidió de la Mancini. Luis la acompañó hasta la carroza y lloró delante de las personalidades presentes, cosa que me irritó sobremanera, pues mostraba en público la debilidad de un rey y la falta de dominio de sus pasiones. Partió esa noche a recluirse en Chantilly con unos pocos leales, a desfogar su tristeza en una agotadora partida de caza.

¡Qué claridad de mente y que frialdad la de Mazarino en esta ocasión! Nunca dejaba de asombrarme. El gran logro de su política fue la Paz de los Pirineos, y no dejó que nada ni nadie interfiriera, pues ese acuerdo estaba estrechamente ligado al matrimonio del rey de Francia con la infanta española. Y el momento, con el inicio del declive de España, era el oportuno. Una vez más, estábamos de acuerdo. Esa paz tan deseada por la población tuvo, y él sabía que así sería, el don de apaciguar los enfrentamientos en nuestro país.

Algunos cortesanos, aquellos que nada resuelven y critican todo desde la indolencia, objetaban que el cardenal había tardado en tomar esa decisión. Yo creo que dimos tiempo a que el rey viera por sí mismo la razón de nuestros juicios, sin imponer, con reflexiones de peso, que acabaron abriendo una senda de responsabilidad en la mente de mi hijo. Estos pensamientos se resumían en unas frases que el primer ministro repitió a menudo al rey en esos inquietantes días:

—Aspiráis a ser un gran rey y gozáis de todo para serlo; entonces no empecéis por convertirlos en un juguete de vuestras pasiones.

Mi hijo aducía que no era capaz de dominar esa pasión y Mazarino se oponía argumentando que si no conseguía refrenar la pasión presente, vendrían otras que tampoco sería capaz de domeñar.

Cuando me reuní con mi hijo en Fontainebleau, le encontré hundido en la tristeza. Me dolía en el alma verle tan abatido, pero una rabia sorda me quitaba la respiración al verle sufrir por persona que no lo merecía. El cardenal, desde San Juan de Luz, me preguntaba constantemente por él. Le dolía el desconsuelo de su ahijado, pero Francia era más importante que todos nosotros. El cardenal le escribió una magnífica carta que derrochaba cordura y sentido del deber:

Dios ha establecido a los reyes para que velen por el bien, la seguridad y la tranquilidad de sus súbditos, y no para sacrificar ese bien a sus pasiones privadas.

Consentí, a petición de mi hijo, que las Mazarinettes, María y sus hermanas, vinieran a despedirse de mí y así mi hijo vería a María por última vez. Esta se portó, como yo temía, de la manera más inoportuna, y una vez a solas con el rey, le amenazó con «hacer la vida imposible a su esposa, si por fin cometía el error de casarse con la infanta».

Demostró quién era en verdad, una intrigante ambiciosa, que solo buscaba su provecho. Mi hijo estuvo imposible los días siguientes.

El armisticio, firmado el 7 de mayo nos había abierto la ventana de la esperanza. No más levas, no más madres llorando a sus hijos, y el tesoro en vías de recuperación. El cardenal estaba inquieto porque habían relevado a Pimentel de las conversaciones, y le acusaban de ser en demasía condescendiente con los franceses. Las negociaciones con el nuevo legado, don Luis de Haro, fueron arduas. La parsimonia del castellano sacaba de quicio al italiano en las reuniones y conferencias de las que el cardenal nos mandaba cumplido resumen. Estuvo trabajando sobre los pormenores de ambos acuerdos, matrimonio y paz, con don Luis de Haro durante tres meses. Los temas de discusión eran las regiones de Artois y el Rosellón, y la renuncia a la corona española por parte de la infanta. En cuanto a los

territorios, Mazarino apuntó que no tenía la impresión de que esa pérdida hubiera hecho mella en el ánimo de los españoles. Yo le dije que eran tantas las tierras hispanas y en tantas zonas diversas del mundo, que hubieran necesitado muchos más hombres de los que tenían. Por otra parte, la delegación francesa tomó mucho interés en el asunto de la cesión de derechos, y un secretario del cardenal, llamado Hugues de Lionne, impuso en el contrato de matrimonio una breve cláusula: la renuncia no sería válida, si la dote de quinientos mil escudos de oro no fuese pagada en su totalidad. Esta simple cláusula iba a cambiar el rumbo de la historia: «Mediante el pago efectivo a su majestad muy cristiana, la dicha serenísima infanta se contentará de dicha dote, sin que pueda alegar ningún otro derecho».

Cuando parecía que todo estaba a punto de resolución, me confesó el cardenal que cuando acariciaba el relámpago del triunfo, a última hora surgió un gran contratiempo: Condé. Estaba claro que los españoles anhelaban librarse de él, porque su carácter altanero había producido muchos desencuentros. Pero don Luis de Haro le señaló a Mazarino que no podían entregarlo sin la garantía de que sus bienes y prerrogativas le fueran restituidos. La fama de España requería que todos sus capitanes recibieran su recompensa. Para nosotros era una píldora amarga de tragar.

Entonces el cardenal tuvo uno de esos argumentos en los que era maestro. Recordando unas conversaciones que sobre este príncipe había tenido con el rey, explicó que si el dicho príncipe se hubiera comportado como leal súbdito de su majestad y de Francia a la que debía servir, como le obligaba su alto rango, no se hallaría en esta situación comprometida.

Pasaron los días en un tira y afloja de concesiones para los aliados de ambos bandos, que ninguno de los dos accedía a otorgar de buen grado. Y la firma se demoraba ante mi creciente impaciencia. Mi hermano no quería oír hablar de desplazarse en los rigores del invierno que ya se encontraba en puertas, y la fecha fue pospuesta y fijada para la primavera del año siguiente.

En cuanto el contrato de matrimonio estuvo concertado, Mazarino nos lo hizo saber. Yo respiré aliviada, y mi hijo mandó a María un fabuloso collar de perlas de los mares del Sur a guisa de despedida definitiva. La ansiada Paz de los Pirineos fue firmada el 7 de noviembre de 1659. Parte de mi sueño se

había cumplido.

12. *El matrimonio de la paz.* 1660-1665

Boda de María Teresa y Luis XIV *2 de junio de 1660*

Se cumplía, en ese resplandeciente mes de junio, uno de mis mayores anhelos. La paz con España, mi amado país de origen, era una realidad con la Paz de los Pirineos. Ese tratado se había firmado el 7 de noviembre anterior, finalizando la guerra entre mis dos países, hostilidades que tanto dolor me habían causado y traído penalidades sin cuento para los pueblos de ambas naciones durante casi veinticinco años. Y esa gran noticia había sido posible gracias a un ferviente deseo mío: la boda de mi hijo con mi sobrina María Teresa, como yo infanta de España. Tanto don Luis de Haro, por parte española, como mi leal Mazarino, por la francesa, habían conseguido esta doble bendición para mí y para Francia. Miré con nostalgia aquellos lejanos años en los que tan joven llegué a este mi país que ahora venero, con muchas esperanzas henchidas de inocencia. Nada me fue fácil. Me prometí que para la nueva reina de Francia ocurriría de manera muy distinta. Yo estaría a su lado siempre para ayudarla, protegerla y consolarla en caso fuera necesario, que, por lo que yo observaba en mi hijo, ciertamente sería menester. ¡Ah, triste papel el de la mujer, sufrir y callar!

Pero entre el gozo de la boda se infiltraban oscuros pensamientos que me recordaban el desastre económico en el que nos había sumido la interminable guerra. Todavía debíamos soldadas a los valerosos combatientes de nuestro ejército, y a los mercenarios que, de no ser pagados, estaban siempre preparados para la rebelión y el pillaje. Tenía que recuperar mis esplendorosas joyas para lucirlas en las diferentes ceremonias, pues las había empeñado en una de las crisis pasadas, y tenía que sacarlas del Monte de Piedad. Estaba decidida a relegar estas zozobras y disfrutar de unas bien ganadas alegrías.

El recorrido por los diversos lugares de una Francia por fin pacificada nos dio idea de la popularidad de la monarquía. En todas las ciudades la gente salía a recibirnos, contentos de ver a su joven soberano. El rey exultaba, y la gloria que tocaba ya con sus dedos, cauterizaba la herida de la renuncia a su amor, María. Todavía si cierro los ojos puedo evocar alguna de aquellas imágenes de un tiempo feliz: Carcasona, de imponentes murallas rodeada de campos fértiles, perfumada por las plantas aromáticas; Toulon con su importante puerto, sede de nuestra creciente marina; la turbulenta Marsella, ahora rendida a su monarca. ¡Qué bella es Francia, con tantos ríos caudalosos y paisajes cambiantes!

Gocé del placer de ver a un otrora fiero Condé, que vino a postrarse rodilla en tierra ante su soberano, rendido ante un rey en todo el vigor de su edad y la decisión de hacer grande a Francia. No me privé de la satisfacción de recordar al príncipe tiempos pasados, cuando mis mayores zozobras por él eran provocadas:

—Os confieso que no os he querido bien y habréis de reconocer que yo tenía razón.

Me propuse arrinconar el pasado y gozar plenamente de lo que la Providencia, con su sabiduría y generosidad, me iba a deparar en los próximos días. ¡Ah! Volvería a los refinados placeres de mi infancia: el chocolate traído de Indias, que bien caliente fortalece el cuerpo más debilitado; los jugos de almendra o granada, servidos con hielo traído de cumbres nevadas; el son alegre o melancólico de las guitarras y las comedias de grandes autores como Lope de Vega o Calderón, representadas por actores españoles que mi hermano había mandado venir para festejar la boda y para mi especial contento.

Estábamos en esas diversiones, cuando nos llegó una triste noticia: acababa de fallecer Gastón de Orleans, el atractivo, débil, afectuoso y conspirador hermano de mi esposo que nunca pudo ser rey. Sentí su muerte, pero los desafíos que teníamos que encarar no me permitieron detenerme demasiado en llorarle.

Los embajadores españoles me habían asegurado de la buena disposición de la novia, su carácter plácido carente de doblez. No era muy hermosa, y eso

me preocupaba, pues mi hijo, lo vi desde que él era muy joven, apreciaba en grado sumo la gracia y la belleza femeninas. Pero mi futura nuera era una Habsburgo y educada para ser reina. Dios había dotado a mi hijo con el brillo y la habilidad necesarios para los dos.

Las ceremonias comenzaron el 2 de junio, pues la infanta había de declinar sus derechos a la sucesión española. Así lo hizo en el palacio episcopal de San Sebastián, pero previa aceptación de una cláusula que tendría enorme importancia en los años venideros. Renunciaba así a los derechos de sucesión a la Corona española, pero previo pago del total de la dote estipulada.

El encuentro con mi hermano y mi nuera y sobrina tendría lugar en la isla de los Faisanes, que dividida en su longitud por una frontera imaginaria, convertiría la isla en una parte Francia y la otra España. Los reyes no podían ausentarse de sus países, salvo en caso de guerra, por tanto el encuentro entre ambos reyes, tendría lugar sin que ninguno de los dos dejara suelo patrio. Los españoles se presentaron a las ceremonias vestidos con elegancia sobria, de negro profundo pero iluminado por sutiles puntillas blancas en cuellos y puños y anchos sombreros adornados con plumas y cordoncillos de diamantes.

El 3 de junio tenía lugar el matrimonio por procuración en la bella iglesia de Fuenterrabía, que había sido adornada por el mismísimo Diego de Velázquez. La dorada piedra se elevaba en potentes columnas que sostenían la nave central. La iglesia estaba bajo la advocación de la Virgen del Juncal, que presidía el hermoso retablo, enriquecido con el gusto del sevillano con bellos tapices de Bruselas que narraban los amores de dioses y reinas legendarias; con jarrones de plata cincelados con primor, de los que se elevaban pirámides de claveles blancos y esferas realizadas con apretados nardos. Me contaron que entre el pesado vestido que lucía la infanta, el calor ambiental, las llamas de las múltiples velas, el penetrante perfume de las flores que embriagaban los sentidos, la novia estuvo a punto de desmayarse. Mi hermano no pudo contener la emoción, y cuando hubo de entregar a su hija a don Luis de Haro que representaba al rey francés, y delante del obispo de Pamplona que oficiaba la ceremonia, se le agolparon las lágrimas en los

ojos con tal profusión, que los asistentes quedaron desconcertados, pues jamás habían visto llorar en público a su rey. Me refirieron muchos detalles del enlace, pues el embajador español sabía del orgullo que yo sentía por mi patria de origen. Me dijo que Felipe IV se presentó vestido de grises y plata y que en el sombrero llevaba el famoso diamante rectangular Espejo de Portugal y, colgando de él, la no menos famosa perla Peregrina encontrada en la isla Santa Margarita del archipiélago de las Perlas, en los mares de Indias.

Yo estaba muy interesada en saber de mi sobrina la infanta, pues recuerdo muy bien el desdén de mi esposo hacia nuestras modas y me preocupaba la impresión que haría María Teresa sobre mi hijo. Ella lucía un resplandeciente vestido blanco puro bordado en oro y constelado de piedras preciosas.

Mi hijo el rey mandó al día siguiente a su ya esposa un magnífico regalo de bodas que consistía en un bello cofre, que encerraba refulgentes joyas de oro, anillos y cruces; preciosos relojes con espléndidas miniaturas en esmalte; y otros presentes refinados como espejos de plata y nácar; guantes perfumados, y redomas con exquisitas fragancias. Las dádivas iban acompañadas de una carta:

Recibir al mismo tiempo una carta de vuestra majestad y las noticias de la celebración de nuestro matrimonio, y estar a punto de tener la dicha de veros, son sin duda asuntos que me proporcionan un indescriptible júbilo.

La ternura y la turbación se apoderaron de mí ante la perspectiva de acudir el 4 de junio al encuentro de mi hermano el rey de España y conocer a mi sobrina, que era ya reina de Francia. Temía que los jóvenes novios no se gustaran, y es que los recuerdos de mi boda lejana empañaban la alegría de la jornada... temía que a ellos pudiera sucederles lo que aconteció entre mi esposo y yo. La desconfianza, el desapego, la ausencia de pasión en nuestra vida común.

Pero ese día amaneció soleado, con esa brisa marina, fresca y crujiente tan propia del norte de España que enardece el ánimo. Los caballos aspiraban el aire con sus belfos de terciopelo, la servidumbre se afanaba de aquí para allá, y yo sentía el pecho henchido de una dulce alegría. Manuela, a mi lado,

retocaba un pliegue de la rutilante seda de mi vestido, colocaba un mechón de pelo rebelde que se escapaba del complicado peinado, o apartaba de mis zapatos una mota de polvo inexistente. Me transmitía con sus manos que movía como palomas en vuelo, su amor incondicional. ¡Cómo quería a esa mujer! Se había casado, con mi ayuda y patrocinio, con un joven de mi guardia, tranquilo y amable. Este segundo desposorio no había llegado con la fulgurante llama de pasión de su breve primer matrimonio, sino con la armoniosa felicidad de la ternura y la comprensión. Este casamiento le había proporcionado un riente grupo de chiquillos, que alborotaban a la llegada de su madre con las chucherías que yo les enviaba.

Me preparé con esmero para que mi hermano estuviera orgulloso de la reina de Francia, nacida española. La reunión, tras cuarenta y cinco años sin vernos, se celebraría en la isla de los Faisanes, en una sala muy similar a la que montaron para mi boda. Me acompañaban mi hijo menor, Felipe, Monsieur, y el cardenal Mazarino, muñidor, con don Luis de Haro, de la ansiada paz. No me resultaba fácil dicho encuentro. Nos separaban no solo los muchos años de ausencia, sino los veinticinco de guerra entre nuestros países. El salón estaba enriquecido en sus paredes con bellos tapices de paisajes y flora, y mullidas alfombras de colores vibrantes amortizaban nuestros pasos. En mitad de la cámara recordé que había una línea imaginaria que marcaba la frontera entre España y Francia. Me acerqué lentamente observando a mi hermano. Caminaba erguido y su porte era majestuoso aunque sus vestiduras, en un bello tejido ocre, resultaban sobrias para la moda de los señores franceses. Mi sobrina me gustó de inmediato. Su continencia era dulce y recatada, no era muy alta, pero bien proporcionada y su sonrisa tímida me pareció encantadora.

¿Gustaría a Luis?

Cuando llegamos a la línea fronteriza, ninguno de los dos la traspasamos, pues un rey no podía abandonar su reino, pero nos abrazamos y yo quise besar a mi hermano a la manera francesa pero él, fiel a la elegante sobriedad castellana, no lo consintió, manteniendo el austero protocolo español. Sin embargo, María Teresa fue muy efusiva. Las frases que habíamos de pronunciar habían sido previamente pactadas, nada se había dejado al azar.

La conversación comenzó por el dolor que nos embargaba de haber guerreado durante tantos años. Yo sentí una necesidad acuciante de que el rey de España entendiera la posición de su hermana, la reina de Francia:

—Espero que vuestra majestad me perdonará el haber sido una buena francesa: se lo debía al rey, a mi hijo y a Francia.

En ese momento, Mazarino intervino con su proverbial oportunidad con un golpe de escena, como había sido ya acordado: un joven de incógnito pidió venia a Felipe IV para poder presentarse. Apareció Luis en el umbral, y se quedó observando a su esposa en la puerta, gallardo, hermoso y alegre. Mi hijo entusiasmó a mi hermano, que me susurró alborozado:

—Tengo un hermoso yerno. Tendremos nietos.

He de reconocer que María Teresa no era la fascinante criatura que yo había imaginado. No muy alta, usaba un vestido imponente con el famoso guardainfante, que la empequeñecía. En vez de peinarla de forma airoso, que elevara un poco su figura, le habían hecho el peinado de moda que ensanchaba su rostro. Majestuosa, pero no esbelta. Tras el encuentro y siguiendo el protocolo establecido, el rey Felipe IV y la infanta regresaron a Fuenterrabía y mientras la falúa bogaba hacia España, Luis sombrero en mano galopaba desde la orilla mostrando así afecto a su esposa. Cuando encontré a mi hijo más tarde, me dijo que le había parecido bonita y que no le había disgustado en absoluto. Respiré aliviada.

Quedaba otra importante ceremonia, un acontecimiento histórico con el que yo había soñado toda mi vida: la rúbrica de la paz entre nuestros dos países.

El 6 de junio era un día magnífico, pero de bastante calor. La humedad ambiente y los recargados atuendos que usábamos hicieron que la temperatura fuera casi insoportable dentro de la sala en la isla de los Faisanes. En esa amplia estancia que tantos recuerdos míos guardaba, Mazarino había organizado un ritual impecable.

Sobre la línea de la simbólica frontera, había una mesa cubierta con un hermoso brocado. El rey de España permaneció en la parte española y el rey de Francia en la suya, así cada uno podría firmar el tratado sin dejar su reino. El cardenal Mazarino trajo un crucifijo que presidiría durante toda la

ceremonia y el Evangelio ante Luis. El patriarca de las Indias, hizo lo mismo con Felipe IV. Era una celebración solemne y los dos monarcas se arrodillaron. Acto seguido, se procedió a la lectura del Tratado de Paz de los Pirineos, en francés y en español.

Cuando hubo acabado la lectura, los dos reyes juraron cada uno sobre su Evangelio, y acto seguido se levantaron y se fundieron en un estrecho y prometedor abrazo. Tras finalizar la firma del ansiado documento, sentí un profundo alivio. Nuestras naciones eran por fin hermanas. Al día siguiente, María Teresa tuvo que separarse de su padre, y lo hizo con profunda tristeza, y como hiciera su madre Isabel de Borbón, con tantas lágrimas, que sentí una infinita compasión por esa niña que dejaba sus seres queridos para siempre.

Yo conocía bien a mi hijo, y comprendí que ansiaba gozar de cierta intimidad con su esposa, pero le amonesté seriamente diciéndole que tenía que esperar hasta el día de la boda en la iglesia.

Y llegó la feliz jornada. La ceremonia se iba a celebrar en la costera San Juan de Luz, uno de los más importantes puertos pesqueros del país y residencia de ricos corsarios. Era una villa alegre, mecida por el río Nivelles, batida por el Atlántico, y que reunía doce mil habitantes. Dos casonas excelentes nos alojaron, pero la ciudad no contaba con suficientes casas para albergar gentes de tal categoría. El rey, yo misma y parte del séquito residíamos en Casa Lohabiage Enea, que en adelante llamarían Casa Luis XIV, honrados los propietarios por la visita real.

María Teresa se hospedaba en Joanoenia, conocida después como Casa de la Infanta. Su fachada era muy atractiva por su piedra rosada y el ladrillo rojizo y la galería que la adornaba. Tanto a mi nuera como a mí nos sirvieron unos dulces que no conocíamos que se llamaban *paré gabéa* en vascuence, que quería decir «sin igual».

Tanto nos gustaron a ambas que mandamos servirlos acompañados de vino dulce tras el banquete nupcial.

Como siempre, las disputas sobre precedencias entre los «importantes» nos hacían perder tiempo gastando energía en detalles nimios: las damas encargadas de llevar la cola de la novia tenían su importancia, pero la longitud de la cola del vestido que lucirían las damas con ese cometido me

parecía un tema baladí. Después de haber pasado tantas peripecias y preocupaciones, estas menudencias se me antojaban mezquinas. La iglesia de San Juan Bautista estaba adornada con miles de flores, las velas titilaban en la penumbra del templo y suntuosos tapices flanqueaban el majestuoso retablo, que contrastaba con la carabela que colgaba del techo, exvoto de algún marinero en apuros. La puerta por donde entraron los contrayentes fue tapiada años después. Ante al altar habían colocado una mesa y dos sillones cubiertos con un terciopelo oscuro. María Teresa vestía, a pesar del calor sofocante de esa jornada, el tradicional manto de las reinas de Francia, de terciopelo morado bordado con las flores de lis, que le hacía parecer aún más frágil. Recordé el día de mi boda, cuando al colocarme ese mismo manto, me sentí abrumada por su peso real y la carga simbólica que portaba sobre mis espaldas de niña. Mi hijo estaba magnífico en su traje de ceremonia bermellón, adornado con encajes y lazos, según la moda francesa. Lucía también la capa con la cruz de Saint-Esprit, sobre la que descendían sus rizos oscuros sobre el tejido aterciopelado.

El cardenal Mazarino, padrino de mi hijo por voluntad de mi esposo Luis XIII, exultaba.

Yo no ocultaba mi gozo, pues entendía que ese matrimonio, además de sellar la paz entre nuestros dos países, sería uno de los esponsales más importantes de la historia.

Pedí a Dios les concediera la felicidad que yo no conocí.

Dada la importancia del acontecimiento, el banquete tenía que marcar una época. A los usuales manjar blanco con todo tipo de carnes sazonadas con azúcar y canela, seguían las verduras como guisantes y espárragos; la cocina francesa presentaba una novedad culinaria, las *mousses* o espumas tan suaves y delicadas de pescados o mariscos; y en honor a la reina, unos espectaculares pavos con su cola de plumas en abanico, que traídos de Indias, de sus posesiones españolas, estaban muy de moda en las cocinas reales europeas. Luego llegaron las frutas entre las que destacaron unas piñas, venidas también de Indias, con sus enhiestos penachos, cuyo sabor agradó tanto a mi hijo que se propuso cultivarlas en los invernaderos de palacio. Y para terminar, todo tipo de dulces, pastelillos de almendra y los recién

descubiertos «sin igual» que tanto nos habían agradado.

Cuando se retiraron con el protocolo habitual, el gesto de María Teresa mostraba una cierta inquietud, pero mi hijo debía de murmurarle amables palabras, pues su actitud se fue dulcificando. Al día siguiente, la expresión en los rostros de los recién casados reflejaba que el entendimiento había sido perfecto. Creo que desde aquel día María Teresa amó a mi hijo con todo su corazón. Me prometí a mí misma hacer todo lo posible para que esa comprensión no fuera entenebrecida por nada ni por nadie.

El 26 de agosto hacía María Teresa su entrada triunfal en París. La ciudad se había transformado en un majestuoso teatro. Las calles estaban empavesadas con espléndidas colgaduras, banderas y gallardetes que flameaban al viento tórrido del estío, y elaboradas arquitecturas efímeras representaban héroes míticos y bellas reinas que habitaban arcos victoriosos que recordaban las hazañas de los monarcas. Uno de los más sorprendentes era el del Mercado Nuevo. Una serie de columnas sostenían el portal, coronado por una pintura que representaba al rey como Hércules, que recibía de la Victoria una rama de olivo. La paz que traía su matrimonio con María Teresa.

Atravesó la capital María Teresa entre las aclamaciones fervorosas de la buena gente, pues los parisinos agradecían ruidosamente a la reina española que hubiera traído la paz. Yo presencié el desfile desde un balcón en la calle Saint-Antoine en compañía del cardenal, y he de confesar que mi hijo me pareció el más hermoso y gallardo de los hombres. Se presentó a caballo, majestuoso en sus ropajes bordados de oro y plata, caracoleando alegremente, para regocijo del pueblo de París que adoraba ver a sus jóvenes reyes enamorados, y ya elucubraban sobre los niños que llegarían en el futuro próximo. Cuando llegaron al centro de la ciudad, descendieron de sus cabalgaduras y subieron a un estrado, allí se dirigieron las autoridades de la ciudad precedidas por su alcalde, para rendirles acatamiento. El presidente del Parlamento lo hizo desde la distancia, pues no le consintieron acercarse por su comportamiento durante la Fronda.

Hubo justas y torneos en honor de la nueva reina, donde los más seductores caballeros ofrecían sus victorias a su dama. El primer caballero

galopando en su brioso caballo era el rey. En aquel torneo la atención de mi hijo hacia su esposa era constante, y cuando le brindó la lanza antes del combate, su mirada denotaba amor. Durante algunos años su relación con la dulce María Teresa fue tierna y afectuosa. Llegué a creer que la amaría siempre.

Fouquet, colaborador del cardenal desde muchos años antes, había ideado una muestra de agradecimiento de los franceses hacia el cardenal, y nadie mejor que los parlamentarios, tan revoltosos en el pasado, para representar ese reconocimiento expiando así sus pasadas culpas. Una nutrida delegación del Parlamento se presentó en el palacio-cardenal, para felicitar a Mazarino por tantos e importantes objetivos logrados para Francia. El ministro aprovechó la ocasión para quitarse la espina ante aquellos que tanto le habían perseguido:

—Si no merezco las alabanzas que me hacéis ahora, tampoco merecía los reproches y maldiciones que me adjudicasteis antes... pues aquellos que debían apoyarme hacían todo lo necesario para hacerme naufragar.

El 30 de junio de 1660 sentí que tenía que agradecer a Mazarino de una manera especial todo lo que había batallado por lograr ese matrimonio, que colmaba mis anhelos y traía la ventura al reino. Le escribí una carta que salió del corazón:

Os aseguro que los días de mi vida los emplearé en testimoniaros que jamás ha habido otra amistad mas verdadera que la mía, y si no lo creéis, espero que en justicia os arrepintáis un día de haberlo dudado.

Unos meses antes, en junio de 1660, el cardenal había saboreado su triunfo. La boda de su ahijado con la infanta María Teresa, que había traído la Paz de los Pirineos, era el objetivo que él llevaba persiguiendo durante años. Hasta que había sido posible. Ver a mis dos patrias, España y Francia gozando de un acuerdo fructífero para las dos naciones, me había llenado de alegría y orgullo por el deber cumplido.

Carlos II entra en Londres

21 de julio de 1660

Otra buena noticia me hizo creer que el viento soplaba a nuestro favor. Carlos II, mi sobrino, rey de Inglaterra e hijo de mi cuñada Enriqueta, hacía su entrada triunfal en Londres el 21 de mayo para recuperar su trono. El año anterior había pedido ayuda para una campaña a Mazarino, y a pesar del mucho afecto que yo tenía hacia esos sobrinos y a mi cuñada Enriqueta, el cardenal tuvo que negarse porque el tesoro estaba exhausto. Hubiera querido hacerlo, pues era una causa justa, ya que Cromwell había dejado su país arrasado por una cruenta contienda, pero finalmente, Carlos había sido llamado por los ingleses y aclamado en todo el recorrido por un pueblo entusiasta. La entrada oficial en Londres en el mes de julio resultó un triunfo. No era un guerrero ni un político astuto, era un hombre que había vivido situaciones dramáticas y no se hacía ilusiones sobre un glorioso futuro. Sin embargo, mi cuñada Enriqueta, traumatizada por el asesinato de su esposo el rey, y con un profundo deseo de restaurar la fe católica en la isla, organizaba su apoteósico retorno que iniciaría su campaña a favor del catolicismo más ferviente. Veía a su hijo un tanto indolente y más inclinado a vivir vida placentera que a mezclarse en asuntos complejos.

Atrás quedaban el horror de la decapitación de su esposo y su angustiada huida con sus hijos; ella se veía como la mujer fuerte de la Biblia, encargada de devolver la auténtica fe a la salvaje Britania. El recién tornado rey, desconfiaba de la prudencia de su madre, necesaria en una situación tan volátil; comprendimos todos que Carlos habría de estar siempre alerta y medir en todo momento sus hechos y sus palabras. El soberano inglés reanudó su alianza con Francia y aceptó que su hermana Enriqueta-Ana se desposara con mi hijo Felipe. Era una boda deseada por mí, pues quería a esa niña que había crecido refugiada en mi corte. Nunca hubiera podido imaginar que esa dulce joven iba a ser fuente de grave preocupación.

Proseguimos nuestra vida con la serenidad de la meta alcanzada y el 30 de octubre, Mazarino me ofreció el regalo que más me distraía y entusiasmaba:

una representación teatral en su magnífico palacio. Los salones mostraban el buen gusto y la afición por el esplendor, tan romana, del cardenal. Cuadros de grandes pintores, refinados tapices y muebles de exquisita factura adornaban esta mansión que Mazarino había creado con su inclinación por la belleza. Admiré la recuperada y extraordinaria biblioteca, tanto por el número de volúmenes como por sus cuidadas encuadernaciones.

La obra representada esa noche era de Molière, autor que tanto complacía al rey, se llamaba *Les précieuses ridicules* (Las preciosas ridículas), obra cómica que regocijó mucho a mi hijo. Vi con satisfacción que María Teresa recibía de continuo los homenajes propios de una joven reina, y el acatamiento de los cortesanos. No pude evitar el recuerdo de las numerosas celadas que tuve que vadear, y que no deseaba a la tierna María Teresa. La única sombra en mi felicidad fue que encontré al cardenal cansado y desanimado. Desde hacía unos meses, Mazarino, que seguía llevando los asuntos de Estado con su habitual lucidez, se encontraba a menudo fatigado.

Pensé que el reciente ajetreo y las tensiones de las discusiones le habían debilitado y que con un buen descanso sería de nuevo el hombre animoso y alegre que siempre había sido. Ciertamente es que la gota y los cálculos del riñón le hacían sufrir de vez en cuando desde hacía meses, pero ahora se habían agravado. Mazarino estaba muy enfermo, pero como era de corazón generoso y mente abierta, quiso hasta el final proporcionarme las alegrías de las que yo disfrutaba. Organizó bailes, comedias, mascaradas y banquetes para que yo guardara en mi memoria su jovialidad y ganas de vivir, de aquella ocasión memorable. Como último legado al arte y a la belleza mandó construir la escalinata que desciende majestuosa desde la Trinità dei Monti hasta la piazza di Spagna, así llamada por estar la sede de la embajada de España.

No supe entender la hondura del cansancio del primer ministro. Una noche se produjo un incendio en el Louvre, y yo observé con pena que Mazarino no podía andar deprisa y hubo que sacarlo en volandas entre dos ayudantes, pues el fuego apremiaba. Marchamos todos a Saint-Germain, mientras que duraban los trabajos de restauración, y Mazarino decidió retirarse al palacio de Vincennes que había sido restaurado y ampliado por Le Vau. Sabía él que le quedaba poco tiempo de vida. La gota y los cálculos de

riñón que sufría fueron minando muy deprisa su salud, dormía mal y la falta de descanso le fue agotando. Los médicos, que tan poco sabían, le recomendaron píldoras de opio o láudano para que pudiera conciliar el sueño. Tanto el rey como yo misma acudíamos a diario a visitarle y mostrarle nuestro afecto. Hasta que empeoró y tuvimos que permanecer el rey y yo a su lado.

Muerte de Mazarino

9 de marzo de 1661

Al inicio de 1661 empecé a temer lo peor: el mal de mi amigo, de mi leal ministro no tenía cura. Nos invadió a mi hijo y a mí una devoradora tristeza. No sabía a qué galenos acudir que pudieran arrancarlo del letal abrazo de la muerte. Hombre de una talla humana singular, había sabido escucharme, comprenderme e inspirarme los más refinados sentimientos; nos unían lazos espirituales e intelectuales que nos colmaban el ánimo y que la gente maliciosa tomó por otro tipo de relación. Habíamos compartido penas y alegrías, profundos abismos y cumbres de gloria. Le visitábamos allí de continuo, hasta que empeoró y fue necesario que me quedara allí para cuidarle y dormía en la cámara junto a la suya. Me taladraba el dolor cuando oía sus lamentos sofocados, pues él no quería que yo los oyera; padrino responsable, al verse morir, avisó al rey que necesitaba hablarle, y se reunió con su ahijado varias veces para darle los últimos consejos.

El 22 de febrero le vi tan grave que no pude contener las lágrimas, y para no perturbar su serenidad, salí de la cámara, y toda la corte me vio llorar con desconsuelo. Di orden de que se rezara en todas las iglesias, práctica reservada solo a los reyes, pero que mi hijo respaldó con emoción contenida. La confianza en la Divina Misericordia que siempre había acompañado a Mazarino le hacía encarar ese trance con entereza. Y en un momento en el que el dolor le había dejado de torturar me confió:

—Dios me ha concedido la merced de vivir hasta ver culminada la paz, y otorgarme una larga enfermedad... para que pudiera ocuparme de la

salvación de mi alma.

La rica personalidad de Mazarino apareció ante mis ojos con el brillo del sol. Por una parte, su entrega a la voluntad de su divina majestad; por otra, la necesidad de dejar sus asuntos resueltos. Su confesor, un riguroso teatino, le condujo por los senderos del espíritu; Colbert, que se ocupaba de su patrimonio, por los caminos del orden de los bienes terrenos.

Como excelente organizador deseaba dejar todo bien dispuesto, y me pidió que cuidara de sus sobrinos que no se habían aún desposado, la pequeña Marianne y el joven Philippe. Su estado se agravó y en la madrugada del 7 de marzo, yo oía los lamentos del moribundo que yacía en la estancia contigua, y me desgarraban el alma.

Ese mismo día, el rey convocó el primer Consejo al que no asistía el cardenal. Como era su costumbre, la señora de Motteville dejó una aguda observación con estas palabras escritas para la historia: «Entonces vi al vivo tomar el puesto del moribundo, con el inicio de grandeza, de continuidad y de repercusión que me hizo admirar los cambios de este mundo».

Mazarino, consciente de su fin, nos legó su cariño y devoción en una serie de pensamientos destinados a vivir en nuestra memoria, y que yo atesoro. En sus últimos días de vida, me dedicó una de sus frases en la que reconocía mi coraje en la adversidad, y esas palabras de labios de un moribundo me tocaron el corazón:

—Una increíble firmeza de alma.

La admiración de ese hombre sin igual compensaba todos mis desvelos. Estuve a su lado en su agonía, como él lo estuvo en mis zozobras.

Recibió la extrema unción y antes de fallecer susurró:

—Estoy cerca del fin. Mi alma se turba. Espero en Jesucristo.

El 9 de marzo, de madrugada, Mazarino entregó su alma al Creador. Al pie de su cama, sentí una aterradora sensación de vértigo, abandono y dolor difícil de explicar. Había perdido para siempre la lealtad, la inteligencia y la ternura que él me brindó con generosidad. El rey y yo sufrimos mucho con la muerte del leal consejero y amigo, y decidimos, de común acuerdo, organizar los funerales y el duelo como si el fallecido perteneciese a la familia. Supe

que le iba a echar de menos, que me faltaría a todas horas su esclarecedor consejo, su capacidad de separar lo esencial de lo accesorio, su tenacidad, su fuerza tranquila; su conocimiento de la política internacional... Fue un hombre que buscaba la excelencia, la gloria propia de los héroes antiguos. Decidí que se guardara luto en la corte, pero pedí a mis damas que no volvieran a mencionar el nombre del cardenal. Esta petición extrañó a alguna de ellas, no así a Manuela, que comprendió que yo temía no tener la fuerza necesaria para contener mi llanto al recordar lo extraordinarias que habían sido nuestras vidas.

Cuando me paraba a pensar, contaba las personas que yo había amado en la infancia y en la edad adulta, y eran muchos los que estaban ya en el reino de las sombras. Pero para mí, profunda creyente, ese mundo no era el de la oscuridad, sino el de la luz, donde encontraría a todos esos seres queridos que tanto significaron para mí. Mazarino nos había ya dejado y yo sufría su ausencia, después de tantos años trabajando juntos en las dificultades y en los momentos de exaltación, que también los hubo. El rey, tan apegado a mi primer ministro, le lloró ante toda la corte, cuando el protocolo le obligó a abandonar la cámara mortuoria en Vincennes.

En su testamento recordó a todos, me legó el diamante la Rosa de Inglaterra, que no tenía parangón, un anillo con un precioso rubí y varios muebles de impecable factura. Él me había rogado que protegiera a sus sobrinas, y así lo hice a pesar de las torpezas por ellas cometidas, y nombré a Olimpia, ya princesa de Conti, para la superintendencia de mi casa, y a su hermana, la condesa de Soissons, a la de la reina María Teresa. Me había pedido también que su corazón fuera depositado en Santa Ana la Real, Sainte-Anne-la-Royale, del convento de los teatinos, y su deseo fue cumplido.

Desde su muerte nada fue igual. Mi leal y brillante consejero había dejado un profundo vacío en nuestras vidas. Parecía que la estirpe de servidores del Estado como Mazarino se hubiera extinguido. Tuve que adaptarme a muchos cambios que, aunque no me gustaban, acabé por aceptar. El rey anunció que tras la muerte de Mazarino no nombraría primer ministro; iniciaba un periodo de firme autoridad real, que iba a fortalecer a Francia. Hizo muy bien, pues

durante la enfermedad del cardenal, los cortesanos habían empezado ya a hacer sus cábalas sobre quién sustituiría al influyente ministro, pues suponían que tras el duelo por el difunto, el rey tomaría a su caza, sus bailes y otras diversiones.

Se equivocaban todos. No habían comprendido que Francia tenía un gran rey. Convocaba el Consejo de vez en cuando y yo era raramente invitada a participar, pero no podía quejarme porque jamás llamó a su esposa María Teresa para que formara parte de él.

Siempre me había prometido a mí misma no comportarme con mi nuera como lo había hecho María de Medici conmigo que me había *mise sous le boisseau*, relegado al ostracismo. Me entregué de corazón a la tarea de ayudar a mi sobrina y nuera a conocer y adaptarse a esta corte tan distinta a la nuestra. Conseguimos entre las dos crear una relación que era filial por su parte y maternal por la mía. Esta mujer dócil, tímida y dulce adoraba a mi hijo, pero no tenía el carácter para enfrentarse o mantener a raya a las intrépidas damas francesas, decididas a acaparar la atención del rey a cualquier precio.

A las tres semanas, al final del mes de abril, tuve la inmensa alegría de celebrar la boda de mi hijo Felipe con Enriqueta-Ana de Inglaterra, prima de mis hijos e hija del desventurado Carlos I. Esta alianza me tranquilizó porque, desde hacia unos años, veía a mi hijo menor rodeado de favoritos jóvenes, alocados, hermosos y algunos muy ambiciosos. Pero muy pronto la inquietud tornó, por un motivo muy diferente. Veía con preocupación la creciente amistad entre el rey y mi nuera Enriqueta-Ana; esa niña con la que Luis no quería bailar porque tenía solo once años. ¡Qué ironía del destino! Ahora yo tenía que estar atenta a que no bailaran demasiado. Jean Baptiste Poquelin, Molière, no hubiera podido imaginar una trama más jocosa de la que tuvo lugar en palacio.

Para ocultar la inclinación incestuosa de mi hijo hacia su cuñada Enriqueta, combinaron los dos que Luis la visitaría haciendo ver que sus atenciones se dirigían a una de sus damas de compañía. Y tras una breve conversación en la que intenté hacerle entrar en razón, y a la que mi hijo

hacía oídos sordos, mi enfado no tuvo límites. El rey acababa además de expulsar de la corte a los marqueses de Navailles por defender las buenas costumbres. Indignada le dije:

—Castigáis su virtud.

No parecía el mismo hijo de antaño. Yo veía con desmayo que no era capaz de dominar sus pasiones. Después de esta conversación, estuvo varios días sin dirigirme la palabra, y fue mi amigo Montagu, el buen Wat, quien hizo de mediador para una tregua necesaria. Pero Luis siguió con sus costumbres licenciosas. Tras dos breves galanteos con dos bellas jóvenes, el rey se fijó, y esta vez en serio y con más intensidad, en una damita espigada, de lánguidos ojos azules, pelo rubio muy claro, casi de plata, una voz suave y melodiosa y total adoración hacia su rey. Se llamaba Luisa de la Vallière y me recordaba en apariencia, actitud y carácter a esa otra Luisa que mi esposo cortejó en tiempos pasados.

Tampoco estaba muy contenta con la actitud de los jóvenes que rodeaban a Felipe; se comportaban con demasiada libertad, igual que su esposa Enriqueta. Uno de los comentarios de la corte sobre esta princesa era que cuando había visitado la corte de su hermano Carlos en Inglaterra, había inflamado el corazón del joven duque de Buckingham, y que este corrió a París en pos de su amada Enriqueta y de nuevo pedí el apoyo de Wat para que interviniera y me ayudara para terminar esa locura.

El rey tuvo a bien organizar el 23 de julio en la corte, en una noche perfumada y cálida, el *Ballet de las Estaciones*. Enriqueta-Ana brillaba, claro está, en el papel protagonista, Diana Cazadora, pero una esbelta Primavera destacaba entre todas las estaciones: era Luisa de la Vallière a quien la señora de Sévigné había apodado el Rocío, por su frescor y juventud. Su padre se había distinguido por su valor y hábil estrategia en la batalla de Rocroi y la familia gozaba de respeto, no así de fortuna, pero Luisa había recibido una esmerada educación, pues había crecido junto a los hijos de Gastón de Orleans en Blois. Era dulce y sumisa y tenía dos cualidades que agradaban a mi hijo, era una magnífica amazona y excelente bailarina, a pesar de una ligera cojera.

Comprendí que esa chica tenía todo lo necesario para atraer a mi hijo, que

no necesitaba estímulos para ser atraído, y otra vez me asaltó la duda: ¿saldría a su abuelo Enrique IV, apodado el Vert Galant? La sospecha me obsesionaba y me hacía temblar de aprensión. Me consta que Luisa era piadosa y que se resistió al cerco al que mi hijo le sometió durante semanas. Cierto o no, ella parecía amarle por sí mismo no por ser el rey, y entendí que esa postura de ella era un potente afrodisíaco para él. Luis contaba con uno de sus cortesanos para hacer de correo entre los dos enamorados.

Manuela, mi buena Manuela, que se enteraba de todo, pues tenía amigos hasta en el infierno, me contó que ese cortesano era Fouquet y que este atolondrado había intentado comprar a Luisa, y que esta se lo comentó al rey. El superintendente no había entendido lo peligroso que es interferir en los amores de un rey. Luis no lo olvidó.

Fiesta en Vaux-le-Vicomte

17 de agosto de 1661

En agosto de ese año, fuimos invitados a conocer la magnífica casa y jardines que Fouquet, superintendente de Hacienda, se había hecho construir en Vaux-le-Vicomte. El jardín había sido diseñado por el genio de Le Nôtre, el arquitecto Le Vau era el responsable del bellissimo palacete y el pintor Le Brun había realizado unas pinturas, según decían, sugerentes y hermosas. Acudimos mis dos hijos y yo, pues la reina, mi nuera, estaba en estado de buena esperanza y debía reposar. Su escaso conocimiento del idioma francés, le aislaba de la compañía alegre y bulliciosa de los jóvenes cortesanos que rodeaban al monarca. Entonces ella se apoyó en mí, y buscaba mi proximidad y la de mi séquito, que estaba formado por gentes de cierta edad y muy devotas. Y eso también le separó de las personas que rodeaban a su esposo.

Estábamos en tiempo de paz, y todos los jóvenes señores desocupados se dedicaron a la dulce tarea de amar. No es que quiera disculparle, pero mi hijo tenía entonces veintidós años, era hermoso, alto, lleno de vida y sabía gozar la vida. Yo encontraba escandaloso el proceder de algunas damas, que le perseguían de manera indigna, mientras María Teresa, la reina, hacía una vida

retirada dado su estado de buena esperanza. Enriqueta-Ana, casada con mi hijo Felipe, estaba siempre al lado del rey, y se convirtieron en la comidilla de la corte. Era tan obvia esa relación que María Teresa sufría y Felipe se sintió ofendido. Cuando Luis se fijó en Luisa de la Vallière, sentí alivio. ¡Qué equivocación! Había de ser una relación que me produciría seria inquietud.

Era mucha la curiosidad que sentíamos ante la fiesta que íbamos a presenciar, pero nuestras expectativas se vieron colmadas y sobrepasaron lo esperado. El palacete era de una armonía sin igual, con el cuerpo central flanqueado por dos cuerpos simétricos que avanzaban hacia el jardín de entrada; Le Vau había diseñado una magnífica morada para Fouquet. En el interior se sucedían los distintos salones en una perspectiva esplendorosa que terminaba en una extraordinaria sala oval, cuya potente cúpula estaba sostenida por doce cariátides que representaban los signos zodiacales y cuatro que simbolizaban las cuatro estaciones. Habitaciones, cámaras y salas estaban decoradas con muebles de extraordinaria taracea, cuadros de insignes pintores, intrincados tapices con escenas mitológicas y relucientes bronce. No cabía la menor duda, Fouquet era creativo y su imaginación había sido espoleada por su dedicación anterior a la Compagnie des Îles d'Amérique que le había abierto un mundo diverso, exótico y fastuoso, cuya dirección había sido un regalo de su padre que regentaba esa compañía hasta unos años atrás.

Pero quizás lo más sorprendente era el jardín, organizado de manera innovadora con superficies abiertas, divididas en parterres rectangulares, geométricos y simétricos, que colaboraban a crear esa perspectiva racional, única, que estaba adornada por estatuas y regida por espejos de agua, donde frondosos bosques a ambos lados ofrecían abundante caza. Atrás quedaba el jardín italiano formado con *stanze*, cámaras, y recluidas estas por perfumados setos, aunque yo sí reconocí cierta inspiración en el Buen Retiro. Me encantó un magnífico invernadero que albergaba numerosos naranjos. Me recordaba a los jardines de España con sus abundantes huertos de naranjos, que vistos desde lo alto asemejaban a mares de frutos de oro, cuyo azahar aromaba como si estuviéramos en el paraíso. Pude distinguir en la lontananza, un misterioso túnel formado por cientos de plátanos orientales que, podados a la perfección, creaban esta galería de la naturaleza. La armonía entre

arquitectura y paisaje era total, y la magnificencia del conjunto hacía pensar en la majestad, tanta era la grandiosidad y el exquisito gusto de la propiedad.

La cena fue estrepitosa. Las personas reales teníamos vajilla de oro y los demás *solo* de plata. El cocinero del generoso superintendente de Finanzas había derrochado ingenio y buen hacer. A lo largo de treinta mesas de bufé, desplegaba su sabiduría culinaria con más de ochenta platos diferentes. En las mesas de los postres, los centros de flores estaban realizados en caramelo de la manera más exquisita.

Al anochecer comenzó el espectáculo. Las cascadas retumbaban entre las rocas, las fuentes manaban agua suave que murmuraba susurrante y los estanques de plácidas aguas reflejaban los castillos de fuegos artificiales que estallaban en resplandores en el cielo y finalizaban escondidos en las oscuras aguas. Un joven cocinero llamado Vatel iniciaba con esa cena su ascenso a la gloria.

Fue tal la magnificencia, esplendor y exquisitez en todos los aspectos, que fue evidente el derroche que Fouquet había realizado para esa mansión y esa noche. Mi hijo Felipe susurró al oído a su hermano el rey:

—Será preciso que vuestra majestad se haga superintendente de Hacienda.

Yo estimaba al superintendente porque recordaba con qué eficiencia y lealtad él y su familia nos habían ayudado durante la temible Fronda; porque era amigo de Mazarino y porque había organizado que Corneille se dedicara de nuevo al teatro. Y sus medidas habían contribuido en gran manera a paliar la desastrosa situación durante la crisis del año cuarenta y ocho. Pero Fouquet tenía un enemigo acérrimo, y lo tenía muy cerca. Se trataba de Colbert que cada día crecía en estima junto a mi hijo, y aprovechaba esa cercanía para dinamitar el buen nombre del superintendente. Poco a poco, con insinuaciones, documentos dejados al desgaire sobre la mesa del rey, el oscuro Colbert había ido minando el parecer del monarca sobre el brillante Fouquet.

Su prendimiento estaba previsto para la misma noche de su fastuosa fiesta, ante toda la corte e invitados de rango. Había de ser un escarmiento sin igual para quien osara subir tan alto, y era sin duda una aplastante venganza

de Colbert hacia su rival. Supe de todo ello y comprendí que Fouquet estaba en peligro, pero el rey, conoedor de mi amistad con la madre del superintendente y sus amigos del «partido devoto», me vino a ver y me reveló las acusaciones que pesaban sobre él y me avisó de que el asunto era de máximo secreto y no podía hablar de ello con nadie. Me opuse con firmeza a que tuviera lugar semejante despropósito, y el rey accedió con desagrado a que no se le arrestara en esa ocasión de la fiesta. Sin faltar a mi palabra, hice un comentario en la corte que quería fuera un aviso para la familia del superintendente:

—Al rey le gustaría ser rico, y no aprecia a aquellos que son más ricos que él, porque pueden acometer empresas que él no se puede permitir.

Cuando intenté defender a Fouquet, el rey me hizo un comentario que yo juzgué innecesario y un tanto ofensivo para mí:

—Al fin, señora, creéis que este hombre es fiel a vuestros intereses, pero yo os pruebo su mala fe. Me ha contado que le habéis pedido recientemente doscientas mil libras y que le pedisteis que me ocultara esta largueza.

Yo veía a Fouquet muy confiado, pues el rey le trataba con cortesía, hasta con afecto. No percibía, como yo comencé a entrever, la disimulación que los reyes utilizan cuando se trata de proteger sus intereses. Yo misma lo había hecho durante la Fronda. Fouquet fue apresado unos días después y acabó en la cárcel, para aviso de aquellos que pretendieran hacer fortuna rápidamente, o intentaran oscurecer al rey. Lo único que pude hacer por él fue ayudar a su familia una vez que lo apresaron y sugerir a los jueces que fueran benévolos con él. Los magistrados votaron todos en contra de la muerte del funcionario caído. Sentí compasión por la madre de Fouquet, que era una señora irreprochable, recta y generosa cuya principal ocupación era socorrer a los más necesitados.

Todos los artistas que habían contribuido a la belleza de Vaux-le-Vicomte, La Brun, Le Vau y Le Nôtre, fueron contratados por el rey para sus obras, entre ellas la joya de la corona: el palacio de Versalles. Fouquet había osado emular al rey y lo había pagado muy caro, porque solo puede brillar un sol.

El 1 de noviembre María Teresa dio a luz un niño sano, el delfín Luis de

Francia, que llenó de orgullo a su padre, de ternura a su abuela y de tranquilidad a la Corona. Era el heredero. Para entretener a su esposa durante las largas horas del parto, Luis había encargado un concierto que tuvo lugar bajo las ventanas de la parturienta, a cargo de unos músicos que interpretaron canciones españolas acompañados de arpas, guitarras y castañuelas.

Mi pobre nuera sufría y gemía dolorida, y al pasar las horas, María Teresa gritó desesperada:

—¡No quiero dar a luz! ¡Quiero morir!

Cuando oyó el primer lloro de su hijo y supo que era un varón, el rey anunció con voz potente:

—¡La reina a dado a luz un chico!

A pesar de ser respetuoso y atento con su esposa en público, el rey continuaba su romance con Luisa. Mi hijo intentaba ocultarme su aventura, pero mis muchos años sabían ya de tretas. Yo creía que María Teresa, aislada de ese grupo de jóvenes divertidos, desinhibidos e infernales que rodeaban a mi hijo, no estaba enterada de las andanzas de su marido, pues ella nada me había comentado. Sin embargo, un día de otoño de 1662, a punto de nacer su segundo hijo, señaló ante sus damas:

—Esa chica, la mujer que el rey ama...

En noviembre nació mi primera nieta, Ana María de Francia. Así como al nacer el delfín había sentido una enorme felicidad al ver consolidada la Corona con el heredero, esta niña que llevaba mi nombre me produjo una singular ternura. Pedía que me la trajeran por la mañana, o bien corría yo a visitarla; estaba pendiente de su alimentación, de su peso, de su sueño y de su bienestar, y la consideraba un regalo de Dios. Poco duró mi alegría, pues un mes después moría mi querida niña.

Pocos días más tarde, la amante de mi hijo daba a luz un segundo hijo que llamó Felipe y que fue entregado a un matrimonio con la misma celeridad que el anterior.

Luisa tenía remordimientos, y a su propia culpa unió el verse envuelta en una intriga de Enriqueta-Ana y el duque de Guisa. Fue demasiado para su conciencia y el 24 de febrero abandonó la corte sin avisar a nadie, para

encerrarse en el convento de la Visitación de Chaillot. El rey estaba ocupado recibiendo al enviado español cuando le informaron de este hecho. En cuanto pudo, saltó en su caballo más veloz y galopó sin tregua hasta Chaillot.

Tras lloros y súplicas, lamentos y excusas, Luisa volvió a la corte a tiempo para escuchar el sermón de Cuaresma a cargo de Bossuet que anunciaba los males del infierno a los que morían en pecado mortal. Subrayó especialmente que los reyes debían dar ejemplo. La relación de mi hijo con Luisa continuó y yo tuve que enjugar las lágrimas de la dulce María Teresa. Corría el año de 1663 y yo lloraba con mi nuera, compartiendo su pena y recordando lo que yo había sufrido con mi esposo.

Hice comprender a María Teresa que ella contaba con el respeto del rey, su afecto en público y su frecuente presencia, pues jugaba con ella a menudo a un juego de cartas que hacía furor en España, que se llamaba Reversi. Lo más importante, aconsejé a mi nuera, «es que el rey visita vuestro lecho regularmente, y así ha de continuar».

No había sido ese mi caso. Al final de marzo de 1663, Luisa descubrió que estaba embarazada y en diciembre parió otro chico que Colbert y su mujer se encargaron de entregar a una pareja previamente elegida para cuidarlo. Días después tenía lugar la misa de Gallo y Luisa acudió ante toda la corte pálida y ojerosa. El orgullo del rey con el nacimiento de dos varones era patente.

Fiesta en honor de las dos reinas

7-9 de mayo de 1664

Mi hijo había decidido que las fastuosas fiestas glorificaban al monarca. Cuando me lo decía con aire convencido, yo le recordaba los prudentes consejos sobre la sobriedad, de Bossuet y de Vicente de Paúl, pero desde hacía tiempo le llamaban el Rey Sol y Luis quería confirmarlo en toda ocasión. Me anunció que preparaba un homenaje para María Teresa y para mí, en el próximo mes de mayo. Enumeró cabalgatas, fuegos artificiales, bailes, comedias —él sabía que siempre me habían gustado— y suntuosos

banquetes. Pensé que podía ser una buena idea que el soberano homenajeara a su esposa, y que era bueno para sacar a mi nuera de la tristeza que le producían los devaneos de su esposo.

Cuando yo le sugerí que no creía oportuno tanto boato, vi en sus ojos el fulgor de la ilusión y me dijo que serían dos días de asombro y que el tema de la fiesta sería «Los placeres de la isla Encantada».

Pronto comprendí que el homenaje no estaba destinado a su esposa y a su madre, sino a su último amor, Luisa de la Vallière. A pesar de que era el soberano, le reconvine como madre, y le recordé el hogar apacible que me había regalado mi padre Felipe III. Me besó la mano y partió ilusionado a sus asuntos. Al menos María Teresa me tendría a mí a su lado, aconsejando, entendiendo, comprendiendo su pena. Y comenzaron los preparativos. El tema escogido por mi hijo fue *Orlando furioso* de Ariosto, y el rey se ocupó de los más mínimos detalles, desde los temas representados hasta los lugares del exterior que servirían de escenario. Solo entonces encargó al marqués de Saint-Aignan que lo organizara. Los mejores artistas de la época comenzaron su creación: Lully compuso la música, Molière escribió *La princesse d'Élide* y los artesanos construyeron numerosos efímeros que, una vez pintados y algunos cubiertos de ramitos de mirtos según la tradición del jardín español, se colocarían en distintas zonas de Versalles. Esta celebración significaba mucho para Luis porque era la primera vez que estos espectáculos tendrían lugar en el incipiente Versalles, sueño y creación de mi hijo. El viento agitó por aquellos días los escenarios exteriores y hubo que montar una enorme capota para proteger las innumerables candelas que iluminarían el recorrido teatral. En el primer banquete, mi hijo nos colocó a María Teresa y a mí presidiendo la mesa que resplandecía con las velas de los numerosos candelabros, y el personaje de Alcina desgranó una oda de homenaje a mi persona.

Yo, que amo la belleza, disfruté enormemente al ver la obra de los artistas. Cuando empezó la representación me sentí fascinada, la embrujadora Alcina mantenía seducidos a unos caballeros, entre los que destacaba mi hijo que representaba a Roger, el primer jinete. Apareció montado en un brioso corcel, protegido por una armadura resplandeciente en cuyo centro brillaba el

sol que sería su lema en los años venideros, y un casco cincelado con talento donde ondulaban bellas plumas rojas. Uno de los espectáculos que más me gustó fue el asalto a una fortaleza fuertemente armada en sus torres, colocada junto a un lago en medio de la explanada, y un frondoso bosquecillo a sus espaldas.

La luz de las antorchas se reflejaba en las aguas dando una impresión de calma mágica, pero unos vibrantes toques de trompeta nos despertaron de la ensoñación, y vimos entrar una cabalgata de caballeros con trajes suntuosos y morriones empenachados con plumas verdes, azules y rojas; estos hermosos jóvenes montaban espléndidos caballos jaezados con esmero. Hubo un simulacro de fiera lucha con estruendo de cañones y por fin los guerreros tomaron el castillo entre gritos de victoria y salvaron a las damas allí encerradas, y para terminar, prendieron fuego al alcázar. El castillo de Alcina ardía consumido por las llamas, y mientras desaparecía tragado por las aguas del lago, sonó la suave melodía de Lully que me complació en extremo, y seguidamente iniciaron las torres de fuegos de artificio que iluminaron el cielo con su resplandor.

Durante tres días se sucedieron almuerzos campestres, *ballets*, suntuosos banquetes y fuegos artificiales acompañados a la música de fuentes y cascadas. Volví a ver a Luisa de la Vallière y esa visión me heló el entusiasmo. Esa dama de la corte de mi cuñada Enriqueta era muy joven y una belleza. Además, amaba a mi hijo, no admitía falsos arreglos y, ante la propuesta de algún cortesano de casarse con marido complaciente que le permitiera seguir su aventura con el rey, ella se negó terminantemente. En la Pascua Florida de ese año, el rey no había comulgado. Este hecho me preocupó en demasía, pues quería decir que no se había confesado, como era preceptivo, y que no tenía propósito de enmienda.

Bossuet me había recomendado que exigiera al monarca un comportamiento más discreto, pero mi hijo aunque parecía que me escuchaba, volvía a las andadas.

He de reconocer que De la Vallière era esbelta y proporcionada y se movía de una manera entre frágil y etérea que la hacían muy atractiva. Tenía una piel preciosa que su escote enseñaba con generosidad y sus ojos se

posaban sobre mi hijo, acariciándolo con la mirada, y gozaba, porque le amaba, del protagonismo que le otorgaba el favor del soberano. Pena y rabia se agolparon en mi espíritu. Pena por María Teresa, que no merecía semejante humillación, y rabia por las veces que yo hube de pasar por circunstancias similares. Intenté olvidar esta situación degradable y disfrutar de la representación que me ofreció mi hijo, *La princesa de Elida*, obra escrita por Molière, y del *ballet* que yo tanto amaba cuya música había sido creada por el compositor que yo adoraba Jean-Baptiste Lully.

Pero en cuanto empezó la obra teatral, empecé a detestarla, porque el adulator autor justificaba, incluso halagaba, las heroicidades amorosas del protagonista, el rey de Ítaca, véase rey de Francia. Me molestaba que mi hijo se dejara llevar por la vanidad, espoleada por esos cortesanos lisonjeros que se arracimaban en su entorno.

Comprendí que uno de los objetivos de aquellas fiestas, era superar, y relegar al olvido, la fastuosa recepción organizada por Fouquet en Vaux-le-Vicomte. Los fuegos artificiales eclipsaron a todos los anteriores, pero lo que me pareció excesivo por su extravagancia, fue la Lotería de la Corte en la que Luis concedía a sus elegidos, pretendiendo que había sido la suerte, joyas fabulosas, grandes cantidades de dinero y objetos de plata. Lo que colmó mi paciencia fue la siguiente obra de Molière, *Tartufo*, que ridiculizaba sin piedad a mis amigos del «partido devoto», entre ellos a Bossuet que había arremetido con firmeza contra los abusos y dispendios de la corte, durante los sermones de la última cuaresma.

Es cierto que había personajes hipócritas que se escudaban en la religión y luego cometían fechorías, pero yo era la primera en denunciarlos. Incluía el famoso autor a personas merecedoras de sumo respeto y vida ejemplar, y eso no estaba dispuesta a permitirlo. Conseguí que la dichosa obra no fuera representada en público, pero hasta en la corte podía hacer mucho daño entre los jóvenes, pues esas mentes en formación encontrarían divertida e incitante esa teoría hedonista. Françoise de Motteville, fina observadora de las idas y venidas de los personajes de palacio, escribió esta dura y certera interpretación: «La casa real es como un mercado al que hay que acudir por fuerza para conseguir mantener el nivel de vida y por los intereses de las

personas queridas».

Veía con preocupación que mi hijo resbalaba por una pendiente peligrosa, y consideré que yo era la única con suficiente autoridad y ascendiente para el desagradable, pero necesario, consejo que él necesitaba. Le trasmití el dolor de su esposa, ante su relación con Luisa de la Vallière; el mal que le procuraban los insensatos de la corte que le halagaban sin cesar; y le recordé la necesidad de controlar sus pasiones, vital en todas las personas, pero más aún en un soberano; y por último, puse ante sus ojos la elección del bien.

A modo de disculpa, él me confesó su pasión por las mujeres, que no podía controlar. Entendí que no quería escucharme y le anuncié que en ese ambiente de su entorno yo no encontraba la tranquilidad ni el sosiego; y que a pesar de lo que me apenaba por María Teresa, estaba decidida a retirarme al convento de Val-de-Grâce, junto a mis amigas las monjas que tan leales habían sido en los años difíciles y vivir de acuerdo con mis ideales y en paz.

Al día siguiente el rey vino a verme y me dijo mohíno que no había logrado dormir en toda la noche, tanto le habían afectado mis reproches y mi deseo de alejarme de él. Abrumado por mi próximo retiro, me suplicó que no lo hiciera, que me necesitaba. Y que yo era su conciencia, y que le estimulaba hacia la grandeza que ha de tener un rey. Me reiteró que yo representaba el deber y el bien. Yo, débil y pensando en mi nuera y en la buena influencia que podía aún ejercer sobre mis hijos, decidí quedarme. En mi fuero interno, reconocí que mis hijos me habían proporcionado más alegrías que disgustos.

En aquellos días, Luis sufrió una violenta escena de celos de su esposa, muy poco habitual en María Teresa, en la que el esposo infiel prometió que llegando a los treinta, se convertiría en un marido sin tacha. Cuando María Teresa me afirmaba que esperaba fuera cierto, yo asentía sin mucha convicción.

Me alegré de mi decisión por varios motivos, primero por provocar, aunque fuera un poco de reflexión y por ser útil aún en la familia, y porque he de reconocer, que Versalles me encantaba, porque todavía era reducido y por tanto familiar, lugar en el que podíamos residir solo los más cercanos al rey.

Para evitar mi marcha, mi hijo me había mimado y había ordenado para mis apartamentos todo lo que yo adoraba: sedas azules, bronce dorados

cincelados de manera exquisita y profusión de aromáticos jazmines. Además, los jardines que había diseñado Le Nôtre eran un esplendor, con su trazado geométrico y racional; sus fuentes y estanques y los frondosos bosques que los rodeaban. La pajarera era extraordinaria, en ella convivían aves de todo tipo: pelícanos de anchos picos, símbolo del amor y de la eucaristía; avestruces de la lejana África con sus hermosas plumas; loros activos y parlanchines que tanto me gustaban desde que mi tía Isabel Clara Eugenia me regalara el primero; cacatúas refinadas y exóticas a las que no me cansaba de contemplar.

Pero mi lugar favorito era la Orangerie, el invernadero de naranjos, que tanto me recordaba a mi nativa España y los felices días de mi infancia. Había sido diseñado por Le Vau para reunir más de mil naranjos que perfumaban de azahar, el aroma favorito del rey, el entero palacio.

Ahora bien, reconozco que, con los años, algo había cambiado en mí. En mi juventud adoraba las celebraciones fastuosas, pero después de actuar como regente y conocer las miserias de la guerra y las penurias de la población, estos fastos durante tres días, me parecieron un derroche provocador. Pero mi hijo ya no me escuchaba.

Mazarino había llamado muchas veces al gran Bernini, y ahora que el cardenal ya no estaba, llegaba en junio de 1664 el afamado escultor a Francia. La razón de esta demora era las muchas ocupaciones que el maestro tenía en Roma por encargos papales. En memoria de Mazarino, encargué a Bernini que realizara un nuevo altar para la iglesia de mi amado Val-de-Grâce.

En septiembre de 1665, mi hijo Luis nos trajo una mala noticia. Mi hermano, y padre de mi nuera, el rey de España, Felipe IV, acababa de fallecer el 17 de septiembre. Luis nos lo comunicó con mucha ternura y delicadeza, pero las dos sentíamos que, además de ser un tristísimo acontecimiento, presentaba una inquietante incógnita para la sucesión española. La dote de María Teresa no había sido pagada en su totalidad, por tanto la renuncia a los derechos a la Corona española, podía no ser válida. Carlos II, el nuevo rey, enfermo y débil, ¿podría tener descendencia? El

tiempo lo diría.

Epílogo.
La despedida.
1666

Últimamente todas estas cuestiones me afectaban de manera particular. No me encontraba bien, me sentía cansada y abatida. Creí que mi decaído ánimo se debía a esos acontecimientos familiares que me disgustaban y no me daban tregua. Acaricié de nuevo la idea de retirarme a Val-de-Grâce, mas la enfermedad me aguardaba agazapada para llevarme al final de mis días. Un día, comencé a sentir dolores en el pecho y me asaltó una ligera fiebre que tan pronto venía, como desaparecía. Pensé que no tenía importancia. La tenía. Poco tiempo después, descubrieron los médicos que estaba aquejada de zaratán, un mortal cáncer de pecho.

Yo que había sido tan ágil, comencé a notar que las piernas no me obedecían y que mis brazos que habían sido hermosos, se hinchaban atrozmente acosados por el tormento del zaratán. Decidí que jamás me oirían quejarme, lamentarme o conmisermarme de mí misma. Yo era reina e infanta de España y debía morir con dignidad. La enfermedad que crecía en mí, acabó produciéndome severos dolores, pero mi mayor cuita era no poder estar aseada como siempre lo había estado, pues tras la crisis el sufrimiento me dejaba en un estado de postración que no permitía remilgos en los cuidados.

Fue duro para mí sufrir con paciencia las penalidades, los olores de descomposición que manaban de mi cuerpo.

A pesar de mi situación, seguía los avatares de la corte, pues me preocupaba que los libertinos que pululaban por los salones elegantes influyeran con sus ligerezas el ánimo de mi hijo el rey. Me tranquilizaba que veía que, aunque Luis tuviera tentaciones en las que caía, nunca abandonaba a María Teresa ni le infligía humillación alguna en público como las que yo hube de soportar. Tuve también la alegría de ver el retorno de los Navailles que mi hijo había apartado de palacio cometiendo una injusticia equivocada.

Unos años antes, la marquesa de Navailles, que era la camarera mayor de María Teresa, había mandado poner rejas en las ventanas de los apartamentos de las jóvenes damas de la reina, para evitar las escaladas nocturnas de los ardientes caballeros.

El rey consideró que el marqués de Navailles se había extralimitado, y expulsó a los marqueses, sin considerar la ingente ayuda que habíamos recibido de ellos en los difíciles años de la Fronda. Pero el error había sido reparado. He de reconocer que mis dos hijos mostraron su sincero amor filial, cuidando de mí con dedicación y ternura durante mi dolencia.

Mi nuera y sobrina, la reina María Teresa, lo hizo así mismo con sumo afecto. Las dificultades propias de ser mujer nos habían unido en una sincera complicidad, y ahora ella me devolvía el cariño con el que yo la había recibido al llegar a Francia. Me sangraron y purgaron sin descanso; quemaron mi pecho con una pasta ardiente que se suponía iba a eliminar los tejidos malignos, y sufrí terribles dolores con estos tratamientos. El rey estaba tan preocupado, que mandó poner una cama junto a mi lecho para atenderme en las crisis que se repetían cada vez con más frecuencia.

Me velaron día y noche. El rey no consintió que yo quedara ni un solo minuto en manos de mis damas, y ordenó que colocaran una cama en mis aposentos para estar cerca de mí. Su amor por mí era profundo. Siempre había notado que Luis nunca consintió que nadie elogiara a su padre en su presencia. ¿Recordaba desde su infancia los desplantes que yo había tenido que soportar? ¿Había sido consciente del esfuerzo que yo había tenido que hacer para mantener mi dignidad? ¿Había sentido admiración por una madre que antepuso a su felicidad personal, la del reino y el porvenir de sus hijos? Creo que había apreciado los auténticos principios cristianos que me habían hecho comportarme como lo hice. Sin beatería, con alegría.

Me parece que gustó de mi gozo por la vida, mi entusiasmo por el teatro, la música, el jardín. El niño temeroso de su padre, pues no entendía sus cambios de carácter, ¿tal vez había escuchado las acusaciones que me hacían los cortesanos a hurtadillas? Me habían tachado de indolente, pero mucho me esforcé en aprender y preocuparme por el bienestar del pueblo y por entender los negocios de Estado, cuando toda mi vida me habían tenido apartada de

esos asuntos, privándome así de una necesaria experiencia. Me culparon de ser coqueta, y sin embargo, en una corte donde las damas cambiaban de amante como de saya, no conocí más que un devaneo inocente. ¿Qué valor tiene la virtud sin conocer la tentación? Me reprocharon una inconstancia que no era cierta, pues yo me había ocupado sin desfallecer con serio empeño en reforzar el trono. El tiempo se encargó de mostrar la verdad y la coherencia de mi proceder.

A las puertas de la eternidad, hice balance de mi existencia: tenía que dar gracias a Dios, porque tras las pruebas del desamor de mi marido, las humillaciones ante la corte, y la amenaza constante de que me fueran arrebatados mis hijos de corta edad, el Señor me concedió ver en vida realizados mis anhelos. La Paz de los Pirineos y el matrimonio del rey con la infanta eran mis últimos deseos que se veían cumplidos, pero también me fue otorgado educar a dos hijos que me amaban, verles crecer y ser una madre orgullosa. Y tuve a mi lado a un hombre capaz, dedicado a la misma tarea que era mi deber, y que lo hizo con infinita entrega y ternura.

Cuando comprendí que mi fin estaba próximo, Dios me concedió una última gracia. El padre que me ayudó a un buen morir, fue mi amigo, Wat Montagu, pues años después de su conversión al catolicismo, había ingresado en religión. El 27 de mayo de 1665, Wat me urgió para que hiciera testamento y aconsejó que me confesara. Se lo agradecí con todo afecto:

—Me hacéis feliz, estas son las pruebas más sólidas y auténticas de amistad.

Conversaba todos los días con mi confesor y me preparaba al «gran viaje de la eternidad».

En cuanto supe de la gravedad de mi dolencia, le pedí a Wat que me avisara cuando los médicos estimaran que había llegado mi hora. Deseaba estar lúcida y despedirme de mis hijos, de las personas queridas y de mis monjitas. Rogué que me condujeran a mi querido Val-de-Grâce, y así lo hicieron, pero al poco tiempo tuve que volver al Louvre, pues era muy difícil para el rey, ocupado con los asuntos del reino, trasladarse todos los días al monasterio. El viaje de vuelta a palacio fue un martirio. La herida abierta me producía un atroz desgarró en el pecho, tan fuerte que me desvanecí varias

veces en el trayecto. Al llegar a mis apartamentos tuve una breve alegría, pues allí reencontraba todas las cosas bellas que yo había escogido a lo largo de mi vida. Y esperándome también estaba Wat. Al ver al amigo bueno, sereno y leal durante tantos años, sentí mucha paz y quise explicarme por última vez:

—He aquí al señor de Montagu, que sabe lo que debo a Dios, los dones que me ha concedido, y la gran misericordia de la que soy deudora.

Montagu me confortó diciéndome que no había conocido corazón más puro e intenciones más honestas que las mías.

20 de enero de 1666

Había vivido con dignidad, ahora tenía que aprender a morir de la misma manera. Llegada la Navidad, la enfermedad me atormentaba de tal forma que apenas podía dormir. La erisipela se había adueñado de mi cuerpo, hinchándolo por todas partes, y los médicos intentaron reducir el tumor mediante una punción que me produjo dolores insoportables. Una sola vez me permití una queja:

—No puedo más.

Y mandé callar a una de mis damas que me soltaba una cantinela sobre la resignación cristiana. Y, sin embargo, yo no perdía el gusto por las cosas refinadas como el abanico español perfumado con jazmín o las sábanas de fina batista que me cambiaban todos los días. Manuela, que tan bien me conocía, sabía y comprendía esta dualidad, profunda espiritualidad y gusto por lo primoroso.

Y yo empeoraba. A pesar de la profusión de saquitos perfumados y de las muchas plantas de jazmín que llenaban mi estancia, el olor de la enfermedad se enseñoreaba de mi cámara. Intentaba conservar mi dignidad en esta atroz agonía, y mis damas me hablaban de recuperación y de bellos proyectos con mis hijos y mis nietos, para levantar mi ánimo. Yo sabía que era mi fin. Al verme tan lúcida y serena, mi hijo tomó la determinación de traerme los sacramentos:

—¡Cómo, han de engañarla y dejarla morir sin los sacramentos, tras meses de dolencia! No cargaré con esto en mi conciencia, no tenemos tiempo para engaños.

Era un frío invierno aquel de 1666. Al contemplar lo que había cambiado mi cuerpo, les dije a mis queridas Manuela y Françoise de Motteville:

—Mi mano está hinchada, es tiempo de partir.

Manuela me extendía con delicadeza una pomada para tratar de suavizar la hinchazón de mis brazos, y me miraba con la ternura acumulada en todos estos años. Una noche de vela, me susurró emocionada:

—Siento en el alma no poder acompañaros en este viaje que habéis de emprender.

Esa amistad de tantos años me inspiró la respuesta:

—Cuando sea tiempo de tu encuentro con el Todopoderoso, te estaré esperando para que me sigas allá donde voy a ir en breve.

El gran limosnero de mi casa, el obispo de Auch, me susurró que era ya el momento de recibir los santos sacramentos. Le respondí que antes había de hablar con mis hijos en privado. Quise recordar al rey el deber de agradecimiento que había contraído con aquellos que nos habían sido leales; le conminé a renunciar a la venganza que produce primero satisfacción, pero enseguida graves males; que siempre antepusiera el bien de Francia y de su pueblo; y por último le rogué que respetara y amara siempre a su esposa.

Ya estaba preparada para recibir a Su Divina Majestad. Apenas lo hice, sentí renacer la vida en mí; la sangre fluir por mi cuerpo y colorear mis mejillas. Un brillo de esperanza apareció en los ojos de mis hijos. Luis exclamó:

—Mirad a la reina, mi madre: nunca la he visto tan bella.

¡Pobre hijo mío! Se echó a llorar con desconsuelo. Sabía que con mi muerte iba a perder la saludable y molesta voz de la conciencia. Le insté de nuevo a recordar mis palabras:

—Haced lo que os he dicho; os lo repito con el Santísimo Sacramento en mis labios.

La noche del 19 sentí que la vida se me escapaba y pedí la extremaunción.

Quise, ante el asombro de mis damas, que me acicalaran, limpiaran y peinaran para recibir este sacramento. De madrugada, al despertar tras un breve letargo, vi que mi hijo no estaba en la estancia. Pregunté por él y me dijeron que había sufrido un desvanecimiento al creer que yo había muerto. Yo me mantenía plenamente consciente, lúcida y rezaba con unción. Estaba en paz. Di mis últimos consejos a mis hijos y recurrí a un concepto que había escuchado tantas veces a Mazarino. Con la autoridad que concede la llamada de la muerte y la inminente despedida, les supliqué:

—Dios ha establecido los reyes para velar por el bienestar, el reposo y la seguridad de sus súbditos y no para sacrificar tal bienestar a sus pasiones particulares.

Pedí que me acercaran el crucifijo que siempre había estado en el cabecero de mi cama, y al hacerlo, mi alma se preparó para huir de mi cuerpo.

Miré primero a Felipe. Su amor me había acompañado toda mi vida, y sus ojos me dijeron que no me olvidaría. Entonces dirigí la mirada a Luis. Vi en Luis XIV la majestad que yo había heredado de mis antepasados españoles, y supe que era, y sería, un rey que haría la grandeza de Francia y me entregué serena en los brazos del Señor.

Mi alma volaba ya a la morada del Padre, pero pude oír entre una neblina la voz de mi hijo muy amado que decía entre sollozos:

—El vigor con el que esta princesa luchó por mi corona durante los años en los que todavía yo no podía actuar por mí mismo fueron para mí la prueba de su amor y su virtud.

Agradecimientos

A Consuelo Martínez Correcher, por trasmitirme su conocimiento y pasión por la herencia española que trasmitió Ana de Austria a su hijo Luis XIV.

A mi hijo Carlos, que leyó el manuscrito, por sus acertados comentarios.

A Álex del Rosal, por su valiosa ayuda en la difusión de esta obra.

A Ymelda Navajo, por seguir confiando en mí.

A Carmen Fernández de Blas, por su apoyo.

A Berenice Galaz, por su valiosa contribución.

A todos los profesionales de La Esfera de los Libros, que intervienen en esta cuidada y hermosa edición.

A los lectores, que con su interés estimulan mi trabajo.

Bibliografía

- ABELLA Y RAMALLO, Carlos, *Confesiones del palacio de España en Roma*, Ciudadela Libros, Madrid, 2012.
- ALBERTI, Luciano, *El Libro de la música*, Queremón Editores, Madrid, 1978.
- ALLENDESALAZAR, Úrsula, *La reina Cristina de Suecia*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2009.
- BELADIEZ, Emilio, *Españolas reinas de Francia*, Prensa Española, Madrid, 1979.
- BERTIÈRE, Simone, *Les deux régentes*, Editions de Fallois, París, 1996.
- , *Mazarin, le maître du jeu*, Editions de Fallois, París, 2007.
- BROWN, Jonathan – ELLIOTT, John. H., *A Palace for a King*, Yale University Press, New Haven & London, 1980.
- BURKE, Peter, *La fabricación de Luis XIV*, Nerea, Madrid, 1995.
- CABANÈS, doctor, *Las manías de Richelieu*, (Tercera serie), Mercurio, Madrid, 1927.
- , *Leyendas y curiosidades de la Historia*, (Cuarta serie), Mercurio, Madrid, 1927.
- , *El gabinete secreto de la Historia*, (Cuarta serie), Mercurio, Madrid, 1927.
- CARMONA, Michel, *Marie de Médicis*, Fayard, París, 1981.
- CASARIEGO, Evaristo, *La caza en el arte español*, El Viso, Madrid, 1982.
- CELA, Camilo José, «Shakespeare», en Pilar de Arístegui *et alii*, *Hacedores de Europa*, Martínez del Olmo, Madrid, 1995, p. 115.
- DULONG, Claude, *Anne d'Autriche*, Hachette, París, 1980.
- FRASER, Antonia, *Love and Louis XIV*, Phoenix, Londres, 2006.
- IGLESIAS, Isabel, «Spanish Match», *Historia y Vida*, 496, 2008, pp. 50-59.
- KLEINMAN, Ruth, *Anne D'Autriche*, Fayard, París, 1993.
- LAGARDE, André – MICHARD, Laurent, *XVII siècle*, Bordas, París, 1962.
- MULLER, Priscilla E., *Jewels in Spain, 1500-1800*, The Hispanic Society of America, Nueva York, 1972.

- PAYNE, Stanley G., *En defensa de España. Desmontando mitos y leyendas negras*, Espasa, Barcelona, 2017.
- PEMÁN, José María, *La Historia de España contada con sencillez*, Homo Legens, Madrid, 2011.
- PÉREZ, Joseph, *Histoire de l'Espagne*, Fayard, París, 1996.
- SAINT-SIMON, duque de, *Mémoires*, 2 vols., Delloye, París, 1845.
- SCHAUB, Jean-Frédéric, *La France espagnole*, Editions du Seuil, París, 2003.
- STOLPE, Sven, *Christina of Sweden*, Macmillan, Nueva York, 1966.

Páginas webs

www.biografiayvidas.com/biografia/r/richelieu-htm
cocinacuriosa.jimdo.com/curiosidades-e-historia/vatel/
themaskedlady.blospot.com.es/2012/05/la-boda-de-luisxiv-y-maria-teresa-i
[enciclopedia.us.es/index.php/Batalla de Rocroi\(1643\)](http://enciclopedia.us.es/index.php/Batalla_de_Rocroi(1643))
vaux-le-vicomte.com/decouvrir/le-jardin-a-la-française-2
www.fuerzasarmadas.eu/viewtopic.php?=2724